



KRYSTAL SUTHERLAND

UNA LISTA CASI
DEFINITIVA
DE MIS PEORES
PESADILLAS

POR LA AUTORA DE
EFECTOS COLATERALES
DEL AMOR

CROSS
BOOKS

KRYSTAL SUTHERLAND

UNA LISTA CASI
DEFINITIVA
DE MIS PEORES
PESADILLAS

CROSS
BOOKS

Índice

1. El chico en la parada de camión
2. La casa de la luz y los fantasmas
3. El chico de la fogata
4. Series de luces y asesinos seriales
5. La muerte de las langostas tamaño de caballo
6. La maldición y la parca
7. 1/50: Langostas
8. El bandido del casillero
9. El terrible secreto de David Blaine
10. 2/50: Polillas
11. Shakespeare, estrellas y un optimus prime acuático
12. El rey de las bodegas
13. El hombre que sería la muerte
14. 4/50: Espacios pequeños
15. Hay rutas más directas hacia la muerte que las polillas y las langostas
16. 5/50: Relámpagos
17. 6/50: Acantilados
18. 7/50: Maizales
19. Un buen día para una boda blanca
20. 8/50: Manejar automóviles
21. 9/50: Satán encarnado alias gansos
22. Los adultos se preguntan por qué beben los adolescentes
23. El frío beso de la muerte
24. 15/50: Cadáveres
25. 17/50: Muñecas
26. Las hermanas Bowen
27. 18/50: Panteones
28. 21/50: Edificios abandonados
29. La muerte de la luz
30. 24/50: Enterrados vivos
31. La puerta de la muerte
32. Eugene
33. El chico sombra
34. Traición
35. El gran robo de orquídeas
36. La mujer roja
37. Oh, hermano
38. Los fantasmas de la Esther del pasado
39. Cómo recuperarte de la terrible traición de un querido amigo/prendiente en cuatro sencillos pasos

40. La lista casi definitiva de mis peores pesadillas

Recursos

Apoyo para la salud mental

Notas

Agradecimientos

Acerca del autor

Créditos

Para Chelsea, Shanaye y cualquiera que haya tenido miedo: eres más valiente de lo que te imaginas.

El chico en la parada de camión

Esther Solar llevaba media hora afuera del Asilo y Centro de Rehabilitación Lilac Hill cuando se enteró de que la maldición había hecho de las suyas de nuevo.

Rosemary Solar, su madre, le explicó por teléfono que de ninguna manera podría volver para recogerla. Habían encontrado un gato tan negro como la noche con demoniacos ojos amarillos sobre el cofre del auto familiar, un augurio lo suficientemente oscuro como para impedirle manejar.

A Esther no le sorprendió. El desarrollo espontáneo de fobias no era un fenómeno nuevo en la familia Solar, así que simplemente fue a la parada del camión a cuatro cuerdas de Lilac Hill, con su capa roja ondeando en la brisa de la tarde y atrayendo a su paso las miradas de unos cuantos desconocidos.

Iba pensando a quién llamarían las personas normales en una situación como esa. Su padre seguía recluido en el sótano al que se confinó seis años atrás, Eugene estaba desaparecido (Esther sospechaba que había vuelto a colarse por un agujero en la realidad, pues eso le pasaba a Eugene de vez en cuando), y su abuelo ya no tenía las capacidades motrices necesarias para operar un vehículo (sin mencionar que no recordaba que Esther era su nieta).

Básicamente, tenía a muy pocas personas que pudieran ayudarla en un momento de crisis.

La parada de camión estaba vacía para ser viernes por la noche. Sólo había otra persona, un joven negro, alto, vestido como personaje de una película de Wes Anderson, con pantalones de pana verde lima, chamarra de gamuza y una boina en la cabeza. El chico sollozaba discretamente, así que Esther hizo lo que se hace cuando un perfecto desconocido se pone sentimental en tu presencia: lo ignoró por completo. Se sentó junto a él, sacó su maltratado ejemplar de *El padrino* e intentó con todas sus fuerzas concentrarse en la lectura.

Las luces sobre sus cabezas parpadeaban y zumbaban como un nido de avispas. De no haber levantado Esther la mirada, el siguiente año de su vida habría sido completamente distinto, pero era una Solar, y los Solar tenían la mala costumbre de meterse donde nadie los llamaba.

El chico sollozó dramáticamente y Esther lo miró. Tenía un moretón en el pómulo que se veía púrpura oscuro bajo la luz fluorescente de las lámparas, y en la ceja una cortada de la que corría un hilo de sangre. Su camisa de llamativo diseño, claramente donada a una tienda de segunda mano en algún momento de los setenta, estaba rasgada en el cuello.

El chico sollozó de nuevo y la miró de soslayo.

Por lo general, Esther evitaba hablar con las personas si no era completamente necesario; a veces también lo evitaba cuando era completamente necesario.

—Oye —dijo al fin—. ¿Estás bien?

—Creo que me asaltaron —respondió él.

—¿Crees?

—No recuerdo. —Señaló la herida en su frente—. Pero me quitaron el teléfono y la cartera, así que supongo que me asaltaron.

Y fue entonces cuando Esther lo reconoció.

—¿Jonah? ¿Jonah Smallwood?

Los años lo habían cambiado, pero aún conservaba los mismos ojos enormes, la misma mandíbula cuadrada, la misma mirada intensa que tenía desde niño. Ahora estaba más lleno de pelo: barba marcada, la cabeza cubierta de cabello negro y espeso que le formaba como un copete. Esther pensó que se parecía a Finn, de *El despertar de la Fuerza*, lo cual, en su opinión, era un muy buen look. Él la miró, intentando reconocerla: las pecas oscuras que le cubrían el rostro, el pecho y los brazos como una pintura de Jackson Pollock, la melena de un rojo durazno que le caía más allá de la cintura.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—¿No me recuerdas?

Sólo fueron amigos durante un año, y en ese tiempo apenas tenían ocho, pero igual. Esther sintió una punzada de tristeza al ver que aparentemente él la había olvidado; ella definitivamente no se había olvidado de él.

—Estuvimos juntos en la primaria —explicó Esther—. Iba contigo en el grupo de la maestra Price. Me pediste que fuera tu cita en San Valentín.

Jonah le compró una bolsa de dulces con forma de corazón, y le hizo una tarjeta con el dibujo de dos frutas y una frase que decía «Somos la *peraeja* perfecta». En el interior le pedía que se reuniera con él en el recreo.

Esther lo esperó y Jonah no apareció. De hecho, nunca volvió a verlo.

Hasta ahora.

—Ah, sí —dijo Jonah lentamente, mientras en su rostro se dibujaba el recuerdo—. Me agradabas porque protestaste por la muerte de Dumbledore afuera de la librería como una semana después de que salió la película.

Así es como Esther lo recordaba: ella, de siete años y con el brillante cabello rojo cortado en forma de tazón, protestando en la librería local con una pancarta en la que se leía SALVEN A LOS MAGOS. Y luego un segmento en las noticias de las seis, un reportero arrodillado junto a ella, preguntándole «¿Estás consciente de que el libro se publicó hace años y el final no puede cambiarse?», y ella mirando a la cámara con cara de tonta.

De vuelta a la realidad:

—Odio que haya evidencia en video de eso.

Asintiendo, Jonah observó el atuendo de Esther, su capa rojo sangre atada al cuello con una cinta y la canasta de mimbre junto a sus pies.

—Veo que sigues siendo rara. ¿Por qué estás vestida como Caperucita Roja?

Hacía años que Esther no tenía que responder preguntas sobre su gusto por los disfraces. La gente en la calle simplemente asumía que iba o regresaba de una fiesta. Sus maestros, muy a su pesar, no lograban encontrar en su ropa ninguna falta al código de vestimenta de la escuela, y sus compañeros estaban acostumbrados a verla vestida de Alicia en el País de las Maravillas, Bellatrix Lestrange o lo que fuera, y la verdad es que no les importaba qué trajera puesto mientras les

siguiera contrabandeando pastel. (Hablaemos más de esto en un momento).

—Fui a visitar a mi abuelo y me pareció apropiado —respondió, lo cual aparentemente satisfizo a Jonah, pues asintió como si entendiera.

—Oye, ¿tienes algo de efectivo?

Esther sí tenía efectivo, en su canasta de Caperucita Roja. Eran cincuenta y cinco dólares, todos ellos destinados a su Fondo Para Largarse de Este Pueblucho de Porquería, el cual ya sumaba un total de 2 235 dólares.

Pero volvamos al pastel antes mencionado. Verán, en el penúltimo año de preparatoria de Esther, la escuela East River instituyó drásticos cambios en la cafetería hasta que sólo quedó comida saludable. Adiós a las pizzas, nuggets de pollo, papitas, frituras, hamburguesas y nachos que hacían que la estancia fuera semitolerable. Las palabras «Michelle Obama» eran pronunciadas entre dientes y con enojo cada que se agregaba un nuevo platillo al menú, como sopa de puerro y coliflor o pay de brócoli al vapor. Esther vio una oportunidad de negocio y horneó unos brownies de caja de doble chocolate; al día siguiente los llevó a la escuela, vendió cada uno a cinco dólares y tuvo una genial ganancia de cincuenta. A partir de ese momento se convirtió en la Walter White de la comida chatarra: fue tal el alcance de su imperio que sus clientes de la escuela la apodaron «Pastelberg».

Recientemente había expandido su territorio al Asilo y Centro de Rehabilitación Lilac Hill, donde lo más emocionante del menú eran hot dogs demasiado cocidos acompañados de un insípido puré de papas. El negocio estaba en su mejor momento.

—¿Por qué? —preguntó lentamente.

—Necesito dinero para el camión. Tú me das efectivo, y puedo usar tu teléfono para transferir esa cantidad de mi banco al tuyo.

Parecía algo bastante sospechoso, pero Jonah estaba herido, sangrando y llorando, y de alguna manera ella aún lo veía como aquel niño al que un día le agradó lo suficiente como para que le dibujara un par de peras.

—¿Cuánto necesitas? —dijo al fin Esther.

—¿Cuánto tienes? Dámelo y te hago la transferencia.

—Tengo cincuenta y cinco dólares.

—Dame cincuenta y cinco dólares.

Jonah se levantó y fue a sentarse junto a ella. Era mucho más alto y delgado de lo que Esther pensaba, como un tallo de maíz. Lo observó mientras abría la aplicación del banco, ingresaba, anotaba los datos bancarios que ella le proporcionó y autorizaba la transferencia.

«Transferencia de fondos exitosa», anunció la aplicación.

Entonces Esther se inclinó, abrió su canasta y le dio los cincuenta y cinco dólares que había ganado en Lilac Hill ese día.

—Gracias —dijo Jonah, estrechando su mano—. Eres buena, Esther. —Luego se levantó, le lanzó un guiño y desapareció. Otra vez.

Y fue así como, en una tarde calurosa y húmeda al final del verano, Jonah Smallwood le robó cincuenta y cinco dólares y se llevó, en aproximadamente cuatro minutos:

- el brazalete de su abuela, que traía en la muñeca
- su iPhone

- un dulce de frutas chicloso que había guardado en la canasta para el camino
- su credencial de la biblioteca (en la cual luego acumuló 19.99 dólares en cargos por remplazo tras rayonear un ejemplar de *Romeo y Julieta* con grafitis de langostas)
- su ejemplar de *El padrino*
- su lista casi definitiva de las peores pesadillas
- y su dignidad

Sin dejar de repetir en su cabeza la vergonzosa escena de la protesta por Dumbledore, Esther no se dio cuenta de que le habían robado hasta que llegó el camión seis minutos y diecinueve segundos después, momento en el cual exclamó ante el chofer «¡Me robaron!», a lo que el hombre dijo «¡No acepto polizones!» y le cerró la puerta en la cara.

(Al parecer Jonah no le robó toda la dignidad, pues el conductor del autobús alcanzó a llevarse los restos que quedaron pegados a sus huesitos).

Como ven, la historia de cómo Jonah Smallwood le robó a Esther Solar es bastante sencilla. Pero la historia de cómo ella llegó a amarlo es un poco más complicada.

La casa de la luz y los fantasmas

A Esther le tomó un total de tres horas, trece minutos y treinta y siete segundos caminar hasta su casa a las afueras de las afueras del pueblo, el cual se había extendido en dirección opuesta a la que los desarrolladores tenían planeado, lo que dejó a su vecindario en medio de la nada.

En el largo camino hasta allá, el cielo se abrió y soltó un torrente de agua, así que para cuando Esther llegó a los escalones de la entrada, estaba empapada, llena de fango y temblaba.

El hogar de los Solar brillaba, como siempre, cual gema fluorescente en una calle por lo demás oscura. Una suave brisa soplaba entre los árboles crecidos en el jardín del frente, como un bosque en pleno suburbio. Unos años atrás, algunos vecinos se quejaron de las luces constantes. Rosemary Solar respondió plantando en el jardín ocho robles, que en aproximadamente seis meses pasaron de ser unas ramitas a los gigantes que ahora envolvían la propiedad. Conforme fueron creciendo, Rosemary decoró sus ramas con ojos turcos, cientos de ellos, y aquellos cristales azul, negro y blanco interpretaban una canción escalofriante cada que los movía el viento. Ella decía que eran para alejar el mal, pero hasta ese momento a las únicas personas que habían logrado asustar eran a las Girl Scouts, a los Testigos de Jehová y a los niños en Halloween.

Eugene estaba sentado en las escaleras del porche iluminado; parecía como si hubiera viajado en el tiempo desde un concierto de los Beatles, con el corte de cabello de Ringo y el sentido de la moda de John.

Esther y Eugene eran los gemelos que nadie podía creer que fueran gemelos. El cabello de él era oscuro y el de ella, claro. Él era alto y ella, bajita. Él, esbelto y ella, rolliza. La piel de ella estaba llena de pecas y la de él, inmaculada.

—Hola —dijo Esther.

—Le dije a mamá que seguías viva —comentó Eugene, levantando la mirada—, pero ya está buscando ataúdes en internet. Los colores de tu entierro serán rosa y plateado, o eso supe.

—Ugh. Específicamente les he dicho como *cien* veces que quiero un elegante funeral en negro y marfil.

—Ha estado viendo la presentación de sepelio de emergencia que hizo el año pasado y agregando nuevas fotografías. Todavía termina con *Time of Your Life*.

—Por Dios, qué básica. No sé qué sería más trágico: morir a los diecisiete o tener el funeral más cliché del mundo.

—Vamos, un funeral rosa y plateado no es cliché, sólo increíblemente vulgar. —Eugene la miró con preocupación sincera—. ¿Estás bien?

Esther escurrió su largo cabello, que mojado se veía tan rojo como la sangre.

—Sí. Me asaltaron. Bueno, no exactamente. Me timaron. Fue Jonah Smallwood. ¿Recuerdas al

niño que me dejó plantada el día de San Valentín, en la primaria?

—¿Del que estabas perdidamente enamorada?

—Ese mismo. Resulta que es un ratero bastante hábil. Me acaba de robar cincuenta y cinco dólares y mi dulce de frutas.

—Te engañó de nuevo. Espero que estés planeando tu venganza.

—Obviamente, hermano.

Eugene se levantó, echó un brazo sobre el hombro de ella y entraron juntos a la casa, bajo la herradura clavada en el dintel, las hojas secas de poleo colgadas del marco de la puerta y los restos de las líneas de sal de la noche anterior.

La casa de los Solar era una cavernosa construcción victoriana, de esas en las que hasta la luz se ve tenue y brumosa. Por todas partes había recubrimientos de madera oscura, alfombras persas rojas y el conocido color verdoso de la podredumbre en las paredes. Era la clase de casa en la que los fantasmas se pasean entre los muros y los vecinos creen que sus habitantes están malditos; lo cual, para los Solar, eran verdad en ambos casos.

Estas son las cosas que la gente notaría si alguien fuera de la familia tuviera permitido entrar a la casa:

- Todos los interruptores de la luz se mantenían en posición de encendido con cinta aislante. Los Solar amaban la luz, pero Eugene más que nadie. Por él los pasillos estaban decorados con series de luces, y había lámparas y velas sobre los muebles y en casi todo el suelo.
- Las quemaduras del Gran Incendio del Pánico de 2013, cuando se fue la luz y Eugene salió disparado de su habitación hacia el pasillo, derribando en el proceso aproximadamente dos docenas de las velas antes mencionadas e incendiando las paredes de tablarroca.
- Los escalones hacia el segundo piso estaban bloqueados por un montón de muebles viejos, más que nada porque Peter Solar renovaba esa planta cuando le dio el primer derrame y todo el trabajo se detuvo de pronto, pero en parte también porque Rosemary creía que el segundo piso de verdad estaba embrujado. (Como si un fantasma sólo fuera a poseer la mitad de la casa y tuviera la cortesía de permitir que los habitantes anduvieran tranquilos en la planta baja, sin nada de *Actividad paranormal*. Por favor).
- No había nada en las paredes salvo por los interruptores con cinta aislante y las cortinas para cubrir las ventanas por la noche. Nada de fotografías ni pósters, y definitivamente nada de espejos. *Jamás*.
- Los conejos en la cocina.
- El malvado gallo, de nombre Fred, que seguía a Rosemary Solar a todas partes y que, de acuerdo con ella, era un duende del folclor lituano.

Desde la sala se escuchaba a Green Day a volumen bajo. Rosemary Solar, a sus cuarenta y tantos, estaba en el sofá frente a la televisión, viendo la presentación de sepelio de emergencia que preparó años atrás por si alguno de sus hijos moría de forma inesperada. El cabello castaño le caía sobre los hombros, y al moverse sonaba como un cascabel, pues sus delgadas muñecas y sus dedos flacos como de pájaro estaban llenos de anillos de plata y amuletos para la buena suerte. Las monedas cosidas con hilo metálico en su ropa, en los dobladillos, las mangas y en cada bolsillo, sonaban como gotas de lluvia con el movimiento.

Estas son las cosas que Esther consideraba aspectos característicos de su madre:

- En su juventud, Rosemary fue campeona de *roller derby* y la llamaban la Bestia. En la fotografía favorita de Esther, su madre está en la pista con su atuendo y se ve casi idéntica a Eugene: el mismo cabello oscuro, los mismos ojos cafés, la misma piel pálida y sin una sola de las pecas que cubren a su hija. Era increíble.
- Rosemary estuvo casada antes, a los dieciocho años, con un hombre que le dejó una delgada cicatriz con forma de «C» en la ceja izquierda. El nombre y destino del tipo nunca se mencionaban. A Esther le gustaba imaginar que tuvo un final lento y doloroso luego de que Rosemary lo dejó; quizá se lo comieron unos perros salvajes o lo hirvieron a fuego lento en un enorme perol lleno de aceite.
- Horticultora de oficio, Rosemary tenía la capacidad de hacer que las plantas crecieran con sólo tocarlas. Las flores parecían abrir en su presencia y hacer caravanas a su paso. Los robles en el jardín delantero obedecieron cuando les dijo entre susurros que crecieran. Siempre hubo algo mágico en ella.

Esto último era lo que Esther más amaba de Rosemary. Lo sintió desde que era niña; aun cuando dejó de creer en las hadas, en Santa y las cartas de Hogwarts, siguió sintiendo que un canturreo poderoso emanaba de su madre.

Esther consideraba que la magia las unía, como un invisible cordón de plata que enlazaba sus corazones sin importar la distancia. Era eso lo que hacía que Rosemary fuera a su habitación cuando Esther tenía pesadillas. Lo que hacía que un dolor de cabeza, de muelas o de estómago desapareciera con sólo poner una mano sobre su frente.

Pero luego llegó la maldición, como siempre. A Peter le dio el derrame y se encerró en el sótano. El dinero escaseó. Rosemary comenzó a apostar y, desesperada por no perder, la fue consumiendo poco a poco el miedo a la mala suerte. El lazo entre madre e hija comenzó a marchitarse y volverse frágil hasta morir. Esther no amaba menos a su madre, pero la magia comenzó a decaer, y de forma lenta pero segura Rosemary se volvió profunda y horriblemente *humana*.

Y en el mundo había pocas cosas peores que los humanos.

Rosemary se levantó del sofá con un salto y abrazó a Esther casi hasta asfixiarla mientras sostenía a un impasible Fred bajo el brazo. El aire que la rodeaba olía a salvia y a cedro. En su ropa estaba prendido el aroma de la artemisa y el clavo. En su aliento había un dejo a poleo. Todas ellas, hierbas que supuestamente previenen la mala suerte. Rosemary Solar olía como una bruja, y por eso casi todos en el vecindario pensaban que lo era; quizá ella también prefería pensar eso de sí misma, pero Esther sabía la verdad.

—Estaba tan preocupada —dijo Rosemary, retirando el cabello empapado de la cara de su hija—. ¿Dónde estabas? ¿Por qué no contestabas el teléfono?

A Esther le gustaban el contacto físico y la preocupación, por lo que sintió el deseo de hundirse entre los brazos de su madre y dejar que la consolara como cuando era niña, pero las desgastadas propiedades analgésicas de aquellas manos no bastaban para compensar que la dejara abandonada otra vez, así que se alejó de ella.

—Quizá si hubieras pasado por mí como debías, no me habrían *asaltado brutalmente* de

regreso a casa. —El robo de Jonah no contaba realmente como asalto, pero Rosemary no necesitaba saber eso. A veces, a Esther le gustaba hacerla sentir culpable.

—¿Te asaltaron?

—Me *asaltaron brutalmente*. Debiste ir por mí.

—Vi un *gato negro* —respondió Rosemary con gesto contrito.

Esther sintió, no por primera vez, el dolor de aquella extraña atracción-repulsión que había definido la relación con su madre en los últimos años. La atracción que la incitaba a acercarse a Rosemary, que la hacía desear acariciarle la mejilla y asegurarle que todo estaría bien. Y al mismo tiempo la repulsión, esa cosa oscura que destilaba ácido en sus entrañas, porque no era justo. No era justo que su madre se hubiera convertido en eso. No era justo que todos los Solar estuvieran condenados a vivir con miedos tan ridículos.

—Ve a decirle a tu padre que estás bien —dijo Rosemary al fin.

Esther fue hacia el montacargas de la cocina y, tomando la pluma y la libreta que siempre estaban ahí, escribió una nota que decía: «Estoy bien. Por favor, ignora cualquier mensaje anterior que dijera lo contrario. Te extraño. Con amor, Esther». Luego enrolló la nota, la puso en el montacargas y tiró de las poleas para enviar el pequeño ascensor hasta el sótano. Hace mucho, mucho tiempo, quizá fue usado para transportar madera para la caldera; ahora solamente servía para comunicarse.

—Hola, Esther —se escuchó entre ecos la voz de Peter Solar subiendo por el tiro un minuto después—. Me alegra saber que ya no estás desaparecida.

—Hola, papá —respondió ella—. ¿Qué estás viendo esta semana?

—*Mork & Mindy*. No la vi cuando la transmitieron originalmente. Muy divertida.

—Qué bien.

—Te quiero, corazón.

—Yo también te quiero. —Esther cerró la puerta del montacargas y fue a su habitación, haciendo chisporrotear los cientos de velas del pasillo con las gotas de agua que caían de su cabello y su ropa. El cuarto se veía como uno de esos refugios nucleares de película postapocalíptica en los que resguardan todo el arte del Louvre, el Rijksmuseum y el Smithsonian, para tratar de salvar lo más posible de la humanidad. La mayoría de los muebles pertenecieron a sus abuelos: el negro armazón metálico de la cama, el escritorio de teca, el baúl tallado que su abuelo compró en algún lugar de Asia, las alfombras persas que cubrían casi todo el suelo de madera. Todo lo que pudo rescatar de aquel pintoresco hogar. A diferencia de las paredes del resto de la casa, casi vacías salvo por los interruptores con cinta, las lámparas y las velas, las de su habitación estaban cubiertas por pinturas enmarcadas, gobelinos de la India y libreros clavados en la pared, de manera que el tapiz rojo apenas alcanzaba a verse.

Y los disfraces. Disfraces por todas partes. Disfraces emergiendo del armario. Disfraces en distintos niveles de desarrollo, colgados del techo. Disfraces sostenidos con alfileres sobre tres maniqués vintage; enormes crinolinas, brillantes vestidos negros y tiras de un cuero verde tan suave que se sentían como chocolate derretido en las manos. Plumas de pavo real, tiras de perlas y relojes de bolsillo de latón, todos con horas distintas. Una máquina de coser Singer, la de su difunta abuela, cubierta por retazos de seda y terciopelo listos para ser convertidos en patrones. Una docena de máscaras colgadas en cada uno de los postes de la cama. Una cajonera completa dedicada a maquillaje: frascos de diamantina dorada, sombra de ojos turquesa, pintura blanca para el rostro, látex líquido y labiales tan rojos que quemaban al verlos.

Eugene solía negarse a entrar en ese lugar porque tanto desorden hacía que la habitación se viera más oscura de lo que en realidad era, pero también porque el interruptor de la luz no estaba pegado con cinta en el encendido, y en teoría, en cualquier momento podría ser apagado por un espíritu vengativo, si tal era su deseo. (A Eugene le preocupaban mucho los espíritus vengativos. Era algo en lo que pensaba frecuentemente. Muy frecuentemente).

Esther dejó su canasta en el suelo y se quitaba la capa mojada cuando notó una presencia parada junto a un perchero cargado de cosas en la esquina más lejana de la habitación. Hephzibah Hadid estaba medio escondida entre un montón de bufandas, con los ojos muy abiertos y el gesto de un fantasma que ha sido descubierto accidentalmente.

—Por Dios, Heph —dijo Esther, llevándose las manos al pecho—. Ya hablamos de esto. No puedes andar acechando por aquí.

Hephzibah la miró apenada y salió de su rincón.

Durante los primeros tres años de su amistad, Esther estuvo legítimamente convencida de que Hephzibah era su amiga imaginaria. No hablaba con nadie, y los maestros nunca la regañaban porque no hablaba con nadie; simplemente flotaba alrededor de Esther y la seguía a todas partes, lo cual no le molestaba porque era una niña profundamente desangelada y con muy pocos amigos.

Todo en Hephzibah era larguirucho y delgado: cabello larguirucho y delgado, brazos y piernas larguiruchos y delgados, y tenía ese estilo de ojos pálidos y pestañas cenizas a la Bar Refaeli.

Antes de que Esther pudiera quitarse la capa, Hephzibah se lanzó hacia ella y la abrazó con brusquedad —una rara muestra de afecto— antes de volver a la esquina y lanzarle una mirada de «¿Qué pasó?». En la década que llevaban de conocerse, se habían vuelto muy buenas en la comunicación no verbal. Esther sabía que Heph era capaz de *hablar* —una vez la oyó dirigiéndose a sus padres—, pero Hephzibah la descubrió escuchándola y no le había hablado durante un mes después de eso, o más bien no *no* le hablaba. Como sea.

—Jonah Smallwood me robó. ¿Recuerdas al niño en el grupo de la maestra Price que me engatusó para que me enamorara de él y luego desapareció?

Hephzibah le lanzó una mirada sucia que Esther interpretó como «Sí, me acuerdo», y luego le hizo señas para preguntarle:

—¿Te engatusó de nuevo?

—Sí, así fue. Me quitó cincuenta y cinco dólares y se robó el brazalete de mi abuela, mi teléfono y un dulce de frutas.

—Hephzibah se veía furibunda—. Ya sé, lo del dulce de frutas fue un golpe muy bajo. Yo también estoy furibunda.

—Pero sí iremos a la fiesta, ¿verdad? —preguntó a señas. Con todo y lo buenas que eran de niñas para comunicarse, al llegar a la adolescencia se volvió claro que necesitarían un sistema ligeramente más complejo que la mímica, así que los padres de Hephzibah pagaron para que los tres, Heph, Eugene y Esther, aprendieran Lengua de Señas Estadounidense.

Esther aún no quería ir a la fiesta. Desde antes no quería ir. Las fiestas implicaban gente, la gente implicaba ojos, y los ojos implicaban escrutinio, meterse en su piel como gorgojos juzgones, y ser juzgada implicaba hiperventilar en público, lo cual sólo la llevaría a ser *más* juzgada. Pero Heph se cruzó de brazos y señaló con la cabeza hacia la puerta de entrada, un gesto

que Esther interpretó como «Esta es una petición amistosa no negociable».

—Ugh, bueno. Deja que me arregle.

Hephzibah sonrió.

—Quizá deberíamos llevar a Eugene —dijo a señas.

—Es cierto. Si mamá sale... No podemos dejarlo aquí solo.

Además de no tolerar estar a oscuras, Eugene no soportaba estar solo en casa durante la noche. Cuando estás solo, ciertas cosas vienen por ti... o eso decía él.

Así que Esther fue a buscar a su hermano.

La habitación de Eugene era la antítesis de la de ella: paredes vacías y nada de muebles más allá de su cama individual colocada al centro del cuarto, justo debajo de la lámpara de techo. Eugene estaba tendido sobre el delgado colchón, leyendo, rodeado por una docena de lámparas y el triple de velas, como si fuera su propio funeral. Y en cierto sentido, lo era. Eugene se desvanecía cada noche al ponerse el sol y era remplazado por una criatura hueca que se movía silenciosamente por la casa, intentando absorber cada partícula de luz posible a fin de que su piel brillara lo suficiente para alejar la oscuridad.

—Eugene, ¿quieres ir a una fiesta?

—¿Dónde? —preguntó él, despegando la mirada de su libro.

—En la antigua planta de níquel. Habrá fogatas.

Según Eugene, el fuego era la única fuente de luz confiable, y lo adoraba más que un cavernícola. Nunca salía de la casa sin su linterna, baterías de repuesto, un encendedor, cerillos, yesca, estopa con aceite, varitas para encender una fogata, un arco de fricción, pedernal y varios iniciadores de fuego. Gracias a los Boy Scouts, desde los ocho años era capaz de crear una pequeña fogata desde cero. Eugene sería un excelente elemento para cualquier equipo de sobrevivientes del apocalipsis, de no ser por el molesto hecho de que no podía estar afuera sin luz desde el crepúsculo hasta el amanecer.

Eugene asintió y cerró su libro.

—Voy con ustedes a la fiesta.

Esther se puso un disfraz de Merlina Addams y luego salieron, los tres adolescentes más extraños del pueblo: una fantasma que no podía hablar, un chico que odiaba la oscuridad y una chica que se vestía como alguien más para ir a cualquier parte.

La planta de níquel apareció frente a ellos una hora después, un castillo de metal y óxido cuyo interior brillaba como brasas por la fogata encendida en sus entrañas, con sombras moviéndose en las ventanas sin cristales al ritmo de los adolescentes que bailaban alrededor de las llamas como polillas.

—Vamos, enrarezcamos ese lugar —dijo Esther mientras avanzaban hacia la bodega.

A veces, algunos artistas hacían exposiciones y proyecciones de películas *avant-garde* y las parejas hípsters iban a tomarse fotos de boda, pero por lo general solamente la usaban los imitadores de Banksy y los adolescentes que buscaban emborracharse los fines de semana. En la entrada se había colocado una malla ciclónica temporal, como si eso fuera suficiente para contener a una horda de adolescentes rabiosos en busca de fiesta en el último fin de semana de las vacaciones de verano. Una esquina ya había sido cortada con pinzas y abierta de par en par. Eran

como zorros colándose al gallinero: siempre encontrarían la manera de hacerlo.

La música sonaba desde unas bocinas portátiles. El eco de la bodega amplificaba las risas y los parloteos. A unos cuatro metros de la malla, Esther chocó contra el campo de fuerza. Heph y Eugene avanzaron cinco pasos más antes de notar su ausencia. Ambos se detuvieron y la miraron.

—Adelántense —dijo Esther—. Voy a quedarme aquí a tomar aire por unos minutos.

Heph y Eugene se miraron, pero no dijeron nada. Hephzibah no hablaba, así que eso no tenía nada de raro, pero Eugene tampoco dijo nada, porque eso lo convertiría en un maldito hipócrita del tamaño del mundo.

—Tómate tu valor líquido y allá te esperamos —dijo al fin. Luego entrelazó su brazo con el de Heph y siguieron caminando hacia la bodega.

—De acuerdo, ansiedad social —anunció Esther para sí misma, abriendo una de las botellas tibias de vino tinto que incautó de la colección de su madre—, es momento de que te ahogues.

Dio tres tragos. El sabor que le dejó en la boca era algo entre exótico y podrido, pero no le importó porque los adolescentes no beben alcohol por sus deliciosas cualidades. Lo beben porque es una herramienta útil para ser más cool, más gracioso y menos raro al tratar con gente.

Lo peor es que la ansiedad no sólo afecta tu forma de pensar, de hablar y de comportarte frente a los demás. También afecta el latido de tu corazón, tu respiración, lo que comes y cómo duermes. La ansiedad se siente como si te enterraran un gancho en la espalda, con un pico en cada pulmón, uno en el corazón y otro en la médula, y su peso te obliga a inclinarte hacia adelante y te arrastra hacia las turbias profundidades del suelo marino. La buena noticia es que, después de un tiempo, te acostumbras a eso. Al ahogo, a la sensación de estar al borde de un ataque cardíaco que te sigue adondequiera que vayas. Lo único que tienes que hacer es tomar uno de los picos que sobresalen por debajo de tu esternón, darle una sacudida y decir «A ver, idiota. No nos estamos muriendo. Tenemos cosas que hacer».

Esther intentó poner en práctica eso. Respiró profundamente unas cuantas veces y luchó por expandir los pulmones contra la presión de las costillas, pero eso no ayudó mucho porque la ansiedad es una zorra. Así que tomó más vino y esperó a que el alcohol enfrentara a sus demonios, porque ella era una chica de diecisiete años completamente cuerda y saludable.

El chico de la fogata

Esther caminaba de un lado a otro a la entrada de la bodega, balanceándose sobre una viga oxidada caída del techo y lanzando miradas de vez en cuando hacia las enormes sombras que se dibujaban en el concreto por la luz titilante de la fogata. Consideró entrar a la fiesta. Quizá incluso *quería* hacerlo. Se bajó de la viga, abrió el agujero en la malla y se quedó ahí, intentando obligarse a cruzarla. «Busca a Eugene. Busca a Hephzibah. Estarás bien. Todo estará bien».

Pero en ese momento un grupo de preparatorianos avanzó con pasos de borracho hacia Esther, ella dejó que la malla se cerrara y se fue corriendo hacia la oscuridad como un mapache asustado. No sabía enfrentar preguntas sobre qué hacía ahí, porque no tenía ninguna buena respuesta. ¿Cómo explicar a los extraños que estaban rodeados por un campo de fuerza, una barrera invisible que se extendía sobre las personas desconocidas y que le impedía acercarse a ellas?

Esther subió por unas escaleras podridas y canceladas que llevaban al segundo piso de la bodega, se abrió paso entre los laberínticos pasillos y sacudió un pedazo de suelo para echarse ahí. Le dio un largo trago al vino, y cuando sus ojos se ajustaron a la penumbra, miró alrededor. La luz de la fogata se colaba por los agujeros en el piso. Eugene no podría sobrevivir por mucho tiempo en ese lugar, tanto porque la luz era mínima y temblorosa como porque otros, posiblemente adolescentes, habían estado ahí antes y salpicaron las paredes con pintura roja como si fuera sangre. Las palabras «LARGO LARGO LARGO» se repetían una y otra vez en manchones hechos con los dedos. A Eugene le daría un ataque de pánico o ardería espontáneamente.

Esther siempre fue *ligeramente* más valiente, y quizá estaba un poco tomada, así que se tendió de panza sobre uno de los agujeros más grandes con vista a la fiesta, haciendo dibujos en el polvo y observando una fila de insectos negros que caminó por su brazo hasta llegar a la punta de sus dedos mientras bebía. No le molestaba estar ahí, en la periferia, donde podía observar desde lo alto. Eugene estaba junto al fuego, bebiéndose también una de las botellas de vino robadas a Rosemary. Esther observó a su hermano por un rato, intentando comprender cómo encajaba en aquel extraño rompecabezas social que ella nunca había podido armar.

Eugene tenía una popularidad misteriosa y natural que lo sorprendía tanto como a ella. Debería ser un blanco fácil para los malditos adolescentes: era flaco y un tanto afeminado, se vestía raro y le interesaban profundamente cosas como la demonología, la religión y la filosofía. Era inteligente, callado, introspectivo y amable, y quizá lo más importante de todo, se llamaba Eugene. La preparatoria debería ser una pesadilla para él, pero no era así.

Daisy Eisen intentaba desesperadamente coquetearle, sin darse cuenta de que la mirada de él se desviaba de ella todo el tiempo para posarse sobre un enorme chico negro que contaba una

historia a un grupo de personas al otro lado del fuego. Esther lo miró por un rato, observando sus movimientos, la forma en que trepó a un yunque para asegurarse de que todos pudieran verlo, cómo tomó una bebida en cada mano y les iba dando sorbos mientras contaba su historia loca. Se movía como una sombra chinesca, como un actor en un escenario de siglos pasados. Ella podía ver por qué Eugene estaba tan fascinado.

Y luego el chico se dio la vuelta.

Por segunda vez en ese mismo día, lo reconoció.

Ahí, brillando frente a la tibia luz de la hoguera, estaba Jonah Smallwood. Desde su escondite, Esther alcanzó a ver que el moretón que le cruzaba la mejilla por la tarde ya había desaparecido y la herida en su ceja había sanado, lo cual significaba que era *a)* inmortal o *b)* un maquillista bastante bueno, y ambas cosas parecían poco probables.

Esther no solía tener arrebatos violentos, pero por un segundo consideró estrellar su botella de vino contra la pared para sacarle los intestinos a Jonah con ella. Luego recordó que la sangre estaba en el número cuarenta de su lista casi definitiva, así que tras controlar las ganas de vomitar, decidió que lo mejor era golpearlo. Abandonó la botella, bajó las escaleras, cruzó la malla ciclónica y se dirigió hacia el fuego, con su rabia desanclando temporalmente la ansiedad de su pecho y dotándola de un valor extraordinario.

Jonah no la reconoció de inmediato porque estaba vestida como Merlina Addams, lo cual es el efecto deseado de los disfraces. Confundir. Desorientar. Camuflarse ante los depredadores.

Cuando ya estaba a un metro de él, al fin se dio cuenta. Jonah unió el rostro con el recuerdo de «la chica a la que le robé en la parada de autobús y la dejé a su suerte», y dijo «¡Mierda!». Se bajó a tropezones del yunque, tiró una de sus bebidas y se preparó para correr, pero ya era demasiado tarde. Esther ya estaba ahí. Lo tomó por la botonadura de la camisa y le lanzó un puñetazo. Nunca antes había golpeado a nadie, no realmente, no con la intención de lastimar. Su golpe dio a cinco centímetros del blanco (el ojo izquierdo) e hizo algo así como desviarse suavemente hacia el lado izquierdo de su frente antes de pasar como una brisa ligera por encima de su cabello.

—Me golpeaste —dijo Jonah, como si estuviera completamente anonadado por tal hecho—... ¡en el cabello!

—¡Me robaste mi dinero! ¡Y mi *dulce de frutas*!

—Estaba *delicioso* —enunció cada sílaba de una forma que hizo que el ojo de Esther saltara como el de un villano de caricatura.

Y entonces comenzaron a escucharse las sirenas.

—¡Mierda! ¡Corre! —Aunque ella acababa de darle un golpe bastante lamentable en el lado izquierdo de la cabeza, Jonah dejó el trago que le quedaba, tomó la mano de Esther y la jaló hacia el fondo de la bodega. Lo primero que le vino a la mente a ella fue Eugene, quien no podía correr, no podía alejarse de la luz de la hoguera, pero los policías ya habían entrado y gritaban y lanzaban los haces de luz de sus linternas de un lado a otro. Por todas partes se escuchaban los ladridos de los perros de la policía y los gritos fascinados de adolescentes que conocían la planta de níquel como si fuera su casa, que sabían sus secretos, dónde estaban las grietas, las laberínticas plataformas y los agujeros oxidados en las calderas que eran apenas lo suficientemente grandes para que una persona entrara y se escondiera. Sabían que eran tan rápidos que podrían escapar, así que gritaban, se reían y luego se fueron quedando en silencio mientras la planta se los tragaba uno a uno. Y ahí estaban Esther y Jonah, respirando con dificultad pero en silencio, conscientes

de que aunque estaban corriendo, ya los habían visto y la posibilidad de escapar no era tan grande.

Lo segundo que le vino a la cabeza a Esther fue que no debería estar corriendo. Debía detenerse, darse vuelta, esperar a los policías e identificar a Jonah Smallwood como el delincuente de poca monta que horas antes le había robado cincuenta y cinco dólares y su muy anhelado dulce de frutas. Pero no lo hizo. Corrió y corrió y corrió y Jonah nunca la soltó. Hasta que al fin estuvieron afuera, a la orilla de una arboleda, abriéndose paso entre la maleza. Luego tropezaron y ella cayó encima de Jonah, con la rodilla derecha entre los muslos de él y sus pechos juntos, sin soltarse de las manos.

Un haz de luz pasó sobre sus cabezas. Un perro gruñó. Jonah la jaló del crucifijo (un detalle importante en cualquier disfraz de Merlina Addams), acercándola tanto que la nariz de Esther quedó contra su cuello y no le quedó más remedio que llenarse una y otra vez del aroma de él. No su shampoo, el jabón de la ropa o la colonia (o —seamos honestos, después de todo era un adolescente— su barato desodorante Axe) sino el *suyo*, ese aroma que percibes al entrar a la habitación de una persona o al subirte a su auto y que no huele ni mal ni bien, simplemente huele a ella o él. Su esencia. Normalmente necesitas conocer a alguien por años antes de saber cómo huele realmente. Necesitas diseccionar el perfume, el sudor, el shampoo y el detergente. Pero ahí estaba Jonah, expuesto frente a ella.

Los policías se estaban acercando. Jonah llevó un dedo a la boca de ella y la acercó aún más, intentando que sus cuerpos se redujeran lo más posible, lo cual era complicado porque él era alto y ella ancha, y la sangre de Esther pulsaba tan claramente y con tal escándalo por sus venas que debía ser como un faro en la oscuridad. Mientras se llenaba del olor de él, algo curioso pasó: el garfio enterrado en su espalda se aflojó ligeramente, permitiendo que sus pulmones se expandieran al máximo. Cuando tienes ansiedad, no puedes respirar profundamente. Tus costillas son demasiado pequeñas para dejar que tus pulmones marchitos se expandan a más de la mitad de su tamaño.

Pero por unos tranquilos segundos en la oscuridad, a Esther no le preocuparon los velocirraptores, los jaguares o una inesperada invasión alienígena, sus preocupaciones cotidianas mientras se quedaba dormida cada noche. Ni siquiera le inquietaba especialmente que la arrestaran, porque Jonah no parecía alarmado.

Mientras su nariz seguía en el cuello de Jonah y el dedo de él en su boca, una linterna los alumbró directo a la cara.

Los labios de Jonah se separaron para dar paso a una magnífica sonrisa.

—Buenas noches, oficial —dijo tranquilamente, como si fuera la posición menos comprometedora en la que la ley lo hubiera encontrado—. ¿Cuál es el problema?

—Están en propiedad privada —respondió el policía, que no era más que una voz profunda y una luz flotando en la oscuridad.

—Oh, Dios. Sólo estábamos buscando un sitio para observar a un ave nocturna. Se dice que la extraña lechuza de campanario ha sido vista en... ay, oiga, auch, okey, okey, bueno —exclamó Jonah mientras el policía lo sacaba a rastras por el cuello de la camisa. Luego aparecieron más elementos y Esther también fue levantada de un tirón por una tosca policía (posiblemente exluchadora) y llevada hacia la luz de las lámparas frente a la bodega.

Resultó que Eugene no intentó huir de la policía, así que nadie le puso atención. Estaba

parado junto a una de las patrullas, disfrutando de las luces rojas y azules, con las manos en los bolsillos como si esperara a alguien en Starbucks y no estuviera a punto de ser arrestado.

«Escóndete», le dijo Esther marcando la palabra con los labios, sin hacer ningún sonido. Eugene miró alrededor, se encogió de hombros y luego volvió a la fogata, donde se quedó hasta el amanecer, incapaz de abandonar ese círculo de luz hasta que saliera el sol. La policía no lo notó. A Esther le preocupaba cuando los otros no lo veían. A veces, bajo la luz correcta y si Eugene se acomodaba en cierto ángulo, ella podía jurar que su hermano era transparente. Era como esos extraños recuerdos de la infancia, ¿saben?, esos que no podemos explicar, hechos imposibles o sueños de fuga que recordamos a medias. Un libro que se cayó de un librero sin que nadie lo tocara; cuando respiraste bajo el agua; aquella sombra al final del pasillo, con garras, dientes y aterradores ojos blancos. Todo ese tipo de recuerdos eran sobre Eugene. Cuando eran más chicos, si él estaba muy triste o muy asustado, titilaba. Era como si, en vez de ser parte de la realidad, simplemente lo estuvieran proyectando en ella, como si pudiera apagarse a placer.

Un niño hecho de luciérnagas.

Mientras la Ronda Rousey de los pobres la empujaba por la cabeza adentro de la patrulla, Esther vio cómo su hermano desaparecía por un instante. Luego lanzaron a Jonah al asiento trasero junto a ella. Y fue así como, el mismo día en que le robó, Jonah Smallwood acompañó a Esther Solar en su primer arresto.

Resultó que en realidad no estaban arrestados, y debieron imaginárselo por la ausencia de esposas y porque nadie les leyó sus derechos. Los policías los llevaron de regreso al pueblo hasta la estación y los pusieron en celdas separadas, a las cuales se refirieron como «suites de custodia». La de Jonah estaba vacía, mientras que la de Esther albergaba a una mujer muy delgada con una peluca roja que se arrancaba costras del brazo. Se presentó como María, madre de Dios.

Esther intentó explicarle a Ronda la enorme injusticia que se había cometido contra ella, que a Jonah debían detenerlo por robo y a ella liberarla, pero Ronda la ignoró y sólo dijo: «Una llamada».

Esther no tenía su teléfono (obviamente) y no se sabía el número de ninguno de sus familiares salvo el de su abuelo, lo que no ayudaba en nada. Así que llamó al celular de Hephzibah.

Esther: Hephzibah, fui aprehendida por agentes de la ley. Necesito que le digas a mi mamá que venga a sacarme.

Hephzibah: [SILENCIO]

Esther: Asumo que el hecho de que hayas contestado el teléfono significa que lograste escapar de la policía.

Hephzibah: [SILENCIO]

Esther: Sé que mi mamá estará en el casino más o menos hasta el amanecer, pero tienes que decirle dónde estoy, ¿de acuerdo?

Hephzibah: [SILENCIO]

Esther: Además, dejé a Eugene solo en la planta. ¿Puedes, por favor, ir a rescatarlo?

Hephzibah: [SILENCIO]

Esther: Ya me voy a seguir siendo una criminal reincidente.

Hephzibah: [SILENCIO]

Esther: Fue un gusto hablar contigo.

La policía la llevó de nuevo a su celda, y entonces procedió a acostarse barriga abajo en el suelo para no tener que hablar con Jonah, quien estaba sentado con las piernas cruzadas en el extremo más lejano de su jaula, mirándola.

—Yo no me acostaría ahí si fuera tú —dijo Jonah.

—¿Me dejas en paz? —respondió ella.

—Piensa en toda la orina, vómito y sangre que han estado en ese piso. Sabes que no les pagan lo suficiente a los policías para limpiarlo.

—Tiene razón, eh —graznó la madre de Jesús—. Yo oriné aquí la semana pasada.

—La verdad sí huele a orina. —Esther se incorporó e imitó la posición de Jonah, con la espalda recargada contra los barrotes. En ese momento sacaron a Jonah para que hiciera su llamada, la cual, a juzgar por la cantidad de gritos y maldiciones que profirió, fue mucho menos agradable que la de Esther.

—¿Sabes? He estado pensando en ti desde que te robé esta tarde —dijo él cuando volvió a sentarse. El policía en el escritorio más cercano a las celdas le lanzó una mirada por encima de los lentes y enarcó las cejas—. Es una metáfora sobre, eh, algo sexual —explicó Jonah rápidamente. El policía lo miró con desconfianza, pero luego volvió a su celular.

—¿En que quieres perdón por tu terrible crimen? —preguntó Esther.

—Nah, sobre tu familia de raros, de los que hablaste en la primaria.

—Ah. —Esther eligió específicamente la preparatoria East River porque nadie de su antigua escuela (salvo Hephzibah) entraría ahí, y por tanto nadie recordaría su reporte en tercero sobre la maldición de la familia Solar.

—Sí, recuérdame por qué son tan raros. ¿Todos son intolerantes a la lactosa, o algo así?

—Definitivamente es eso. No pueden con la leche.

—Nah, no es eso. Son fobias, ¿verdad? Todos tienen un gran miedo. A las arañas, a las alturas y todo eso. Los maldijo la Muerte misma. Y eso a lo que le tienen miedo es justo lo que termina matándolos.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de eso?

—Te ponía mucha atención cuando tenía ocho años. Mucha, en serio.

Esther se ruborizó y luego le recordó a Jonah las dos reglas de la maldición, que eran:

- La maldición puede caer sobre cualquier Solar en cualquier momento de su vida sin previo aviso, como una enfermedad latente en la sangre, esperando para atacar. Reginald, su abuelo, no le tuvo terror al agua hasta que llegó a los treinta, cuando la Muerte le dijo que un día moriría ahogado. Por otro lado, el miedo de Eugene a la oscuridad se desarrolló desde que era un niño.
- Eso a lo que temes se apoderará de toda tu vida hasta que termine por matarte.

—¿Y tú? —preguntó Jonah—. ¿A qué le tienes miedo?

—A nada.

—No puedes ser única y diferente, y dejar a toda tu familia sola con su maldición. ¿Quieres ser una vergüenza para tu estirpe?

—No es gracioso.

—Sí, me acuerdo de tu exposición. Tu primo le tenía miedo a las abejas. Tu tío, a los

gérmenes. Tu abuelo, al agua. Tu papá era veterinario, y aún no sabía cuál era su gran miedo.

—Ahora ya sabe cuál es su miedo. Tiene agorafobia. No ha salido del sótano en seis años.

—Pues ya ves. Tú también debes tenerle miedo a algo.

—No que yo sepa.

—Claro que lo tienes. Sólo tienes que descubrir a qué.

—Qué inspirador.

—Gracias.

No volvieron a hablar hasta que el papá de Jonah, Holland, llegó a sacarlo (bueno, técnicamente a recogerlo, porque no estaba arrestado). Holland era como Jonah pero más grande e hinchado. Hombros más grandes e hinchados, panza más grande e hinchada, cabello más grande e hinchado.

—Hola, papá. ¿Podemos llevar a Esther a su casa? —preguntó Jonah mientras la Ronda Rousey de bajo presupuesto lo liberaba de su cautiverio. Holland miró a Esther de arriba abajo con ojos de molestia y se dio vuelta para irse, lo cual al parecer significaba «sí», porque Jonah dijo: «Vamos».

El auto de Holland era una camioneta familiar de los ochenta en color calabaza, con asientos de cuero tan rotos que a Esther le dejaron las piernas arañadas, quien no dijo nada al respecto y se limitó a dar indicaciones para llegar a su casa. Cuando bajaron la velocidad frente a la vieja casona victoriana, Jonah dijo: «¡Jesús Horacio Cristo!». Su casa, como siempre, emanaba luz y proyectaba las largas sombras de los robles hacia la calle. Los ojos turcos susurraban en la brisa, cantando suave y ominosamente sobre el terrible destino que caería sobre cualquiera que les deseara el mal a los Solar y se atreviera a acercarse demasiado. Esther salió de la camioneta antes de que se detuviera por completo. Por esto nunca invitaba a sus amigos de la escuela a visitarla.

—¡Espera, Esther! —gritó Jonah. Ella no esperó pero él era más rápido, así que la alcanzó entre los árboles—. Oye, tengo algo para ti. Vendí el brazalete y me acabé el dinero, pero te regreso esto. —Metió una mano en su bolsillo y le entregó su teléfono.

—Vaya, gracias.

—Lamento haberte robado.

—Sí, claro.

—Nos vemos, Esther.

—No si puedo evitarlo.

Jonah le lanzó un beso y se fue corriendo hacia la calle, donde la camioneta de su papá ya empezaba a alejarse.

Esther desbloqueó su teléfono. No había nada. Todas sus fotos, sus aplicaciones, sus contactos, borrados. Lo habían dejado completamente en blanco, restaurado a la configuración de fábrica y listo para venderlo en el mercado negro. Sólo había un contacto guardado. Decía «Jonah Smallwood» y estaba acompañado de un emoji de corazón rojo junto a su nombre y teléfono. Su dedo se lanzó al botón de «Borrar». No debes conservar teléfonos de truhanes que te robaron y te dejaron a tu suerte en una parada de autobús, o que te plantaron el día de San Valentín a los ocho años, aunque se parezcan a Finn de *Star Wars* y se vistan como el Fantástico Señor Zorro y huelan a deliciosa colonia.

Esther no supo bien por qué conservó su número, pero probablemente tenía algo que ver con el hecho de que se imaginó que nunca volvería a ver a Jonah Smallwood.

Sólo pasarían dieciséis horas y siete minutos antes de que esa suposición demostrara estar completamente equivocada.

Series de luces y asesinos seriales

La casa, como Esther ya lo esperaba, estaba iluminada pero sola. Fue a la cocina y hurgó en los cajones en busca de la libreta donde Rosemary anotaba todos los teléfonos para casos de emergencia. Los conejos, pequeños, grises y nerviosos, saltaban entre sus pies, esperando que les diera de comer. Como casi todo lo que Rosemary llevaba a la casa (el té de manzanilla con el que se lavaba las manos antes de ir a jugar a las máquinas, las hojas de salvia que llevaba en la cartera, las monedas que cosía a su ropa, la herradura, ese maldito gallo duende), los conejos eran para la buena suerte. La mayoría de la gente simplemente cargaba una pata de conejo, pero a su madre le parecía que para qué comprar sólo una pata si puedes comprar un conejo completo y tener el cuádruple de suerte sin derramar sangre.

Esther le habló a Rosemary desde el teléfono fijo, pero no contestó, así que revisó todos los cuartos de la planta baja; su madre no estaba en ninguno de ellos. Rosemary pensaba que la casa estaba embrujada, pero la verdad es que los únicos fantasmas dentro de esas paredes eran sus propios padres. (Eso no significaba que Esther iría a husmear a la planta alta; así es como inician las películas de terror). Intentó comunicarse con Eugene y Heph a sus celulares, pero ambas llamadas se fueron directo al buzón.

Lo que hizo a continuación fue prueba de lo mucho que amaba a su estúpido hermano. Buscó su bicicleta abandonada en el garaje, infló las llantas, decoró el aparato con media docena de lámparas que sacó de la habitación de Eugene, y luego se envolvió pecho y torso con una serie de luces, para mayor seguridad. ¿Alguna vez han visto una película de terror donde alguien locamente envuelto en una serie de luces sea asesinado? Claro que no. Nadie quiere asesinar a la gente ridícula. Provoca que los policías hagan demasiadas preguntas. Además, nadie se olvidaría de haber visto a Merlina Addams envuelta en una serie de luces. Los asesinos quieren vagos y prostitutas. Gente de aspecto irrelevante que nadie recordará haber visto y que nadie extrañará.

Y nadie se olvidaría de haberla visto a ella.

Afuera, la madrugada estaba oscura y tranquila. Esther pedaleó despacio al pasar por el 7-Eleven, porque era prácticamente lo único que quedaba abierto y por tanto el único lugar en el que se registraría su «última vez que se le vio» si alguien decidiera asesinarla. Le daba demasiadas vueltas a esto. Por ejemplo, ¿y si Jonah Smallwood se convertía en la última persona en verla con vida (además de su asesino, obviamente)? ¿Qué pensarían los policías al ver el borroso video del circuito cerrado del 7-Eleven que la mostraría en su bicicleta con una serie de luces enredada sobre su pecho? ¿Concluirían simplemente que estaba loca de atar y que se había ido pedaleando hasta un acantilado para aventarse de ahí? Probablemente. Tardarían meses en encontrar su cuerpo mutilado. Quizá años.

—Gobiérnate, Esther —masculló.

Las luces del 7-Eleven se perdieron de vista y la dejaron recorriendo lóbregas callejuelas y luego ya ni siquiera eso conforme se internaba en la parte industrial del pueblo, adonde ya sólo iban asesinos seriales y adolescentes borrachos.

—Púdrete, Eugene —repetía mientras pedaleaba tan rápido como podía, con la cabeza agachada y el corazón martilleándole en el pecho—. Púdrete, Eugene. En serio, Eugene, púdrete.

Cuando al fin llegó a la planta, la luz al interior ya se había apagado. No quedaban llamas ni adolescentes alegres ni sombras bailando en las ventanas. Esther dejó la bicicleta y trepó la malla ciclónica; las luces que rodeaban su pecho eran apenas unos puntos en la profunda oscuridad. Dos cuerpos estaban agazapados juntos cerca de lo que quedaba de la hoguera, ya no más que un montón de brasas cerca de apagarse. Hephzibah tenía un brazo sobre los hombros de Eugene y le susurraba algo al oído, quizá cantaba, para mantenerlo en calma mientras la luz de las brasas se apagaba. Alrededor, Eugene había colocado un círculo de seguridad hecho de lámparas que apuntaban hacia ellos, como una isla de luz entre las sombras. Si un extraño los hubiera encontrado, bien podría haberlos confundido con espíritus: una chica lívida de cabello cenizo y vestido pálido que cantaba suavemente canciones de amor y muerte, y un chico vestido como un recuerdo casi olvidado, tembloroso en esa luz fantasmal.

Cuando Eugene era más joven probó con la terapia un par de veces, cuando su familia aún tenía dinero para cosas como esa, antes de que Rosemary comenzara a entregar a las máquinas tragamonedas todo el dinero que les quedaba. Pero la vehemencia con la que creía en sus locuras, la congruencia de las mismas, lo preciso de los detalles con los que describía a los monstruos que veía en la oscuridad... bueno, fueron demasiado para todos los terapeutas que visitó. Las cosas que les contaba les llenaron la cabeza de horrores medio olvidados que vieron, escucharon o sintieron cuando eran niños, cosas de las que habían pasado toda su vida convenciéndose de que no eran reales, cosas que la mayoría de la gente había logrado no notar ya después de cierta edad. Y entonces se les aparecía ese niño de no más de once, doce, trece años, quien casi lograba convencerlos de que esos recuerdos imposibles eran reales.

Nadie dormía con la luz apagada después de una sesión con Eugene Solar.

Hephzibah vio a Esther a la entrada de la bodega, le ofreció una enorme sonrisa y la llamó agitando una mano, pero ya no volvió a hablar ni a cantar, no cuando ella estaba tan cerca. A Esther le molestaba que Heph pudiera susurrarle a Eugene pero no a ella, que él supiera cómo era su voz, *de verdad*, y ella no. A Esther le tomó un par de años darse cuenta de que Hephzibah estaba enamorada de él. Que aquella magia que alguna vez ardió con fuerza dentro de su madre seguía viva en Eugene, y que su encantamiento sobre Heph había logrado lo que ningún terapeuta: hacerla hablar.

—Gracias por volver por él —le dijo Esther.

—Cuando quieras —respondió Heph con señas.

Esther se sentó al otro lado de Eugene y lo rodeó también con el brazo, dejándolo protegido entre ambas para que, como siempre, los demonios las comieran a ellas primero. Se quedaron ahí, acurrucados uno contra el otro hasta que amaneció, Heph y Esther con las manos entrelazadas en la espalda de Eugene y los dedos de él sosteniendo un vástago de milenrama que arrancó del jardín de Rosemary, intentando sin éxito darse valor con el dulce y fuerte aroma de la ortiga del diablo. Cuando el cielo al fin se iluminó, se levantó y fue hacia el pardo amanecer

inhalando profundamente, molesto consigo mismo, exhausto y sobre todo impactado, como siempre, por haber sobrevivido otra larga noche en la oscuridad.

—Ven, hermoso fenómeno —dijo Esther, poniéndose de puntitas para apoyar la barbilla en el hombro de su hermano. Aunque se veían distintos, sentían distinto y casi no estaban de acuerdo en nada, para ella era imposible pensar en Eugene como algo menos que la otra parte de su alma —. Vámonos a casa.

La muerte de las langostas tamaño de caballo

Cuando los mellizos al fin volvieron a su casa, Rosemary no les preguntó dónde pasaron la noche, porque Rosemary no estaba ahí. Su padre, Peter, escuchó las pisadas y los llamó desde abajo, pero no le respondieron. Esther le envió una nota por el montacargas. La mayoría de los chicos se meterían en problemas por ignorar a sus padres, pero no era como que Peter fuera a salir del sótano para regañarlos.

Años atrás, Eugene hizo una serie de pruebas en un intento por sacar a Peter de su guarida y pasó una semana:

- Detonando las alarmas contra incendio y fingiendo ahogarse con el humo al borde de las escaleras del sótano.
- Cocinando docenas de rebanadas de tocino y dejando el plato al pie de las escaleras del sótano.
- Lanzando bombas pestilentes por las escaleras del sótano.

Pero, oh, sorpresa, Gollum no salió de su cueva y los chicos Solar dejaron de temer a los castigos de sus padres por ambos flancos.

Lo que perdieron en Peter Solar fue un hombre que amaba el senderismo, la poesía y llevar a sus hijos al zoológico, donde les explicaba, a detalle, cada proyecto de conservación en proceso. Un hombre que los llevaba a ventas de garaje y les compraba binoculares para ir en excursiones de una semana para observar pájaros. Un hombre que les enseñó a jugar ajedrez, les leía cuentos por la noche y se sentaba junto a su cama a acariciarles el cabello cuando se enfermaban.

Peter Solar. Su padre. Esa fue la persona a la que perdieron.

Eugene llevó una cobija al jardín trasero y se acostó en lo que alcanzaba a colarse del sol entre los robles, abandonándose a un sueño intranquilo. Las criaturas que iban por él mientras dormía odiaban la luz, o eso decía él, así que cuando *lograba* dormir, cosa que no ocurría frecuentemente, solía hacerlo bajo el sol. Esther dormitó en su cama, entrando y saliendo de ese sopor que provoca dormir de día, que te hace pensar que Jonah Smallwood (corazón rojo) te envió un mensaje preguntándote qué es la navarrofobia.

JONAH SMALLWOOD ♥:

¿Qué es navarrofobia?

Esther se incorporó de golpe. Jonah Smallwood leyó, y seguía leyendo, su lista casi definitiva de

las peores pesadillas.

Antes de responder, fue a sus contactos y borró el estúpido corazón junto a su nombre.

ESTHER:

Miedo a los maizales. Devuélveme esa lista **inmediatamente**. Ni siquiera vuelvas a mirarla.

JONAH:

¿En serio te dan miedo todas estas cosas?
Algunas son bastante tontas.
¿Quién diablos le tiene miedo a las polillas?

ESTHER:

NI. SIQUIERA. LA. MIRES.

JONAH:

Bueno, bueno. Te la llevo en la noche.

ESTHER:

Ponla en el buzón y luego borra mi teléfono
y ve a que te abduzcan los alienígenas y
no vuelvas jamás a este planeta.

JONAH:

La miré. No pude evitarlo.

A lo cual Esther respondió con cinco filas de emojis enojados antes de volver a dormirse.

Rosemary los despertó a mediodía y los llevó a visitar a su abuelo, Reginald Solar, a Lilac Hall, un edificio que lucía como si alguna vez hubiera sido una prisión pero ahora olía ligeramente a queso y fuertemente a muerte. Si Tim Burton y Wes Anderson hubieran tenido un hijo no reconocido y ese hijo se convirtiera en un arquitecto/diseñador de interiores que se enfocara exclusivamente en construir/decorar asilos tristes, el Asilo y Centro de Rehabilitación Lilac Hill sería su obra maestra. Brillantes suelos verde olivo, sillas de vinil naranja y tapiz con pequeñas langostas rosas por todas partes pese a que *a)* el pueblo estaba a una hora de la costa, y *b)* la mayoría de los residentes no ganarían en una pelea a muerte cuerpo a cuerpo con una langosta.

En sus años mozos, Reginald Solar pudo haber hecho pedazos a una langosta del tamaño de un caballo, pero eso fue antes de que la demencia lo agarrara mientras dormía. (Él sostenía que no hubiera podido clavarle las garras de haberlo encontrado despierto).

Avanzaron por los pasillos demasiado iluminados hacia la habitación de Reg; Eugene deslizándose silenciosamente de una ventana a otra por si hubiera un apagón repentino. En una mano, como siempre que estaba en edificios poco fiables (o sea, edificios que no tenían los interruptores con el encendido asegurado con cinta, además de un generador y un generador de

respaldo), llevaba una linterna industrial negro con amarillo, la misma que Peter solía llevar consigo en consultas a domicilio cuando aún salía de la casa.

El pasillo estaba flanqueado por unas ostras vacías con forma de personas, todos agazapados en sus sillas de ruedas y con un aspecto ya borroso, como si las arañas hubieran comenzado a tejer sus telas entre sus cabellos.

—Podría controlar este lugar con un pequeño ejército de langostas —masculló Esther para sí misma—. Treinta o cuarenta langostas cuando mucho, y yo sería la reina. —Entre más pensaba en ellas, en sus pequeños ojos, sus muchas patas, la forma en que se movían, cuánto daño harían sus tenazas, más incómoda se sentía. Si Jonah no le hubiera robado su lista casi definitiva de las peores pesadillas, quizá ella habría agregado a las langostas, sólo por si acaso.

Y ahí estaba Reginald Solar, alguna vez un rudo detective de homicidios y ahora el poseedor de un cerebro inoperante en un cuerpo con piel semejante al papel. A Esther siempre le sorprendía que su abuelo se viera peor cada vez que lo veía. Como si fuera una estatua de barro a la intemperie que cada que llovía se desgastaba un poco más, dejando su cuerpo erosionado y a sus pies un charco de todo lo que alguna vez fue. Llevaba una boina roja, la última que su abuela le tejió antes de morir, y estaba sentado en su silla de ruedas frente a un tablero de ajedrez, jugando (y perdiendo) contra nadie.

—Hola, abue —dijo Eugene, sentándose en la silla vacía frente a Reg.

Reg no dijo nada, no pareció notar su presencia, sólo siguió mirando el tablero hasta que hizo el único movimiento que le era posible: el que lo llevaría directo al jaque mate.

—Siempre ganas, viejo nabo —masculló hacia Eugene.

Técnicamente Reginald seguía vivo aunque su alma había muerto años atrás, dejando un delgado cadáver que se iba arrastrando lenta y penosamente hacia la tumba.

—Cuéntanos sobre la maldición —dijo Eugene mientras reacomodaba las piezas en el tablero. Pese a todo lo que había abandonado su cabeza en desbandada, Reg aún podía describir con total claridad las contadas veces que se encontró personalmente con la Muerte, así que esa era la única pregunta que le hacía Eugene.

—La primera vez que conocí al Hombre Que Sería La Muerte... —comenzó a decir trabajosamente, con voz rasposa y mirada perdida. La historia se había vuelto algo mecánico, carente de la gracia y la pasión de antes, aunque las enfermeras decían que era un milagro que recordara cualquier cosa—. La primera vez que lo encontré —repitió, intentando que sus labios y su lengua formaran palabras que su cerebro ya no reconocía— fue en Vietnam.

Reg se pasó la tarde repitiendo lentamente la historia con tanto detalle como siempre: la humedad de la jungla, los brillantes colores de Saigón durante la guerra, la dulzura del chocolate caliente vietnamita, y el Hombre Que Sería La Muerte, un joven con el rostro cacarizo, tan acabado por la guerra como el resto. Eugene se acomodó en una silla junto a la ventana, con los delgados párpados cerrados frente al sol. Esther estaba en el suelo con la cabeza sobre una almohada y su cuerpo envuelto en una capa de plumas de halcón porque ese día era la valquiria Freya, diosa nórdica de la muerte.

Estas son las cosas que recordó sobre su abuelo mientras lo oía hablar:

- La manera en que el resto del mundo solía verlo como un temerario detective de homicidios, pero para ella sólo era Abue, el hombre que cultivaba orquídeas y dejaba que ella tomara

algunas flores aunque nadie más tenía permitido hacerlo.

- La manera en que le gustaban sus únicos animales favoritos, las aves, hasta que Florence Solar rescató a un cachorrito (que Reg definitivamente no quería quedarse). La forma en que el cachorrito lo seguía por todo el invernadero mientras trabajaba en sus orquídeas, y la forma en que fingía odiar que el perro estuviera obsesionado con él. La forma en que dejó al perro sin nombre y la forma en que se refería a él, sólo como «Lárgate», pero lo dejaba que dormitara en sus rodillas cuando él veía televisión y que durmiera al pie de la cama todas las noches.
- La manera en que se reía. La manera en que echaba la cabeza hacia atrás cuando algo le parecía especialmente gracioso. La manera en que se limpiaba el ojo derecho con el índice cuando terminaba de reírse, fueran lágrimas de felicidad o no.

El recuerdo de la risa fue, quizá, lo que puso más triste a Esther. No tenía grabado aquel sonido, y cuando Reg se fuera, sólo sobreviviría como un destello en su memoria imperfecta, donde podría degenerar o incluso ser olvidado por completo. Cuando una lágrima escapó de su propio ojo derecho, Esther usó el índice para limpiarla y repitió el fragmento de la risa de su abuelo una vez más, ya sin estar segura de qué tan cierto era.

Cuando la historia terminó, Esther se levantó, se estiró y plantó un beso en la frente cerúlea de Reg, quien le preguntó si era un ángel o un demonio que iba por su alma, y fue entonces cuando lo dejaron.

La maldición y la parca

Al final de la tarde, el sol comenzó su ominoso descenso entre las montañas, como una bola de níquel al rojo vivo hundiéndose en el cielo, y el hogar de los Solar se preparó para otra noche en las trincheras. Otra batalla contra la oscuridad inexorable. Un procedimiento que se realizaba cada noche desde hacía seis años.

Eugene encendía velas como loco, moviéndose por los pasillos de la casa armado con cerillos y su encendedor favorito, un dragón que lanzaba llamas por el trasero. Era un proceso largo. De vez en cuando se asomaba por la ventana y decía: «Mierda, carajo, maldito ocaso», o algo parecido, y volvía a presionar desesperadamente la lengua del dragón hasta que cagaba fuego azul directo de sus intestinos. Ocasionalmente le preguntaba a Esther qué hora era y ella revisaba su teléfono y decía «cinco treinta y dos» o «cuarto para las seis». Y cada que le daba un número, sin importar cuál fuera, Eugene maldecía y comenzaba a moverse más aprisa, encendiendo velas sin siquiera tocarlas, con toda la iluminación que había guardado en su piel saltando por la punta de sus dedos hacia los pabilos. No mucha gente podía encender una vela con pura fuerza de voluntad, pero Eugene Solar sí podía. Al final toda la casa se llenó del zumbido de la electricidad y el brillo de las velas, y el aire olía a pabilos quemados y cera derretida.

El papel que a Esther le tocaba interpretar en ese ritual psicótico era el de personal de seguridad: cerraba todas las ventanas y cortinas, echaba líneas de sal en los umbrales y se aseguraba de que la puerta principal estuviera bien cerrada con llave. Estaba por terminar esta última tarea, con una mano a centímetros del cerrojo, cuando se escucharon varios golpes desde el otro lado de la puerta, lo cual fue alarmante. Todos en el vecindario sabían que no debían ir a su casa (nadie abría nunca), lo cual significaba que la persona que llamaba a la puerta era, casi sin duda, un invasor violento. Esther estaba indecisa y consideraba sus opciones (llamar a la policía, tomar un cuchillo de la cocina, atrincherarse en el sótano con su padre), cuando el violento invasor habló.

—¡Esther! ¡Abre, Esther! —dijo una voz conocida.

Jonah Smallwood estaba en la entrada, sollozando. Esther se arrodilló para asomarse por la rendija para el correo.

—No voy a volver a caer en eso —advirtió—. Si me robas mi dulce de frutas una vez, es tu culpa; si me robas mi dulce de frutas dos veces...

—¡Abre la maldita puerta! —exigió Jonah.

—Mete la lista por la ranura y...

Jonah golpeó de nuevo la puerta.

—¡Es una emergencia!

Lo que una persona con ansiedad escucha: «Vine a matarlos a ti y a toda tu familia». Esther lanzó una mirada por encima de su hombro, pero Rosemary y Eugene habían desaparecido, tragados por la casa tras el primer toquido. No saldrían de sus escondites hasta que no hubiera riesgo alguno.

Así que, sabiendo que el peligro era sólo para ella, y sintiéndose *bastante* segura de que Jonah no tenía tipo de asesino, inhaló profundamente y abrió la puerta.

—¡La golpeé con mi motocicleta! —dijo Jonah mientras entraba corriendo. Entre las manos llevaba lo que Esther primero pensó que era una *ushanka* mojada, uno de esos peludos sombreros rusos, pero en realidad era una gatita muy magullada. Afuera, la motocicleta color crema de Jonah estaba volcada sobre las raíces de un árbol con las llantas girando aún.

Claramente, la gatita no estaba respirando.

—Creo que está muerta —comentó ella, colocando las manos suavemente sobre las de Jonah.

—¡No está muerta! —Él alejó a la gatita y se la llevó al pecho.

—¿Qué quieres que haga?

—Tu papá es veterinario, ¿no?

—Jonah, mi papá no... Él no ha salido del sótano desde hace seis años. No creo que haya visto a un desconocido en todo ese tiempo.

Había que reconocerle a Jonah Smallwood que eso no le pareció ni la mitad de extraño de lo que le parecía a la mayoría de las personas que escuchaban sobre la condición de Peter Solar.

—¿Dónde está el sótano? —preguntó, y ella lo llevó hasta la puerta naranja por la que su padre cruzó la fría mañana de un martes hacía seis años y por la que nunca volvió a salir. Bajaron las escaleras, con las plumas de la capa de ella levantando montones de pelusas de la madera. Incluso allá abajo, las luces estaban pegadas con cinta aislante desde aquellos tiempos en que Eugene aún visitaba a su padre.

El sótano que ahora era la vida entera de Peter se veía como un lugar del que una persona no ha salido por seis años. Las paredes estaban cubiertas por metros y metros de tela roja, de manera que el espacio tenía una vibra como de fumadero de opio. Los únicos muebles eran los que se habían quedado ahí el día en que decidió que nunca podría salir. Una mesa de tenis, un sofá de moda en los ochenta, cuatro bancos altos que no combinaban y una televisión en blanco y negro, todos rodeados del típico desorden de un sótano: una escalera, tres lámparas, un montón de juegos de mesa, bolsas de ropa vieja que llevaba años esperando ser llevada a la beneficencia, palos de golf, una guitarra, dos árboles de Navidad de plástico (ambos decorados e iluminados durante todo el año; a Peter le encantaba la Navidad), el tocadiscos de Reginald y docenas de endeble torres de libros y periódicos.

Seis años atrás, Esther pensaba que esto era cool. Miraba el sótano y veía la Sala de los Menesteres de Harry Potter y creía que su papá era un excéntrico mago que merecía un puesto en Hogwarts. Ahora podía percibir el débil aroma a piel humana que no ha tenido contacto con el sol desde hacía media docena de años, podía ver la fina capa de grasa que cubría esa tumba en que se había convertido la vida de su padre.

Peter Solar bajó una tarde cuando Esther tenía once años para instalar el segundo generador que Eugene había solicitado. Quizá estaba profundamente triste por su hermano, el tío Harold, quien recientemente había perecido ante su miedo a los gérmenes, o quizá el horror de sufrir un derrame lo había orillado a buscar el confort de la oscuridad, o quizá simplemente ya le tocaba

ser víctima de la maldición. Fuera lo que fuese, lo que pasó fue lo siguiente:

Al pie de las escaleras le dio un ataque de pánico y de pronto no pudo subir más allá del segundo escalón. Esa tarde, Peter renunció a su trabajo, contrató a un plomero para que hiciera funcionar el escusado del sótano, ordenó suficiente comida enlatada para sobrevivir durante dos apocalipsis y juró nunca volver a la superficie.

Ese juramento, hasta entonces, no se había roto.

Peter estaba sentado en el sofá con una bata y pantuflas a cuadros, bebiendo un licor hecho en casa y escuchando villancicos. Antes de su confinamiento, siempre andaba impecablemente arreglado, con el cabello relamido hacia atrás y su puntiagudo bigote bien peinado. Durante el primer año procuró mantener su buen aspecto. Luego la gente dejó de visitarlo. Primero sus compañeros de trabajo y luego sus mejores amigos, y al final también lo hizo su hermana. Lo dieron por perdido casi desde el principio. A Esther, Eugene y Rosemary les tomó dos años más, pero al final ellos también dejaron de visitarlo. Era demasiado doloroso ver su transformación en cámara lenta para convertirse en un monstruo.

Ahora Peter Solar era un loco. Tenía el cabello crespo y enredado. La barba desarreglada y con algunas canas. Habiendo sido esbelto, ahora era enorme; no exactamente gordo, sólo ancho y gigantesco. Esther pensaba que parecía algo salido de una leyenda. Un vikingo tras un largo y solitario viaje por el mar, acabado por el sol y la sal.

El lado izquierdo de su rostro estaba colgado y había comenzado a petrificarse, y su mano izquierda se había contraído hacia su cuerpo. Los doctores pensaban que había sido otro derrame, peor que el anterior. Pasaron tres meses antes de que alguien lo notara. Peter podía sentir que algo andaba mal, pero tenía tanto miedo de salir del sótano que nunca se atrevió a pedir ayuda. Tres meses. Dos derrames. Era difícil estar ahí abajo sabiendo eso. Tanto como Esther lo amaba, cada que lo veía (que ya no era frecuentemente) le recordaba al hombre que solía ser. El hombre al que ella no pudo salvar.

Habían pasado varios meses desde la última vez que se atrevió a echar un vistazo hacia las ruinas de su padre.

—Papá... —dijo, y él se dio vuelta, con la luz iluminando el lado petrificado de su cara. Peter tenía sus ojos. O más bien, ella tenía los ojos de su padre; ojos que contenían tormentas. Ojos que le rompían el corazón a Esther.

Jonah ya estaba abriéndose paso entre las pilas de trastos hacia él.

—¡La golpeé con mi motocicleta! —exclamó, acercando a la gatita al pecho de aquel loco.

Hacía mucho tiempo que Peter no interactuaba con un desconocido. Y aún más desde la última vez que ejerció la medicina. Esther intentó recordar esa ocasión final en que vio a su padre atender a un animal. Los mellizos tenían diez o quizá once años, y los había llevado a pasear en bicicleta al parque cerca de su casa. En el camino, Esther encontró a un pájaro en una cuneta, herido y dejado a su suerte tras ser atropellado por un coche.

El gorrión estaba muy mal, y pensándolo bien, probablemente Peter sabía desde el principio que iba a morir, pero no se atrevió a decírselo a su hija. En cambio, tomó al pájaro entre sus manos y lo llevó a casa, donde se quedaron juntos toda la noche, sólo ellos dos, alimentándolo y dándole calor y reposo. Esther llamó Lucky al ave. Murió por la mañana, pues su pequeño corazón no logró seguir latiendo, y Peter sentó a su hija sobre su rodilla mientras ella lloraba en su hombro.

No mucho tiempo después de eso, Peter se fue al sótano y todo cambió.

Esther se preguntaba si a su padre le daría un ataque de pánico por esa súbita e inesperada invasión de su lugar seguro, pero no fue así. Sin acercarse más, desde las sombras vio que Peter dejaba su potente ginebra y pasaba la mirada de ella a Jonah y a la gatita en sus manos y le ordenaba a Jonah (lentamente, con sus palabras un tanto arrastradas por los derrames) que le acercara su maletín médico de abajo de un montón de periódicos. Esther observó a su padre encontrar el lugar del sangrado y detenerlo, observó cómo reactivó un pulmón colapsado, lo observó darle analgésicos a la gatita, coserle una herida, acomodarle una pata rota y dijo, aunque no podía estar cien por ciento seguro, pero sí bastante convencido, que no tenía más heridas mortales, sólo una fuerte contusión que podría provocarle daño cerebral irreversible. Los primeros días serían difíciles, pero tenía probabilidades de sobrevivir. Todo esto lo hizo con una sola mano y con la ayuda de Jonah en lo que él no podía hacer.

—Pon la mano aquí, muy suavemente —dijo Peter. Jonah puso una palma sobre las delicadas costillas de la gatita. Su mano se movió de abajo hacia arriba y de arriba abajo al ritmo de la rápida respiración del animal, que lloriqueó atontadamente al sentir el contacto.

—Parece feral —comentó Peter mientras con su mano buena le entregaba la gatita envuelta en trapos a Jonah, quien la tomó y la sostuvo como si estuviera hecha de cristal—. Su pelo está enredado, está desnutrida y tiene una infección en el ojo. Esther —dijo, volviéndose hacia su hija—, seguro tenemos sustituto de leche de gato en el garaje. ¿Podrías subir a buscarlo?

El primer instinto de Esther fue decir: «¿Qué te hace pensar que sabes algo sobre el mundo de allá arriba?», pero era la primera vez en más de media década que su padre mostraba interés en algo más allá de la puerta naranja que llevaba al sótano. Así que dijo: «Claro», y dejó a Jonah, que ahora mecía a la gatita herida como si fuera un bebé, sentado junto a su padre en el sillón ochentero.

Durante la siguiente hora, Peter le enseñó a Jonah cómo darle a la gatita el suplemento caduco de leche, cómo limpiar sus ojos infectados, cómo quitarle las pulgas y los nudos del pelo y asegurarse de que su temperatura fuera cálida y que no dejara de respirar.

Esther observaba a Jonah con cautela. Su padre había perdido todo. Perder más a manos de un pillo sería imperdonable. Por eso mantenía los ojos en los largos dedos del chico, asegurándose de que no se metieran en los bolsillos de la bata de su padre o se acercaran al reloj de oro que rodeaba su muñeca, pero a Jonah no parecía importarle nada que no fuera la gata. Tras un rato, Esther logró relajarse. Se sentía extrañamente... tranquila.

—¿Puedes llevártela a tu casa? —le preguntó Peter a Jonah.

—Nah. No creo que sea buena idea —respondió mientras le acariciaba la naricita al animal—. No es un buen lugar en este momento.

—Yo creo que a Esther no le molestaría ayudarte a cuidarla aquí.

Y fue así como le endosaron la responsabilidad de cuidar a la estúpida gata de Jonah, a la que él nombró Pulgoncé Knowles.

Naturalmente.

Antes de que dejaran el sótano, Peter apoyó su mano buena sobre el hombro de Esther.

—Fue bueno verte —dijo. Por un momento, pareció considerar darle un abrazo a su hija,

pero tras dudarlo, simplemente levantó su vaso de ginebra a manera de brindis.

—Fue bueno verte también —respondió ella, obligándose a sonreír. En su cabeza repetía «Perdón, perdón, perdón», aunque no sabía bien por qué se disculpaba. ¿Por no visitarlo más a menudo? ¿Por pensar, en los días en que más extrañaba al hombre que solía ser, que sería más fácil explicar su ausencia si simplemente se hubiera muerto?—. ¿Quieres subir a cenar?

Era el turno de Peter para obligarse a sonreír.

—Quizá la próxima vez.

Esther quería salvar a su padre con todas sus fuerzas, sacarlo de la muerte a medias en que se había convertido su vida. Cada que él le recordaba que nada podría salvarlo, el corazón de Esther se rompía un poco más.

—¿Quieres quedarte a cenar? —le preguntó a Jonah cuando salieron del sótano porque no sabía de qué otra forma podría reconfortarlo por posiblemente haberle causado daño cerebral a una gatita, lo cual no es algo que quieras cargar en tu conciencia. Y fue así como el día después de que él le robara en la parada de autobús y los agarrara la ley, Jonah conoció a su familia y los acompañó a la mesa, donde Esther tuvo que retirar dos lámparas y una docena de velas y raspar varios años de cera acumulada para hacer espacio para su plato. Él no dijo nada sobre su padre afincado en el sótano, nada sobre los interruptores sellados con cinta, nada sobre cómo Eugene ponía la mano sobre la flama de una vela y la dejaba ahí por un rato casi excesivo, sin mostrar mayor reacción cuando su piel comenzó a arder y ampollarse. Lo que *no* le estaba saliendo tan bien era *no* quedarse mirando al gallo posado sobre el hombro de Rosemary.

En la lista de cosas extrañas en esa casa, Fred, el enorme gallo negro con un encendido penacho de plumas que le salía del trasero, era sin duda una de las más raras. Rosemary se lo compró a la mujer lituana de la tintorería por mil dólares tres años atrás, y desde ese momento Fred se había dedicado a sembrar el terror en la casa. ¿Por qué alguien pagaría mil dólares por un gallo? Porque, de acuerdo con la mujer que lo vendió, Fred, el gallo, de hecho no era un gallo: Fred, el gallo, era un Aitvaras, un duende sobrenatural capaz de llevar buena suerte a quienes vivieran con él.

Fred, hasta ese momento, no había hecho mucho más que ser un gallo, pero eso no evitaba que Rosemary creyera con todas sus fuerzas que traería «riqueza y sustento» al hogar si lo trataban bien y que al morir se perdería entre las llamas de su propia combustión espontánea.

Jonah masticó lentamente sin quitarle la vista de encima a Fred. Fred también lo miraba, meciendo la cabeza de lado a lado, porque eso es lo que hacen los gallos.

—Cuéntame, Jonah —dijo Rosemary, entablado ese tipo de plática que surge cuando ya no tienes nada que hacer después del sexo—, ¿qué haces en tus ratos libres?

—Maquillaje de efectos especiales, más que nada —respondió Jonah con la boca llena de lasaña de establecimiento ligeramente quemada, la especialidad de Rosemary—. Heridas de bala, cortes en la frente y moretones, y eso. —Jonah le lanzó un gesto apenado a Esther, quien lo miró con los ojos entrecerrados y la lengua presionada tras sus dientes. *Pedazo de porquería*. Así que la mejilla hinchada y la cortada en su ceja en la parada de autobús sí eran falsas.

—Qué habilidad más conveniente —dijo Esther despacio.

—Es útil a veces —respondió Jonah con un guiño.

—¿A eso quieres dedicarte cuando seas grande? —preguntó Rosemary.

—Mamá, no tiene siete años.

—Perdón, ¿cuando te gradúes?

—Sí, supongo que me gustaría trabajar en películas. Practico cuando puedo con tutoriales de YouTube. En este momento estoy aprendiendo a hacer prótesis, como las narices falsas de *El Señor de los Anillos*. Mi papá lo odia, dice que no ganaré dinero con eso, pero de cualquier modo estoy ahorrando para ir a la escuela de cine sin que él lo sepa.

—Oh, Esther hornea postres para ahorrar para la universidad. ¿Tienes trabajo?

—Eh... es más como una cosa *empresarial*.

Esther no logró contenerse.

—O sea, que le roba a pobres incautos en las paradas de autobús.

Jonah pareció apenado, pero se encogió de hombros.

—Al menos sabes que lo que te robaron es para una causa noble.

En ese momento, Fred decidió endemoniarse y se bajó del hombro de Rosemary para hacer un escándalo descomunal al centro de la mesa (probablemente porque Pulgoncé estaba dormida en el regazo de Jonah y por tanto recibía más atención que él). Volaron velas y lámparas. Los platos terminaron rotos en el suelo, y sus alimentos a medio terminar regados por la mesa, el piso y las paredes. Fred graznó y aleteó al terminar su trabajo infernal, y luego se fue a la cocina para aterrorizar a los conejos.

Cuando se fue, Rosemary pasó las manos sobre la cera y la lasaña tiradas, con los ojos cerrados.

—Se acerca algo grande —anunció con tono ominoso—. Esto es un mal augurio.

—Un mal augurio para mi estómago —agregó Eugene, que de rodillas recogía su cena del suelo.

—Será mejor que te vayas —le dijo Esther a Jonah.

Como era de esperarse, no protestó.

La noche era tibia y llena de humedad. Los grillos chirriaban en los robles. Los ojos turcos cantaban suavemente.

—¿Alguna vez sientes que odias a tu familia? —preguntó Esther.

Jonah soltó una risita.

—Todo el tiempo. Creo que puedes amar a alguien y aun así no estar de acuerdo con lo que hacen. Tu familia... es rara, pero te ama.

—Ya sé.

—Entonces, ¿de qué se trata esto? —dijo él mientras sacaba la lista casi definitiva de las peores pesadillas que le robó en la parada de camión. Tenía seis años de existencia y estaba desgastada de las orillas y con una escritura apenas legible, más parecida a las patas de una araña. Esther detallaba sus miedos (3. *Cucarachas*). La letra mejoró un poco en el registro que hizo con tinta verde un día antes de que Jonah le robara la lista (49. *Polillas y / también los hombres polilla*). A lo largo de los años había ido pegando con cinta más papel y trozos de cartulina de colores a fin de tener espacio suficiente para consignar todas las cosas que le parecían lo bastante atemorizantes como para un día convertirse en su mayor miedo. Había fotografías, pequeños diagramas,

definiciones impresas de Wikipedia y mapas de calles/ciudades/países/océanos que debía evitar a toda costa.

—Los miedos no pueden convertirse en fobias si los evitas, y las fobias no te pueden matar si no las tienes —explicó, recuperando el frágil documento. La lista era un mapa de vida de los últimos seis años: la oscuridad aparecía en el número dos, casi cuando Eugene desarrolló su fobia a la noche. Las alturas eran el número veintinueve, luego de la primera vez que fueron a Nueva York y a ella le dio un ataque de pánico en lo alto del Empire State. Miedo a miedo, Esther había construido una lista de todo lo que la maldición podía usar para atraparla, cada debilidad que podía aprovechar para colársele en las venas. No podía vivir como Eugene o su padre o su madre o su tía o su tío (cuando aún vivía), o sus primos o su abuelo.

La maldición ya se había llevado a tres Solar:

1. El tío Harold, hermano de Peter, quien tenía miedo de los gérmenes y murió de un resfriado común. Eugene dijo que él mismo lo atrajo tras dos décadas de tomar antibióticos innecesarios, sellar su casa al vacío para que no entrara nada del aire de afuera y usar cubrebocas adondequiera que iba. Su sistema inmunológico era tan frágil por la falta de exposición a las infecciones que un débil virus bastó para llevárselo.
2. Martin Solar, primo de Esther, quien le tenía miedo a las abejas. A los catorce años golpeó un panal en un campamento de verano y mientras intentaba huir de los piquetes cayó a un barranco. Eugene sostenía que fue el barranco el que lo mató, no las abejas.
3. El perro de Reg, Lárgate, le tenía miedo a los gatos, y fue uno de ellos el que lo perseguía cuando se lanzó a la carretera y lo arrolló una pick up.

Sí, los Solar murieron por sus miedos. Esther no podía permitirse caer en un miedo tan profundo que tomara el control de su vida y, con el tiempo, la llevara a su muerte. Así que cada vez que sentía una punzada de temor en las entrañas al pensar en algo, lo ponía en la lista y lo evitaba para siempre. Si no te rindes a la ansiedad, si no te entregas a ella, no puede alcanzarte.

—Intento ganarle a la maldición —dijo—. Intento esconderme de la Muerte.

—No crees realmente en esas tonterías como de vudú.

—¿Que si creo que mi abuelo en serio se encontró varias veces con la Muerte y por eso nuestra familia quedó maldita para la eternidad? —Quería decir que no, pero era difícil mentirle a Jonah Smallwood, con sus ojos enormes y sus labios injustamente carnosos—. Sí, sí lo creo. Eugene piensa que sólo es una historia tonta, y que los Solar tenemos predisposición a las enfermedades mentales, pero... Reg Solar sabe convencer con sus cuentos.

—¿O sea que tu abuelo dice que la Muerte es una persona real?

—Sí. Eran, no sé, amigos o algo así. Se conocieron en Vietnam y se reencontraron algunas veces después de eso.

—Pues ve a buscarlo. Habla con él. Haz que les quite la maldición.

—¿Quieres que vaya a *buscar* a la Muerte?

—Claro. Si realmente crees que la Muerte es un tipo cualquiera que anda por ahí, alguien que *conoció* a tu abuelo, bien puedes encontrarlo y hablar con él.

—Eso tiene muchísimo sentido.

—¿Por qué el primer lugar está vacío? —La tinta del número uno se había corrido por una

vieja mancha de café, y el dígito estaba medio comido por polillas (de ahí su aparición en el número cuarenta y nueve de la lista, esos bastardos peludos), pero no había ningún miedo anotado ahí.

—Un gran miedo —explicó—. Esa es la maldición. Un gran miedo que controla tu vida y luego te la quita. Mi abuelo le tiene miedo al agua. Mi papá, a salir de la casa. Eugene, a la oscuridad. Mi tía, a las serpientes. Mi mamá, a la mala suerte. Si dejo ese espacio vacío, y pongo todo lo demás debajo...

—¿Nada te puede tocar?

—Exactamente. La lista me mantiene viva. No le tengo más miedo a una de estas cosas que a otra. Son como una represa. Una especie de dique para evitar que se acerque el gran miedo.

—¿Ya se te olvidó Katrina? Los diques se rompen.

—Gracias, doctor Phil.

Jonah bajó las escaleras del porche y se dirigió hacia los árboles, donde estaba su moto. Esther lo siguió.

—¿Adónde te fuiste? —le preguntó—. Cuando desapareciste.

Jonah se encogió de hombros.

—Me cambié de escuela. Eso hacen los niños.

—Todo se puso muy mal después de que te fuiste. La gente volvió a ser cruel, sin ti ahí.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Estábamos en el grupo de la maestra Price.

—Nadie nos hablaba ni a mí ni a Heph. Antes de que llegaras, los niños me decían lo fea que era. Cabello rojo, miles de pecas. Iban a molestarme por siempre. Y Hephzibah era un blanco aún más fácil. Los niños la hacían tropezar y la golpeaban, sólo para intentar obligarla a hablar. Nadie se sentaba cerca de nosotras; decían que mis pecas y su mutismo eran enfermedades y no querían que se les pegaran.

—Los niños son imbéciles.

—Luego, un día, durante el recreo, te sentaste con nosotras. No dijiste nada, sólo comiste tu comida y le lanzaste miradas de odio a cualquiera que pasara por ahí, retándolos a molestarnos. En una semana ya eras uno de mis mejores amigos.

—Recuerdo eso. Éramos los fenómenos. Teníamos que estar juntos.

—Luego te fuiste, y Heph y yo volvimos a ser fenómenos solas. Te necesitábamos y desapareciste.

—No sé qué decirte, Esther. —Jonah se pasó una mano entre el cabello—. Lamento no haber estado ahí, pero no fue mi decisión. Tenía ocho años. No era mi deber protegerlas.

Esther pensó en su familia mientras lo miraba alejarse. Eugene moriría a causa de la oscuridad. Su padre moriría en el sótano. Su abuelo se ahogaría. Y uno de estos días, Rosemary Solar se cortaría con un espejo roto, tropezaría con un gato negro o pasaría bajo una escalera y algo muy pesado la aplastaría momentos después.

Un gran miedo que controla tu vida. Un gran miedo que te la quita. No había forma de escapar de ese destino y no había forma de salvar a los miembros de su familia del suyo; eso era algo que el abuelo de Esther le había dicho desde pequeña.

A menos... *A menos...*

—¿Por dónde comenzarías? —le preguntó deprisa a Jonah mientras él sacaba su motocicleta de entre un montón de raíces de árbol—. Si buscaras a la Muerte. Si quisieras encontrarlo para pedirle un favor, ¿por dónde comenzarías?

Jonah se detuvo para pensar y luego le respondió con otra pregunta.

—¿Qué vas a hacer mañana?

Esther consideró mentir. Sería muy fácil decir: «Me iré a Nepal a terminar la preparatoria y aprender las costumbres de los sherpas», y dejar que Jonah se olvidara de su existencia. Pero recordó, en ese momento, su aroma la noche anterior en la bodega, lo real que era y la expresión de tristeza en su rostro cuando pensó que Pulgoncé estaba muerta entre sus brazos, y aunque le había robado y la dejó abandonada y la obligó a caminar tres horas sola bajo la lluvia hasta su casa, no quería despedirse de él. No otra vez. Todavía no.

Así que dijo:

—Buscar a la Muerte.

Y él dijo:

—Me parece bien.

—¿Por qué?

—¿Has escuchado ese dicho de «Haz cada día algo que te dé miedo»?

—Ajá.

—Así es como vamos a encontrar a la Muerte, creo. Todos tienen miedo de morir, ¿no? Quizá eso es lo que atrae a la Muerte. Quizá eso es lo que lo atraerá a ti. El *miedo*. Entonces, eso es lo que haremos: lo encontraremos, hablaremos con él y haremos que retire la maldición.

—¿Y ya no habrá más terrores?

—Ya no habrá más terrores. ¿Te apuntas?

Esther consideró sus opciones. Por un lado estaba la muerte segura, para ella y todos sus seres queridos. Durante seis años había evitado cualquier cosa que le despertara el más mínimo miedo, en un intento por salvar su vida. Mientras evitaras la maldición, no podría matarte, así que lanzarse de frente contra el miedo parecía casi una locura.

Pero había una posibilidad, por pequeña que fuera, de que ella pudiera salvar a todos. Salvar a Eugene de la oscuridad. Salvar a su madre de la mala suerte. Salvar a su padre del sótano. Salvar a su abuelo del ahogamiento... y esa posibilidad valía la pena.

Una pequeña chispa de lo que luego reconocería como valor se encendió en su médula mientras asentía y decía: «Sí».

Aunque la brisa soplaba entre los árboles, Esther notó que los ojos turcos se habían quedado en silencio, como si aprobaran la presencia de Jonah Smallwood en la casa. Cuando se fue, ella agregó *langostas* a su lista, en el número cincuenta, y luego se metió a su casa y se aseguró ocho veces de que todas las puertas estuvieran cerradas antes de irse a la cama.

1/50: Langostas

A la mañana siguiente, Esther despertó temprano y se puso el uniforme amarillo huevo de azafata que usaba su abuela en los sesenta y esperó la llegada de Jonah. Luego anduvo de un lado a otro por toda la casa durante media hora y decidió enviarle un mensaje diciéndole que estaba enferma, porque quizá retar a la Muerte no era una idea tan brillante después de todo.

ESTHER:

Me dio sarampión. Por favor, no vengas.

Jonah no respondió, por lo que asumió que ya se había librado y nunca tendría que volver a verlo, lo cual la dejó sintiéndose aliviada y un poquito... ¿triste? Era el último domingo antes de que comenzaran las clases tras las vacaciones de verano, y debía ponerse a hornear con ganas si quería escapar de la atracción gravitacional de ese agujero negro que era su pueblo, pero una pequeña parte de ella tenía curiosidad sobre él. Una pequeña parte de ella se sentía en paz cuando estaba cerca. Una pequeña parte de ella lo extrañaba cuando no estaba por ahí.

No pasaron ni diez minutos cuando se escuchó el sonido inconfundible de una motocicleta estacionándose afuera de la casa. Esther salió corriendo al porche.

—¿Alguna vez te vistes como una persona normal? —fue lo primero que dijo Jonah al verla.

Esther se miró la ropa.

—Sí sabes que tú te ves como si hubieras ido a comprar ropa usada con Macklemore, ¿verdad? —Luego recordó que estaba *terriblemente enferma* y fingió una tos—. Te lo dije, tengo sarampión.

—No tienes sarampión.

—Estoy *enfermísima* de sarampión.

—No tienes sarampión.

Esther levantó los brazos con gesto de rendirse.

—¡Bien! Es una idea estúpida. No quiero hacerlo.

—Esa no es una excusa que esté dispuesto a aceptar.

—¿Cuál excusa *sí* estás dispuesto a aceptar?

—Que necesitas retapizar urgentemente un sofá.

—Esa es una excusa rara.

—Sí, pero no puedes usarla en este momento, así que esa será. Además, ¿crees que voy a abandonar a mi bebé como si nada? ¿Dónde está mi pequeña Pulgoncé? Dile que ya llegó papá.

—Ugh. Bueno. Pasa. Está en la sala.

Esther creía que el diagnóstico de Peter de una contusión probablemente sería algo más permanente. La lengua de Pulgoncé le colgaba de la boca y tenía la cabeza ladeada, de manera que cuando caminaba (lo cual aún no lograba hacer muy bien con el yeso) se movía en diagonal, como si su cabeza estuviera cargada con arena hacia un lado. Jonah no parecía notarlo. Se sentaron en la sala y él le dio sustituto de leche para gatitos con una jeringa, gota a gota.

Mientras alimentaba a Pulgoncé miró alrededor, observando las paredes vacías, los montones de velas y lámparas en cada esquina de la habitación, la pila de muebles abandonados que bloqueaba las escaleras, las ramas de hierbas secas colgadas en cada ventana y en cada puerta, el conejo que había escapado de los confines de la cocina y ahora mordisqueaba una orilla del sofá.

—Supongo que no reciben muchas visitas, ¿verdad?

—Oh, no, tenemos fiestas a cada rato. Lo que pasa es que la gente siempre nos trae lámparas de regalo. Se está volviendo un problema.

—Déjame ver tu lista —dijo, y ella obedeció. Jonah desdobló con cuidado el papel y lo repasó, haciendo comentarios como «mmm» y «okey» y «no sé bien qué sea eso, pero bueno». Y finalmente—: Carajo, tendré que pensar en este. ¡Eso sí que da miedo!

»Iremos de abajo hacia arriba —anunció y le devolvió la lista a Esther, quien aún no entendía bien qué estaba pasando.

Jonah dejó a Pulgoncé en su cama y le entregó un casco a Esther.

Manejaron por un rato, o papalotearon, si quieren ser más técnicos, y terminaron a las afueras de las afueras de las afueras del pueblo. Hacía calor, pues los restos del verano seguían aferrándose a todo. No había mucho más que campos de hierba dorada por el sol, meciéndose como si estuvieran bajo el mar. Jonah se detuvo frente a un letrero que decía: PROPIEDAD PRIVADA. SE DENUNCIARÁ A QUIEN ENTRE.

—¿Adónde vamos? —preguntó Esther mientras bajaba (con muy poca agilidad) de la motocicleta y lo seguía hacia la maleza más allá del aviso. En ese momento, su cerebro decidió recordarle que el Asesino del Zodiaco nunca fue atrapado, y aunque Jonah era *un tanto* joven para haber matado a ocho personas en los sesenta, para una persona ansiosa la lógica no importa. Buscó las llaves de su casa en la bolsa y las acomodó entre sus dedos por si él intentaba estrangularla. Caminaron durante diez minutos y luego quince por un camino que le arañaba las piernas y le sacaba largos bucles de cabello rojo de su cofia, así que para cuando se detuvieron, Esther se veía como una azafata que había sobrevivido a un accidente aéreo.

Y luego, desde algún lugar cercano, se escuchó el sonido del golpeteo del agua en una playa. La maleza cedió y un lago de agua clara apareció frente a ellos. No había nadie más. Los rayos del sol se colaban entre la niebla matutina que flotaba sobre el agua y le daban a todo un brillo ambarino. La playa de piedras blancas estaba llena de basura del lago: algas, conchas, trozos de vidrio verde pulidos por las olas. El viento silbaba. El agua iba y venía. Era hermoso, si te parecen bellos los comienzos de las películas de terror.

—No vas a matarme, ¿verdad? —preguntó ella, pero Jonah ya estaba organizándose (con suerte, no para matarla). Sacó una GoPro del bolsillo y se la acomodó en la frente—. Me pregunto de dónde sacaste eso.

—Me la encontré —respondió Jonah.

—Claro, te la encontraste en la mochila de alguien.

—Hay mucho prejuicio en tu comentario.

—Simplemente está basado en observaciones y experiencias personales.

—Vamos —dijo él, y luego comenzó a quitarse la ropa, toda la ropa, hasta quedar en bóxers, cosa que Esther *no* haría por *a)* las estrías, celulitis y todas esas cosas aburridas de la imagen corporal, y *b)* no sabía que sería necesario un desnudo parcial y por tanto no se puso su Ropa Interior Muy Linda, la cual reservaba para Posibles Encuentros Sexuales, que hasta el momento sumaban cero. No es que eso contara como un Posible Encuentro Sexual, de ninguna manera.

Esther se acomodó la parte delantera de su vestido.

—Yo me quedo vestida, gracias.

A lo que Jonah respondió:

—Pero no alborotada. Ja, ¿entiendes? ¿Vestida y alborotada? —Luego corrió por la playa y rebuscó entre la hierba hasta sacar un bote pintado de azul claro y blanco, bonito como un pastel de fondant—. Puedes usar esto —dijo cuando volvió junto a Esther, jadeante y con sus ojos cafés llenos de emoción. A Esther le parecía ridículo que alguien con barba y una mandíbula tan fuerte pudiera verse tan joven y vulnerable.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí? —le preguntó.

—Mi mamá solía traernos aquí cuando éramos niños.

Y fue así como, en una cálida mañana a finales del verano, dos días después de que él le robara, Esther Solar remó en un lago con Jonah Smallwood mientras estaba vestida de aeromoza.

En el bote cabían perfectamente dos personas, pero Jonah prefirió ir nadando junto a él, y se fueron alejando más y más y más, hasta que la niebla se tragó a la tierra y sólo quedaron ellos dos, un par de humanos solitarios en el abismo iluminado. El agua era profunda pero clara y Jonah se sumergía de vez en cuando, con la GoPro aún colocada en su cabeza mientras se abría paso entre cardúmenes de peces plateados, su cuerpo apenas una larga sombra en las profundidades. El fondo estaba cubierto de algas ondulantes, de esas en las que suelen vivir los tiburones blancos (lo cual Esther sabía que era improbable en un lago, pero les temía hasta en las albercas) y los extraños sirénidos de Harry Potter. A Esther le alegraba mucho estar en el bote.

Lejos de la orilla había una pequeña isla de afiladas rocas blancas que salía del agua como un diente de tiburón. Anclaron el bote y Jonah se sentó en la orilla, mirando hacia el lecho rocoso. Esther también miró hacia allá y vio docenas de cuerpos con caparazones verdosos y azulados. Langostas.

Langostas de agua dulce. El miedo más reciente en su lista. Jonah iba a ponerle un crustáceo encima.

Esther se palmeó los ojos con tal fuerza que le dolió la piel.

—Ni se te ocurra acercarme una de esas cosas.

—Las langostas son las sirenas de los alacranes —dijo Jonah, y Esther pudo escuchar cómo se movía hacia el agua—. ¿Por qué les tienes miedo?

—Uno: tienen tenazas. Dos: te intoxican. Tres: se parecen a los abrazacaras de *Alien*. Cuatro: tienen ojos de canica. Cinco: ese ruido que hacen cuando las cocinas.

—¿Qué sonido?

Esther imitó el siseo que hacen las langostas cuando las estás cocinando.

Jonah negó con la cabeza (o al menos ella se imaginó que negó con la cabeza, pues aún tenía los ojos cubiertos por sus manos).

—Échate en agua hirviendo, a ver qué sonido haces.

El bote se meció un poco, y Esther se asomó entre sus dedos. En el asiento frente a ella estaba una langosta, mirándola con sus redondos ojos negros. «Mataré a todos los que amas», anunció con voz rasposa en su idioma de langosta. Sus antenas se movían. Esther se levantó de golpe, perdió el equilibrio y cayó al agua de espaldas. Supuso que la langosta estaba complacida. Salió del agua tragando aire desesperadamente, impactada por lo frío del agua, la profundidad y el pánico súbito al pensar que podría haber tiburones de agua dulce en el lago, un cardumen de pirañas, o uno de esos parásitos carnívoros que se te meten por la uretra al orinar y ponen sus huevos en tus riñones o algo así.

—¿Esther? —gruñó una voz baja.

«La langosta», fue el primer pensamiento irracional de ella. «Sabe cómo me llamo». Y luego: «Por lo que más quieras, no te hagas pipí».

Se movió hasta tocar las rocas con los pies y se quitó la cortina de cabello empapado que le cubría los ojos. Las piedras estaban demasiado resbalosas para pararse en ellas, así que se agarró a un costado del bote y se impulsó para trepar. Frente a ella, al otro lado, dos langostas estaban sostenidas como títeres.

Y luego se escuchó la voz de Jonah, con un terrible acento británico que le recordaba el del clérigo de *El pirata y la princesa*:

«Dos langostas, iguales en dignidad,
en este bello lago, donde acontece nuestra escena,
de viejas rencillas surge la rebelión
en la que la sangre ensucia las tenazas del pueblo».

—¿Qué haces? —preguntó ella. Esther casi no podía ver nada de Jonah más que sus largos dedos oscuros mientras hacía que las langostas bailaran, se besaran, se suicidaran dramáticamente (o sea, volvieran de golpe al agua), todo entre versos acuáticamente alterados de *Romeo y Julieta*.

—Langosta Shakespeare —respondió Jonah—. Obviamente.

»Oh, tenaza feliz —dijo Julieta Langosta con su voz chillona y ofensivamente afeminada. A Romeo Langosta ya lo habían echado al agua, donde rápidamente fue hacia las rocas, sin duda ansioso de contar su increíble historia de supervivencia—. Conviérteme en tu vaina, vive en mí y déjame morir. —Jonah fingió que Julieta Langosta se apuñalaba en el pecho con su propia tenaza y la vio caer de espaldas al agua con un suspiro y hundirse, hundirse, hundirse hasta el fondo de arena blanca.

Jonah se impulsó en el bote para salir del agua y apoyó sus brazos en la orilla, imitando la posición de Esther con una sonrisa pícara.

—No eres gracioso —dijo ella.

—¿Entonces por qué sonríes? —preguntó él.

Había que admitir que tenía un buen punto.

Tras verlas despojadas de toda dignidad y resignadas a su destino, las langostas ya no le parecieron tan abrazacarosas. Ambos pasaron la siguiente hora en el agua, Esther completamente vestida, con todo y zapatos. Se sumergían para ver cuánto tiempo podían contener la respiración, cuántas langostas podían capturar sólo con sus manos, cuántas se requerían para cubrir el fondo del bote. Treparon a lo más alto de las rocas y se lanzaron al agua como balas de cañón,

hundiéndose hasta el fondo, con todo el aire expulsado de sus pulmones, y luego esperaron a la Muerte bajo el agua, pero nunca apareció.

Al final, el bote quedó lleno de ojitos negros y antenas temblorosas. Esther y Jonah estaban sin aliento, con los pulmones adoloridos, pero vivos. Cuando la niebla se dispersó, flotaron de espaldas bajo los últimos rayos del sol de verano, y la Muerte siguió sin ir por ellos. A Esther no se le pasó el hecho de que Jonah, la verdad, no era feo, lo cual le pareció más molesto de lo normal, sobre todo porque no debería pensar cosas como «este chico es de ligera a moderadamente atractivo» respecto de una persona que le robó y la abandonó.

Devolvieron casi todas las langostas al agua, menos un desafortunado par. Cuando les dio hambre, remaron hasta la orilla, donde ella encendió una pequeña hoguera en la playa. (Obviamente, Eugene le había transmitido sus conocimientos para encender fuegos). Jonah desapareció y reapareció diez minutos después con una olla, dos platos, cubiertos, velas, una manta de picnic, una hogaza de pan y una selección no poco impresionante de condimentos, con todo y aderezo para langostas.

—Encontré una casa de verano —dijo a manera de explicación.

—Y estaba... ¿deshabitada? —preguntó ella con tono esperanzado.

—Sí. Definitivamente no entré de manera ilegal.

—*Jonah.*

—¿Qué? Solamente tomamos prestadas las cosas, lo prometo. Devolveré todo al rato. Ni siquiera se darán cuenta. Además, las puertas no estaban bien cerradas. La gente que no pone seguro en sus puertas tiene demasiado dinero como para que les importe si les roban algo.

—Sí, o, se me ocurre, viven en un enorme terreno privado y no esperan que nadie se meta.

Debatieron durante un rato si las langostas podían sentir dolor y si era compasivo echarlas en agua hirviendo o si mejor deberían cortarles las cabezas antes o algo así. Como no pudieron llegar a una conclusión sobre formas amables de matar a los crustáceos, los devolvieron al agua. Las langostas corrieron hacia las profundidades tan rápido como sus patitas se los permitieron.

Esther y Jonah decidieron comerse la hogaza de pan con el aderezo para langostas en vez de comerse a las langostas.

—Podríamos hacer esto —comentó Jonah entre bocados—. Cada domingo durante un año. Cincuenta miedos. Cincuenta semanas. Cincuenta videos. —Dio unos golpecitos en su GoPro—. ¿Qué te parece?

—¿Qué estás grabando exactamente?

Jonah levantó un hombro con un gesto casual.

—Quizá puedo usarlos para pedir una beca en la escuela de cine algún día. Así mi papá tendría que dejarme ir.

—Más te vale que yo no vea *nada* de esos videos en internet. Jamás. Prométemelo.

Jonah se llevó una mano al corazón.

Esther pensó en la oferta que él le hacía: la oportunidad de tener compañía en su camino a lo largo de la lista. La oportunidad, por más pequeña que fuera, de vivir sin miedos. Pero el reto era más fuerte de lo que Jonah lo hacía parecer. Para ella la maldición era real, un peso que cargaba todos los días. Lo que la mataría estaba posiblemente en algún punto de esa lista. Evitarlo significaría vivir una larga vida. Enfrentarlo significaba miedo, destrucción, y al final la muerte. Que las langostas no hubieran sido su gran miedo no significaba que las serpientes, las alturas o

las agujas no lo serían, y cuando supiera cuál era su gran miedo, cuando este se apoderara de ella, la consumiría desde adentro.

—El miedo ha arruinado las vidas de todas las personas que amo —dijo al fin—. No quiero ser como ellos. Creo que no quiero averiguar cuál es mi terror. Es mejor vivir con miedo que no vivir.

—¿Y si no le tienes miedo a nada?

—Fuiste tú quien dijo que todos le tienen miedo a algo.

—Sí, pero qué tal que tu gran miedo es algo así como el cometa Halley y te pasas toda la vida evitando todas las cosas buenas sin razón. A mí me parece un desperdicio.

Esther nunca lo había pensado así, y debía admitir que Jonah tenía un punto. Pero aun así, el riesgo era demasiado grande.

—No puedo —dijo—. Simplemente no puedo.

Jonah no tachó el 50. *Langostas* de la lista ahora que ya lo habían vencido. En vez de eso, lo arrancó, se metió el trocito de papel en la boca, lo masticó y se lo tragó.

—Te vas a convencer. Cuando veas el video, te vas a convencer.

La Muerte no fue a su encuentro en la playa ni cuando iban en la moto de Jonah a casa, tampoco más tarde, cuando no se intoxicaron por el aderezo para langostas caduco.

Esto es lo que Esther imaginó: la Muerte se pasó ese día muy ocupado con un coche bomba en Damasco y una viuda bastante obstinada que se negaba a caer en sus redes. Un manto oscuro caía como brea sobre un esqueleto mientras avanzaba silenciosamente por el pasillo de cuidados paliativos de un hospital. Con dos metros y medio de alto, guadaña en mano y un cuervo sobre el hombro, su oscuridad iba llenando el pasillo de piso a techo, pero las enfermeras y visitantes que pasaban junto a él no parecían notarlo.

En su cama de hospital, una mujer de cabello blanco que ya era poco más que polvo vivo, despertó de golpe y observó con ojos muy abiertos algo que más que ver podía sentir. Se estiró para tomar y presionar el botón con el que llamaba a las enfermeras, pero no sirvió de nada. Había llegado su hora. La Parca estaba al pie de su cama, con la capa ondeando como si estuviera bajo el agua aunque no había ni brisa. La mujer levantó una mano hacia la Muerte. Se acercó a él, aceptándolo, lista para el dolor de... ah, no, esperen, de hecho... le pintó dedo.

La Parca pasó la noche junto a la cama de la mujer, golpeteando sus dedos de esqueleto contra el barandal metálico y revisando de vez en cuando su reloj para luego seguir tamborileando los dedos. Lo único que había para leer era una revista barata con las Kardashian en la portada. La Muerte suspiró, la tomó y comenzó a pasar las páginas.

Iba a ser una noche muy larga.

A la mañana siguiente, a Esther la despertó el sonido de alguien tocando en la puerta principal (el timbre lo habían desconectado años atrás, más o menos cuando retiraron el tapete de BIENVENIDOS), un sonido capaz de sembrar el terror en todos los habitantes de la casa. Los sonidos matutinos que llenaban el lugar segundos atrás —el canto de las aves, el chisporroteo de la mantequilla friéndose en un sartén, el tarareo de Eugene— quedaron en silencio, como si la casa misma hubiera dejado de respirar. Era una táctica defensiva, como la que usaría un animal cazado en el bosque. Quedarse quietos. Quedarse en silencio. Esperar a que pase la amenaza. Esa

estrategia normalmente era usada por personas que querían evitar verse atrapadas en conversaciones con religiosos de puerta en puerta o militantes políticos.

Esther también se había hecho parte de ese silencio colectivo. Se quedó quieta en su cama, sin respirar, hasta que los pasos del intruso bajaron las escaleras y cruzaron el jardín sembrado de robles. Luego se escuchó el sonido distante de una motocicleta encendiéndose, ahogado por los árboles y los cristales de la ventana de su habitación. La casa despertó de nuevo. Eugene corrió por el pasillo. Fred cacareó. Rosemary volvió a encender la estufa. Esther imaginó a su madre saliendo a gatas del lugar donde le gustaba esconderse, resguardada en el espacio bajo el fregadero que vació tras ver *La habitación del pánico* por primera vez.

Alguien abrió la puerta principal, lo cual fue seguido por Eugene gritando: «¡Esther! ¡Tienes un paquete!».

Esther salió de la cama y fue a encontrarse con su hermano en la cocina. En una mano tenía una caja envuelta en periódico. En ella había una cita escrita con un grueso marcador negro:

«Todo lo que deseas está al otro lado del miedo».

—Jack Canfield

—Es de Jonah —dijo. Volvió a su habitación y tomó el teléfono. Ya sospechaba lo que encontraría dentro de la caja.

ESTHER:

No voy a ver el video.

JONAH:

¿Por qué no?

ESTHER:

Porque no me convenceré.

JONAH:

Te convencerás. No sabes cuánto te convencerás.

Esther no vio el video. No se iba a convencer.

El bandido del casillero

Esa mañana, Esther preparó su café con Red Bull en vez de agua.

—Quiero entrar a la cuarta dimensión —le explicó a Eugene, quien hizo un gesto de desagrado mientras ella bebía su poción química, sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la cocina. Acomodada sobre una manta de picnic frente a ella estaba la mercancía que planeaba contrabandear y vender esa semana, todo lo que había horneado la noche anterior: una docena de brownies de doble chocolate, mantecadas de menta, dos docenas de galletas, dos docenas de pastelitos de Rice Krispies y un pastel entero de caramelo. Envolvió cada pieza individualmente y metió en su mochila todo lo que cupo.

A finales del año pasado, un pico inexplicable en la obesidad adolescente (pese a los cambios en la cafetería) despertó entre los maestros rumores de que Pastelberg andaba traficando postres a los estudiantes. A Esther no le convenía que la atraparan, pues eso significaría una suspensión, y la suspensión significaría el fin de su pequeño negocio. Durante el último año había tenido una ganancia decente, aunque no suficiente aún para la universidad, para largarse de ahí, pero sí un par de miles de dólares, suficientes para tener un fondo de emergencia.

Cuando la tanda estuvo lista, Esther fue a su habitación y se vistió como Eleanor Roosevelt. Tres filas de perlas en el cuello, el cabello rizado recogido con pasadores, las piernas cubiertas por medias transparentes y unos cómodos zapatos cafés listos para la guerra.

A Esther le gustaba vestirse como las mujeres poderosas; la hacía sentirse poderosa ella misma, como si se metiera en su piel. Había que ser formidable el primer día de clases: ¿quién mejor que Eleanor Roosevelt para enfrentar una batalla? (Bueno, quizá Gengis Kan, pero la idea era sobrevivir al día con la cabeza en alto, no violar y asesinar a todos los estudiantes y apoderarse de sus casilleros por medio de la fuerza bruta para asegurarse de que las generaciones venideras tuvieran su ADN. Eleanor parecía una opción más segura).

De camino a la escuela, Eugene iba más callado de lo normal, lo cual significaba que no hablaba para nada. Cada vez que se detenían en un alto, se llevaba un dedo a la quemadura en su mano, aunque no hacía gestos de dolor. A veces se escondía en las sombras de su cabeza, donde no alcanzaba a llegar ni la luz más brillante. Esther no sabía cómo ayudarlo, así que simplemente puso una mano sobre el brazo de su hermano mientras manejaba, con la esperanza de que eso bastara para comunicarle lo mucho que lo amaba.

En el camino recogieron a Heph, quien fue desde su casa hasta el coche como si flotara, toda alta, enjuta y fantasmal como era.

—¿Cómo estuvo tu aventura con Jonah? —preguntó a señas.

—Ya no le tengo miedo a las langostas —respondió Esther.

Los ojos de Hephzibah se abrieron de par en par.

—¿Funcionó? ¡Fantástico!

—No te emociones tanto. No volveré a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque fue demasiado peligroso tentar así al destino.

Hephzibah le lanzó una mirada de desaprobación, pero Esther volteó hacia otro lado antes de que pudiera decirle a señas algo demasiado emocional o inspirador sobre enfrentar sus miedos.

Mientras Eugene doblaba las conocidas esquinas que los llevarían más y más cerca del terreno escolar, Esther comenzó a sudar. Siempre pasaba eso. Cada día de escuela. Primero el sudor, luego el nerviosismo, luego los latidos acelerados y la mano en su garganta que la ahogaba e impedía que salieran las palabras de su boca. Esther se imaginaba cómo la veían sus compañeros: fea, imperfecta y demasiado rara para tener derecho a existir. Su cabello rojo y sin peinar, cayendo en bucles despreocupados más allá de su cadera porque el largo le daba seguridad y tenía miedo de cortárselo. La piel bañada de pecas, no de esas lindas y discretas sobre las mejillas que tienen algunas personas, sino puntos tan gruesos y oscuros que la hacían parecer enferma. Ropa hecha a mano, con las costuras tan fallidas y deficientes como ella.

En un intento por tranquilizarse, Esther desdobló y leyó la nota que Rosemary le había escrito. La misma que le escribía cada inicio de año escolar.

A quien corresponda:

Por favor, dispense a Esther de participar en todo debate y presentación en clases, así como actividades deportivas. Por favor, no la amoneste ni la señale en clase, no lea sus tareas frente a otros estudiantes y en general no haga nada para reconocer su existencia.

Saludos cordiales,

Rosemary Solar

Esther se aferró a la nota e inhaló profundamente. Un año más de gente mirándola. Un año más de gente riéndose. Un año más de intentos desesperados por desaparecer.

Cuando llegó a la escuela, fue a su casillero antes de la primera clase para guardar sus postres y no tener que andar por ahí todo el día oliendo a criminal con vainilla.

—Maldito bastardo escurridizo —masculló al abrirlo.

Ahí, en medio de su casillero cerrado con candado, estaba un solitario dulce de frutas.

El terrible secreto de David Blaine

El resto de la semana transcurrió así: el martes, Esther puso en su casillero un segundo candado, uno de combinación, que Jonah no pudiera abrir por la cerradura. Por la tarde, descubrió otros tres dulces de frutas en su casillero junto con el brazalete robado de su abuela. No parecía que los candados hubieran sido violados.

El miércoles: su credencial de la biblioteca, un ejemplar de *Romeo y Julieta* de la misma (que ahora tenía dos langostas con ropa isabelina en la portada en vez de gente) y siete dulces de frutas.

El jueves: Eugene ayudó a Esther a sellar su casillero con imanes industriales y un nuevo candado. Para ese momento, la leyenda de Jonah Smallwood, presunto gran ladrón, había corrido por toda la escuela y un pequeño grupo de personas se agolpó afuera del casillero de Esther tras la última clase, esperando descubrir si el pillo había logrado tener acceso ese día. Esther odiaba que la observaran, hasta que se dio cuenta de que no la observaban *a ella*; estaban ahí por el espectáculo de magia. Dentro de su casillero: una docena de dulces de frutas y cincuenta y cinco dólares en un sobre.

—Ese chico es bueno —dijo Daisy Eisen.

—Me da una vibra como de David Blaine —comentó Eugene con tono serio. Los mellizos creían firmemente que Blaine podía hacer magia real.

—Es posible —concedió Esther con una sonrisa.

El viernes: gracias a Dios ya había movido toda su tanda de postres ilegales, porque para ese momento incluso algunos maestros habían ido a ver la apertura de su casillero. Esa mañana lo había sellado con cinta aislante para evitar cualquier violación. El casillero se veía intacto, pero cuando cortó la cinta con unas tijeras de manicure que tomó prestadas de su maestra de literatura, saltó una pequeña avalancha de dulces de frutas que se derramó hasta el suelo. El público vitoreó. Ahí, entre sus libros de biología y matemáticas, estaba la caja aún sin abrir que entregó en su casa la mañana del lunes.

—Estoy segura de que esto ya es acoso —dijo mientras entresacaba la caja envuelta en periódico con una estúpida frase motivacional escrita.

—Sólo si no lo disfrutas —dijo Hephzibah con señas.

—Por Dios, Hephzibah, qué profunda eres. —Precisamente lo estaba disfrutando. Ver las habilidades de Jonah era como tener su propio show de magia cada día.

Esther puso la caja en su mochila y se fue a casa con Eugene y Heph, preguntándose si Jonah Smallwood habría sido salpicado con algún polvillo mágico cuando niño.

Cuando llegó a su habitación, le envió un mensaje a Jonah.

ESTHER:

¿Te metiste a mi casa?

JONAH:

¡No! Tu mamá fue a tu cuarto por la caja y me la dio. No anduve husmeando ni nada.

ESTHER:

¿Cómo sabías que no la había abierto y que decidí no volver a verte jamás?

JONAH:

Porque de haberlo hecho, ya me habrías enviado un mensaje que dijera «Te veo el domingo».

ESTHER:

Qué soberbio.

JONAH:

Abre la caja.

ESTHER:

Más vale que no sea la cabeza de Gwyneth Paltrow.

Esther desenvolvió el periódico. Adentro había una caja, y en su interior una memoria USB.

ESTHER:

¿Quieres meter un virus en mi computadora?

JONAH:

Mi ruin plan ha sido descubierto.

ESTHER:

Casi puedo prometerte que esto no me convencerá.

JONAH:

Palabra clave: casi. Ahora ponte a ver ese maldito video, mujer.

Y así lo hizo. Conectó la memoria a su laptop y cuando se abrió el reproductor, dio clic a reproducir.

El video era corto, dos minutos y treinta y siete segundos para ser exactos, pero hermoso. No sabía de dónde había aprendido Jonah las habilidades cinematográficas para hacer que una grabación de GoPro pareciera un tráiler de película real, pero así era. El fondo estaba borroso y lleno de niebla, pero Esther brillaba como el sol, como un pastel cubierto de mantequilla. Su cabello eran hilos de azúcar. Sus ojos, caramelos azules. Jonah editó la grabación para crear una breve historia. Como si fueran intrépidos exploradores adolescentes, lanzándose a lo desconocido para enfrentar sus miedos.

La mayor parte del tiempo Jonah filmó a Esther sin que ella lo notara. Al flotar en el agua junto al bote, su cabello se extendía como el de una sirena, y se veía especialmente extraña porque estaba vestida de pies a cabeza y con una langosta descansando en cada mano. La diosa de los crustáceos, nuestra señora de los exoesqueletos rígidos. Y luego la última toma: ella, en su porche, con el cabello empapado como un sorbete rojo, las pecas brillando sobre sus mejillas y su sonrisa dirigida a la cámara.

—¿Qué somos, Esther Solar? —Se escuchó la voz de Jonah desde fuera del encuadre.

—Temerarios —respondía ella. Pero no fue ella quien lo dijo, o al menos no recordaba haber dicho esas palabras. Recordaba que le extrañó ver a Jonah comerse el papel, pero esta Esther... esta Esther en la pantalla era parte lobo, su aliento era caliente y sus ojos estaban muy abiertos y llenos de fuego. Nunca antes se había visto así. A veces, cuando se miraba en el espejo, parecía borrosa en las orillas. No como Eugene, no como él aparecía y desaparecía. Sus orillas estaban suavizadas y su color tenue, y a veces unas pequeñas partículas de su cuerpo se soltaban y se iban volando con el viento. Pero en el video no. En el video estaba entera, sólida y la saturación se había subido al máximo, de manera que las pecas en su piel se veían como un montón de hojas otoñales.

«1/50» decía en el último cuadro.

—Cada domingo durante un año —dijo Jonah en el lago—. Cincuenta miedos. Cincuenta semanas. Cincuenta videos. Cincuenta oportunidades de encontrarse personalmente con la Muerte y pedirle que detenga la maldición.

Esther tomó su teléfono y le envió un mensaje de sólo cuatro palabras.

ESTHER:

Te veo el domingo.

2/50: Polillas

El miedo número cuarenta y nueve en la lista casi definitiva de las peores pesadillas de Esther Solar eran las polillas, gracias a sus reproducciones repetidas de *El mensajero de la oscuridad* y *El silencio de los inocentes*, y un encuentro especialmente traumático con una polilla común cuando estaba en la secundaria. (El insecto se le metió a la boca).

Esther estaba en el porche bajo la lluvia, con los codos apoyados sobre las rodillas, vestida como Jacqueline Kennedy Onassis. Su lista casi definitiva de las peores pesadillas estaba abierta junto a ella. 49. *Polillas y / también los hombres polilla* estaba encerrado en un círculo.

Jonah llegó en su motocicleta y corrió bajo la lluvia cubriéndose la cabeza con las manos. A Esther le alivió ver que, de hecho, no se había vestido como el Hombre Polilla, lo cual le agradecía.

—Caray, Jackie O —dijo al verla—. No hay mucha gente en estos días a la que le queden bien los guantes blancos. —Luego se sentó junto a ella, no tan cerca como para tocarla, pero lo suficiente como para que ella pudiera sentir el calor que irradiaba mientras su piel le secaba la ropa mojada. Olía mucho a sí mismo y estaba, como ella, vestido para otra década, con pantalones de pana anaranjados y una camisa de seda azul claro con holanes, con el cabello alborotado en lo alto de su cabeza.

—Estoy bastante segura de que te dije que iba a retapizar un sofá hoy —dijo ella, dándole unos golpecitos a su teléfono. Esther le envió el mensaje al despertar esa mañana con el pánico de tener que verlo de nuevo. Le pareció que valía la pena intentarlo. Al no recibir respuesta, se resignó al hecho de que Jonah Smallwood era un parásito difícil de exterminar, así que fue a sentarse al porche para esperarlo con creciente consternación.

—Y por eso traje esto —aclaró él, abriendo su mochila para sacar una engrapadora industrial y hacerla girar sobre sus dedos.

—¿Alguna vez me dejarás saltarme un miedo?

—Nop.

—¿Qué excusa puedo intentar la próxima semana?

—Tienes que ir a grafitear propiedad pública.

—Eso no es justo. Sabes que no haría algo así.

Jonah sonrió.

—Sí. Ese es el punto.

Corte a: una toma de Jonah y Esther de espaldas, ahora dentro de la casa, arrodillados frente a un sofá destartado. Él se vuelve hacia ella, quedando de perfil, y le dice:

—¿En serio fuiste a comprar un sofá que necesitaba ser retapizado sólo para no tener que

enfrentar tu miedo a las polillas?

Esther volteó a verlo. Sus rostros estaban muy cerca.

—Lo encontré en la calle y lo arrastré dos cuadras hasta mi casa, pero sí.

—Qué asco. Este sofá definitivamente es una escena del crimen.

—Y por eso tenemos que retapizarlo —comentó ella, blandiendo la engrapadora vacía y disparándola dos veces.

Tres horas y media después, Jonah, Eugene y Esther estaban sentados en el sofá retapizado. Era horrendo, una monstruosidad amarilla y llena de bultos y flores. No eran muy buenos en el oficio del retapizado. O quizá eran excelentes, pero el sofá simplemente estaba más allá de toda esperanza.

De cualquier modo, la situación no era buena en el tema del sofá. Pero a Pulgoncé no parecía molestarle. Estaba en el hombro de Jonah, ronroneando como una podadora mientras él jugaba distraídamente con sus orejas. De un lado de la boca le colgaba un largo tentáculo de baba.

Estaban viendo *El mensajero de la oscuridad* y pasándose un tazón de palomitas entre ellos.

—¿De dónde salió este horrendo sofá? —preguntó Eugene entre bocados de palomitas. Esther y Jonah se encogieron de hombros sin quitar la mirada de la pantalla. Estaban en la parte en la que un tipo, Gordon, recibe una profecía de su lavabo acerca de que noventa y nueve personas morirán. Jonah pausó la película.

—¿Quieres que crea que le tienes miedo a un lavabo parlanchín? —preguntó.

—Ese lavabo, con ayuda de las polillas, predijo la muerte de noventa y nueve personas —aclaró Esther.

—No hay que meterse con los lavabos psíquicos —agregó Eugene.

—Ese lavabo rebelde necesita tomarse un tiempo para reconsiderar sus decisiones de vida. Vamos. Basta de procrastinar. Busquemos polillas.

—¿Estás seguro de que no quieres ver primero *El silencio de los inocentes*? —preguntó Esther con tono esperanzado.

—Nah.

—Bueno. Pero si mi lavabo comienza a lanzar profecías, serás el primero en saberlo.

—Oye, Eugene, ¿quieres venir? —dijo Jonah.

—¿Adónde van?

Jonah le susurró algo al oído. Eugene se estremeció.

—Por Dios. No.

Así fue como Esther supo que iba a ser malo.

Llegaron al santuario de mariposas pasado el mediodía. Era una enorme estructura de cristal, como un invernadero, sólo que más grande, y estaba tan lleno de plantas que parecía parte del set de *Jurassic World*. Había una cuota de entrada, pero Jonah dijo: «Ajá, no lo creo», así que buscaron una puerta lateral y pese a las protestas del corazón de Esther, que latía desesperadamente, se colaron sin pagar.

—Que conste en actas que me incomoda profundamente esta descarada violación a las reglas —dijo ella, pero Jonah la hizo callar mientras se colocaba la GoPro en la cabeza.

—¿Podrías guardar silencio un par de segundos y ver dónde estás?

Así lo hizo y vio dónde estaba.

Sobre ellos se extendía un alto techo de cristal, cientos y cientos de trozos sostenidos por un marco blanco. Había un quiosco, un estanque y un pequeño puente que cruzaba un arroyo, una escultura de una polilla desconcertantemente grande, matorrales de helechos y flores, y un área con pasto donde jugaban los niños. Y había mariposas por *todas* partes. La mayoría eran de las anaranjadas, que Esther recordó haber aprendido en la primaria que se llamaban monarcas; eran tantas que hacían que los árboles se vieran como si ya fuera otoño.

Jonah hizo su típica escena: la llevó por todo el santuario y narró cada especie de mariposa que encontraron en una comprensible personificación de David Attenborough, y Esther se rio.

Hasta que llegaron a las polillas.

Las polillas, como las cretinas antisociales que son, tenían su propia sección al fondo del santuario, por dos razones:

1. Las polillas son malvadas y por tanto probablemente planeaban la caída de todas las mariposas más atractivas, y en consecuencia debían mantenerse contenidas como cualquier villano de su calaña.
2. Nadie va a un santuario de mariposas para ver polillas, y las polillas lo saben, lo que sólo contribuye a su maldad general.

Era un círculo vicioso, a decir verdad. El odio sólo genera más odio, pero Esther no podía evitarlo. Las polillas le parecían asquerosas.

Entraron al territorio de las polillas y ella ya iba respirando con dificultad, porque ningún insecto tenía derecho a ser tan *regordete*. Eran enormes, peluchonas y tenían unas patas poderosas y antenas peludas. Había toda clase de especies de distintos tamaños. Incluso había unas de esas mariposas calavera, las que tienen cráneos en la espalda, lo cual para ella era evidencia suficiente de que esos insectos presagiaban la desgracia y no había que meterse con ellos.

Esther hizo su mejor esfuerzo por moverse lo menos posible. Jonah, por su parte, estaba fascinado.

Una polilla blanca y peluda revoloteó hasta posarse en su mano, una bestiecilla con negros ojos de botón. Jonah la acarició, pasando un dedo sobre su lomo, como si fuera un cachorrito miniatura.

—Parece un Pokémon —dijo, acercándosela a los ojos para inspeccionarla mejor—. Tráeme a las águilas —susurró—. ¡Muéstrame lo que es la premura! —Luego la lanzó al aire y se fue revoloteando para hacer sus cosas de polilla, como meterse a la boca de los cadáveres y sembrar el terror en pueblos pequeños.

—Tolkien sabía muchas cosas, pero no tenía ni idea de la oscuridad que habita en las almas de las polillas. Jamás habrían ayudado a Gandalf —dijo Esther—. Es la parte menos creíble de la Tierra Media.

—Tu turno —anunció Jonah, señalando hacia la polilla más grande del lugar, un monstruo café con diseños en las alas que hubieran quedado bien para adornar una pared en Urban Outfitters.

—No voy a tocar esa cosa.

—*That's what she said.*

—Qué asco.

—Anda, no son tan inquietas. No se te va a lanzar a la cara ni nada por el estilo. Son las mariposas de las que tienes que cuidarte.

—Lo haré con una condición.

—Okey.

—Dime cómo entras a mi casillero todos los días.

—Un mago nunca revela sus secretos.

—Menos mal que tú eres un ladrón y no un mago.

Jonah sonrió mientras la enorme polilla avanzaba por su mano, sacudía sus enormes alas un par de veces y se acomodaba.

—Hephzibah me dio la combinación de los candados y me ayudó con la cinta.

—Vaya sabandija. ¿Y los imanes?

—Eugene es un buen agente doble.

—Estoy rodeada de traidores.

Jonah le acercó la polilla.

—Ambos consideran que es muy buena idea que enfrentes tus miedos.

—¡Hipócritas! —gritó ella. Luego se llevó una mano a la boca para *a)* no vomitar, *b)* no hiperventilarse y *c)* no gritar—. Dios mío —exclamó entre sus dedos—. Es enorme.

—De nuevo, *that's what she said*.

—Cállate o te voy a golpear otra vez.

—No podría con tanto dolor. —Tal como hiciera con la otra polilla, Jonah pasó un dedo sobre el lomo de esta. Mirando sus ojos enormes y redondos, Esther pensó que el insecto realmente no parecía *tan* maligno.

—A las pobres polillas les toca lo peor —dijo Jonah—. Todos hablan siempre sobre las mariposas y su efecto. Pero ¿y las polillas? ¿Qué pasa si ellas aletean? A las polillas sólo les toca una película de Richard Gere.

De nuevo acercó el insecto a Esther, y ella dejó que se pasara a su mano; había que reconocerle a la polilla que no hizo más que quedarse ahí tranquila por unos minutos. Cuando al fin Esther admitió que sí, quizá no eran *tan* malas, quizá eran un tanto lindas, Jonah la subió a sus dedos para dejarla en una rama.

—¿Nos vamos? —dijo Jonah.

—¿Ya se acabó la tortura? —preguntó ella—. Excelente.

Mientras avanzaban hacia la salida del mariposario, un niño tropezó y se estrelló contra la base de un árbol, lo que alborotó a las monarcas, convirtiéndolas en una tormenta anaranjada. Parecía como si todo el invernadero se hubiera echado al aire, como si la gravedad se hubiera suspendido por un momento. Los adultos que estaban cerca corrieron a ayudar al niño (claramente vivo) que gritaba, y Esther y Jonah giraron lentamente en su sitio, observando la creciente tormenta de fuego. Ella levantó una mano hacia las llamas simuladas, tan brillantes y encendidas que se preguntó si se quemaría. Se movían como aves lentas, girando hacia el sol como una sola criatura. Una mariposa se posó sobre sus dedos extendidos, y luego otra y otra, antes de ser arrastradas por el tornado.

Pasaron unos minutos antes de que todas las mariposas aterrizaran, devolviéndole de nuevo el otoño prematuro a la vegetación.

—Eso —dijo ella— fue una locura.

—¡Oigan! ¡Oigan, ustedes dos! ¡Deben venir a la oficina y pagar su cuota de ingreso!

—Ay, mierda, corre —ordenó Jonah, que ya se había lanzado hacia la salida.

Esther no era una corredora. Más bien tenía tipo de lanzadora de bala. Pero en momentos en los que era absolutamente necesario, podía improvisar, y dado que una visita ilegal a un mariposario no parecía valer la pena de ir a la cárcel por segunda vez en tan pocas semanas, siguió a Jonah, quien abrió la puerta lateral de golpe y ambos salieron disparados hacia la lluvia de afuera y corrieron, corrieron y corrieron. En opinión de Esther, había demasiadas carreras en relación con este chico, pero a él le encantaba abrirse paso entre la lluvia y hacer sonar sus talones en medio de su gran huida. Ella hacía su mejor esfuerzo para mantener su escote en su sitio, colocando las manos contra su pecho.

Se detuvieron bajo un árbol y esperaron para ver si el tipo de las mariposas los había seguido, pero ¿quién iba a perseguir a dos rufianes adolescentes bajo la lluvia por el salario mínimo? Y, en realidad, ¿cuántas personas estaban tan desesperadas por ver mariposas que se metían sin pagar al santuario? No podían ser muchas.

Esther se quitó los guantes blancos. Había perdido su sombrero en algún punto durante la huida y su disfraz de Jackie O estaba empapado.

—¿Por qué siempre termino mojada cuando ando contigo? —preguntó mientras exprimía los guantes. Jonah se dejó caer de frente sobre el pasto húmedo, casi ahogado por la risa, antes de que Esther se diera cuenta de lo que acababa de decir—. Ay, por Dios. Por Dios —masculló mientras volvía a pararse bajo la lluvia con las mejillas ardiendo.

—¡Espera, espera! —gritó Jonah entre jadeos.

Ella no lo esperó, pero él la alcanzó, le puso la cabeza sobre el hombro y aún seguía riéndose, vaya infeliz.

—Lamento hacer que te mojes siempre —dijo.

—¡No es gracioso! —Se alejó de él—. ¡No eres gracioso!

—Es un *poquito* gracioso.

—Me voy a casa.

—¿Quieres irte caminando con esta lluvia? Porque yo no pienso ir por mi moto hasta que hayan cerrado.

—Eso hice la noche en que me *asaltaste*.

—Te *robé*, Esther. Sólo te *robé*. No digas que te asalté. Haces que parezca un maleante. Los robos necesitan delicadeza.

—Como sea. Le voy a llamar a mi mamá. Quizá ella nos pueda llevar a los dos. —Esther sabía que Rosemary no contestaría, no si estaba en las máquinas tragamonedas, pero de cualquier manera esperó a que el teléfono sonara tres veces—. No la encuentro.

—Puedes venir a mi casa si quieres. En lo que pasa la tormenta. No está lejos. Podemos caminar.

—¿Sí?

—Es sólo que... no es *agradable*.

—Tampoco mi casa.

—Sí, pero es diferente.

—Tú decides.

Jonah se frotó el cuello. Por un momento, Esther pensó que diría que no. Pero luego él alzó la mirada de la acera y su incertidumbre fue remplazada por una sonrisa. Una sonrisa que, por primera vez, Esther notó que escondía una capa de tristeza.

—Vamos a conseguirte ropa seca —dijo él, frotando la tela de la manga de Esther entre los dedos—. Quizá deberías empezar a traer una muda. Ya sabes, si siempre vas a terminar mojada cuando estás conmigo.

—¿Algún día vas a superar eso?

—No lo creo, Solar. Definitivamente no lo creo.

Shakespeare, estrellas y un optimus prime acuático

Resultó que «no está lejos» era un decir. La casa de Jonah no estaba mucho más cerca del centro del pueblo que la de Esther, pero era una subdivisión más nueva. Su calle era linda, pero su casa parecía más triste y descuidada que las demás, como una de las que consigues al principio de *Los Sims* cuando no tienes dinero, pero sí seis hijos y ninguna otra opción.

No entraron. Corrieron bajo la lluvia hasta el patio trasero. El jardín estaba lleno de maleza, la hierba era más alta que Esther.

Jonah la invitó a pasar por la puerta al porche de atrás, cubierto por tela de mosquitero.

—Este es mi reino —dijo, quitándose la chamarra mojada.

Esther se quitó su propia chamarra empapada, se escurrió el cabello e intentó encontrar un tema seguro para iniciar una conversación. No se quedó viendo el agujero del tamaño de un puño en el yeso de una de las paredes, ni que una de las ventanas estaba tapiada con cartón y cinta plateada. Sus ojos se plantaron en las paredes y el techo. Cada centímetro de espacio libre estaba pintado. El techo tenía una escena marina en verde ondulante y coral brillante, como si *La noche estrellada* fuera un océano. En los remolinos aparecían sirenas, peces, tiburones y, extrañamente, Optimus Prime con cola. Jonah la descubrió observándolo.

—No es tan malo como parece. Sólo intentamos pasar el rato y no chocar con Holland —dijo mientras bajaba cobijas de un librero—. A mi hermana Remy le gustan las imágenes, así que yo le pinto lo que quiera. A veces eso implica ponerles agallas a los Transformers.

Eran también las historias de infancia de Esther, mezcladas con los cuentos de un niño que *a)* creció demasiado rápido, o *b)* tenía un gusto impecable en cuanto a entretenimiento, dependiendo de tu perspectiva de qué era adecuado que vieran niños de primaria. Había una imagen de Vincent Vega apuntando con un arma hacia la cabeza de Óscar el Gruñón; Ryuk de *Death Note* acechaba en una esquina y Deadpool cantaba villancicos con Justin Bieber.

También había pinturas sobre algunas partes del suelo, así que daba la impresión de que las paredes eran cataratas.

Y detrás de ella, pintada en la puerta que conducía al resto de la casa, estaba la Parca como Esther la imaginaba: con una capa oscura, chorreando brea, su guadaña descansando suavemente en una de sus manos huesudas. Pero, como todas las historias en las paredes, esta tenía algunos cambios e hibridaciones, ridiculizándola. La Muerte llevaba una corona de flores naranjas y moradas, y alrededor de su cuello colgaba una placa en la que se leía: *BALL SO HARD MUHFUCKAS WANNA FIND ME*. Dos pequeñas figuras bailaban a sus pies, enredándole los huesos de los dedos con un cordel: una niña pequeña con cabello color durazno y un niño diminuto de piel oscura. Ambos bromistas. Ambos sin miedo a la Muerte.

—Ah, sí. Eso es lo más reciente —dijo Jonah con voz extraña, casi como si estuviera... ¿apenado? ¿Desde cuándo Jonah Smallwood se apenaba? Se aclaró la garganta—. Yo, eh... pinté eso para ti.

Esther ya se lo imaginaba, porque aunque la Parca abarcaba toda la puerta, era la niña (no más grande que un antebrazo) la que destacaba por su detalle. La silueta de su cuerpo brillaba en dorado, e incluso los cientos de pecas que bañaban su piel resplandecían bajo la luz.

Estaba bastante segura de que la mayoría de las adolescentes habían fantaseado con la idea de que un chico las pusiera en un maldito mural, pero esto era territorio peligroso. Los murales son una conocida puerta de entrada para los sentimientos, y ella no podía caer en eso. Perderlo la primera vez fue horrible y le enseñó una valiosa lección de vida: si no dejas que nadie se te acerque, nadie te lastimará cuando se vaya. Y eso fue lo que hizo y lo que planeaba seguir haciendo.

Pero no puedes decirle eso a alguien que te pintó en un mural. No puedes aventarle su detalle en la cara y decir: «Lo siento, pero estoy demasiado dañada emocionalmente para apreciar que me pongan en un mural». Así que, mientras se envolvía los hombros temblorosos con la cobija, dijo:

—Es hermoso. —Porque lo era.

Afuera, el sol se ponía, con sus rayos de un naranja apagado colándose por las pantallas del porche, proyectando sus sombras en la pared y haciéndolos ver más altos que la Parca. Por un momento estuvieron muy juntos, el pecho de Esther casi pegado al de Jonah, ambos más grandes que la Muerte, y ella pensó que sería muy fácil besarlo, y pensó que él quería que lo hiciera, pero a pesar del mural, no lo hizo.

Cuando el sol se puso, encendieron las luces y se tendieron juntos en el suelo, mirando al techo. Jonah señaló todas las pistas secretas escondidas por la habitación que ella no notó a primera vista. Llevaba años pintándola, le dijo, cambiando algunas partes cada cierto tiempo. Había constelaciones por allá, escondidas entre las olas, una para su hermana, su madre y él mismo. Jonah las señaló. Virgo. Escorpión. Cáncer. No siempre podía estar ahí para leerle a Remy o ayudarla con la tarea, así que a cambio le dio lo mejor que pudo: las estrellas.

—Cuéntame de ellas —pidió Esther, y él lo hizo, sonriendo mientras hablaba. Su mamá, Kim, había muerto en un accidente automovilístico nueve años atrás. Esther, que sólo la vio un par de veces cuando era niña, la recordaba como una mujer bajita pero imponente cuya risa era tan ridícula e infecciosa que hacía sonreír a cualquiera que la escuchara. Jonah dijo que le gustaba vestirse de coral: ropa coral, zapatos coral, lápiz de labios coral. Le gustaba cómo se veía el color en su piel oscura, decía que la hacía sentir como un amanecer.

Remy, que ya tenía nueve años, era una copia de su madre: salvajemente brillante, un poco rebelde, medio obsesionada con Shakespeare. Era independiente de día, pero en la noche exigía que Jonah estuviera todo el tiempo a su alcance.

—¿Por qué vas a todos lados disfrazada, Jackie O? —preguntó al terminar.

Esther no quería decirle la verdad a Jonah. Que los disfraces, en parte, eran por él. Cuando se fue de la primaria y la dejó a merced de la crueldad de sus compañeros, ya no lo pudo soportar. No pudo soportar los apodos, las risas burlonas y la manera en que los ojos le quemaban el cuerpo mientras recorrían su piel. La gente iba a molestarla sin importar cómo se vistiera, así que una mañana, poco después de que Jonah desapareció, Esther decidió vestirse como alguien más:

como una bruja.

Los niños seguían siendo malos con ella, pero de algún modo, cuando estaba disfrazada le dolía menos. Las palabras iban dirigidas al personaje del que estuviera disfrazada, no a Esther; las miradas y las palabras se le resbalaban, tenía una armadura contra ellos.

Y luego, cuando la maldición cayó sobre su hermano, su madre y su padre, Esther siguió disfrazándose para esconderse del miedo. La Muerte buscaba a Esther Solar; mientras no se vistiera de ella misma, esperaba que le costara trabajo encontrarla.

Pero, claro, Esther no le diría eso a Jonah, así que le dio la única explicación que tenía sentido para ella:

—Supongo que no me gusta que la gente me vea... a mí.

—Qué manera más curiosa de demostrarlo. —Acarició con los dedos las perlas en el cuello de ella—. Sobresales entre la multitud. La gente te mira adondequiera que vas.

—Sí, pero no me ven a mí cuando miran los disfraces. Ven un personaje histórico, una caricatura o lo que sea.

—Yo te veo a ti.

Esther se rio.

—Claro que no.

—Claro que sí.

—Entonces ves demasiado.

—¿Quieres ver lo que yo veo?

—¿Qué vas a hacer, dibujarme como a uno de tus Optimus Primes?

—¿Por qué no? —dijo él, y luego se levantó y desapareció por la puerta de la Muerte hacia la casa oscura—. Cierra los ojos —pidió unos minutos después. Se escucharon pasos, una puerta cerrándose, el sonido de algo pesado raspando contra el suelo de madera—. Ya, ábrelos.

Esther abrió los ojos. Jonah había colocado un caballete en la esquina de la habitación y lo cubrió con una sábana para que ella no pudiera ver el tamaño o la forma del lienzo.

—¿Cuánto tiempo te tomará? —preguntó—. ¿Puedo moverme?

—Creo que me tomará un rato, así que sí, puedes moverte.

En ese momento salió de la casa una niña, Remy, supuso, y fue a sentarse en el regazo de Jonah mientras él pintaba. Se parecía mucho a su hermano: cálida piel negra, cabello oscuro, labios carnosos, enormes ojos cafés que la hacían verse como si la hubieran dibujado para una película de Disney. Remy soltó unas risitas pasando la mirada del lienzo hacia Esther. Jonah se llevó un dedo a los labios, no para callarla sino para pedirle que guardara el secreto, y ella sonrió, bajó de su regazo y se fue a jugar al patio. Esther se acomodó la manta sobre los hombros, se sentó en una silla junto a una de las ventanas y se recargó en el barandal para observar a la hermana de Jonah jugando lo más silenciosamente que había visto jugar a un niño.

Se preguntó cómo iba a pintarla. ¿Como Eleanor Roosevelt? ¿Como azafata de los sesenta? ¿Como Caperucita Roja? ¿Optimus Prime con agallas? Y luego comenzó a preocuparse. ¿Y si la versión que pintaba no era como ella se veía a sí misma? O peor, ¿qué tal si la pintaba exactamente como ella se veía a sí misma, llena de pecas, rara y ansiosa por todo? A decir verdad, quería ver lo que Jonah veía, porque Esther ya no sabía bien a bien. No sabía qué quedaba debajo de los disfraces que usaba cada día.

Fue una sesión corta, sólo veinte minutos, porque la puerta de entrada se azotó y una luz se

encendió en las entrañas de la casa y el sonido de unos pesados pasos vino desde el pasillo, lo cual hizo que Jonah se sobresaltara.

—Será mejor que te vayas —dijo.

—¿Puedo verlo? —preguntó Esther mientras él dejaba todas sus pinturas y pinceles en una esquina y los cubría con una sábana.

—Aún no está terminado.

—¿Cuándo estará listo?

—Cuando puedas verlo.

—Eres muy críptico.

La tormenta ya había pasado y su ropa estaba casi seca, así que se quitó la cobija y salió por la puerta trasera con él. Remy los miró y Esther se despidió de ella agitando una mano, pero Remy no le respondió el gesto.

—Espérame al final de la calle —dijo Jonah cuando llegaron al portón.

Esther caminó despreocupadamente en la tarde húmeda y cálida, con su saco colgando sobre un hombro, y observó las nubes separándose en el cielo para dar paso a las estrellas. Luego se detuvo bajo una lámpara y comenzó a caminar en círculos lentos alrededor del perímetro de luz. De vez en cuando dejaba que las puntas de sus dedos se asomaran a la oscuridad, para ver si podía sentir lo que Eugene sentía en las sombras.

Él decía que no estaban vacías. Había cosas que se movían en la oscuridad y que sólo él podía verlas. Sólo él podía escucharlas. Criaturas terribles y delgadas que acechaban en las esquinas en penumbras de su habitación, esperando a que se quedara dormido. Y, justo en el momento en que ya no podía mantener los ojos abiertos, iban por él. A veces las veía mirándolo. A veces las sentía posadas al pie de su cama, incluso cuando las luces estaban encendidas. Trepaban por su cuerpo. Se sentaban en su pecho y le envolvían el rostro con sus largos cabellos negros.

Eugene decía que era parálisis del sueño. Un truco de su mente. Esther sabía que era la maldición.

Un perro ladró al otro extremo de la calle. Esther regresó su mano a la luz, con miedo de que algo atrapara sus dedos y la arrastrara hacia el abismo.

—¿Temes que te muerda la oscuridad? —dijo Jonah a sus espaldas, y Esther brincó.

—No hagas eso. —Miró hacia la casa—. ¿Por qué nos escondemos como si fuéramos los Von Trapp huyendo de Austria?

—Dame la lista.

Y así lo hizo. Jonah arrancó el 49. *Polillas*, encendió un cerillo y le prendió fuego al trocito de papel en sus manos.

—¿Esta vez no te lo vas a comer?

—Después de que me lo tragué pensé que el papel era superviejo y probablemente asqueroso. Si muero de ébola o algo así, mi fantasma vendrá por ti.

—No creo que te pueda dar ébola por comer papel. —El 49. *Polillas* ardió, chisporroteó y se convirtió en cenizas en un par de segundos. Esther sintió cómo se liberaba del peso de su miedo a las polillas. Ambos observaron las partículas flotar hasta perderse en el cielo nocturno y ella pensó, por primera vez, que esto realmente podría funcionar—. Entonces, ¿cuándo veré el video de hoy?

—En unas cuarenta y ocho semanas.

—¿Qué?

—Ese es el trato. No puedes ver el resto de mis increíbles habilidades cinematográficas hasta el final. Necesito una especie de moneda de cambio para que vuelvas cada domingo, Solar.

—¿Por qué haces esto? O sea, ¿qué ganas?

Jonah pareció pensar cuidadosamente su respuesta.

—Ya viste mi casa. Sé cómo es vivir con miedo. No puedo ayudar a mi hermana, no todavía, pero puedo ayudarte a ti.

Y esa era la mejor razón en la que Esther podía pensar.

Volieron caminando al ya cerrado mariposario y Jonah la llevó a su casa entre la humedad de la noche.

—Nos vemos el domingo —dijo él cuando se estacionó frente a la casa, tan iluminada como siempre en medio de la calle oscura.

—Lo siento. Este domingo no puedo. Tengo que vandalizar urgentemente propiedad pública.

Jonah sonrió.

—Lo creeré cuando lo vea.

Esther entró a su casa, y aunque todas las luces estaban encendidas y los interruptores sellados con cinta, y aunque Peter era un descolorido habitante del sótano, y aunque Rosemary estaba en el casino y no volvería en horas, y aunque Eugene decía que había demonios esperándolos a todos en la oscuridad, y aunque Fred, el gallo, estaba en la cocina atrapando hormigas a picotazos y cacareándoles a los conejos porque les tenía terror, y aunque las escaleras al segundo piso estaban bloqueadas con carritos de supermercado y muebles y posiblemente había un fantasma iracundo allá arriba, se sentía a salvo. No temía el golpe de la puerta principal al cerrarse ni el sonido de unas botas pesadas, y pese a lo extraña que era su familia, nunca antes se había detenido a apreciar eso.

Esa noche, sólo revisó cinco veces que todas las puertas estuvieran cerradas antes de irse a la cama.

El rey de las bodegas

Hephzibah Hadid, como se mencionó anteriormente, había sido la mejor amiga de Esther desde la primaria. ¿Cómo una chica con mutismo selectivo hace y mantiene una amistad? Para empezar, eligió a la persona más rara de la clase, con una imaginación extremadamente activa. A los seis años, Esther Solar sólo tenía tres cosas en mente:

1. Construir un enorme castillo de arena y llenar el sótano de su fortaleza con máquinas para imprimir dinero y así comenzar su ascenso para convertirse en Emperatriz del Mundo.
2. En caso de que el fuerte no pudiera construirse, aceptaría un pequeño sótano iluminado por velas debajo de la casa de sus abuelos. Dibujó planos e incluso comenzó a cavar por su cuenta. Aparentemente se conformaba con facilidad.
3. Convertirse en Jedi.

Esther no estaba muy en contacto con la realidad, así que aceptar que Heph era su amiga imaginaria no estuvo fuera de las posibilidades en ese momento. Para cuando descubrió que Heph de hecho era un ser humano real, ya se había vuelto demasiado apegada a ella como para enojarse de que se hubieran convertido accidentalmente en amigas.

¿Y cómo una niña se vuelve muda selectiva? Esther lo buscó en Wikipedia, y descubrió que el mutismo selectivo es un trastorno de ansiedad social. Ahora deben estar pensando: «Obviamente Hephzibah tuvo una infancia traumática y por eso no habla en la escuela». Y, verán, se equivocan. Los niños con mutismo selectivo no tienen más probabilidades de haber sufrido traumas que los niños que no lo padecen, y por lo general son bastante seguros de sí mismos en otras situaciones (por ejemplo, en casa). Además, los padres de Heph eran realmente geniales, aunque flotaban por la casa como fantasmas altos y vaporosos igual que ella. Las experiencias más traumáticas que infligieron a su hija fueron llamarla Hephzibah (que, la verdad, tal vez era bastante traumático), y dejar que ella se vistiera sola (de nuevo, bastante traumático). Pero fuera de eso eran buenos tipos y Heph era normal y feliz.

Cuando descubrió que otras personas también podían ver a Hephzibah, Esther comenzó a invitarla a su casa después de la escuela, y como no podían comunicarse realmente, jugaban mucho en la computadora y veían películas. Esther le debía a Heph haber encendido su amor obsesivo por los disfraces. Fue a finales de los dos mil, cuando la gente aún compraba esos arcaicos discos brillantes llamados DVD. Si hay algo en lo que ha impactado negativamente el auge de Netflix es en la pérdida de los materiales extra que había en los DVD, que incluían pero no se limitaban a comentarios de actores y director y entrevistas con los diseñadores de vestuario.

Fue Heph quien por accidente aplastó el control remoto y adelantó veinte minutos en el maratón de 653 minutos de la edición extendida de *El Señor de los Anillos* y puso el audiocomentario con Peter Jackson, Fran Walsh y Philippa Boyens, pero ambas quedaron enganchadas. Casi once horas después, salieron del trance de orcos y exceso de azúcar para encontrarse con la luz del día, y Esther supo que quería trabajar como diseñadora de vestuario.

Para cuando estuvieron en la preparatoria, Heph había perdido interés en las películas y se obsesionó con los reactores nucleares de sal fundida de cuarta generación (*definitivamente* iba a ser una supervillana) y con ser física, así que era seguro decir que sus intereses encontraron una bifurcación en el camino. Lo bueno de tener una mejor amiga muda era que no intentaba hablar demasiado con Esther sobre tetrafluoruro de uranio, y Esther no la molestaba con el error más reciente e imperdonable en el vestuario de una serie de época, así que realmente eran la pareja perfecta.

Así que fue a Heph a quien Esther le envió un mensaje el mediodía del lunes después del miedo 3/50 (que era sobre los puentes, o más específicamente *saltar de puentes*; para variar, esa ocasión Esther también terminó mojada) para que fuera a ayudarles a ella y a Eugene a limpiar la bodega que su abuelo rentó cuando se mudó a Lilac Hill. Esther no estaba muy segura de qué motivaba a alguien que padecía demencia con cuerpos de Lewy a rentar una bodega para todas sus posesiones mundanas —¿la esperanza de una cura súbita e inesperada, quizá?—, pero eso fue lo que Reginald hizo, y ahora la renta prepagada se había terminado y sobre sus nietos cayó la responsabilidad de revisar todo lo que había guardado de su vida y decidir qué quedarse y qué tirar, lo cual era una tarea muy deprimente para hacerla sin Hephzibah y, como decidió en el último minuto, Jonah Smallwood.

Las unidades de El Rey del Almacenaje estaban en una bodega enorme que tenía una vibra como de *Matrix*. Cada pasillo era una copia muda del anterior, un ciclo infinito de *déjà vu*. El espacio que Reg había rentado estaba tan al fondo del almacén que Esther comenzó a preguntarse si lograrían encontrar la salida de ese laberinto, pero luego la vieron, la pequeña cortina metálica azul detrás de la cual su abuelo había encerrado todas las cosas que más amó en su vida.

—Más vale que esto no sea como *El silencio de los inocentes* —dijo Esther—. No creo que pueda soportar el descubrimiento de que Abue es un asesino serial.

—Y un travesti amante de la loción corporal —agregó Eugene.

—Estamos en el siglo veintiuno —dijo Heph con señas—. Su abuelo puede ser un travesti si quiere.

—Es cierto —concedió Esther—. Bueno, aquí vamos.

Giró la llave en la cerradura y levantó la cortina, lo cual no fue fácil, porque El Rey del Almacenaje, aunque era un monarca benevolente, al parecer no creía en engrasar los rieles. Adentro, el espacio estaba completamente oscuro. Eugene retrocedió asustado, desandando sus pasos por el corredor por si algún horror innombrable saltaba de entre la oscuridad para atraparlo. Esther buscó un interruptor de luz y al fin lo encontró y lo encendió iluminando el pequeño espacio, que estaba, salvo por una cajita de madera de costado en una esquina de la habitación, completamente vacío.

—Eugene, está bien —dijo, arrodillándose para tomar la caja.

—¿Qué diablos? —exclamó Eugene. Esther revisó la llave, y sí, era la correcta, estaban en la bodega correcta, la misma que Reginald rentó y en la que metió cada una de sus posesiones más preciadas antes de darse de alta en el asilo.

Fue un mes difícil, reducir el contenido del hogar de sus abuelos a un espacio de 5 x 5 metros. Una especie de prefuneral, lo cual era más deprimente que un postfuneral, porque la persona próxima a morir aún estaba ahí, fiscalizándote, y se esperaba que te mantuvieras en una pieza por ellos. De cualquier modo, todos lloraron mucho mientras lo ayudaban a revisar poco más de siete décadas de recuerdos, a decidir qué valía la pena guardar y qué no. Una cosa muy trágica. Se llevaron muchas cosas a su casa, todos los elementos sentimentales de los que no podían deshacerse, como fotografías, joyas y cachivaches que fueron coleccionando en vacaciones por destinos lejanos. La mayoría de esas cosas ahora estaban en la habitación de Esther. Pero catalogar la vida de otra persona mientras estaba a unos metros de ti y decir: «Mira, Abue, sé que adoras este viejo radio de transistores y lo has escuchado todos los días durante los últimos treinta años, pero no tenemos dónde ponerlo en nuestra casa así que se lo daremos a la caridad», era *lo peor*.

Para empezar, te sientes como un ave carroñera, lanzándote para tomar las mejores partes. Esther quería (y consiguió) el brazaletes de su abuela. Eugene quería (y consiguió) la colección de monedas de Reg. Sus primos fueron a llevarse los relojes de bolsillo, libros y todas las copas de cristal para champaña de Florence Solar. El tío Harold (que en ese entonces aún vivía) se encargó del mueble de los vinos. Peter (que aún no estaba recluido en el sótano) sólo pidió una cosa: los lentes para leer de su padre, los cuales no podría tener hasta el final, pues Reginald aún los necesitaba, o al menos esperaba que pudiera usarlos aunque Esther no lo había visto leer nada cuando menos en tres años.

La mayor parte de los muebles se vendieron para pagar Lilac Hill. Todos los cubiertos y vajillas que la abuela tanto amó se donaron a la beneficencia, igual que los trajes que Reginald ya no usaría. El sillón en el que le encantaba sentarse a leer sus terribles novelas de detectives. La katana que trajo de Japón. Todo tenía que irse, y todo se fue.

Día tras día, habitación tras habitación, fueron vaciando la casa en la que vivió, crio una familia y vio morir a su esposa, hasta que no quedaron más que bolsas de aire envejecido contenidas por las paredes. Arrancaron el tapiz, retiraron las alfombras, remplazaron las lámparas, modernizaron los baños y luego, cuando la casa quedó limpia de todo lo que la había convertido en su hogar, la vendieron a un inversionista de Grecia cuya única condición respecto a la propiedad fue que el invernadero de orquídeas en el patio trasero se mantuviera intacto y lleno de flores. La ganancia se repartió entre Peter y sus hermanos, la tía Kate y (el entonces aún vivo) tío Harold; Reginald fue ingresado en Lilac Hall para esperar la llegada de la Parca, lo cual, parecía pensar, no sucedería en realidad.

Esther fue a hablar con el encargado al frente del almacén, un tipo corpulento con barba de chivo y gorra de camionero.

—Eh.... Fuimos a vaciar la bodega de mi abuelo, pero no hay nada —dijo, entregándole la llave.

—Déjame revisar en el sistema —respondió él. Hizo algunos clics y escribió algo—. Okey, alguien vino y vació la bodega esta mañana. Les dejamos una docena de mensajes, pero nadie nos contestó... y al final vino la otra persona que tenía una llave.

—Nadie más tenía una llave —dijo Eugene.

El tipo volvió a checar la pantalla de su computadora.

—Lo siento, pero parece que sí. Otra persona recibió una llave, se registró al mismo tiempo que su abuelo abrió por primera vez la bodega.

—¿Quién tiene la llave? —preguntó Esther—. ¿Quizá la tía Kate?

—No tengo nombre ni detalles de contacto, sólo que alguien tenía la llave y hoy se llevó todo.

—¿O sea que esta persona desconocida puede venir cuando se le dé la gana y robarse todas las cosas del abuelo? —Quiso saber Eugene.

—No se robó nada, niño. Tenía una llave. A tu abuelo obviamente no le importaba que entrara.

—¿Cómo era?

—Mucha gente viene aquí por distintas razones. ¿Han visto *Breaking Bad*? Intento no poner mucha atención en nuestra clientela. Negación plausible.

—Quizá esto le ayude a recordar —dijo Eugene, pasándole discretamente un billete de diez dólares.

El empleado suspiró y se guardó el dinero.

—En serio no sé bien. Mi recuerdo de él es algo... borroso. Un tipo pequeño con un abrigo negro. Cicatrices en la cara. Algo raro, pero eso no dice mucho en un lugar como este.

Esther y Eugene se miraron uno al otro. Casi nunca tenían telepatía de mellizos, pero en ese momento, ella estaba bastante segura de que estaban pensando lo mismo.

—Gracias —dijo Esther—. Ya puede cerrar la cuenta. No queda nada.

Afuera, los cuatro cruzaron la calle y compraron paletas heladas en la tienda. Luego se sentaron en el pasto junto a la acera, bajo un árbol que los protegía del sol, con la caja cerrada al centro.

—Escuchaste lo que dijo —le señaló Esther a Eugene—. Cicatrices en la cara. *Tiene* que ser él. Eugene acarició la caja con los dedos.

—Cualquiera puede tener cicatrices. No es la marca distintiva de la Parca ni nada por el estilo. Ahora, si el tipo del mostrador hubiera dicho que llevaba una capa y que tenía dedos de esqueleto y una guadaña, me parecería más fácil creer que era él.

—A ver, ¿creen que porque tenía cicatrices en la cara era la Muerte? —preguntó Jonah. Heph asintió vigorosamente, pues había escuchado la historia casi tantas veces como los mellizos—. ¿Me perdí de algo?

—Es una vieja leyenda familiar que Abue solía contarnos cuando éramos niños —dijo Eugene—. Esther tiene una imaginación hiperactiva. Reg no quería que realmente la creyéramos.

Esther se encogió de hombros.

—A veces la gente cuenta historias reales como si no lo fueran porque eso les da verosimilitud.

Eugene puso los ojos en blanco.

—¿Qué es esto? —se burló ella—. ¿El chico que cree en demonios no cree en la Muerte?

—Creo en lo que puedo ver.

Jonah se encargó de la caja cerrada. Esther no vio cómo lo hizo exactamente, pero la cerradura se abrió bajo sus dedos tras un par de segundos. Dentro encontraron una pequeña libreta llena de recortes de periódicos, casi todos sobre niños desaparecidos y una serie de

asesinatos sin resolver: las hermanas Bowen (asesinadas), los hermanos Kittredge (cuatro, todos desaparecidos), una niñita de nombre Isla Appelbaum (asesinada), dos niños, amigos de la escuela, ambos de siete años, que cinco semanas después seguían desaparecidos desde la última vez que se les vio caminando juntos de regreso de la escuela en 1996, y Alana Shepard (asesinada). Los titulares decían cosas como: «El Recolector, sospechoso en la desaparición de Applebaum» y «Sin pistas en el segundo asesinato confirmado del Recolector». Docenas y docenas de recortes sobre estos casos y unos cuantos más de estados vecinos.

Y luego el último recorte en la última página, un breve texto con muy pocos detalles sobre un hombre que se ahogó en su bañera.

—Quizá su abuelito sí fue un asesino serial después de todo —comentó Jonah mientras pasaba las páginas—. Por Dios. Qué cosas más retorcidas para coleccionar.

—Fue detective de homicidios —explicó Eugene. Volvió a la página sobre las hermanas Bowen—. Este era su caso. Nunca atrapó al tipo que lo hizo. La verdad, lo dejó un poco mal.

Jonah leyó el artículo sobre las dos niñitas raptadas no muy lejos de donde estaban ellos en ese momento. Los primeros asesinatos en los que se sospechó del llamado Recolector.

—Ugh —dijo, controlando la náusea—. Los humanos son lo peor.

—De la última —agregó Esther—, Alana Shepard, se confirmó que la mató el mismo tipo.

—Dios mío.

—Sí. No es algo que superes fácilmente. Reg no tuvo nada que ver con sus muertes, obviamente, pero... se culpó por los asesinatos. Especialmente el de Alana Shepard. Él y la Muerte se pelearon a golpes al respecto, al parecer.

—¿Qué? ¿Su abuelo...?

—Golpeó a la Muerte directo en la boca —respondió Eugene—. O eso dice.

—Qué rudo. ¿Pero cómo se hace alguien conocido de la Parca? —preguntó Jonah—. Podría ser bueno saberlo, considerando que es lo que intentamos hacer.

—Estoy segura de que no es una ciencia exacta, pero ayuda ir a algún lugar donde sabes que estará la Muerte —dijo Esther—. En Saigón durante la guerra, por ejemplo. Si vas a encontrarte con la Parca, ese es un buen lugar para comenzar.

—¿En el lejano Vietnam, donde acontece nuestra escena? —preguntó Jonah.

—Exactamente.

Por primera vez, Esther le contó a Jonah lo que sabía sobre el Hombre Que Sería La Muerte.

El hombre que sería la muerte

La historia de cómo cada miembro de la familia Solar recibió la maldición de un gran miedo comenzó en Saigón en 1972.

Era una tarde tibia y tropical en las fragantes calles de la ciudad, todos sumidos en el abotagamiento del calor que había dejado la mañana y el cansancio de años que sigue a una guerra sin fin. Por todas partes era evidente el pasado francés del lugar: los pequeños bistrós frecuentados por diplomáticos y sus familias, las columnas blancas de la oficina postal neoclásica y las estatuas de mármol con pechos desnudos en el teatro, las calles flanqueadas por árboles y las coloridas terrazas coloniales, amontonadas como cuadritos de caramelo derretido por el sol.

Los signos de la guerra estaban por todas partes, pero Saigón había escapado a lo peor; la ciudad lucía maltratada, ruinoso, pero conservaba su grandeza, las calles estaban llenas de vida y actividad. Las pequeñas mujeres vietnamitas se sentaban en las puertas, picando carne sobre tocones de madera acomodados entre sus piernas. Entonces, como ahora, las motocicletas llenaban las calles, rugiendo, pitando y esquivándose unas a otras, una caótica avalancha que recorría por igual toda avenida y callejuela. Los viejos, con sus rostros acabados por el sol, arreglaban bicicletas llantas arriba, invitaban a los estadounidenses a sus restaurantes o fumaban recargados en los cofres de sus taxis blancos y azules, esperando un viaje.

Una ciudad entera ansiosa e inquieta, con gente haciendo sus actividades vespertinas sin saber cuándo terminaría la guerra, sin saber aún que en un par de años los del norte se apoderarían de ella.

Fue en un recinto sin nombre y lleno de humo que solían frecuentar los soldados donde Reginald vio por primera vez al joven Jack Horowitz, quien aún no era la Muerte, pero pronto lo sería. El abuelo de Esther acababa de llegar ese mismo día a Saigón para remplazar a un amigo teniente que perdiera la vida la semana anterior. Los miembros del pelotón del fallecido bebían en el bar esa noche, aunque no sabían que su nuevo oficial andaba entre ellos.

El Hombre Que Sería La Muerte estaba solo, no muy lejos de ellos. Lo conocían como el soldado Jack Horowitz, de dieciocho años, nacido en el sur, criado en una granja y el hijo de puta más extraño que cualquiera había conocido.

—Te digo que es un maldito hechicero —dijo Hanson, el único de esos soldados al que el abuelo de Esther mencionaba por su nombre.

—Es un vampiro —corrigió otro—. Necesita que le entierren una estaca en el corazón.

Ninguno decía lo que realmente pensaba sobre el extraño Jack Horowitz: que era la Muerte encarnada. Quizá no la Parca misma, pero cuando menos un primo, un mal augurio enviado para seguirlos por la jungla, para ser faro cuando los jinetes fueran por sus almas mortales. Para

los soldados no era rara la presencia de la muerte, como es fácil imaginar. En 1972, la guerra estaba muy cerca del final para las tropas estadounidenses, y los que quedaban en Vietnam se habían vuelto íntimos de la Parca. Sabían cómo sonaba, a qué olía, el sabor a carne chamuscada que dejaba en la lengua. A veces era escandalosa por los gritos que acompañaban a los cuerpos desmembrados o la metralla abriéndose paso entre piel y músculo para enterrarse en los huesos. A veces era discreta: una herida infectada, una fuente de agua envenenada, el dificultoso último aliento de unos pulmones cansados a esa hora en que todos dormían, salvo los casi muertos.

Sí, eran muy íntimos de la muerte, lo cual les daba la profunda seguridad de que Jack Horowitz era una especie de esbirro. Tenían tres razones para creer esto:

1. Antes de su llegada no les iba tan mal, no en comparación con los demás pelotones que los rodeaban. Claro que perdían hombres, pero sus pérdidas estaban muy por debajo del promedio. Luego llegó Horowitz y la jungla comenzó a tragárselos.
2. El mismo Horowitz había recibido ocho tiros. Ocho tiros, y cada vez, sin gritar, sin hacer un gesto de dolor, sin derramar ni una lágrima, se enterró el cuchillo en el brazo, la panza o la pierna, sacó la bala y se vendó. No esperaba a que cesara el fuego. Sólo se detenía a medio tiroteo, recibiendo una bala en el casco de vez en cuando, se hurgaba las heridas, curaba la carne desgarrada y seguía con lo suyo, moviéndose por la jungla como una comadreja.

A la mayoría de los soldados algo así los mataría, o al menos los llevaría a un hospital de salida con un boleto a Estados Unidos sin regreso. Cada vez que Horowitz recibía un tiro, el pelotón se sentía aliviado. Sin duda esta vez la herida sería suficientemente grave para mandarlo a casa.

Pero nunca lo era. Horowitz nunca volvía de recibir atención médica con algo más que un par de puntadas: las balas no parecían dejarle sino rasguños. La vez que estaban seguros de que había muerto, cuando dos balas se alojaron en su pecho, no lograron penetrar más de medio centímetro en su piel. Fue algo sobre el ángulo de los disparos que hizo que se desviarán por su esternón, aunque el soldado que estaba más cerca de él *juró* que vio cómo los tiros le partieron el pecho a Horowitz.

3. La forma en que Horowitz respiraba por las noches. La mayoría de los hombres del pelotón no habían dormido, no realmente, en meses. Se quedaban ahí tendidos en sus catres, escuchando la tranquila vibración de la respiración de Horowitz, y como ese sonido se parecía tanto al de la muerte, no podían concentrarse en nada más y escuchaban el silbido, adentro y afuera, adentro y afuera, adentro y afuera, de sus pulmones desesperados.

Esa noche en el bar, también solo, estaba el teniente Reginald Solar, que ya era un experimentado veterano a sus treinta y cinco años. Al igual que su nieta, tenía el cabello rojizo, una piel que se quemaba rápido bajo el sol y apenas un parche de piel que no estaba cubierto de pecas de distintos tonos. A diferencia de su nieta, sus orejas y nariz eran enormes y la segunda crecería más conforme envejeciera, pero en ese tiempo era inusualmente guapo y se veía muy elegante con su uniforme militar, como se puede comprobar en sus retratos de esa época.

Al teniente Reginald Solar sus hombres le decían a sus espaldas el Lechero, porque incluso cuando podían darse el lujo de tomar alcohol, Reg prefería la leche. De vaca, de cabra, de coco; la

que estuviera a su alcance. Al ser el hijo de un alcoholico violento, el licor sólo tocó sus labios una vez, cuando tenía dieciocho años y sintió la curiosidad de saber cómo un líquido podía transformar a un buen hombre en un monstruo. Para su sorpresa, estar ebrio no lo llenó de rabia, simplemente lo puso triste, pero de cualquier modo decidió mantenerse alejado de la bebida para siempre.

Durante la guerra, lo único que extrañaba tanto como a su esposa eran las malteadas de fresa, aunque no le disgustaba el chocolate caliente con canela que hacían los vietnamitas con leche condensada, que era lo que bebía esa noche cuando conoció al Hombre Que Sería La Muerte.

Por lo bajo corrían las supersticiones de que el pelotón estaba maldito, pero Reg nunca fue un hombre espiritual ni alguien que creyera en disparates (había visto demasiada guerra para lo primero y llevaba demasiados años siendo oficial para permitir lo segundo), así que aceptó el cambio sin pensarlo.

Esto fue lo que escuchó mientras bebía su chocolate caliente:

—He visto cómo flores y plantas se marchitan a su paso. Te digo que es un hechicero, un imán de balas y de la maldita mala suerte. Deberíamos encargarnos de él nosotros mismos si Charlie no puede hacerlo.

—No creo que se pueda morir. ¿Qué tal que le enterramos un cuchillo y él simplemente se remienda como lo hace en la selva y sigue como si nada?

Reginald echó un vistazo por encima de su hombro para ver al hombre del que hablaban. Jack Horowitz estaba bebiendo leche caliente, para gran sorpresa de Reg Solar. Horowitz no parecía realmente un vampiro ni ningún otro tipo de criatura sobrenatural. Era joven, de no mucho más de dieciocho años, con profundas marcas de acné en mejillas y barbilla, como si las termitas se hubieran comido la piel de su rostro. Fuera de las cicatrices, no había nada especial en él; nadie que lo conociera podría recordar después el color de sus ojos o de su cabello, ni el sonido de su voz. Lo único en lo que todos podrían estar de acuerdo era que *a)* era bajito, *b)* bastante feo, y *c)* inquietantemente tranquilo.

Durante el transcurso de la noche, la preocupación de que Horowitz no muriera creció tanto y los planes en su contra se volvieron tan elaborados que Reginald al fin se vio en la necesidad de hablar personalmente con el joven soldado de forma privada.

—Soldado Horowitz —dijo cuando este salió del bar seguido por él. Reginald no era un hombre que se asustara fácilmente, pero la forma en que Horowitz se movía sin hacer ruido, con pasos completamente silenciosos, pues... le resultaba extraña, por decir lo menos.

—Teniente Solar.

Reginald señaló hacia unas bancas junto a la carretera que habían dejado horas antes unos hombres con sombreros cónicos y cigarros hechos a mano entre sus dedos.

—Por favor, siéntese. —Horowitz se sentó. La silla no hizo ningún sonido al raspar el suelo—. ¿Cómo van sus heridas? Me enteré de que recientemente recibió una bala en el hombro.

—Casi ni lo siento. Fue apenas un rozón.

—¿Le molesta si veo?

—Me aconsejaron que la mantuviera cubierta para evitar infecciones.

—Claro, claro. Pero de cualquier manera, si no le molesta...

—Sí, señor.

Horowitz se levantó, se quitó la chaqueta y retiró los vendajes que llevaba pegados en su

hombro izquierdo. Debajo había un rozón de bala del largo de un dedo. La herida, de no más de dos días, era rosa y suave. Una cicatriz.

—Sana usted rápido —dijo Reginald.

—Como dije, fue sólo un rozón.

—¿Sabe por qué quería hablar con usted?

—Porque los demás hombres creen que soy un hechicero y planean matarme mientras duermo.

A Reg le sorprendió tanto su honestidad como la sequedad con que lo dijo.

—¿Los escuchó? No están planeando asesinarlo realmente.

—Oh, le aseguro que sí. Pero no hay de qué preocuparse. Fallarán.

Un segundo de silencio.

—¿Sí lo es?

—¿Sí soy qué?

—Un... ¿hechicero?

Horowitz sonrió.

—No me parece un hombre supersticioso, teniente Solar.

—No lo soy. Pero no ha respondido mi pregunta.

—No soy un hechicero.

—Parece que ha tenido muchos encuentros cercanos con las balas. Escuché que recibió dos en el pecho no hace mucho.

—Qué puedo decir. Siempre he tenido mucha suerte.

—La suerte suele molestar a los desafortunados, especialmente en medio de una guerra.

—¿Está sugiriendo que debería intentar no tener suerte?

—Quizá debería ser un poco más afortunado y que no lo alcanzara ninguna bala.

Horowitz se rio.

—Tendré eso en mente en el futuro.

—Una última cosa. Escuché a los hombres decir que... y estoy seguro de que no puede ser verdad... dicen que nunca lo han visto apuntar con su arma, y ni se diga jalar el gatillo.

—Oh, es verdad. No he matado a nadie. No sería justo que usara mi arma.

—¿Disculpe?

—Verá, teniente, yo nunca fallo. Si disparara en la selva, aunque no apuntara, mi bala alcanzaría el pecho de un pobre vietnamita.

—Ese es el punto. Eso es lo que queremos de usted.

—No, teniente. Sería profundamente injusto de mi parte pelear en esta guerra. Soy un elemento imparcial.

—¿Para qué diablos vino a Vietnam si es un elemento imparcial?

—Pues porque fui reclutado, señor, pero no por Estados Unidos. Fui reclutado por la Muerte.

Más segundos de silencio.

—¿La Muerte?

—Es correcto. La Muerte. La Parca. Como prefiera llamarlo. Soy su aprendiz, y me envió para aprender el oficio.

—¿Cómo diablos fue reclutado por la Muerte?

—No sé por qué me eligió, sólo que así fue. Cada noche durante un mes, la Muerte dejó

orquídeas en mi almohada como advertencia de su venida.

—¿Orquídeas?

—Aparentemente la Muerte las odia. Le teme a su fuerza, así que las convirtió en su tarjeta de presentación.

—¿Cómo pasó usted el examen psicológico?

—Por favor, no hice un examen psicológico.

Reginald se quitó los lentes y se frotó los ojos. Por Dios.

—Mire, Horowitz, no puede seguir comportándose así. Está angustiando a los demás soldados. Si sigue siendo un extraño hijo de puta, orillará a alguno a apuñalarlo. No aceptaré eso.

—Me enviaron aquí para recoger un alma en específico. Mi primera misión. ¿Le tranquilizaría saber por quién he venido?

Reginald se revolvió en su asiento.

—¿Eso no provocaría un desequilibrio cósmico, o algo así? —preguntó, sintiendo cómo el pánico nacía en su interior.

Horowitz lo observó por un rato y luego asintió.

—Supongo que sí. Pero bueno. Este trabajo es terrible.

—También la guerra. Dígale a la Parca que nos deje en paz, ¿de acuerdo?

—Le aseguro que mi maestro no me escucha.

—¿Para qué necesita un aprendiz? ¿Por qué no puede hacer su propio trabajo sucio?

—Yo me convertiré en la Muerte cuando él se haya ido.

—¿Ah, sí? ¿Adónde se irá?

—La Muerte se está muriendo.

—La Muerte no puede morir.

—Qué criaturas más monstruosas serían los humanos si no murieran. No es diferente para la Muerte. La Muerte muere porque así debe ser, porque todo muere. En este momento está de vacaciones en el Mediterráneo. Dicen que es encantador en esta época del año. Dejó la guerra a cargo de sus aprendices, de los cuales, como ya le expliqué, soy parte.

Reg miró a Horowitz por un momento, sin saber qué decir.

—Bueno, de acuerdo, sólo hágame un favor y sea discreto por un rato, ¿sí? No hable de estas cosas de la Muerte con los demás. Puede irse.

Horowitz asintió, se levantó y se fue caminando por la callejuela oscura hacia las calles bulliciosas de la ciudad.

—¿Horowitz? —dijo Reg justo antes de que el soldado doblara la esquina—. Espere un segundo.

—¿Sí, señor?

—Si realmente es el aprendiz de la Muerte, no debe ser difícil para usted decirme... —No pudo controlar la pequeña sonrisa que se dibujó en su rostro. Que no le creyera no significaba que podía resistirse a preguntar—. ¿Cómo moriré?

—Es terrible saber algo así. Ese conocimiento es una maldición que conduciría a la locura a la mayoría de los hombres.

—Creo que lo soportaré.

—Se ahogará, señor.

Reg se rio; era un excelente nadador.

—Supongo que ahora nunca volveré a entrar al agua.

—Y por tanto, al saberlo, ya cambió su destino y con ello su muerte. Quizá.

La sonrisa de Reg se extendió aún más.

—Es broma lo del ahogamiento, ¿verdad?

—Quizá. Pero ¿se arriesgaría, sabiendo lo que sabe?

—Mmm. —Lo pensó por un momento. Las grandes olas del océano, la manera en que la sal te quema nariz y boca cuando te revuelca el mar. El grito, el dolor desesperado de tus pulmones cuando te sumerges demasiado profundo y comienzas a ver puntos negros mientras pateas para alcanzar la superficie. La gente piensa que ahogarse es pacífico, pero Reg había pasado el tiempo suficiente en el agua como para saber que no era así. No quería irse de esa manera.

—Puede irse.

Jack Horowitz desertó al día siguiente, el mismo día en que la guerra terminó para Reginald porque le dispararon en el corazón.

Mientras se recuperaba en un hospital improvisado antes de viajar a casa, Reg pensó en Jack Horowitz, y luego, cuando volvió a Estados Unidos, pensó aún más en él. Cada vez que iba a la playa o se bañaba o iba de pesca, un molesto miedo comenzaba a manifestarse al fondo de su cabeza. «Se ahogará», le susurraba ese miedo cada que lo atrapaba la corriente, lo revolcaba una ola o el pecho comenzaba a dolerle por estar sumergido demasiado tiempo. «Y así es como morirás». Por un tiempo, la parte racional del cerebro de Reginald discutió con esa voz. Por un tiempo, ganó.

Después de todo, Reginald Solar era un hombre sensato; no creía en fantasmas ni en maldiciones, y especialmente no creía en la Parca.

Pero, ¿qué tal si...?

¿Qué tal si...?

Pronto el miedo se volvió un poco más fuerte y la voz racional cada vez más tenue, y Reginald dejó de ir a la playa definitivamente.

Dejó de pescar.

Dejó de bañarse.

De forma lenta pero segura, día tras día, la maldición de conocer su destino se fue instalando en su cabeza hasta convertirla en su hogar. Reg se mudó lejos de la costa, comenzó a rodear las alcantarillas y dejó de salir cuando llovía. Cada día que evitaba el agua alimentaba su miedo, y cada día el miedo se hacía un poco más fuerte, un poco más cruel, hasta que hizo metástasis para convertirse en algo enorme, horrible y con total control de su vida. Cuando nacieron sus hijos, tan grande era su miedo que se los heredó, y cada uno de ellos sabría, sin estar al tanto de la razón para ello, cómo morirían exactamente, y le temerían a ese conocimiento con la misma intensidad que él.

Y aun así se preguntaba qué habría pasado con Horowitz. Reg creía que simplemente desertó tras las crecientes amenazas de sus compañeros de hacerle daño, pero cinco años después de la guerra se enteró, gracias al bastante borracho y arrepentido soldado Hanson, de que un grupo de ellos había atado y amordazado a Horowitz durante la madrugada, le puso piedras en los pies y lo lanzó a las profundidades del río Saigón. Entre sollozos, Hanson dijo que Horowitz no se defendió y se mantuvo sereno durante toda la maniobra como si fuera un viaje dominical a la playa.

Para ese momento, Hanson se estaba muriendo de enfisema por fumar dos cajetillas de cigarros al día, un hábito que adquirió en Vietnam, y todos los demás hombres involucrados en el asesinato de Horowitz perecieron antes del fin de la guerra. No quedaba nadie para ser juzgado ante una corte marcial. Aun así, Reg fue con sus superiores y explicó lo sucedido, pero sólo le dijeron que no había registro de que un soldado Jack Horowitz hubiera participado en la guerra, ni tampoco un certificado de nacimiento o número de seguridad social que probara su existencia, lo que a Reg le pareció bastante extraño (pero no lo suficientemente extraño como para creer que el difunto realmente fuera el aprendiz de la Muerte, claro).

Hanson murió un mes más tarde entre terribles dolores, ahogado en su cama de hospital por el líquido en sus pulmones. Reg pensó que fue una muerte justa.

Horowitz no tenía tumba, no tuvo funeral, no descansaba en un lugar al que Reginald pudiera ir a despedirse del desafortunado hombre que conoció tan sólo unas horas; el hombre cuya enfermedad mental le costó la vida.

Por esto fue una enorme impresión para Reginald cuando un Jack Horowitz que definitivamente no estaba muerto se apareció en su puerta en 1982 y le pidió que fuera su padrino de bodas.

4/50: Espacios pequeños

Así comenzó. Esther no estaba muy segura de cómo salir con Jonah pasó de ser un asunto dominical a algo más, pero después del día en El Rey del Almacenaje, él comenzó a ir a su casa casi todos los días luego de la escuela para ayudarla a hornear. Les enseñó a ella y a Eugene sobre Shakespeare, para lo cual eran terribles, y ellos lo ayudaron con las matemáticas, para lo cual él era terrible. Desde el incómodo y mal tapizado sofá vieron *Babadook*, *El despertar del diablo II* y *Los pájaros* mientras pensaban en nuevas formas para atraer a la Muerte, tomando notas a partir de la lista casi definitiva de Esther sobre todas las insensateces que podrían intentar.

La ridícula gata seguía a Jonah por todas partes, con la lengua colgando por un lado de su boca, pero él la trataba como si fuera el mejor gato del mundo, cargándola en brazos como a un bebé, hablando con ella como si fuera una persona y, de vez en cuando, poniéndosela como bufanda, lo cual le encantaba a Pulgoncé.

A veces, antes de que su padre llegara a casa, Jonah llamaba a Esther por la tarde para hablar sobre la lista, los recortes de Reginald, el Recolector o quién sacó todas las cosas de la bodega y por qué. Nunca hablaba sobre su escuela, sus padres o su casa, lo cual a Esther le parecía bien, porque ella tampoco quería hablar sobre su escuela, sus padres o su casa. La ponía en el altavoz mientras repintaba las paredes, ayudaba a Remy con su tarea o trabajaba en el retrato de Esther, y aunque ella odiaba hablar por teléfono (estaba en su lista casi definitiva, en el número cuarenta y uno), con él al otro lado de la línea le parecía algo aceptable. No tan bueno como para quitarlo de la lista, pues aún no podía hablar con extraños, pero estaba bien.

Ella sabía cuando el padre de Jonah llegaba a casa porque él mascullaba: «Debo irme», o la llamada se cortaba de golpe, y era señal de que no debía volver a llamarlo. Cuando esto ocurría, pasaba el resto de la noche pensando en él y en Remy en la habitación donde las paredes estaban llenas de movimiento y color aunque la casa que las contenía estaba muerta, oscura y vacía.

El domingo del 4/50, Jonah llegó en la mañana para ver a Pulgoncé y «sostener su garrita», dado que ya le habían quitado el yeso. Fue la segunda vez en cuatro semanas que Esther bajó al sótano, y aunque no dijo nada, sabía que Peter estaba muy feliz (lo cual quizá tenía algo que ver con el vaso de ginebra que bebía a las 9:00 a. m., pero casi definitivamente también con la presencia de otros humanos). Su padre rebuscó entre las pilas de trastos como un mago enloquecido, poniendo viejas fotografías en las manos de Esther mientras examinaba a la gatita, contándole a Jonah historias de cuando su hija era niña, historias que ahora parecían ficción porque eran muy normales y lejanas a cualquier cosa que remitiera a su vida.

Esther y Eugene en un parque con su papá, antes de que él se volviera agorafóbico.

Esther y Eugene en el invernadero de orquídeas de Reg Solar, quien tenía un mellizo a cada

lado de la cadera y su mente aún intacta.

Si algo alguna vez fue verdad pero ya no lo es, ¿realmente era verdad?

Jonah arrulló a la gata y preguntó por qué lloriqueaba mientras Peter tardaba aproximadamente siete veces más de lo necesario en quitarle el yeso y revisarla. La lengua de Pulgoncé seguía colgando de lado y nunca tendría la coordinación necesaria para trepar un árbol o atrapar a un ratón. A Jonah no parecía importarle que, de acuerdo con todos los estándares, su gata era patética. Cuando terminó la revisión, la tomó entre sus brazos cual si fuera un bebé, como siempre hacía.

Esther estaba en el sofá, intentando no tocar nada. Intentaba no mirar las fotografías enmarcadas de ella y Eugene que Peter tenía en su buró, ventanas hacia un pasado ya muy desteñido. No podía recordar exactamente cuándo dejaron de visitarlo. Era divertido cuando tenían once años, como si todo el tiempo fuera Navidad, con los árboles llenos de estrellas y el olor a libros viejos. Lo que sí recordaba era que Eugene fue el primero que dejó de hacerlo. Cuando Peter faltó a otro partido de beisbol, a otra fiesta de cumpleaños, a otra reunión de padres y maestros, pese a lo mucho que Eugene le rogaba que fuera. Conforme fueron creciendo y la situación se volvió más triste, también se volvía más y más difícil estar con su padre, así que simplemente... dejaron de ir.

Volvió a la conversación a tiempo para escuchar a Peter decir: «¿Les gustaría venir a cenar acá abajo algún día? No cocino mucho, sólo tengo la parrilla de gas, pero podemos pedir a domicilio para los tres. Ahorraré para algo especial».

—Claro —dijo Jonah mientras estrechaba la mano de Peter y le daba unas palmadas en la espalda—. Suena bien.

—No tienes que cenar con él si no quieres —comentó Esther en voz baja mientras salían de la casa para ir a grabar el 4/50, el cual le estresaba especialmente porque le preocupaba que Jonah la encerrara en un ataúd o algo así—. No te sientas presionado.

—¿Qué? Me agrada tu papá.

Esther podía jurar que su corazón triplicó su tamaño, como el del Grinch.

Luego vino otro largo viaje en motocicleta hacia un destino sorpresa. Cuando llegaron, se bajaron y caminaron durante veinte minutos entre matorrales que le jalaban el disfraz (Indiana Jones, con todo y látigo, sombrero y la chaqueta de cuero café), extraían mechones de cabello de su coleta y los dejaban colgando desaliñadamente sobre sus hombros.

Al principio pensó que Jonah la había llevado una vez más a otro lugar abandonado y listo para ser la escena de un crimen, pero entre más andaban, más y más gente veían. Eran personas con cascos y luces en la cabeza. Personas con cuerdas y mosquetones pegados a sus arneses. No fue hasta que llegaron a la boca de la cueva que Esther supo cuál era el plan de Jonah, que era mucho, mucho peor de lo que había imaginado. Antes de que pudiera protestar, él ya había ido a recoger el equipo que entregaba el tipo que dirigía la aventura, quien llevaba una camiseta que decía JESÚS TE AMA ENDEMONIADAMENTE.

—Voy a marcar una línea —dijo Esther cuando Jonah volvió y le entregó un casco—. Voy a marcar una línea en la arena metafórica. —Y luego, como él no parecía entender la gravedad de la situación, Esther soltó el casco, tomó un palo de entre la maleza y dibujó, literalmente, una línea en la arena. Estaban parados a seis metros de la boca de la cueva en la que Jonah había organizado un tour guiado de espeleología.

—No es una opción —dijo Jonah, que ya se estaba ajustando el casco.

—Es en serio. Debí haber establecido reglas. Y la regla número uno es nada de cuevas. *Jamás*. ¿No viste *El descenso*?

—No.

—Pues yo sí, y sé cómo termina esta historia, y ni loca, *ni loca*, voy a entrar en una cueva.

—Muy bien, todos, asegúrense de tener puestos sus cascos y síganme a la entrada para la charla de seguridad —dijo el tipo de la camiseta de Jesús, quien entró a la cueva y avanzó como si nada hacia su muerte. Un niño, vestido con todo el atuendo de espeleología, pasó corriendo junto a ellos y entró también hacia la oscuridad.

—¿Vas a permitir que ese niño te gane? —preguntó Jonah.

—Ese niño va a ser salvajemente perseguido y terminará comido por troglobiontes humanoides comecarne. —Los padres del niño en cuestión escucharon esto—. Perdón —dijo ella—. ¿No vieron *El descenso*? —Ambos negaron con la cabeza—. Estoy segura de que todo estará *bien*. Todo *bien*.

Ese niño definitivamente iba a morir.

—¿Memorizaste toda la página de Wikipedia de esa película? —quiso saber Jonah—. A ver, ¿le tienes miedo a los espacios pequeños, o en realidad sólo le tienes miedo a lo que crees que podría haber en esos espacios pequeños?

—Tengo miedo de entrar en una cueva, ser tragada por un túnel estrecho y que una criatura me coma desde los dedos de los pies mientras no puedo moverme porque estoy atrapada en un espacio pequeño. Es un poco de ambos. Así que no voy a entrar en la cueva.

—Vas a entrar en la cueva.

—No.

—Sí.

—*No*.

—¿En serio quieres que el video de esta semana dure treinta segundos? ¿Quieres que el último cuadro diga: «Esther fracasó tras sólo cuatro semanas porque es una maldita gallina»?

—¿Para qué son estos videos?

—Para nada que te importe. Entra en la maldita cueva.

—Pero... me da miedo.

Jonah recogió el casco y se lo puso a Esther en la cabeza sobre su sombrero de Indiana Jones, dándole unos golpecitos con los nudillos.

—Es justo por eso que debes hacerlo.

—Te odio tanto.

—Qué dolor. Entra en la cueva.

Y así lo hizo. El garfio estaba bien enterrado en su espalda, raspándole el esternón por dentro y dificultando los latidos de su corazón, pero lo hizo. Encendió la luz de su casco y avanzó indecisa hacia la boca de la caverna en una especie de trance, porque las piernas le temblaban y no podía sentir su cuerpo, pero concluyó que no se puede estar vestida de Indiana Jones y negarse a entrar en una cueva, así que canalizó el poder del disfraz para ayudar a sentirse fuerte.

—A este paso nunca vamos a encontrar a la Muerte

—masculló Jonah, que iba detrás de ella—. Malditos triciclos comecarne quién sabe qué cosa. Esta niña ve demasiada televisión.

La antesala no era tan terrible como Esther la había imaginado. Para empezar, había una docena más de personas con ellos, todos potenciales cebos para los monstruos, así que al menos ella no sería la primera en ser comida, y en segundo lugar porque evidentemente estaba cerca de la boca de la cueva, desde la cual se colaban los rayos del sol. El tipo de la camiseta de Jesús, quien resultó ser un joven sacerdote de nombre Dave, se presentó y les habló sobre cómo mantenerse a salvo en su expedición de dos horas bajo tierra. Habló de muchas cosas, pero no dijo nada sobre habitantes carnívoros de las cavernas, lo cual era una omisión terrible. Dijo que habría algunos espacios estrechos y agua en algunas partes, pero nada demasiado complicado, nada de qué preocuparse.

Miles de personas habían hecho esto antes y ninguna de ellas había sido devorada.

Después de la charla, el padre Dave se acercó personalmente a Esther y le dijo que Jonah le había informado sobre su claustrofobia. Esther hizo un gesto apenado. Si había algo peor que tener un miedo estúpido, es que otras personas sepan de tu miedo estúpido. Pero el padre Dave reaccionó muy bien y le dijo que él también había tenido claustrofobia y que podía ir con él al frente del grupo si quería, lo cual sí, sonaba bien, porque así él podría guiarla hacia la salida de la cueva mientras se comían a todos los demás.

Esther hizo que Jonah se acomodara detrás de ella.

—Espero que te sacrifiques por mí si es necesario. Y no estoy bromeando.

—Nah, mejor les lanzaré el niño a los monstruos —respondió Jonah. Los padres del niño escucharon eso también y decidieron reubicarse al final del grupo, lo más lejos posible de ellos, lo cual era razonable.

El tour no comenzó tan mal. El túnel era lo suficientemente alto como para estar de pie y lo suficientemente ancho como para que Esther no alcanzara a tocar las paredes con los brazos extendidos. No caminaban sobre piedras o tierra, sino en una plataforma de metal, lo cual calmaba un poco su ansiedad porque era una prueba sólida de que los humanos habían pasado ya por ahí y sobrevivieron lo suficiente para erigir esa infraestructura. Avanzaron por el interior de una enorme bestia caliza, observando los conductos blancos y retorcidos que eran sus intestinos, el rojo óxido de sus venas, los largos dientes de estalagmitas asomados en sus fauces, tan afilados que podían atravesar la carne y los huesos. Esther pasó rápidamente bajo esas trampas mortales colgantes, convencida de que un terremoto las haría caer en cualquier momento.

Entre más profundo se internaban, más frío hacía. Los susurros comenzaron a hacer eco. La luz de los flashes se movía extrañamente, tocando las sombras pero incapaz de hacerlas desaparecer. El padre Dave se detenía de vez en cuando para señalar distintos fenómenos de la cueva. Estalagmitas. Ríos subterráneos. Gusanos de luz colgados del techo que le daban al túnel un brillo azul. Cuando llegaron a otra cámara, con la plataforma de metal, gracias a Dios, aún bajo sus pies, Dave les dijo que apagaran las lámparas para poder experimentar «la oscuridad de la cueva», una oscuridad tan absoluta que aparentemente no podías ver ni tu propia mano frente a tu cara (o cómo se aproximaban los depredadores sedientos de sangre).

La luz de Esther fue la última en apagarse. Para ese momento ya todos la estaban viendo, esperando, y ella podía sentir sus miradas perforándole la piel. Las mejillas se le encendieron y sus palmas comenzaron a sudar, como pasaba siempre que pensaba que la gente la estaba juzgando, salvo que esta vez todos realmente la estaban juzgando. Prácticamente podía escuchar sus pensamientos rebotando en la oscuridad. «Gallina, cobarde, impostora», decían. No quería

apagar la luz, pero no podía ser la única que no lo hiciera cuando había un maldito niño de seis años que no tenía miedo.

—Agárrate de mí si quieres —dijo Jonah en voz baja. Esther le envolvió la cintura con los brazos y apretó una mejilla contra su pecho, aferrándose a él con tanta fuerza como le era posible, como si Jonah fuera un ancla y estuvieran por desconectar la gravedad. Lo cual, de cierta manera, sí iba a pasar. Entonces cerró los ojos y apagó su luz. El cambio en la percepción no fue inmediatamente palpable, porque seguía con los ojos bien cerrados, pero todos comenzaron a hablar sobre lo maravillosa que era la oscuridad absoluta. Esther seguía esperando que un par de colmillos afilados se hundieran en su cuello.

—Carajo, es increíble —dijo Jonah—. ¿Cómo vas, Esther?

—Bien.

—No has visto, ¿verdad?

—Estoy bien.

—Abre los ojos.

—Deja de decirme qué hacer.

Luego, muy lentamente, abrió los ojos. Era difícil notar la diferencia.

Estaba oscuro. Muy, *muy* oscuro. Se puso una mano frente a la cara y no la pudo ver. Se acercó un dedo al ojo y no percibió lo cerca que estaba hasta que le rozó las pestañas. Era una negrura absoluta, desorientadora, imposible. Esther no estaba segura de que Eugene tuviera miedo ahí abajo. No era la oscuridad misma la que lo molestaba, sino el destello de las cosas que veía *en* la oscuridad. Un ala por aquí, un brazo por allá, una mano en garra saliendo del clóset. No se podía temer eso ahí, porque simplemente no podías verlo.

Eso la hizo pensar en los primeros meses en que Eugene comenzó a temerle a la noche, cuando sólo podía dormir tomado de la mano de Esther. El lazo que la unía a su madre pudo haberse degradado con el tiempo, pero la magia que compartía con Eugene seguía ahí. Seguía siendo fuerte.

Tras unos minutos, los espeleólogos encendieron sus luces de nuevo y siguieron con el tour, con cierto ardor en los ojos por el brillo repentino. Dejaron la seguridad de la plataforma de metal para pasar a túneles más estrechos que no tenían signos de supervivencia humana. Esther tuvo que agacharse. Luego tuvo que gatear. Luego, y pobre de su sistema circulatorio, de uno en uno tuvieron que arrastrarse por un espacio en el que apenas cabían los hombros y la panza del padre Dave, quien desde el otro lado de ese agujero infernal le aseguró que esa sería la peor parte. Ese sería el único espacio estrecho de toda la aventura, y después todo sería miel sobre hojuelas.

Esther aún seguía al frente del grupo. No tuvo más opción que ir primero.

Se tendió sobre su estómago como Dave y comenzó a arrastrarse hacia adelante al estilo militar. La roca chocaba contra su casco y sus hombros, se inclinaba ligeramente para hacer presión contra su estómago y sus muslos. El espacio se iba encogiéndose conforme avanzaba, preparándose para tragarse su cuerpo.

Su objetivo era no perder. Cruzar por el agujero antes de que la cueva se desplomara (lo cual, en su cabeza, era inevitable). Sobrevivir durante dos semanas comiéndose a Dave, quien (trágicamente) moriría en el accidente. Escribir un libro sobre su gran historia de supervivencia, y luego escribir el guion para la adaptación cinematográfica. Quizá ganar un Oscar por ello. Por lo menos un Globo de Oro.

Más adelante había una ligera curva en el túnel y un charco de agua de unos cinco centímetros de profundidad. (Obvia, obvia, *obviamente* iba a terminar mojada *otra vez*).

—Maldito seas, Jonah —masculló para sí mientras avanzaba por la curva, intentando sin éxito no pensar en terremotos, derrumbes y torrentes—. Maldito, maldito, maldito.

La parte más estrecha del túnel se encontraba justo pasando la curva, donde el techo bajaba y Esther tuvo que poner la cabeza de lado para mantener boca y nariz fuera del agua. Avanzó unos centímetros más antes de que los brazos le quedaran aplastados debajo del cuerpo, con los codos doblados y sin poder despegar la mejilla más que unos centímetros de ese charco de fango.

Mierda.

No entres en pánico.

Intentó echar hacia adelante uno de sus brazos sacándolo de debajo de su cuerpo, pero esto sólo hizo que sus costillas se aplastaran. Intentó impulsar sus piernas contra la roca para avanzar, pero no logró apoyarse. Hacia atrás. Debía ir hacia atrás. Intentó usar los codos para echarse en reversa, pero su cuerpo seguía medio atorado en la curva del túnel.

Mierda.

La hiperventilación comenzó antes de que ella misma se diera cuenta de que estaba en pánico.

—Oye, oye, oye, oye, oye —dijo el padre Dave, quien apareció de pronto frente a su cara. (Eso le recordó lo rápido que se te puede aparecer algo en una cueva)—. Respira lentamente. Escúchame, respira lentamente.

—Estoy atorada —logró decir Esther—. Estoy atorada.

—No estás atorada. Te ayudaré a salir, ¿de acuerdo?

Esther asintió. Dave ya tenía una mano bajo su mejilla para que pudiera descansar el cuello sin ahogarse.

—¿Viste *El descenso*? —le preguntó, aprovechando el descanso.

—Sí. De hecho, eso fue lo primero que despertó mi interés en la espeleología.

—¿Estás loco? —soltó ella.

—La oportunidad de ver cosas que otros humanos no han visto —respondió él entre risas—, descubrir secretos que se crearon durante miles de millones de años; era demasiado buena para dejarla pasar. Además, me cagaba de miedo ante los espacios cerrados, pero no quería que el miedo me ganara, así que encontré una forma de disfrutarlo.

—No puedes decir *cagar*. Eres un pastor.

—Sacerdote, de hecho. Mira, Esther, he recorrido cientos de veces esta cueva, ¿de acuerdo? No me han comido ni una vez. Ni una mordidita siquiera. Así que ¿qué te parece si te sacamos de aquí para que puedas ver la hermosa caverna que está al otro lado?

Esther pensó en el paquete que Jonah le dio después del 1/50. «Todo lo que deseas está al otro lado del miedo», decía. La verdad, nunca había deseado ver una hermosa caverna dentro de otra, pero sí deseaba estar en un espacio abierto, así que supuso que lo que deseaba sí *estaba* al otro lado del miedo, en cierto sentido. Asintió de nuevo.

—Arrástrate hacia mí, ¿de acuerdo? —instruyó Dave—. Como lo estabas haciendo. Pequeños pasos arrastrando tus brazos, como en el ejército.

Mientras Esther avanzaba, centímetro a centímetro se iba sintiendo menos y menos atrapada. Sus brazos estaban más libres, la roca dejó de aplastarle las costillas, y un par de minutos después el túnel la escupió por completo hacia una caverna que era tan pintoresca como el padre Dave

había prometido. Y ahí, al otro lado, estaba lo más hermoso que había visto en su vida: el regreso de la plataforma metálica. Los humanos habían pasado por ahí y no habían desaparecido por completo.

—¡Buen trabajo! —dijo Dave mientras le daba unas palmaditas en la espalda—. ¿Por qué no echas un vistazo mientras voy a ayudar a los demás?

Esther se levantó y respiró profundamente unas cuantas veces. Ya se había terminado. Lo hizo. El túnel no se desplomó, ella no se ahogó en un torrente y ni siquiera se la habían comido los troglobiontes humanoides comecarne. Al salir de la húmeda oscuridad del túnel, aún sin haber sido comida por los monstruos de *El descenso*, a Esther le pareció que comprendía por primera vez lo que Jonah había escrito en el periódico después del 1/50.

Nunca antes creyó que hubiera algo agradable o útil al otro lado del miedo. El miedo era una adecuada barrera que evitaba que los vivos se convirtieran en muertos, y no debía cruzarse bajo ninguna circunstancia. Pero, parada ahí, en esa habitación construida por las manos de la Tierra misma, encontró un agujero en el techo de la caverna por el que se colaba con un tono verdoso la luz del sol, y directamente debajo de él, una alberca color peridoto donde millones de años de lluvia, viento y crecidas habían perforado la roca. En las paredes crecían musgo y plantas verde esmeralda que devoraban la luz del sol, y las aves bajaban a sus nidos para llevar a sus polluelos unos gusanos gordos.

Había pasado la barrera del miedo y había vivido para encontrar no la muerte, como imaginaba, sino un imposible esplendor.

¿Qué otras bellezas le había estado escondiendo el miedo? ¿Qué otras cosas le había impedido descubrir la maldición?

Por primera vez en mucho tiempo, quiso averiguarlo.

Hay rutas más directas hacia la muerte que las polillas y las langostas

Esther lo vio un martes por la mañana antes de la escuela, durante la semana previa al 5/50. La puerta del baño estaba abierta y Eugene se rasuraba frente al espejo aquel intento de barba. Mientras se enjuagaba la crema de afeitar, moviendo las muñecas de aquí para allá, ella notó brevemente algo rojo: una serie de cortadas que recorrían los brazos de su hermano.

—Debiste ver al otro tipo —dijo Eugene cuando se encontró con los ojos de ella y notó que lo miraba, y luego cerró la puerta. Ese día se puso manga larga. De hecho, llevaba varios meses usando manga larga diariamente, aunque fuera verano.

Esther sintió náuseas. ¿Cómo era posible que alguien tan amado pudiera llevar tanto tiempo sufriendo sin que ella lo notara?

Claro que esa no era la primera vez que Eugene había estado triste. La depresión es una desgraciada muy escurridiza. Como los médicos de la bebé que creyeron que le habían curado el VIH tras un agresivo tratamiento antirretroviral, pues su carga viral era indetectable, pero en cuanto le quitaron el tratamiento, la enfermedad volvió. Al igual que el VIH, la depresión es campeona en las escondidas. Se oculta en los recovecos más profundos de la mente, esperando a que los muros con los que la contuviste terminen por erosionarse. Puede pasar meses o años en niveles indetectables. Estás feliz y estable y crees que ya te curaste, que eres un sobreviviente, y de pronto ¡zaz!, regresa de la nada. Imagínate sobrevivir al hundimiento del *Titanic* o algo así y pensar que lo lograste, que sobreviviste, que le ganaste el juego a la muerte, pero unos años después el *Titanic* comienza a perseguir a todos los que escaparon, matándolos uno por uno en las calles de Nueva York. Es como una película de terror y venganza tipo *Sé lo que hicieron el verano pasado*, pero con un buque de 46 328 toneladas como el psicópata asesino, flotando en un mar de niebla. Así de irracional es la depresión.

Eugene le temía a la oscuridad y por tanto eso lo mataría. Así funcionaba la maldición. Esther siempre se había preguntado exactamente cómo lo mataría la oscuridad; fue hasta esa mañana, con la imagen de sus muñecas marcadas tatuada en su cabeza, que comprendió que la oscuridad puede vivir en una persona y comérsela desde adentro.

Así que, mientras esperaba a Rosemary y a Eugene en el auto, hizo algo que odiaba profundamente: llamó por teléfono.

Jonah contestó luego de tres tonos.

—¿Qué pasa, Solar? —dijo. Sonaba como si estuviera comiendo cereal.

—Me da mucho miedo perder a Eugene. Que la maldición lo mate antes de que pueda acabar con ella. No nos estamos esforzando lo suficiente.

Jonah se quedó en silencio por un momento.

—Si realmente te preocupa tu hermano, quizá debería ir a terapia o algo así. —Y eso era lo que la gente siempre dice al saber que alguien tiene una enfermedad mental. Como si fuera tan fácil de tratar, arreglar y curar. Esther pensó en a quién podría decírselo. Pensó en a quién le importaría lo suficiente como para hacer algo para ayudar a Eugene. ¿Sus padres? ¿Esas personas tan hundidas por sus propios miedos que apenas podían funcionar? ¿O quizá a un consejero escolar? Alguien que al mirar a su hermano no lo viera como el ser humano complejo y brillante que era sino como un problema por resolver, una enfermedad por medicar, una oscuridad por encerrar.

Para Esther tenía tanto sentido romper la maldición como ir con un terapeuta. Quizá incluso más.

Como ella no dijo nada, Jonah cambió de estrategia y su voz volvió a ser ligera y divertida.

—Mira, no es mi culpa que le tengas miedo a un estúpido Hombre Polilla que no va a llamar la atención de la Muerte.

—Te informo que el Hombre Polilla provocó la muerte de cuarenta y seis personas durante la caída del puente Silver en 1967.

—¿Por qué me llamaste? Por lo general soy yo quien tiene que hacerlo. Pensé que odiabas hablar por teléfono. Está en tu lista.

Esther revisó la aplicación del clima en su teléfono.

—Creo que tengo una idea para el domingo. Algo desquiciadamente peligroso que muy probablemente nos llevará a un desenlace funesto.

Jonah masticó su cereal ruidosamente y luego tragó.

—Eso sí me gusta. Le entro.

Quizá Eugene buscaba a la Muerte, pero Esther estaba decidida a encontrarlo primero.

5/50: Relámpagos

Para atraer la atención de la Muerte no basta con tener miedo. No importa qué tan profundo sea. Debes creer *realmente* que vas a morir. Esa creencia es como un faro. Una señal que se le envía a la Parca para que te agregue, aunque sea temporalmente, a su lista.

«Ven por mí», dice. «Ven a llevarte mi alma».

O al menos esa era la teoría de Esther, aunque podría estar completamente equivocada. Podría ser que tu muerte ya está predeterminada y la Parca sabe el momento y el lugar exactos en que morirás, así que no se molesta en ponerte atención hasta que llega tu momento, pero eso no le servía a ella.

El domingo del 5/50 coincidió con la alerta de terribles condiciones climáticas para esa tarde. Una tormenta eléctrica, herencia del calor cada vez menor del verano, recorrería las afueras del pueblo, y aunque el número cuarenta y seis no era los relámpagos (era los cementerios), Esther le preguntó a Jonah si podían intercambiar miedos y, para su sorpresa, él dijo que sí.

Esther ni se molestó con la excusa ridícula de la semana. («Estoy haciendo sombreros, lo siento»). Cuando llegó Jonah, corrió hacia su motocicleta, se subió y le dio instrucciones de cómo llegar a un campo justo en el paso de la tormenta. Estaba vestida de Mary Poppins: blusa blanca, falda negra, corbata de moño roja y un paraguas. Fueron hacia las planicies de hierba que rodeaban la ciudad, kilómetros y kilómetros y kilómetros de nada. Ni siquiera un triste árbol. Jonah llevó un picnic, así que comieron bajo el sol de la tarde, revisando los radares del clima en sus teléfonos una y otra vez para asegurarse de que los truenos y relámpagos seguían yendo hacia ellos. El pasto desteñido por el sol se mecía alrededor como un mar de cabellos rubios. Cuando se aburrieron, escucharon «Bohemian Rhapsody» una y otra vez, gritando el verso: *Thunderbolts and lightning, very, very frightening me!* («¡Rayos y truenos, me asustan mucho, mucho!») cada que sonaba.

Y entonces llegó el primer rugido distante de un trueno, el cual los hizo detenerse y contemplar por primera vez la tormenta que se había estado formando como capas de seda gris en el horizonte.

—Mierda —dijo Jonah lentamente, pausando a Queen—. Mira eso.

Se quedaron ahí, en la creciente oscuridad, observando el aire embravecido recorrer la planicie. En el horizonte carente de casas, montañas o árboles, la tormenta se veía viva y hambrienta. Silbaba y rugía, haciendo que el suelo bajo sus pies se estremeciera conforme se acercaba a ellos como un muro.

—Esto es muy estúpido —comentó Jonah—. Estúpido nivel: *realmente* podríamos morir.

—Ese es el punto. —Esther lo jaló hacia el pasto junto a ella, porque no podían estar parados,

ni siquiera sentados, no si querían sobrevivir con la tormenta acercándose y lanzando sus dedos eléctricos hacia ellos, buscando dónde golpear.

—Recuérdame por qué acepte que tú planearas esta semana.

—Porque pensaste que me iba a acobardar.

—Voy a tener que reconsiderar seriamente esa opinión.

El aire se volvió frío y quieto, como si la tormenta estuviera reuniendo todo el poder de la atmósfera para alimentarse. El mundo se oscureció. La lluvia comenzó a caer, primero como un rocío apenas, y luego con gotas tan grandes y rápidas que a Esther le lastimaban la piel.

—Una vez más te estás mojando al estar conmigo —comentó Jonah.

—Sigue sin ser gracioso.

—¡Pero es verdad!

Y luego comenzaron los relámpagos. Esther nunca había estado tan cerca de ellos. Siempre tenía que contar los segundos (cuatro, cinco, seis, siete) antes del trueno para saber a cuántos kilómetros había caído. Ahí no había segundos entre rayo y trueno. El brillo desgarraba el cielo al mismo tiempo que sus oídos se estremecían y temblaba el suelo debajo de ella. Era tan súbito, tan violento, que el mundo parecía desaparecer de la realidad y reaparecer tras unos instantes, y el trueno se alejaba de ellos rugiendo y rugiendo y rugiendo en su camino para alertar a toda la gente del pueblo de que se aproximaba la tormenta. Pero ellos estaban ahí, en el epicentro, al inicio del sonido que no les llegaría a los niños que contaban hasta dentro de tres, cuatro, cinco segundos. Comenzaba con ellos.

Jonah la tomó de la mano, porque realmente era algo muy estúpido, pero ya no podían correr. Tenían unas dianas pintadas en el alma que se veían hasta el cielo, rogándole al rayo que los atravesara antes de llegar al suelo. Hubo más luz y Esther comprendió por primera vez por qué dicen que los rayos golpean. Bajan por el aire a toda velocidad para conectar violentamente con la tierra. Ella cerró los ojos con todas sus fuerzas. Si la Muerte iba a llegar, no quería verlo. Así que mantuvo su mano unida a la de Jonah, y su cercanía hizo que su piel vibrara de placer, y cada que un rayo golpeaba él decía algo como: «Qué mierda, eso estuvo cerca, ¿lo sentiste? Dios mío, mujer, ¡me vas a matar!».

Los rayos comenzaron a espaciarse y los truenos se alejaron. La lluvia amainó y ellos no murieron.

Cuando dejó de llover por completo, Esther abrió los ojos y se incorporó. Estaban gloriosa y milagrosamente vivos, pero por un momento, un segundo, un instante, juró haber visto una silueta oscura alejándose de ellos entre la hierba. No era la Muerte como el folclor la ha imaginado, para nada, no era un esqueleto alto y sombrío con una capa y guadaña en mano, sino una figura bajita con abrigo oscuro y un sombrero negro.

La Muerte como su abuelo lo describió: Jack Horowitz.

Esther parpadeó y la figura ya no estaba, desapareció entre la hierba crecida que se estremecía en el horizonte, pero estaba casi, casi, casi segura de que no lo alucinó.

Como Esther lo vio en su cabeza: esa mañana, una mujer que no debía morir hasta el 5 de mayo de 2056 olvidó las llaves de su oficina al salir de casa, por lo que tuvo que volver a entrar a buscarlas, lo que agregó veinticinco segundos a su caminata diaria hacia el trabajo. Veinticinco segundos pueden no parecer gran cosa en el día a día. Por lo general no se pueden lograr muchas cosas en veinticinco segundos. Puedes calentar una taza de café en el microondas. Mantener una

postura de yoga. Escuchar apenas la mitad de la intro instrumental de «Stairway to Heaven». Pequeñas victorias que la gente consigue una y otra vez diariamente sin que eso los mate.

Pero la mujer en cuestión no sería tan afortunada. En el bien aceitado negocio de la muerte, veinticinco segundos hacen la diferencia entre llegar al trabajo vivita y coleando, y que te entierren casi cuatro décadas antes de lo que te tocaba. Así pues, ese ejercicio inesperado del libre albedrío descuadró los cuidadosos cálculos de la Muerte, y la mujer estuvo en el momento y lugar exactos para que un trozo de metal lanzado por una podadora industrial la decapitara.

Un horrible y extraño accidente, que dejaría a la gente del pueblo especulando sobre la cruel naturaleza tipo *Destino final* de la Muerte durante muchos años. Qué tan meticulosa era la Parca, decían, como para calcular tan delicada y perfectamente la muerte de una mujer, de modo que si hubiera salido de casa un segundo antes o después, o no se hubiera detenido para atarse la agujeta, o no hubiera regresado por las llaves de su oficina, o esto o aquello, quizá seguiría viva. Hay mucho que podría decirse en un caso así sobre la predestinación; la razón por la que no se había construido una casa en el terreno, la manera en que el trozo de metal se escondió entre la hierba crecida, que la poda estaba agendada para la tarde, pero el empleado de mantenimiento que la haría tenía una audiencia de custodia a esa hora y por tanto cambió el trabajo a la mañana. Que si su esposa no hubiera descubierto el mensaje de texto de su amante, enterándose así de su aventura de dos años, no habría habido audiencia de custodia, etcétera. Cientos y miles de decisiones y posibilidades en una cadena infinita que llevó a ese momento, cuando un trozo de tubería de medio metro se atoró en las aspas de la podadora y se abrió paso hasta la sien izquierda de la mujer para salir por el otro lado.

Poco entendían los humanos que a la Muerte algunas veces también le sorprendía la muerte.

Dado ese cambio inesperado en sus planes, un bebé que debía morir por muerte de cuna no fue recogido. (Sus padres habían logrado resucitarlo con primeros auxilios para cuando la Muerte llegó, y el pequeño viviría hasta los setenta y siete años). Así, la Muerte se consiguió un descanso de quince minutos que podría usar en fumarse un cigarrillo. Pero como años atrás había dejado su hábito de fumarse una cajetilla al día, decidió dar un paseo por el campo y pensar en la vida, la muerte y todo lo que hay en medio. Fue entonces cuando, durante aquel solsticio inesperado y no planeado, la Parca se encontró con dos adolescentes tumbados sobre el pasto bajo una tormenta eléctrica. Por un momento entró en pánico. Apenas esa mañana se había llevado un alma que no debía morir, y ahí estaban otras dos. ¿Era eso el inicio de una terrible anarquía contra la muerte? ¿Cuánto papeleo extra necesitaría aquello? ¿Cómo podría tomar sus vacaciones en el Mediterráneo si todo el ciclo de la vida estaba descompuesto?

Y así, la Parca, sin poder para intervenir, hizo lo único que podía hacer: se quedó ahí, entre la hierba, y los observó de lejos, comiéndose una barra de cereales y esperando que no los alcanzara un rayo y los friera desde adentro. Vio cómo la tormenta pasaba sin tocarlos, y entonces se alejó y los vio un rato más mientras se ayudaban a levantarse y corrían como locos en círculos por el campo vacío, lanzando las manos al aire y gritando a los cielos su inmortalidad. La Muerte pensó que la chica quizá lo vio, pero los humanos tienden a no fijarse mucho en las cosas que los asustan, así que ella pronto se distrajo con el chico a su lado.

Pero claro que él la reconoció. La forma de los ojos, el tono rojizo de su cabello, la tormenta de pecas sobre su cara y, quizá lo que más la delataba, ese brillo desafiante y casi lobuno en sus ojos.

A lo largo de los años, Reginald Solar había causado bastantes desastres en el trabajo de la Muerte, así que su nieta era alguien a quien poner atención, aunque fuera sólo para asegurarse de que no hiciera diabluras, que obviamente estaba haciendo.

De vuelta a la realidad: Esther no le dijo a Jonah que posiblemente la Muerte había estado ahí, que había ido a verlos. Lo único que dijo mientras se ponían en pie, ambos empapados y escurriendo, fue: «Sí está funcionando».

6/50: Acantilados

La noche previa al 6/50, Esther no pudo dormir. Estaba acostada en su cama, dormitando, cuando sintió una de esas descargas en el cuerpo que son como si te cayeras por las escaleras. La sensación la dejó completamente consciente, y su cerebro de pronto le presentó la imagen de una ola estrellándose contra su casa; las ventanas quebrándose y ella misma aplastada entre la pared y los escombros. Un tsunami. Vivían a una hora de la costa en auto, así que el miedo era completamente irracional y ella lo *sabía*, pero eso no evitó que aquello se le repitiera una y otra y otra vez en la cabeza y que una ola (ja) de adrenalina la recorriera por dentro cada vez que pasaba.

Tras dos horas de fracasos en su intento de salvar a Eugene y ahogarse en las aguas oscuras de su habitación, renunció a dormir, tomó las sábanas y cobijas de su cama y fue a acostarse en la banca de la cocina, que le pareció un lugar considerablemente seguro por si se daba el caso poco probable/imposible de que hubiera un tsunami. (Después de todo, la madera flota). Esto no era un fenómeno nuevo. La primera vez que le llegó la cascada del miedo tenía once años, y el terror irracional que la mantuvo despierta fue que un puma (que no eran nativos de su región, y de hecho ni siquiera se tenía un *avistamiento* por ahí) iba a colarse por la puerta trasera (que estaba asegurada), cruzaría la casa hasta la puerta de su habitación (que estaba cerrada) y la mataría a mordidas. Se pasó toda la noche en la habitación de Eugene mirando a la puerta, esperando, esperando el momento en que el enorme felino llegara a comérselos.

Estaba tan segura de que pasaría. Y no pasó.

Cuando llegó Jonah por la mañana, Esther aún no había dormido. Le ardían los ojos y no sentía ganas de llevar a cabo el plan estúpido e inconsciente que él tuviera para ese día. (El miedo era «acantilados»; siempre sería malo). Así que esa vez sí usó su excusa ridícula de dedicarse a la sombrerería para escapar de enfrentar su miedo por unas horas. Se sentó con Jonah en el sofá amarillo e hicieron sombreros con cajas de cereal, rollos de papel higiénico y alambre que sacaron de la basura. Él incluso le puso pequeñas flores y mariposas de papel al suyo, y confeccionó una pluma con pañuelos desechables.

—Qué engreído —masculló ella, negando con la cabeza cuando Jonah se puso su sombrero y comenzó a pasearse por la sala dando sorbos a una imaginaria tacita de té.

Luego llegó el momento de tentar a la Muerte. Jonah le dijo que se pusiera ropa de playa. Lo único que tenía era un disfraz de traje de baño que compró en una tienda de segunda mano, una monstruosidad hasta la rodilla estilo comienzos del siglo veinte con todo y rayas amarillo claro, cuello Peter Pan y un enorme moño en la espalda. Cuando se lo puso, Jonah pasó dos minutos enteros tirado en el suelo por la risa.

—Los toques finales —dijo él cuando logró recuperar la compostura, y se quitó el sombrero de cartón que llevaba en la cabeza para ponerlo en la de ella y amarrarlo bajo su mentón—. Lista para un día en la playa en 1900.

—¿Cuál es mi excusa aceptable para la próxima semana?

—Estarás muy ocupada en una cita con Jonah Smallwood como para ir a un maizal.

—No salgo con chicos que se burlan de mi excelente gusto en trajes de baño.

—Me preocuparía que alguien no se riera de tu gusto en trajes de baño.

—Jonah, ponte serio. Tenemos que enfocarnos en la lista. Me preocupa Eugene.

—Pues tráelo con nosotros; involúcralo en las pesadillas. Les haría bien a él y a Hephzibah. Y lo dije en serio. Sal en una cita conmigo.

Jonah la miraba fijamente y esperaba su respuesta. Esther sintió algo extraño en el pecho, como si acabaran de jalar un hilo alrededor de su corazón hasta tensarlo. Era algo que ya había sentido antes, cuando estaban en la primaria y Jonah se sentaba con ella durante el receso para evitar que los niños malvados se burlaran de ella por su cabello, sus pecas o su ropa.

Esther recordaba la manera en que la ceja de Jonah se arrugaba y la ferocidad en sus ojos cafés. Decían: «Nadie se meterá contigo mientras yo esté aquí». Eso mismo decían en aquel momento, y Esther quería creerles, porque Jonah era hermoso y bueno y olía como la felicidad condensada en forma de persona.

Pero ya una vez la había hecho sentir segura y luego se fue, y ella aún no se había olvidado de lo mucho que duele confiar en alguien para que luego te decepcione.

—Tendré que considerar qué tan desesperada estoy por evitar los maizales —dijo al fin.

—Evitar desesperadamente el miedo, así es como convenzo a todas las chicas de que salgan conmigo.

—Así que has salido con muchas chicas, ¿no?

—¡No intentes que me avergüence por tener muchas citas, Esther Solar! —gritó por la ventana—. ¡No me avergonzaré por eso!

Esther le plantó una mano en la boca.

—Ay, por Dios, bueno, hagámoslo.

Jonah sonrió bajo su palma.

—Trae a tu hermano.

—Eugene odia el océano.

—Con más razón. Ve por él mientras yo organizo esto —dijo, abriendo la maleta de tela que traía. Esther notó en ese momento que tenía unas partes de malla.

—¿Exactamente para qué es eso?

—Ah, ¿no te dije? La compré para la gata. Me la voy a llevar a nuestras aventuras. —Levantó a Pulgoncé del sofá, la acomodó cuidadosamente en la transportadora que ya llevaba colgada al hombro, y siguió haciendo sus cosas, dándole algunas croquetas y susurrándole como si nada. Esther pensó que el sentimiento que estalló en su corazón al ver eso era algo muy parecido al amor.

Y así, en el sexto domingo que pasaron juntos, Esther invitó a Eugene y a Hephzibah a acompañarlos en su búsqueda de la Muerte.

La playa estaba a una hora en auto de su pueblo, lo cual no era lo suficientemente lejos para Reginald Solar, quien le temía tanto a la inmensidad del agua que no había ni mirado una alberca

casi desde que terminó la guerra. A Esther también le daba miedo el mar, más que nada por su abuelo, pero también porque contenía tiburones, pirañas y posiblemente a Cthulhu.

Fueron a la costa en el auto de Eugene. Pulgoncé iba en el regazo de Jonah, ronroneando sin control. Heph estaba vestida de blanco, con largos listones trenzados en su cabello cenizo. Eugene estaba callado, observando la carretera frente a ellos. Algunas veces, cuando la luz del sol le daba en un ángulo extraño, sus dedos sobre el volante parecían de cristal.

La playa estaba triste y vacía cuando llegaron. La escarpada costa de acantilados descendía de golpe hacia el océano azul. La gente iba ahí para practicar clavados en el verano, pero ese día el sol era tenue y una brisa fría corría desde el agua, llevando con ella el aroma de las algas y la sal. No había árboles a la vista. Tampoco casas, tiendas ni edificios de ningún tipo. No había más que pastizales que caían dramática e inesperadamente al agua.

Los cuatro bajaron del auto y caminaron hacia la orilla del risco, con Pulgoncé junto a Jonah sostenida por una correa. Esther se detuvo a metro y medio del borde. No pudo evitarlo. En ese momento, frente a sus amigos, anhelaba ser valiente, pero sus pies dejaron de funcionar y simplemente negó con la cabeza. Las alturas le resultaban real y físicamente repulsivas. Una vez vio un video de YouTube de dos ucranianos que trepaban la Torre Shanghái, y la hizo vomitar. Esther sintió de pronto la necesidad de tener tanto contacto con la tierra firme como fuera posible, así que se tendió de espaldas en el suelo.

—¿Cómo vas? —preguntó Jonah al aparecer sobre ella.

Sacudió una mano desganadamente hacia él. Se suponía que el gesto debía decir: «Estoy bien», pero no funcionaba. Jonah se sentó con las piernas cruzadas junto a ella.

—Puedes hacerlo, Esther —dijo—. Piensa en todo lo que has logrado hasta ahora.

—No soy como tú. No soy intrépida.

—¿Crees que yo no tengo miedo? Por favor, casi me cago en los pantalones en la cueva. Por cierto, ya vi *El descenso*; nunca más volveré a hacer espeleología.

—Maldito hipócrita.

—Mira, la gente sin miedo es estúpida, porque no entiende lo que es el miedo. Si yo no tuviera miedo, saltaría de un avión sin paracaídas o volvería a comer lo que cocina tu mamá. —Eugene se rio al escuchar esto—. Mira, ¿ya ves? Él sabe de lo que hablo. El punto es que debes tener miedo. El miedo te protege. Debes sentir el miedo hasta los huesos —dijo, tocándole la clavícula con las puntas de los dedos— para que la valentía tenga significado.

Esther lo miró.

—¿Y si me muero?

—¿Y si vives?

En ese momento, Esther escuchó un grito. Por el rabillo del ojo vio una mancha pálida, un alto fantasma vestido completamente de blanco.

—¿Esa fue...? —Y no alcanzó a decir más antes que Hephzibah Hadid saltara por el borde del acantilado, aullando y completamente vestida, con sus largos brazos y piernas agitándose en el aire durante un instante antes de perderse de vista.

—Mierda —gritó Esther mientras todos se ponían en pie rápidamente para correr hacia el risco. Heph estaba allá abajo, en el agua, con un halo de encaje blanco abriéndose en el lugar de su caída. Flotaba de espaldas, pataleando suavemente hacia la orilla rocosa cual silueta en una pintura impresionista.

—¿Estás bien? —le preguntó Esther. Hephzibah le respondió con dos entusiastas pulgares arriba—. ¿Heph es temeraria? —Se arrodilló para ver mejor por la orilla sin el miedo de ser arrastrada a su muerte—. ¿Cómo es que no sabía eso?

—Heph es un animal salvaje —comentó Eugene—. ¿Cómo es que no te habías dado cuenta?

Esther se alejó de la orilla y se dio vuelta para bajar por el camino que llevaba al océano para ayudar a Heph a salir, pero Jonah negó con la cabeza.

—Yo voy por ella. Tú salta. —Se acomodó a Pulgoncé alrededor del cuello y la gata se quedó ahí, tranquila y sonriente, como la estola disecada más fea del mundo.

Esther se obligó a ponerse en pie y el viento le enredó el cabello en el cuerpo como si fueran llamas. Al pararse frente al precipicio sintió algo que nunca antes había sentido. El viejo miedo estaba ahí, el garfio atorado en su pecho, esa cosa que quería alejarla de la orilla y que le susurraba: «No, no, no». Pero además había algo nuevo: una atracción. Algo allá abajo en el agua que le susurraba: «Sí, sí, sí». «Adelante, sigue, lázate a lo desconocido». Era como algo entre la destrucción y la emoción.

«Todo lo que deseas está al otro lado del miedo», recordó. ¿Qué le escondía el miedo esta vez?

El asunto con la adrenalina era que nunca antes había notado lo adictiva que era. Hasta hacía poco, la adrenalina era su enemiga, algo que corría por sus venas contra su voluntad. Nunca había sido capaz de entender cómo saltar de un puente con una banda elástica atada a tus tobillos podía clasificarse como algo agradable. Pero ahora podía ver que era un asunto de control. Elegir cuándo, cómo y dónde se elevaba la adrenalina, a diferencia de esperar que te encuentre en tu cama mientras te estás quedando dormido.

Esther aún no estaba segura de cuál fuerza ganaría, cuál sería más potente, hasta que Eugene fue a pararse junto a ella en la orilla y le dijo:

—Jonah acaba de darme una charla motivacional.

—Cree que es filósofo. ¿Qué te dijo?

—Algo sobre un dragón y un caballero.

—Claro. Un clásico.

—Entonces, ¿vamos a hacerlo o no? —Eugene le extendió una mano, cuidando, como siempre, que las mangas le cubrieran la piel de las muñecas.

Allá abajo, Jonah estaba sacando a Hephzibah del agua y gritó que ya tenía una buena toma preparada con la GoPro, así que podían saltar cuando quisieran.

Esther tomó la mano de Eugene; su piel estaba helada como la de un cadáver.

—Maldigo el día en que conocí a ese chico —dijo refiriéndose a Jonah, y luego los hermanos contaron hasta tres para después saltar con un grito al unísono. Mientras caía, a Esther no le preocupó ser arrastrada por el viento y terminar estrellándose en las rocas. No le preocupó llegar hasta el fondo del océano, enterrarse en él y destrozarse la columna. Ni siquiera le preocupó Cthulhu. (Bueno, quizá un poco). Lo que le preocupó fue lo dispuesto que estuvo Eugene a saltar. La forma en que miró hacia abajo, al agua a lo lejos, como si ahí estuviera su hogar. La forma en que se soltó de la orilla y cómo cayó por el aire más rápido que ella, arrastrado por el campo magnético de la tierra. La forma en que su cuerpo titiló ante la luz del sol al golpear el agua, tal como Tyler Durden aparece brevísimamente en la pantalla cuatro veces antes de que lo veas como una figura sólida, anunciando el giro por venir.

Eugene les tenía miedo a los demonios, a los monstruos y sobre todo a la oscuridad, pero no

le tenía miedo a la muerte. Eso era lo que más asustaba a Esther.

Los pies de Esther fueron la primera parte de su cuerpo en tocar el agua y luego se hundió, se hundió y se hundió gracias al impulso y a su peso corporal. El súbito contacto con el frío se le coló en los huesos e hizo que sus pulmones se achicaran. Para ese momento su cerebro ya estaba gritando: «Sube, sube, sube», y Eugene no estaba por ninguna parte. Ya no había nada. Sólo quedaban ella y Cthulhu en la profunda y helada oscuridad. Pataleando para alcanzar la superficie, salió al mismo tiempo que su hermano. Ambos tragarón aire profundamente. Eugene se reía, aullaba, la salpicaba con agua. Ella nadó hacia donde él estaba, lo hundió juguetonamente y notó cómo la luz lo atravesaba y lo volvía transparente debajo del agua.

¿Cuánto tiempo tenía? ¿Cuánto tiempo antes de que su hermano se evaporara por completo? ¿Cuánto tiempo antes de que en un parpadeo se apagara y nunca más volviera? No lo suficiente.

—Oye —le dijo cuando él salió del agua, poniéndole una mano en cada mejilla. Había un extraño magnetismo en su piel que la hacía sentir tranquila cada que lo tocaba, quizá una especie de hechizo de gemelos—. Te amo. Que nunca se te olvide.

—No seas rara —respondió él con una sonrisa mientras la alejaba con un empujoncito—. Quiero hacerlo otra vez. Busquemos un lugar más alto.

Esther sonrió también, ansiosa por atraer la atención de la Muerte con su locura. Quizá iría a verlos cometer imprudencias, tal como ella creía que lo hizo la otra vez.

Los cuatro pasaron el resto de la tarde saltando de los acantilados, cada vez más atrevidos. Cada vez más altos. Corrían y saltaban. Daban volteretas. Después de comer, Eugene fue en su auto hacia el Walmart cercano y compró cuatro delfines inflables en los que cabalgaron desde el risco hasta el agua, como si fueran de camino a una batalla contra Poseidón. Jonah dijo que el metraje era increíble.

Y, en el agua, Esther descubrió la belleza que el miedo le había estado ocultando: las pozas de marea llenas de estrellas de mar anaranjadas y coral verde, portales a otro mundo; los bancos de peces que danzaban alrededor de su cuerpo cada que se sumergía; la sal que se secaba dibujando remolinos en su piel.

Ese día no se encontraron con la Muerte, pero Eugene y Hephzibah parecían más felices y jóvenes de lo que Esther los había visto jamás, y por eso estaba desmedidamente agradecida.

—¿Nos vemos el domingo para ir al maizal? —preguntó Jonah de camino a casa. Ella estaba sentada a su lado en el asiento trasero, con la cabeza recargada en el hombro de él y Pulgoncé como una salada fuente de calor sobre su regazo.

—Lo siento, no puedo —dijo Esther con tono adormilado. Al estar tan cerca de él, sintió el súbito deseo de plantarle un beso en la mejilla y abrazarse a su cuello, lo cual no era algo que acostumbrara sentir por nadie.

—¿Por qué no?

—Tengo una cita.

Jonah le respondió con la sonrisa más pícaro que le había visto.

—Nos vemos el domingo.

7/50: Maizales

Fue en el fin de semana del 7/50 que los muebles comenzaron a desaparecer.

La mañana del sábado, cuando Esther despertó, el microondas y la mesa del comedor ya no estaban. Había aprendido a no cuestionar esas súbitas desapariciones, así que se preparó su avena en la estufa y guardó su laptop en el baúl al pie de su cama, sólo por si acaso.

El domingo por la mañana, la televisión desapareció. El teléfono fijo. La olla exprés. El viejo sillón de Reg.

Eugene prefería ignorar esas cosas y darle a Rosemary el beneficio de la duda, quizá *no* estaba vendiendo todas sus cosas en Craiglist de nuevo, pero a Esther le gustaba vigilar a su madre de vez en cuando, sólo para asegurarse de que las cosas no se pusieran demasiado mal. Con este fin, había construido un calibrador específicamente formulado para calcular qué tan quebrados estaban en cualquier momento:

DEFCON 5. Rosemary ordenó comida a domicilio = no tan quebrados. Disponibilidad normal. Acción requerida: ninguna.

DEFCON 4: Ramen para cenar más de dos noches seguidas = moderadamente quebrados. Disponibilidad por encima de lo normal. Acción requerida: observación general de la situación. Intervenir si es posible.

DEFCON 3: No se provee comida. Si se menciona la falta de comida, Rosemary sugiere que se busquen un trabajo = bastante quebrados. Disponibilidad aumentada. Acción requerida: intento por evitar que electrodomésticos grandes y muebles sean vendidos en línea.

DEFCON 2: Parientes lejanos comienzan a llamar a la casa pidiendo que se les pague el dinero que prestaron = completamente quebrados. Disponibilidad extrema. Acción requerida: llorarles a dichos parientes por las muchas deudas de Rosemary y cómo papá no puede trabajar, y que total y absolutamente no están en la quiebra porque ella se la ha pasado más de lo normal en las máquinas tragamonedas. Cerrar los cuartos con llave para evitar el saqueo de las reliquias familiares que quedan.

DEFCON 1: Disponibilidad máxima. El anillo de Rosemary está *en limpieza* = quebradísimos. Esto sólo ha pasado una vez. El desalojo de su casa es inminente. Acción requerida: esconder las cosas de valor. Esconderlas muy, muy bien. Decir que las perdiste cuando Rosemary pregunte dónde están. Enfrentar su ira. (Las condecoraciones de Reg, la posesión más preciada de Esther, en ese momento estaban enterradas en el patio trasero de la casa de Heph para evitar que Rosemary las vendiera). Empacar los objetos personales valiosos restantes en una maleta, listos para mudarse con Hephzibah o con cualquier pariente furibundo disponible. Prepararse para

quedar a cargo del Estado.

El domingo por la mañana no había comida en la casa. Cuando Esther le preguntó a su madre sobre los víveres, Rosemary le sugirió que se buscara un trabajo real en vez de vender pasteles, por lo que Esther escondió las joyas de su difunta abuela bajo una duela suelta debajo de la cama de Eugene. Luego se vistió como la *Mujer con sombrilla mirando a la izquierda* de Claude Monet y salió a esperar a Jonah en las escaleras del porche, como se le había vuelto costumbre.

Cuando aceptó tener una cita con él estaba en medio de un ataque de alegre gratitud, pero ahora esperaba que él *a)* no recordara que le había dicho que sí, y *b)* no volviera a mencionarlo jamás.

Al llegar, Jonah iba vestido con un traje café bien planchado, una camisa color crema y una corbata de moño con motivos. Fácilmente era el conjunto de ropa más horrendo que Esther había visto en su vida, pero de algún modo él lograba que se le viera adorable. Se podría decir que hacía que todo se viera adorable. Eso era parte del problema. Hubiera sido mucho menos atemorizante estar cerca de él si no fuera tan encantador.

Le había hecho un *corsage* de papel (con todo y el cadáver de una polilla pegado a uno de los pétalos; qué romántico) para celebrar la ocasión, así que Esther ya no podía realmente cambiar de opinión.

Aun así, los maizales eran mucho menos aterradores que ir a la cita, así que insistió en que hicieran eso primero.

—Los maizales no dan miedo —dijo Jonah mientras estacionaba su moto bajo un árbol y comenzaban a caminar hacia la granja a lo lejos—. ¿Qué te hizo el pobre maíz?

—Es como la oscuridad —explicó Esther, usando su sombrilla como bastón y sosteniendo su largo vestido blanco con la mano libre—. Lo que da miedo es lo que hay *en* el maíz.

—¿Qué diablos hay en el maíz?

—Niños. Diseños misteriosos. Espantapájaros. Asesinos seriales. Tornados. Extraterrestres. En serio, los maizales son terribles. Es posible que sean el epicentro de todo lo malo.

—¿Cómo es que el maíz tiene tan mala reputación, pero no el trigo o la caña? Tanta discriminación contra las polillas y los maizales me da asco.

—Mi primer ataque de pánico fue tras ver *Señales* cuando tenía trece años. —Esther no estaba segura de por qué le dijo eso a Jonah; nunca antes lo había contado. De algún modo, hablar con Jonah era más fácil. Los músculos de sus hombros, siempre tensos cerca de otras personas, parecían soltarse en su presencia. Él la tranquilizaba. Hacía más sencillo hablar de las cosas que dan miedo.

—Bueno, pues sí, Mel Gibson es un tipo bastante escalofriante.

—Eugene y yo la vimos en casa de Heph. Esa noche no dormí. Juro que *escuché* algo afuera de la ventana que hacía ese sonidito de los alienígenas a través de los monitores para bebés. Cuando llegamos a casa al día siguiente, decidí ir a correr por la cuadra, sólo para sacar un poco de ansiedad. Uno de los extraterrestres comenzó a seguirme.

—O sea, ¿estabas alucinando, o algo así?

—No. No lo vi. Ni siquiera andaba cerca del maíz. Sólo sabía que esa cosa estaba ahí. Sabía que estaba detrás de mí. Corrí hasta desplomarme, y luego me metí a rastras debajo de un auto para esconderme. Me tomó dos horas llegar a casa. Tuve que correr de auto en auto, escondiéndome del alienígena. Me raspé las rodillas y los brazos hasta que me sangraron y no

podía dejar de llorar ni de temblar. Sabía que me iba a morir.

—Estás más dañada de lo que pensé.

—Gracias.

Cuando llegaron a la orilla del maizal, Jonah se arrodilló y sacó un dron de su mochila. Un maldito *dron*.

—¿Querría yo saber de dónde sacaste eso? —preguntó ella.

—Probablemente es mejor que no hagas preguntas al respecto —dijo él mientras conectaba una cámara al dispositivo para luego echarlo a volar.

Corrieron juntos entre el maíz, con el dron volando por encima de ellos, bajando y girando mientras corrían. Esther se imaginó cómo se vería la grabación: el largo listón verde en su sombrero ondeando detrás de ella como un alga en el aire, la sombrilla color menta a su lado, las vaporosas faldas de su vestido amenazando con hacerla despegar. Luego pensó en aquella terrible y larga mañana que pasó corriendo por su vida, la primera vez que el miedo realmente la atrapó entre sus garras. La primera vez que sintió lo que Eugene sentía cada noche, acucillada e hiperventilando en una canaleta junto a un auto con las lágrimas corriendo por su cara, sabiendo por la lógica que no se enfrentaba a ningún peligro real pero incapaz de abandonar la certeza de que la muerte era inminente.

Dieron la vuelta y el dron los siguió. El maíz comenzó a mecerse con la brisa como si respirara. Incluso como si susurrara. Jonah bajó la velocidad y se detuvieron por completo a escuchar. El sol estaba en su apogeo, y una gota de sudor corrió por la espalda de Esther. El dron giraba a su alrededor, extrañamente amenazador. Algo hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—No deberíamos estar aquí —dijo con voz baja. El maíz definitivamente estaba susurrando. «Corre, corre, corre», le decía. «Algo viene por ti».

El maizal era un océano, y nadando se habían alejado de la seguridad de la costa. Los tallos eran más altos que sus cabezas. El mundo se había ahogado en un mar de maíz. Estaba por todas partes, por todas, y ellos se hundían, los jalaba hacia abajo. Esther sintió de golpe la llegada del pánico, ese mismo que te sobrecoge cuando estás bajo el agua, luchando por salir a la superficie, pero no estás del todo seguro de que lo conseguirás antes de que tus pulmones se inunden involuntariamente.

«Vete, vete, vete», dijo el maíz con un suspiro. O quizá la advertencia venía de la parte irracional de su cerebro. La misma parte que la hacía temer a los tiburones en una piscina, a los asesinos detrás de las cortinas de baño y los ataques repentinos de velocirraptores.

—¡Tengo que salir! —exclamó en pánico, dándose vuelta y buscando una salida fácil. El maíz seguía susurrando, siseando, jalándole el cabello y tirándole de la ropa. Criaturas se movían entre los tallos. Podía sentirlos. Podía ver las sombras que dejaban a su paso, y el maíz intentaba atraparla para que pudiera ser comida.

Ese era el momento en que la mayoría de las personas diría: «Respira». Ese era el momento en que la mayoría de las personas diría: «Cálmate». Ese era el momento en que la mayoría de las personas diría: «Los extraterrestres no existen».

Jonah Smallwood no era la mayoría de la gente, así que le puso las manos sobre los hombros y dijo:

—La maldición no te hace interesante.

Esa declaración fue lo suficientemente rara como para sacarla de las arenas movedizas del pánico.

—¿Qué?

—Crees que la maldición es lo más interesante de ti, pero no lo es. Ni siquiera está en el top cinco. Que le tengas miedo a los maizales y a los alienígenas no te hace especial. Todos los miedos suenan igual en la cabeza de quien los tiene.

—Cómo te atreves —dijo ella con tono sarcástico, jadeando mientras recuperaba la calma—. Claro que *soy* especial.

—¿En serio quieres dejar que M. Night Shyamalan te haga esto? Es como llorar con una canción de Nickelback. Ten un poco de respeto por ti misma.

Esther soltó una risilla temblorosa.

—¿Cuál es el top cinco?

—¿Top cinco?

—De las cosas más interesantes acerca de mí.

—Qué narcisista.

—Cállate.

—Te propongo un trato. Te diré la número cinco en este momento, pero guardaré las otras cuatro para después, cuando te vuelvas a espantar por todas las cosas divertidas que estaremos haciendo.

—De acuerdo.

—Número cinco: el color de tu cabello.

—El rubio rojizo no es interesante.

—No tiene nada de rubio ni de rojizo. Es color durazno. Tu cabello es del color de una orquídea en verano —dijo, y luego tomó un mechón y se lo enredó entre los dedos.

—Lees demasiado a Shakespeare.

—Qué tal si me cuentas una historia. Quiero saber más sobre ese tal Jack Horowitz.

—De acuerdo —respondió ella, y mientras su respiración volvía a un ritmo aceptable, le contó a Jonah Smallwood sobre la segunda vez que su abuelo se encontró con la Muerte.

Un buen día para una boda blanca

Tarde por la mañana del 4 de octubre de 1982, Jack Horowitz, el Hombre Que Sería La Muerte, llamó a la puerta de la casa de Reginald Solar y le pidió que fuera el padrino de su boda. Reg, que para ese momento ya era padre de dos hijos y una hija, le lanzó una mirada a ese conocido rostro cacarizo en su porche, quien, como recordarán, creía que llevaba años muerto, y de inmediato se desmayó. Cuando volvió en sí un minuto después, Horowitz estaba acucillado sobre él, abanicándolo con un pañuelo.

—Dios mío, pensé que lo había matado de un susto. Hubiera sido incomodísimo que mi maestro llegara por usted. Me tomé el día por enfermedad. Hola, teniente.

—Usted está muerto —dijo Reg mirando al fantasma de Horowitz, que se veía increíblemente vivo. Las cicatrices en su rostro estaban mucho más rojas, profundas e inflamadas de lo que debería estar la piel de un fantasma. ¿Los fantasmas pueden siquiera tener piel?

—Muy por el contrario. —Horowitz le extendió un brazo, pero Reginald no lo tomó y prefirió quedarse en el suelo.

—No entiendo. Lo mataron. Se ahogó en un río en Vietnam.

—Ah, no. Pero sí pasé un rato ahí abajo. Me ataron bien, ¿sabe? Es verdad que pasé un buen tiempo en el fondo, rebuscando entre las piedras hasta que encontré una lo suficientemente afilada como para cortar las cuerdas.

—Usted... ¿Qué hace aquí?

Horowitz sonrió con serenidad.

—Resulta que necesito un testigo para mi boda. Un padrino, si quiere. Usted fue la primera y, espero que me perdone por admitir esto, la única persona que se me ocurrió. No tengo muchos amigos. —Horowitz miró su mano, que seguía extendida—. ¿Planea pasar el resto de esta conversación en posición horizontal?

Reg dejó que Horowitz lo ayudara a levantarse.

—¿Padrino? Horowitz, usted no me conoce. Sólo hablamos una vez, la noche antes de su muerte.

—Sí, pero usted me guardó luto. Luchó para que mi honor se restaurara. Supongo que he desarrollado cierto cariño por usted, Reginald Solar. Y como el Estado exige que haya un testigo en mi boda, alguien que sepa quién soy, me gustaría que esa persona fuera usted.

—Pensé que lo habían matado mientras yo estaba a cargo.

—Como intenté explicarle en 1972, es muy difícil que me maten.

Claro que Reg aún no creía que Horowitz era el aprendiz de la Muerte, ni aunque su supervivencia fuera excepcional. Pero de cualquier modo lo invitó a pasar a su casa y bebieron

leche juntos mientras Horowitz le explicaba que la Muerte también podía amar, y que poco a poco él se había enamorado de la joven vietnamita que lo encontró flotando bocabajo en el río, demasiado débil para nadar hacia la orilla tras varios días luchando por liberarse.

—Querrá decir varios minutos —corrigió Reginald.

—Le aseguro, teniente, que fueron varios días.

Reginald negó con la cabeza y sirvió otra ronda de leche para ambos. Horowitz continuó. Le explicó que no estaba bien visto que la Parca tuviera una amante. Durante su periodo siendo la Muerte se le concedería larga vida e inmunidad ante esa molestia que es morir mientras estuviera ejerciendo, pero a su pareja no. Como es de imaginar, esto había causado algunos problemas en el pasado. Horowitz no podía confirmarlo por completo, pero había un rumor de que la Peste Negra de 1346-1353 fue el resultado directo de la depresión de la Parca ante el súbito e inesperado fallecimiento de su joven novio, quien murió en un extraño accidente, de esos que ni la Muerte puede predecir. Atormentado por la desesperanza, caminó por las calles de Europa durante siete años, seguido por docenas de ratas infectadas con la bacteria *Yersinia pestis*. En su luto fue tocando las mejillas de los jóvenes amantes mientras dormían, para que ellos también sintieran su dolor.

Horowitz describió el acontecimiento como una «pesadilla logística». Pero de cualquier modo él amaba a esa mujer, Lan, y cualquiera que se atreva a amar se arriesga a perder a su ser amado, así que ¿por qué sería diferente con él? Se consideraba alguien muy poco propenso a la devastación si ella moría, y además era joven, atlética y saludable, de modo que ¿por qué habría de morir en los próximos cincuenta años? Él seguiría siendo joven mientras ella envejecía, y luego, cuando muriera pacíficamente en su sueño rodeada por sus hijos, nietos y tataranietos, él entrenaría a un aprendiz para luego retirarse y reencontrarse con ella en el más allá. Aun siendo la Muerte tendría que morir en algún momento, pero podía elegir cómo, cuándo y dónde, una de las pocas ventajas del trabajo.

Los dos hombres hablaron hasta el inicio de la noche, más que nada sobre la guerra y los años que habían pasado desde que esta terminó. Reginald le mostró fotos de su esposa y sus hijos, y Horowitz le mostró fotos de la casita blanca que había comprado en Santorini. Tenía ventanas azules y una puerta del mismo color, además de una pequeña cabra que pastaba en el jardín, perfecta para darles queso. Lan, su prometida, amaba las aceitunas, el sol y caminar escuchando el sonido de las olas al romper contra las rocas, así que eso era lo que Horowitz iba a darle.

—Estoy seguro de que serán felices ahí —dijo Reg devolviéndole las polaroid.

—Reginald, debo pedirle que me guarde un terrible secreto.

—Eh...

—Mi amada, ella... Bueno, ella no sabe quién soy. O más bien, qué soy. Sé que es deshonesto de mi parte no decirle, pero ¿quién puede amar a algo como yo sabiendo la verdad?

—Si usted no se lo ha dicho, tenga por seguro que yo no lo haré —dijo Reg, aunque creía que las personas tenían derecho a saber que probablemente se estaban casando con un loquito con delirios de ser la Parca. Si a esas alturas la mujer no se había dado cuenta de que Horowitz deliraba y posiblemente era psicótico, no iba a ser él quien se lo dijera.

La boda de Horowitz se realizó la tarde siguiente en la capilla del pueblo. Lan llevaba un vestido primaveral rosa pálido con un collar de perlas, y el Hombre Que Sería La Muerte iba ataviado con un esmoquin lavanda, relucientes zapatos blancos y una camisa con holanes.

Reginald pensó que la supuesta Parca debería tener más estilo, pero claro, Horowitz había nacido en el sur y fue criado en una granja, o eso decía, así que no había por qué esperar tanto.

La abuela de Esther, Florence Solar, también fue a la boda, aunque su nieta nunca pudo preguntarle su opinión sobre la Parca y su novia; murió la misma noche en que el abuelo le contó la historia por primera vez. Esther se preguntó si ella supo que Horowitz era la Muerte. Se preguntó si, al exhalar su último aliento, se sorprendió al descubrir que el joven cacarizo a cuya boda asistió casi tres décadas antes era el encargado de llevarse su alma inmortal.

Los hombres tomaron cada uno su camino después de la boda. Reg Solar ya no estaba convencido de que Horowitz fuera realmente la Muerte, pero sí le alegraba saber que estaba vivo, estable y feliz, por el momento.

Mientras Esther contaba su historia, Jonah tejió distraídamente una corona de hojas de maíz y se la colocó en la cabeza.

—Reina de la Muerte —dijo cuando ella terminó su relato. Para entonces el sol ya había comenzado a ponerse, la batería del dron se había acabado y el maíz seguía susurrando, pidiéndoles que se fueran.

—¿Quieres que tengamos nuestra cita ahora? —preguntó ella, él asintió, y así lo hicieron.

—Hay cuatro pasos para conquistar a las damas —le explicó Jonah una hora más tarde. Estaban parados frente a un *food truck* de comida mexicana llamada Taco the Town—. Primero les compro comida mexicana, luego les compro cerveza, luego las llevo a mi lugar favorito y entonces saco mi arma secreta.

—Espero de todo corazón que el arma secreta *no* sean tus genitales.

—Ugh. No seas vulgar, Esther. Por Dios.

—Espera, ¿quieres decir que intentas conquistarme en este momento?

—Llevo intentando conquistarte desde la primaria. Es sólo que estás demasiado distraída como para darte cuenta. ¿Crees que retapizaría un sofá por cualquiera?

—Abandonar a alguien y no contactarla por tantos años no es precisamente una buena técnica de conquista.

—*Touché*.

—Por cierto, ¿adónde te fuiste? No me has dicho.

—No me lo has preguntado.

—Te lo pregunto ahora.

—Es una larga historia que involucra viajes en el tiempo y un intento fallido de matar a Hitler. No quieres saber, créeme.

Comieron sus burritos sentados en la acera junto al camión de tacos y luego manejaron hasta llegar al letrero de BIENVENIDOS A LAS AFUERAS DEL PUEBLO. Se sentaron al otro lado del anuncio, acurrucados para protegerse del frío y oficialmente fuera de los límites de ese lugar que los retenía como un hoyo negro. Era increíble: Esther podía respirar allí. No estaban ni a un metro del límite y la presión en su pecho ya había comenzado a ceder, la placa de metal que tenía atrapado su cerebro se había disuelto.

—Salud —dijo Jonah, sacando una lata de cerveza tibia del bolsillo interior de su chamarra.

—¿Esta técnica en serio te funciona? —le preguntó Esther. Él no respondió. Abrieron sus

bebidas y miraron la carretera que salía del pueblo, con los autos avanzando hacia el horizonte de eventos como si nada, nada en absoluto; como si escapar fuera lo más sencillo del mundo. Esther no necesitó preguntarle a Jonah por qué ese era su lugar favorito. Observaron los coches, cada uno perdiéndose en lo que para ellos aún sería desconocido por años. O quizá lo sería por siempre.

Esther pensó en lo que quería hacer al terminar la escuela, pero por más que intentaba visualizarse en su primer año en la universidad, o quizá recorriendo Asia de mochilera, lo único que le venía a la cabeza era este pensamiento: «Eugene». Eugene era un ancla. Una parte pequeña y oscura de ella sabía que su hermano no era lo suficientemente estable para ir a la universidad, y no podría irse de casa al terminar la preparatoria. Mientras Eugene estuviera enfermo, mientras la maldición lo tuviera entre sus garras, ella seguiría atrapada en el pueblo.

Esther quería salvarle la vida, pero también quería darse una oportunidad a sí misma.

—Cuéntame sobre tus padres —pidió Jonah—. ¿Cómo eran antes de la maldición?

Esther sonrió al pensar en Rosemary y Peter como solían ser.

—Las cosas favoritas de mi papá eran la poesía y la Navidad. Qué vergüenza, tan nerd. Nunca he visto a otro adulto tan emocionado por la mañana de Navidad. Y la poesía... cada mañana, de camino a la escuela, solía recitarnos poemas divertidos. Cada día uno nuevo. No sé si él los escribía o los buscaba en internet y se los aprendía, pero siempre eran terribles y siempre nos hacían reír.

Jonah sonrió.

—¿Y tu mamá?

—Mi mamá cultivaba plantas en cajas afuera de las ventanas. Decía que eran jardines para las hadas que nos cuidaban mientras dormíamos. Aún trabaja como horticultora, pero no es lo mismo. Quiero decir, antes podía hacer que creciera cualquier cosa en cualquier lugar, sin agua ni sol. Solía ser mágica. Esa mujer me obsesionaba. Íbamos juntas a todas partes, y solía hablarme de todo. Era mi mejor amiga. Y luego... nada. Poco a poco se fue apagando, desmoronando, y nos dejó a nuestra suerte.

Jonah se acercó a tomar su mano, y ella estaba demasiado cansada como para impedírselo, demasiado cansada para contenerse de pensar si eso era lo que sentía la gente al principio, si eso era lo que ella sintió antes, cuando eran niños. Esther ya lo había amado una vez, como aman los niños, de eso estaba segura. Por un breve tiempo, él había sido luz en su oscuridad.

Y su olor, por Dios. Como para embotellarlo y ponerse ese perfume, si pudiera, diariamente sobre el punto en el que le latía el corazón bajo la piel del cuello. Ahí, bebiendo cerveza tibia, Esther pensó en lo fácil que sería enamorarse de Jonah Smallwood de nuevo. Lo fácil que sería permitirle que volviera a ser parte de ella, y justo ahí estaba el problema. Esther no podía engañarse sobre qué o quién era Jonah: un pillo, un hábil delincuente menor, un joven bebedor (aunque eso lo era ella también), una amenaza pública y también, sin duda, la mejor persona que había conocido en su vida.

Lo bueno de Jonah la desconcertaba, y temía que si le permitía acercársele demasiado, si volvía a confiar en que él sería su escudo, como lo hizo cuando era niña, desaparecería otra vez y ella tendría que recoger y pegar sus pedazos una vez más.

Esther pudo haberse enamorado de él esa noche, pero era más seguro no hacerlo, por lo que hizo lo único que podía: descansó su cabeza sobre el hombro de Jonah, se bebió la cerveza que él

le dio y se puso a soñar con el día en que se perdería en el horizonte de sucesos a la velocidad de la luz para nunca más volver.

—Sigo esperando el arma secreta —dijo ella después de un rato.

—Sólo espera —respondió él. Y fue en ese momento cuando Jonah Smallwood se puso en pie y comenzó a bailar en medio de la carretera.

—*Sweet Caroline, bah bah bah* —canturreó mientras se movía—, *good times never seemed so good. Oh, sweet Caroline, bah bah bah*. La última chica que traje se llamaba Caroline y notuve tiempo para aprenderme una nueva canción. —Intentó convertir esa última parte en una sola palabra para acomodarla en la tonada.

Esther negó con la cabeza.

—No creo que ninguna chica, jamás, se haya prendado de ti.

—Ven a bailar, bah bah bah.

—Por supuesto que no.

—¿Por qué, Esther Solar? —seguía usando la tonada de Sweet Caroline.

—Porque eso ya lo hicieron en *Diario de una pasión* y por tanto ya se ha visto.

—No bailaban así, bah bah bah.

—Lo sé. Me queda claro. Por eso se veía bien.

—Eso dolió —dijo cantando, pero no dejó de bailar. Esther sacó su teléfono y comenzó a grabarlo, lo cual sólo hizo que él cantara más fuerte—. *SWEET CAROLINE, BAH BAH BAH* —gritó hacia el cielo nocturno—. *DEBÍ BUSCAR UNA CANCIÓN PARA ESTHER.*

—Qué vergüenza. No seré parte de esta farsa. Por favor, ya deja esa canción horrorosa.

—Sólo si bailas conmigo.

—La gente que pase por aquí me verá.

—Claro que no. Verán a la *Mujer con sombrilla mirando a la izquierda*. A nadie le importará.

—A mí me importa.

—Demasiado. Demasiadas cosas.

—Eres un ser humano ridículo —dijo Esther, pero pensó que él tenía razón. Miró los autos que pasaban, pensó en lo que verían si se asomaran por la ventana: un fantasma vestido de blanco, un borrón de cabello rojo. No lo suficiente, esperaba, como para que alguien que la conociera pudiera identificarla. Al fin se puso en pie, terminó su bebida y fue junto a él—. No me veas.

—No lo haré. Te lo prometo.

Entonces comenzó a hacer un baile antiguo, justo como su abuela le enseñó cuando era pequeña.

Esther se dio cuenta del momento exacto en que Jonah rompió su promesa y la miró, porque se tiró de golpe al suelo, su acto favorito cuando le parecía especialmente ridícula.

—Bailas como Elaine de *Seinfeld* —dijo un minuto después, cuando las carcajadas le permitieron hablar.

—Te odio —respondió ella, pero no dejó de bailar y él tampoco, no por un buen rato, no hasta que Jonah la tomó de la mano, le dio una vuelta y la acercó a él para quedar en posición de vals. Él tarareó algo mientras bailaban despacio, con su cabeza apoyada en la de ella. A Esther le gustaba cómo se sentía ese contacto. Le gustaba cómo hacía que su estómago se revoliera, como si tuviera adentro miles de mariposas anaranjadas revoloteando.

Y eso, claro, era el problema.

Esther puso la mano sobre el pecho de él y lo alejó suavemente.

—No puedo —dijo con voz baja, incapaz de mirarlo. Su corazón se sentía extraño. Adolorido de algún modo.

—¿Por qué no?

—Porque... —¿Por qué? Tantas razones. Porque no era suficientemente buena. Porque algo en su interior estaba podrido, roto y era indigno de ser amado. Porque Jonah lo descubriría en algún momento, ¿y para qué comenzar algo si su final era inevitable? Porque él ya se había ido una vez y fue terrible, y quizá sólo fue terrible porque los niños de ocho años pueden ser unos imbéciles y el *bullying* tras su repentina ausencia dejó una profunda marca en el alma de Esther. Cualquiera que fuera la razón, no podía permitirse volver a concederle ese poder sobre ella a nadie.

Intentó decirle todo eso, pero hubo un error en la traducción del pensamiento a las palabras y lo único que pudo decir fue:

—Porque... Simplemente no puedo, ¿de acuerdo?

A veces es mejor no obtener lo que quieres. A veces es mejor dejar en paz las cosas bellas para no romperlas.

—De acuerdo —dijo Jonah en voz baja, y le acarició la mejilla con el pulgar, pero no dijo más porque no puedes convencer a alguien de que te ame si no quiere hacerlo.

El dolor en su voz la hirió en lo hondo, porque el dolor era un lenguaje que ella hablaba muy bien, pero no podía darle lo que él quería. Y tampoco podía darse lo que ella misma quería.

—*Sweet Caroline, bah bah bah* —cantaron juntos, aunque más bajo porque era la única parte de la letra que realmente se sabían—. *Good times never seemed so good.*

8/50: Manejar automóviles

—¿O sea que nunca has manejado un automóvil? —preguntó Jonah.

Esther estaba sentada frente al volante de la horrenda vagoneta ochentera color calabaza de Holland Smallwood, negándose a encender el motor porque no quería *a)* matarse, o *b)* que la matara el padre de Jonah.

—Lo intenté una vez, pero me dio un ataque de pánico, así que lo agregué a la lista y renuncié para siempre.

—Déjame ver si entiendo. ¿En cuanto te acercas siquiera un poco a fracasar en algo, decides que nunca volverás a hacerlo?

—Exactamente. Y así me siento muy, muy bien al no fracasar en nada. Es perfectamente sano a nivel psicológico. Soy una genio.

—Hoy vas a aprender —anunció él, señalando hacia la palanca de velocidades con la cabeza—. Holland maneja estándar.

—No puedo manejar estándar.

—Por favor, mi papá es medio retrasado y puede manejarlo, así que tú también puedes.

—No puedes decir retrasado. Es políticamente incorrecto. Además, si choco el carro de Holland, me matará.

—Nah. Me matará a *mí*. Y luego a ti. Y después a tu familia. Así que tendrán tiempo suficiente para huir a México antes de que vaya por ustedes. Enciende el motor.

—No.

—Esther, mira tu disfraz. Mira quién eres hoy. ¿*Kill Bill* habría sido interesante si, de entrada, la Novia se negara a conducir un auto?

Esther miró el conjunto de piel amarillo con negro que había elegido para ese día e inhaló para tranquilizarse.

—Canaliza a Uma —dijo, asintiendo—. Canaliza a tu cabrona interior.

La verdad, al principio no estuvo tan mal. Esther no era una conductora tan terrible como recordaba, y aunque no tenía ni una quinta parte de la coordinación necesaria para manejar un vehículo, no se estrelló contra nada. Jonah la mantuvo donde no había tráfico ni intersecciones a fin de que no tuviera que detenerse y volver a arrancar demasiado. Casi todo el tiempo lo pasaron en los estrechos caminos a las afueras del pueblo, los que eran largos, sin curvas y no tenían semáforos ni señales de alto.

El día habría terminado muy distinto de no ser por el centro comercial que levantaban allá donde el viento daba vuelta y las subsecuentes obras viales para facilitar la construcción de ese mastodonte blanco.

Una mujer con un chaleco reflejante los hizo detenerse mientras un camión pasaba de un lado a otro de la construcción. Y fue así como Esther quedó frente a una fila de autos. Mientras esperaba, ajustó su espejo retrovisor para poder contarlos. Eran seis, y cada ciertos segundos llegaba uno más.

—No puedo hacerlo —dijo en voz baja mientras por el espejo miraba a los ojos al hombre en el auto detrás de ella—. Cambiemos de lugar.

—¿Qué?

—Hay demasiada gente mirándome. Todos me están viendo.

—A nadie le importa, Esther.

—Se van a enojar si no avanzo.

—Mira, nos está dando la señal de avanzar. Vamos.

Y era verdad. La obrera dio vuelta a su señal de ALTO para mostrar el lado de DESPACIO y les hacía señas para que avanzaran.

Esther puso el auto en primera, pero soltó el clutch demasiado rápido, por lo que el coche jaloneó un poco para después apagarse. El hombre que tenían detrás hizo sonar su claxon. La obrera dio un paso atrás y se rio.

—¡Te dije que no iba a poder, carajo! —gritó Esther. Los ojos de los conductores detrás de ella eran como un reflector que le calentaba la sangre.

—Sí puedes, Esther —dijo Jonah, y debió ver el pánico en su cara, porque la tomó por el hombro y le habló despacio y claro. Su piel pasaba del frío al calor, y ya podía sentir el conocido hormigueo en sus dedos—. Escúchame. Puedes hacerlo.

El conductor del auto de atrás volvió a tocar su claxon y Jonah bajó el cristal de su lado.

—¿Quieres que me baje y vaya hacia allá? ¡Sí voy, imbécil! ¡Está aprendiendo!

Esther volvió a encender el carro y puso la primera. Las cuerdas que envolvían su pecho se tensaban más y más, aplastándole las costillas. Intentó sacar el clutch suavemente, pero las piernas le temblaban y todo su cuerpo sudaba dentro de su atuendo de cuero mientras el sol cruzaba directo por el parabrisas para colársele hasta la piel. No había aire.

Tras un tirón hacia adelante, el auto volvió a apagarse. Un fuerte reparo. Varios de los conductores detrás de ellos comenzaron a hacer sonar sus cláxones al unísono. Esther no se dio cuenta de que estaba hiperventilando hasta que ya no podía respirar. Las manos le temblaban y no podía respirar.

No podía respirar.

No podía respirar.

Jonah ya se había bajado del auto y estaba de su lado, quitándole el cinturón de seguridad. El carro era un horno y a Esther le picaba la piel por todas partes y todos la estaban mirando, todos podían verla. El hormigueo en sus dedos subió por sus brazos hasta llegar al cuello, donde unas manos invisibles le tenían prendido el esófago.

«Te estás muriendo, te estás muriendo, ay, Dios, te estás muriendo».

Había llegado el momento. Tantas semanas buscando a la Muerte y al fin se había decidido a aparecerse, y lo único que Esther podía pensar era en lo estúpido de esa idea y en lo mucho que no quería morir.

Y de pronto el auto avanzaba y ella tenía una mejilla contra la piel caliente y rota del asiento trasero. No podía recordar cómo llegó hasta ahí. El tiempo se le había disparado. Luego comenzó

a escuchar el sonido de agua corriendo cada ciertos segundos hasta que se dio cuenta de que era ella, vomitando. No había arcadas y salía sin esfuerzo alguno, corriendo a chorros hacia el suelo del coche.

«Te estás muriendo, te estás muriendo, te estás muriendo».

Luego el vehículo se detuvo y Jonah la sacó del asiento trasero para ponerla bajo un árbol.

—Lo siento, lo siento tanto —logró decir ella entre sollozos, pero Jonah ya no estaba, y Esther se preguntó si iba a dejarla a morir ahí como Bill con la Novia, lo cual le parecía justo, considerando que había vomitado en el auto de su papá.

De hecho, le sorprendía que hubiera tardado tanto en hartarse de ella. Sólo puedes tener cierto número de ataques de pánico frente a los demás antes de que te den por perdida. Demasiado frágil. Demasiada molestia. Una compañía demasiado incómoda. ¿No le había hecho ella exactamente lo mismo a su padre? ¿Por qué merecería algo diferente?

Esther miró alrededor, segura de que Jack Horowitz estaría ahí, esperando a llevarse su alma inmortal, y el pánico empezó a llenarla de nuevo.

Pero de pronto Jonah reapareció con una botella de agua fría en una mano y una caja de pañuelos desechables en la otra, y se sentó a su lado mientras ella se quitaba la chamarra amarilla, se tendía en el suelo e intentaba respirar.

—Estás bien, estás bien —le aseguró él, poniéndole los pañuelos empapados contra la frente.

Quizá no sería esta vez ni la siguiente ni la que siguiera de esa, pero en algún momento Jonah se cansaría de ella. En algún momento se frustraría tanto ante su incapacidad de ser normal que la dejaría. Quizá si fuera sexy o segura o su piel no estuviera minada de pecas, podría justificar estar tan loca y dañada y ser tan rara. Pero siendo como era, no le parecía que hubiera nada lo suficientemente atractivo en ella como para que él soportara sus cosas por mucho tiempo.

La gente se harta de las enfermedades mentales cuando se da cuenta que no puede curarlas.

—Tu habitación —dijo Jonah.

—¿Qué?

—Es el número cuatro. En la lista de lo más interesante acerca de ti. Tu habitación.

—Qué oso. Te los estás sacando de la manga, ¿verdad?

—Sí. Intento no ser demasiado cursi, ¿sabes?

—Probablemente el uno será algo como «la forma de las uñas de tus pies».

—Nah. Eso sin duda será el tres. Vaya que son bonitas las uñas de tus pies. —Cuando al fin ella se sintió lo suficientemente bien para sentarse, Jonah le dijo—: Te llevaré a casa.

Esther negó con la cabeza.

—A casa no.

—Bueno. Eh... Ya te mostré mi lugar favorito. ¿Qué te parece si me muestras el tuyo?

Volvieron al auto, que ahora olía a vómito (con Jonah al volante, claro), y ella le fue dando indicaciones para llegar al estacionamiento del centro comercial.

—Este... es un estacionamiento —dijo él cuando se estacionaron.

Esther seguía temblorosa, sudorosa y en general hecha un desastre. Qué mierda son los ataques de pánico.

—Cuando teníamos once años, mi mamá nos trajo en la mañana de la víspera de Navidad.

—¿Compras de último minuto?

—No exactamente. En el auto nos explicó que ese año no había podido comprarnos ningún

regalo. Mi papá llevaba dos meses en el sótano, Reg ya estaba en Lilac Hill y a ella la habían despedido de su trabajo, así que no teníamos dinero. *Nada* de dinero. Ni siquiera nos alcanzaba para comer.

—¿Cómo es que eso es un recuerdo feliz?

—Pasamos todo el día aquí, juntos, sólo nosotros tres. Caminamos por todo el centro comercial, piso tras piso, recogiendo todas las monedas que pudiéramos encontrar. No juntamos mucho, sólo un par de dólares, pero para la tarde teníamos suficiente para una galleta de hombre de jengibre para cada uno. No quedó suficiente para la de mamá, así que ella guardó las dos monedas de veinticinco centavos que halló; dijo que eran de buena suerte. Ni siquiera quiso una mordida de nuestras galletas, y luego, cuando nos fuimos a casa, lloró toda la noche.

—Dime si se me pasó algo, porque sigo sin entender cómo es que eso fue un buen momento.

—Es el último recuerdo que tengo de ella siendo ella. La última vez que realmente fuimos una familia, ¿sabes? Aunque papá estaba en el sótano, por alguna razón Eugene y yo realmente creíamos que saldría en Navidad para darnos la sorpresa. A papá le gustaba la Navidad más que a nosotros y nunca se había perdido una. No nos importaba no recibir regalos ni que habíamos pasado la víspera rebuscando monedas, porque teníamos a mamá, papá iba a volver con nosotros al día siguiente y cenamos galletas de jengibre. La vida era maravillosa.

—Tu papá no salió del sótano.

—Creo que eso fue lo que la destrozó. El día de Navidad. Esperar y esperar y esperar por algo que no ocurriría. Comimos en la casa de mi tía Kate cada noche durante una semana, y luego mamá ganó tres mil dólares en una máquina tragamonedas. Las monedas de la suerte que encontró realmente eran de buena suerte. No sabes, llegó con muchísimos regalos de Navidad atrasados: celulares, libros y un banquete, todo lo que había querido comprarnos pero no pudo. Lo único que compró para ella fue un collar de ojo de tigre para la buena suerte.

»No la odio por haberse convertido en eso. Quiero, pero no puedo. La amo demasiado. Ese es el problema. Eso es lo malo del amor. Cuando amas a alguien, sea quien sea, siempre dejarás que te destruya. Siempre.

Hasta las mejores personas encuentran la manera de lastimar a quienes aman.

—El accidente de auto en el que murió mi mamá ocurrió poco después de que Remy nació —dijo Jonah en voz baja—. El día que desaparecí de la escuela. El día de San Valentín. Por eso me fui. Me sacaron de la escuela antes del receso. Todo se echó a perder cuando ella ya no estuvo.

—Por Dios, Jonah. No tenía ni idea. Mierda. Lo siento. —Todos esos años, una vocecilla malvada en su cabeza le había estado diciendo que Jonah se fue por culpa de ella. Porque todos los niños le ponían apodos y eran tan crueles, y él se había cansado de ser la única barrera entre ella y su crueldad. Claro que eso no era verdad. Claro que Esther se puso a sí misma como el centro del universo. La gente con ansiedad siempre piensa que el mundo gira a su alrededor, pero saber la verdad no hace más fácil dejar de creer en tal mentira—. Cuéntame más sobre ella.

Jonah sonrió.

—Daba clases de literatura, pero siempre quiso ser actriz. Por eso amaba tanto a Shakespeare. Te juro que me leyó a Shakespeare antes de leerme libros infantiles. Y me compró mi primer kit de pintura cuando vio que era bueno para el arte. Fue la única persona que no se rio de mí cuando dije que de grande quería dedicarme a hacer maquillaje cinematográfico. Le conté sobre ti, ¿sabes?

—Claro que no.

—Sí lo hice. Le conté que te molestaban en la escuela, porque eso me enojaba. Ella me sentó y me leyó esa cita, la que dice: «Lo único que necesita un tirano para empoderarse es que la gente de buena conciencia se quede callada», y luego me explicó lo que eso significaba y lo que debía hacer. Al día siguiente me senté contigo por primera vez.

»Pero a mi papá lo arruinó su muerte. Antes de eso era un buen tipo, pero supongo que el dolor se volvió depresión y la depresión se volvió alcoholismo y el alcohol es lo que lo vuelve malvado.

Esther no sabía qué decir, así que hizo lo único que podía: puso su mano sobre el hombro de Jonah y recargó la cabeza contra él.

—Un día —siguió— todos van a despertar y a darse cuenta de que sus padres simplemente son seres humanos, como ellos. A veces son buenas personas y a veces no.

Antes de que Esther y Jonah se fueran a casa, compraron una galleta para cada uno de la misma tienda a la que Rosemary Solar llevó a sus hijos seis años atrás. Esther hizo una nota mental de agregar muñecos de jengibre al menú de postres ilícitos que vendía en la escuela.

Cerca del auto, vieron una moneda de veinticinco centavos brillando en la oscuridad, pero ninguno de los dos se detuvo a recogerla.

Esa noche, Jonah decidió quedarse para tener una cita de amigos con Peter, a la cual le informó que ella estaba invitada. Esther intentó convencerlo de no acudir, pues no era algo con lo que Jonah debiera cargar, pero él se negó, diciendo que ya le había prometido a su papá que iría y, además, no le importaba pasar el rato en un sótano húmedo si eso significaba no tener que irse a casa. Jonah le dijo que Holland no era cruel con Remy. De hecho, apenas si notaba su existencia.

Jonah se fue al ponerse el sol y volvió media hora después con una botella de whisky caro. Esther prefirió no preguntar de dónde la sacó. Luego él tomó a su gata, se la echó al cuello como si fuera una bufanda, como siempre, y bajó al sótano.

Cuando estuvieron abajo, a Esther le alegró que Jonah se hubiera quedado. Los trastos, que normalmente se mantenían apilados en columnas peligrosamente endeble, habían sido bien acomodados en las orillas. El suelo estaba limpio, y había una mesa lista con tres sillas alrededor y una tira de tela que solía estar en la pared hacía las veces de mantel.

Peter estaba impecable y el lado petrificado de su cuerpo brillaba como madera pulida bajo la tenue luz. Esther podía ver los anillos del crecimiento que se habían formado bajo su piel, las venas opalinas con destellos blancos entrelazadas en la madera más oscura.

Peter se había lavado el cabello y se cortó la barba. Les dijo que no había comido más que frijoles y arroz durante cuatro semanas para justificar el uso de sus ahorros cuidadosamente racionados en una sola cena. Esther y Jonah le ofrecieron pagar por la comida thai que pidieron a domicilio, pero Peter no aceptó de ninguna manera.

Se quedaron ahí durante horas. Jonah fue el Jonah que ella vio en la planta de níquel, el que tenía una bebida en cada mano y contaba una historia impactante ante un grupo de gente. El que pintaba brillantes galaxias para esconder la oscuridad que habitaba en su interior.

Peter lo adoraba, eso era claro.

—Deberíamos repetirlo —dijo, elevando su brazo bueno para hacer un brindis—. Por los

nuevos amigos.

Los chicos también elevaron sus vasos.

—Por los nuevos amigos —dijeron al unísono.

Al verlos, Esther pensó que quizá había juzgado muy duramente a su madre por no dejar a su papá pese al constante dolor que le causaba.

Quizá enamorarse y seguir amando a una persona, aunque no quisieras, no era el terrible desastre que ella siempre había imaginado.

9/50: Satán encarnado alias gansos

El domingo del 9/50, antes de que Jonah pudiera siquiera preguntar, Esther levantó una mano y le explicó por qué evitaba a los gansos.

—*a)* Los gansos de Canadá derribaron el avión que cayó en el río Hudson, y *b)* los gansos en general son simplemente bestias endemoniadas de lo peor.

—Por una vez —dijo él, sacando de su mochila unos guantes para tomar cosas calientes y asegurándolos con cinta en sus muñecas—, estoy de acuerdo contigo. —La miró de arriba abajo, asimilando su armadura de Stormtrooper—. Te traje guantes y *goggles*, pero no parece que los necesites.

—Ya he luchado contra gansos —comentó ella mientras se ponía el casco, rogándole al Gran Pozo de Carkoon que eso bastara para que no le destrozaran la cara—. No los volveré a enfrentar sin estar preparada.

—¿Estás lista?

—¿Para los gansos? —Su voz se escuchaba ahogada y podía sentir su aliento tibio contra su cara, pero eso no le importó, porque *gansos*—. No. Vamos.

Fueron al parque cerca de su casa, donde los gansos estaban hechos de picos y odio. El estanque llevaba casi una década acordonado, desde que esos pajarracos intentaron matar a un niño a picotazos. Por todas partes había letreros encajados en el pasto que advertían: GANSOS AGRESIVOS.

Iban a morir.

—Los gansos son las únicas aves que han matado hombres —comentó Esther mientras Jonah se ponía la GoPro en la frente.

—Eso no es cierto —dijo él.

Un ganso la miró a los ojos y siseó, aunque estaban a más de quince metros de distancia.

—Estoy bastante segura de que es verdad. Nos están esperando.

Jonah se persignó y sacó un palito de pan de su mochila. Mirándose uno al otro, asintieron dando a entender que ambos sabían que posiblemente ese sería su fin.

Como Esther lo vio en su cabeza: un plano de establecimiento, ella y Jonah en un lado de la pantalla y la horda de gansos en el otro, mientras los chicos avanzan hacia las aves al ritmo de la épica «O Fortuna» de Carl Orff. Comienzan a correr, y los gansos también. Hay gritos de guerra de ambos lados. Jonah levanta el palito de pan y grita: «¡POR LA HUMANIDAD!». Entonces, un paneo aéreo que muestra a los ejércitos al borde de la colisión y cómo los dos guerreros mamíferos son superados abrumadoramente en número. Un acercamiento a su casco de Stormtrooper. Un acercamiento al rostro de un ganso con expresión sanguinaria (también conocida como jeta de

ganso). Y luego la toma que todo esto fue construyendo: el encuentro de ambos ejércitos a mitad de la pantalla, dos tsunamis estrellándose uno contra otro, plumas que vuelan por todas partes mientras los gansos se lanzan contra ellos.

De vuelta a la realidad: Esther perdió a Jonah en el zafarrancho, pero lo escuchó gritar: «¡Tomen el pan, hijos de puta! ¡Sólo tomen el pan!». Los pájaros estaban por todas partes, picoteando su traje de plástico, intentando encontrar el punto débil de su armadura. Bufaban como locos, con los cuellos estirados y aleteando sin control, como si decidieran entre comerse el palito de pan o asesinar a los intrusos o ambas cosas.

—¡Son demasiados! ¡Retirada, retirada! —instruyó Esther. Fue en ese momento que un ganso le mordió el tobillo a Jonah y lo derribó. El chico gritó al caer al suelo, quedando con el pecho y los brazos expuestos a la furia de una docena de picos.

—¡Sigue sin mí! —dijo entre picotazos—. ¡Sigue sin mí!

—¡Negativo, Ghost Rider! —Movida por la adrenalina, Esther se lanzó al tornado de pájaros infernales y tomó a Jonah por las axilas. Pero los gansos eran rápidos y rencorosos, así que aunque lo arrastró por medio parque, ellos aún los iban siguiendo, bufando y mordiendo y aleteando como una sinfonía de maldad. Al fin los pájaros decidieron que ya se habían alejado demasiado de su territorio y se quedaron inmóviles sobre el pasto, con algunos centinelas esperando que el par se recuperara y volviera a atacar. Esther soltó a Jonah y se dejó caer de rodillas, respirando dificultosamente dentro del casco. Se lo quitó a tirones y luego hizo lo mismo con los guantes, para poder abrirle la camisa a Jonah y ver si tenía heridas. Él gemía y se retorció en el suelo, mascullando una y otra vez: «No siento las piernas». Tenía tres ampollas con sangre en los hombros y una docena en los tobillos y las piernas donde lo habían picoteado los gansos, pero fuera de eso no se veía gran daño.

Esther miró fijamente a los gansos y «O Fortuna» volvió a sonar en su cabeza.

—Esto no se ha terminado —dijo, negando con la cabeza—. Vendrán por nosotros cuando menos lo esperemos.

Jonah se levantó, cojeando. Un ganso siseó, haciéndolo saltar de espanto.

—Maldita sea. Malditos gansos.

Los adultos se preguntan por qué beben los adolescentes

El ascenso a DEFCON 2 llegó un par de días después. La casa había ido perdiendo lentamente cada uno de sus muebles, lo cual significaba que Rosemary estaba en una fea racha perdedora, pero eso no era nada nuevo. En las máquinas tragamonedas el dinero es como la marea: va y viene, va y viene. Durante la marea alta la casa se llenaba de muebles, electrodomésticos y comida, y luego lentamente comenzaba a retirarse de nuevo conforme el dinero menguaba y los dioses tragamonedas recuperaban lo que habían dado. Aun con el salario del trabajo de horticultura de Rosemary, los avisos de atrasos en los pagos de préstamos comenzaban a acumularse.

La tía Kate llamó a las 5:00 p. m. para hablar con Rosemary, lo cual sólo hacía cuando Rosemary le debía una cantidad considerable de dinero. Esther hizo lo que le tocaba: lloró. No era difícil. Ni siquiera tenía que fingir. Podía sentir las lágrimas salir con más fuerza que antes y llevarse con ellas toda su vida. Una marea así sólo indicaba una cosa: se aproximaba un tsunami y destruiría todo a su paso.

Cuando la tía Kate colgó al fin, Esther esperó a Rosemary durante toda la tarde y gran parte de la noche. No había comida en la casa, literalmente nada, y su madre había prometido llevar pizza.

—No va a venir, Esther —dijo Eugene cuando su hermana llamó a Rosemary por novena vez—. Si fuera a venir, ya estaría aquí.

A las once de la noche y con el estómago gruñéndole, Esther decidió enviarle un mensaje pasivo-agresivo a su madre.

ESTHER:

No te preocupes por la cena si es demasiada molestia.

ROSEMARY:

Okey. Beso.

ESTHER:

Mira, ¿AHORA SÍ atiendes el teléfono?

ROSEMARY:

Perdón, ocupada. Beso.

Esther quería enviarle mensajes que dijeran cosas como: «¿No te das cuenta del daño que le haces a tu familia?» y «¡Vete a la mierda, egoísta!», pero sabía que eso sólo haría llorar a Rosemary y entonces Esther se sentiría mal y no ayudaría en nada.

El asunto la tenía tan furiosa que quería romper algo, arañar algo, hacer pedazos algo. Se preguntó si así se sentía Eugene antes de cortarse con una navaja. Consideró intentarlo. Debía haber *alguna* razón por la que él lo hacía. ¿Quizá se sentía bien? Al final se decidió por tomarse un cuarto de botella de vodka hasta que empezó a sentir otro dolor, un dolor del tipo ay-dios-yame-jodí-el-hígado. ¿Qué mejor cuando quieres destruir algo que destruirte a ti mismo?

Le envió un mensaje a Jonah.

ESTHER:

¿Qué haces en este mismo momento?

JONAH:

Pintando. ¿Tú qué haces?

ESTHER:

Considerando el alcoholismo como una forma legítima de rebelión adolescente.

JONAH:

Trae un poco de esa rebelión a mi casa.
Nadie debe rebelarse solo.

Y así lo hizo. Eugene la llevó con Jonah, se estacionaron a cuatro casas y se colaron por el patio trasero, lo cual era innecesario porque el padre de Jonah no estaba.

Bebieron detrás de la casa, en el frío, hasta que todo les pareció gracioso, y Jonah pintó página tras página de acuarelas que pasaron de lo brillante y hermoso cuando estaba sobrio a masas ondulantes y sin forma cuando se emborrachó. Eugene le describió las apariciones que veía en la oscuridad y Jonah las pintó también, monstruosidades con brillantes ojos blancos y la piel hecha de brea.

Jonah trabajó en el retrato de Esther durante un rato.

—Es sólo un es... —dijo Eugene, echando un vistazo por encima del hombro de Jonah, pero este lo mandó a callar.

—No arruines la sorpresa —pidió.

—No entiendo —comentó Eugene con el ceño fruncido, pero Jonah sólo negó con la cabeza.

—Ella entenderá, amigo —dijo, mirando a Esther—. Ella sí entenderá.

Esther se ruborizó y apretó los labios para evitar que se curvaran en una sonrisa.

Más tarde, cuando terminó la sesión de retratos, Jonah se sentó junto a ella y trazó círculos sobre su palma con los dedos manchados de pintura. Esther le dio un trago a su vodka y soltó su ira. Les anunció que al día siguiente confrontaría a su madre. Iba a hacerlo, iba a hacerlo, iba a decir algo.

Volvieron a casa con el alba y sin haber dormido nada. Esther no le preguntó a Eugene si estaba lo suficientemente sobrio para conducir, porque pensó que si no lo estaba, si estaba intoxicado, quizá eso al fin llamaría la atención de la Muerte.

Eugene sí estaba sobrio, o al menos lo suficientemente sobrio como para manejar sin estrellarse con nada, así que llegaron a casa sin ser visitados por la Parca. Era una mañana fría, y eso podía verse en la ligera capa de hielo que cubría las hojas caídas en su jardín frontal, pero ella no sentía nada, ni siquiera porque todo el camino llevaron las ventanas abajo. El auto de Rosemary estaba en la entrada, lo cual significaba que había llegado a casa y *a*) descubrió que sus hijos no estaban y le había importado un carajo, o *b*) ni siquiera se había molestado en revisar si estaban en sus camas.

Esther no sabía cuál de las dos opciones era peor. Cerró la puerta del carro azotándola y caminó descalza y con pasos rabiosos entre los tintineantes ojos turcos hacia la casa, enfurecida y llena de alcohol y lista para decirle a su madre exactamente lo que pensaba de ella.

—No lo hagas, Esther —dijo Eugene, cerrando la puerta del coche.

—¿Por qué demonios no?

—¿No crees que ya se siente suficientemente mal? Que le grites no servirá de nada.

—Servirá para que yo me sienta mejor.

Pero, al entrar a la casa, encontró a su madre acurrucada en el pasillo con una almohada bajo la cabeza y una mano contra la puerta naranja que conducía a la tumba de su esposo. Toda la ira abandonó a Esther. La otra mano de Rosemary estaba en un puño contra su pecho, aferrándose al relicario que tenía la foto de Peter y ella en el día de su boda. Regadas por la madera bajo su almohada había varias hojas de salvia en las que se leía el mismo deseo una y otra vez: «Libérenlo», «libérenlo», «libérenlo».

Ahí estaba la prueba viva de la ruina que puede traer el amor. Un recordatorio de que permitir que alguien entre en ti sólo le da el poder para destruirte al final.

Esther quería despertar a Rosemary. Quería hacerla sentir mal por aquello en lo que se había convertido. Quería saber por qué seguía en una relación que la había dejado casi destruida. Quería que su veneno se colara hasta las venas de su madre y la quemara desde adentro. Pero luego vio que las puntas de sus dedos estaban comidas.

Esther se imaginó así a su madre: por toda su piel, sus orejas, su nariz, su cuello, por todas partes, había pequeños agujeros de descomposición, como si se la estuvieran comiendo las termitas. Las casas infestadas de termitas se van quedando huecas y comienzan a derrumbarse por su propio peso. Esther se preguntó si pasaba lo mismo con las personas.

—¿Ves eso? —le dijo a Eugene, tocando las maltrechas puntas de los dedos de Rosemary y viendo cómo se soltaban partículas de piel y hueso—. Nuestra madre es de madera.

De vuelta a la realidad. Eugene ya no estaba. Esther lo buscó por toda la planta baja y el patio, pero había desaparecido. Tras media hora de búsqueda, se rindió y fue por una cobija de la cama de Rosemary para cubrir a su madre, quien se movió un poco, pero no despertó.

—¿Quieres ir a la escuela? —preguntó Eugene cuando resurgió del éter tres horas después. Era el mayor tiempo que había pasado invisible. Al volver, siempre olía a tierra mojada, madera y a un aroma oscuro y fuera de este mundo que Esther no lograba descifrar. Se preguntaba adónde iba su hermano cuando desaparecía; se preguntaba si realmente lo quería saber.

—Ya casi es mediodía —dijo ella mirándolo desde el sofá donde se había sentado a esperar

con Pulgoncé, un charco de pelos y calor sobre su estómago—. Así que no.

Eugene revisó su teléfono. Esther lo vio titilar por algunos segundos antes de volverse sólido de nuevo.

—Ah —exclamó, mirando alrededor—. Creo que perdí la noción del tiempo.

Luego se fue a su cuarto y no hicieron nada por el resto del día, salvo dormir para dejar pasar la resaca. Su madre despertó, pero en ningún momento fue a ver cómo estaban.

El frío beso de la muerte

La calefacción dejó de funcionar el fin de semana previo al Día de Acción de Gracias. Esther despertó temblando, con su aliento formando una nube sobre su boca. La casa estaba fría y lúgubre; ni siquiera las lámparas y velas podían vencer por completo a esa oscuridad. Eugene estaba parado en su puerta, como un espíritu vengativo avivado por el frío; parecía que había estado llorando.

—No hay calefacción —dijo—. Todo se vuelve más oscuro con el frío.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Esther.

Eugene se frotó los brazos, tenía la piel de gallina.

—Nunca duermo. ¿Puedo entrar?

Esther asintió y su hermano fue a acurrucarse de espaldas a ella. Estaba temblando. Sollozaba, se dio cuenta. Al otro lado de la cama nacían pequeños temblores, réplicas de aquella cosa horrible que lo llevó al punto desesperado de ir al cuarto de ella, quien le puso una mano sobre las delgadas costillas que se asomaban por su espalda y esperó a que Eugene pudiera sentir la calma que siempre se habían transmitido uno al otro por medio del contacto.

—¿Por qué estás triste? —susurró. Una pregunta redundante, quizá. Entre las ruinas de la familia Solar había tantas razones para elegir. Aun así, pese a lo mal que estaba la situación, Esther no sentía la necesidad de abrirse la piel con navajas.

Algo más atormentaba a Eugene. Algo más profundo.

—No sé —respondió él, también entre susurros—. Así soy.

Esther no podía arreglar eso. No podía ayudarlo. No podía hacer que Eugene no estuviera triste como no podía hacer que sus ojos no fueran cafés o su cabello negro. Había formas de arreglar temporalmente esas cosas (tintes para el cabello, lentes de contacto), pero en el fondo siempre serían lo que eran. No podía ayudarlo, no sabía cómo ayudarlo, y eso la mataba.

No era la primera vez que deseaba que las heridas de su hermano fueran más obvias. Que esa cosa inflamada, infectada que vivía dentro de su cabeza y lo hacía sentir así, pudiera ser vista para que se la quitaran, lo suturaran y vendaran como se haría con cualquier otra herida.

Eugene siempre esperaba el gran susto, aunque nunca llegara. Siempre esperaba el rostro que aparecería en el espejo detrás de él. Siempre esperaba que un demonio se aferrara al mínimo pedazo de piel que no estuviera cubierto por la cobija. Siempre esperaba que las luces se apagaran y un asesino en serie lo estuviera observando con lentes de visión nocturna.

Para los chicos de la escuela, los que eran atraídos por su magia, era alto, oscuro y hermoso, un joven hechicero lleno de misterio.

Para Esther era un tipo flacucho, como un caramelo muy estirado. Y detrás de él, jalándolo,

arrastrándolo hacia abajo, una gruesa masa negra, una criatura de brea con la que él peleaba con todas sus fuerzas, pero nunca podía vencer. Eugene no existía sin esa oscuridad. Y quizá ese era el problema.

Quizá Eugene no le tenía miedo a lo que habitaba en la oscuridad.

Quizá Eugene le tenía miedo a la oscuridad que habitaba dentro de él mismo.

Cuando Esther despertó otra vez por la mañana, el pasillo estaba cubierto de escarcha. Rosemary estaba sentada en la cocina, envuelta con una manta y con una humeante taza de café envuelta por su mano. La cabeza de Fred asomaba entre los pliegues de la cobija y tenía a cuatro conejos echados a sus pies.

—La calefacción —dijo, señalando hacia los dibujos que la escarcha había formado en la pared, como si Esther no lo hubiera notado— se descompuso.

El resto de la semana hizo un frío imposible. Por todo el estado corrió una helada infame que se colaba por debajo de las puertas y en las hendiduras de las ventanas, descubriendo los pies bajo las cobijas para petrificar la suave piel de los dedos durante la noche. La Muerte se atareaba con los viejos solos en sus casas y los vagabundos en las calles. Estaba ocupado meciendo las cunas de los recién nacidos, besándoles las mejillas para infectar sus pequeños pulmones con neumonía. Estaba ocupado paseando por bosques moribundos, tocando con sus dedos a todas las ardillas, conejos, mapaches y zorritos cuyos pequeños cuerpos se hincharían y pudrirían en sus madrigueras cuando volviera el calor, incapaces de luchar contra la helada.

El frío también alcanzó a los Solar. Recorrió los pasillos cada vez más vacíos de su lóbrega morada. Se coló hasta los huesos y los hizo temblar en sus sueños.

Para el lunes, Esther estaba resfriada y ya no podía sentir los dedos.

El jueves se rindió.

—Llama a alguien para que venga a arreglarla —le dijo a su madre entre el castañeteo de sus dientes. Hasta ese momento todo había sido como un juego, quién podía aguantar más tiempo ese frío. Lo cual no es muy justo cuando tus competidores son un chico fantasma y una mujer de madera—. Yo pago. Tengo un poco de dinero ahorrado. Yo pago.

Rosemary sonrió al escuchar esto. Sonrió porque supo que había ganado.

El tipo de la calefacción llegó el día antes de Acción de Gracias mientras Esther estaba sola en casa después de clases. Lo dejó pasar y se quedó en la cocina, cerca de los cuchillos por si al hombre se le ocurría intentar algo, pero sólo fue de aquí para allá por la casa sin atacarla y ella se relajó un poco. Normalmente no trabajaba tan cerca de Acción de Gracias, según le explicó, pero conocía a Rosemary del casino.

Era una situación complicada, lo del calentador. El tipo anduvo picando y hurgando en las tripas de la casa por diez minutos antes de preguntarle a Esther dónde estaba su mamá. Iba a darle el celular de Rosemary, pero él le dijo que ya lo tenía y luego salió al porche a llamarla.

Esther escuchó a través de la ranura para el correo. Apenas alcanzó a oír la mitad de la conversación, la del lado de él: «Todo el sistema está arruinado. Necesitaré cambiarlo todo. Nunca había visto algo así», dijo. Y luego: «Dos mil. Mínimo dos mil, y eso es precio de amigo».

Esther se fue antes de que terminaran de hablar. Tomó su bicicleta para ir a casa de Jonah.

Tenían planeado ir a caminar, pero no tenía energía para eso, así que se sentaron en la acera helada afuera de la casa de él y miraron el mundo en ruinas: los árboles sin hojas, los autos sin pintura, la basura húmeda acumulada en los jardines vecinos, el cielo blancuzco y lleno de niebla.

Vaya lugar de porquería.

Jonah le echó un brazo sobre los hombros aunque sabía que eso no estaba permitido.

—Odio este lugar —dijo Esther.

—Ni me digas —dijo él.

—¿Alguna vez te sientes como una rosa que crece entre un montón de composta? —dijo ella.

—No —dijo él. Pero luego—: ¿Crees que tu familia es el montón de composta? ¿O este pueblo? ¿O yo?

—¿Cómo puedes pensar que creo que tú eres la composta?

—Porque no soy una rosa. Así que debo ser parte de la composta.

—Eres una rosa. La más hermosa que he visto.

—Deja de intentar conquistarme. —Le dio un codazo juguetón y luego tomó un mechón de su cabello para enredárselo en un dedo y lo contempló—. Saldrás de aquí, Esther.

—Te voy a llevar conmigo.

—Claro.

No dijeron nada más durante un rato porque ambos eran pésimos para mentir.

Cuando el frío logró colarse en sus largos dedos dentro de sus chamarras, entraron a la casa. Jonah trabajó en su retrato durante un tiempo, y Esther intentó que no la viera llorar. Dos mil. Doscientos no habría sido demasiado, pero ¿dos mil? Dos mil los dejarían en la quiebra.

Jonah recogió sus pinturas en silencio y luego fue a acomodarse junto a ella, que estaba envuelta en una manta. Le limpió una lágrima de las pestañas y puso una mano en su mejilla, pero no había nada que pudiera decir para que las cosas mejoraran, así que ni siquiera lo intentó. Se quedaron dormidos, acurrucados uno contra el otro para protegerse del frío, ambos soñando con otra vida, cualquier vida, que no fuera la que les tocó.

Esther despertó sobresaltada. El sol se había puesto y un hombre estaba parado frente a ella, gritando. No entendía casi nada de sus gritos salvo: «ZORRA» y «EMBARAZADA». Jonah la empujó hacia la puerta mientras repetía: «Mierda, Esther, vete, vete, vete». Ella se movía como en un sueño, desesperada por ir más rápido, pero incapaz de hacer que su cuerpo pesado y adormilado hiciera exactamente lo que ella quería.

Remy estaba en el patio trasero, escondida entre la hierba crecida detrás de la casa, agazapada e inmóvil. Vio a Esther salir de la casa a tropezones por la puerta lateral, con su bufanda hecha bola entre las manos.

Cuando al fin dejó de temblar, le envió un mensaje a Jonah.

ESTHER:

Mierda.

Lo siento mucho.

Mierda, mierda, mierda.

No debimos quedarnos dormidos.

¿Estás bien?

Por favor, avísame que estás bien.

Luego esperó al otro lado de la calle hasta que los faroles se encendieron y el sol desapareció en el horizonte. Las puestas de sol del otoño eran sus favoritas, frescas y claras, con un vasto cristal teñido ligeramente de verde en los últimos momentos antes de que todo el cielo se volviera negro. Ese era el único momento del año y el único momento del día en que la magia, como de la que se habla en los libros de cuentos, parecía algo posible. El sol denso del verano abandonaba el mundo y dejaba sólo una delgada luz, una delgada atmósfera, una delgada línea entre las realidades.

Esther estaba casi segura de que cosas imposibles de otros planos podían colarse por el cielo en noches como esa.

Algo se quebró dentro de la casa de Jonah. Vidrio. Esther tragó una bocanada de aire helado. Era raro que tal belleza pudiera existir en un mundo tan horrendo.

Jonah no salió. No respondió sus mensajes. Las ventanas de su casa no se iluminaron. Nada imposible llegó al mundo desde el cielo.

Esther volvió a su casa en la oscuridad, preguntándose si era más cobarde por no llamar a la policía o por seguir soñando con la magia en su último año de preparatoria, cuando era más que claro que ya no existía. Al menos no para ella.

Los ojos turcos la recibieron susurrando al cruzar los robles. La casa, como siempre, estaba llena de luz.

Rosemary estaba acurrucada en el sofá, dormida, con la cara hinchada por llorar. Se veía tan pequeña, como una niña y los anillos que llevaba puestos se le escurrían por los delgados dedos. En el piso que la rodeaba estaban unos tazones llenos de agua y hierbas para la prosperidad: albahaca, hojas de laurel y manzanilla. De sus manos caían algunas semillas de cumarú. Medidas de emergencia para llamar al dinero a toda prisa.

Ver a su madre llorando le daba a Esther ganas de llorar. Odiaba no sólo que estuvieran quebrados, sino que todo lo que tocaban parecía amargarse, pudrirse y hacerse pedazos en sus manos. Odiaba su vida en conjunto. Odiaba las partes que habían elegido cada cual y las partes de la vida que les habían caído encima como caspa, desagradables e indeseadas. Odiaba no poder sacar a su padre de ese pozo de fango en el que se había convertido su existencia, en el que se ahogaría, y ella tendría que verlo tragar aire desesperadamente por última vez porque no era suficiente, no era lo suficientemente fuerte, suficientemente inteligente, suficientemente valiente, suficientemente nada para salvarlo.

No era suficiente para salvar a Eugene. No era suficiente para salvar a su abuelo. No era suficiente para salvar a Jonah. Ni siquiera para salvarse a sí misma.

«Si papá muere», pensó, viendo a su madre, «será su fin. Si él muere, ella se destruirá y con ella nuestra familia».

Esther quería ignorarla. Quería seguir caminando hacia su habitación y cerrar la puerta. Pero no podía hacerlo. No podía. Rosemary estaba ahí, tirada en el sofá con una mejilla sobre la mano, pálida y rígida como una estatua, y ella quería gritarle y decirle que era su culpa, su culpa, todo

era su culpa, pero tampoco podía hacer eso. Esa magia primitiva que las unía le susurraba diciéndole: «Consuélala». Así que Esther puso una mano sobre la mejilla húmeda de su madre, que aún seguía caliente y llena de lágrimas. Rosemary abrió los ojos de par en par y la miró mientras una pequeña y adormilada sonrisa se iba dibujando en su rostro.

—Hola, bebé —susurró desde algún lugar entre el sueño y la vigilia.

—Hola, mamá —respondió Esther. Se acomodó junto a ella y recargó la cabeza en el sofá, dejando que Rosemary le acariciara el cabello como hacía cuando era niña. Esther se llenó del aroma de su madre e intentó recordar en qué momento empezaron a distanciarse. La grieta no se había abierto de golpe sino que se fueron separando centímetro a centímetro, de modo que no pudieron notar lo lejos que estaban hasta que la distancia fue irreductible.

—Lo pagaré —comentó Esther sólo moviendo la boca. Lo dijo dos veces antes de darse cuenta de que no emitía ningún sonido, sólo su aliento. Se aclaró la garganta—. Lo pagaré.

—No, no lo harás —dijo Rosemary, pero Esther pudo sentir cómo los músculos de las manos se le relajaban—. Trabajaste mucho por ese dinero. Es para tu fondo universitario.

—Hay alguien más... —No era una pregunta, porque las preguntas son cosas que dices cuando quieres una respuesta, y ella ya sabía cuál era—. Alguien más que pueda prestarte el dinero.

—No.

Esa noche, Esther usó su teléfono para transferir a su madre el dinero para arreglar la calefacción. Dos mil dólares. Casi todo lo que había ahorrado con su negocio de postres. Mientras Rosemary le besaba las mejillas, los párpados y la frente, Esther se preguntó si alguna vez encontrarían el camino de regreso una a la otra, o si la deriva continental que las separaba sólo seguiría alejándolas, tan lentamente que ninguna de las dos sentiría el dolor suficiente para intentar detenerlo.

—Te lo devolveré —le aseguró Rosemary mientras se enjuagaba las manos en té de manzanilla—. Te lo devolveré todo, te lo prometo.

¿Cómo puedes salvar a una persona que se está ahogando en sí misma?

15/50: Cadáveres

El Día de Acción de Gracias, Jonah le envió un mensaje a Esther para avisarle que estaba bien, pero que no podrían volver a verse hasta el domingo. Ya era la mañana del domingo y Jonah había estado en su casa desde el amanecer, acostado en el suelo de su habitación y hurgando entre todos los libros como si fuera dueño del lugar.

Esther no le preguntó por qué había llegado tan temprano. Por qué se metió por la ventana, pensando que estaba dormida, y lloró un rato en el suelo hasta que ella salió de entre las cobijas y fue a acostarse junto a él, con una mano sobre el oscuro moretón que le abultaba la mejilla. Jonah tenía mucho talento para el maquillaje, pero no tenía tanto. Ella podía sentir la piel hinchada bajo su palma y el ojo le había desaparecido entre la inflamación de su cara, demasiado terrible para ser falso.

—Se me ocurrió otra manera en la que podemos encontrarnos con la Muerte —susurró Jonah mientras ella le acariciaba la herida—. Podríamos deshacernos del intermediario. Atraer a la Muerte directo hacia nosotros.

—¿Cómo?

—Podría matar a mi papá. —No sonaba completamente como una broma.

Esther negó con la cabeza.

—No echas a perder tu vida. No por él. Estás muy cerca de terminar la escuela e irte a la universidad.

Jonah se alejó de ella y la miró como si fuera una idiota para después soltar una carcajada amarga.

—¿Crees que voy a dejar a Remy en esa casa con él? ¿Crees que Holland dejará que me vaya? ¿No lo entiendes? No tengo salida. Hasta que Remy haya crecido, este pueblo... es lo único que hay para mí.

—Pero... tienes tanto talento. Le dijiste a mi mamá que quieres ir a Hollywood.

—Sí, bueno, es que no puedes decirles a los padres que no tienes más futuro que trabajar de tiempo completo en un lugar de comida rápida hasta que tu hermanita pueda ir a la universidad. Esto es todo lo que tengo, Esther. Esto —señaló el equipo de grabación que había llevado— es probablemente lo más cerca que estaré de trabajar en el cine, al menos hasta que Remy tenga edad suficiente para irse.

—Eso es mucho tiempo.

—Pero menos que el de una sentencia por asesinato. Esas son mis únicas dos opciones al momento. —Esther sabía que intentaba hacerla reír, pero no se rio—. ¿Tú dejarías a Eugene? —preguntó al fin.

Ambos sabían la respuesta.

No, claro que no lo haría.

Esther le dijo a Jonah que se pusiera hielo en la cara y luego se volvió a acostar, pensando que en los últimos meses había creído que ese chico intentaba salvarla, lo cual ella odiaba, porque no era ninguna damisela en apuros. Todo ese tiempo pensó que él creía que la estaba salvando, pero ahora entendía que ambos estaban salvando pedacitos del otro.

A las 10:00 a. m., luego de que Jonah la estuvo picando y jaloneando por media hora e incluso le puso a Pulgoncé en la cara, Esther al fin se levantó de la cama, fueron a la cocina y ella preparó el desayuno (lo cual fue difícil porque los Solar seguían casi sin comida). No hablaron sobre lo que discutieron horas antes ni del moretón en el pómulo de Jonah ni de nada que los pusiera más tristes. En vez de eso, él le preguntó, por cuadragésima vez, cómo iban a ver cadáveres.

Esther había decidido encargarse del 15/50, en parte porque tenía una buena idea y en parte porque creía que Jonah quizá abriría una tumba y le llevaría un cadáver fresco a su casa si lo dejaba planearlo.

—No es de tu incumbencia —respondió ella, haciendo una cara sonriente en su plato con lo que le quedaba de avena.

—No quiero ver cachorritos muertos ni nada como eso —comentó él, sentado en el suelo de la cocina porque para ese momento ya no quedaba ni una silla. Esther pensó que los conejos no estaban haciendo muy bien su trabajo de traer buena suerte—. Me voy a enojar mucho si me haces ver cachorritos muertos.

—No habrá cachorritos muertos. —Hizo una pausa—. Al menos eso creo. Pero sí habrá bebés muertos.

—Me llevas a citas muy extrañas.

Esther luchó por contener una sonrisa; había que admitir que el chico era perseverante.

—No es una cita.

Jonah soltó una risita.

—¿Por qué todas mis novias dicen eso?

Esther se vistió de Rosie, la remachadora, y luego le dio instrucciones a Jonah para llegar a la Escuela de Ciencias Médicas, una pequeña universidad de investigación que de algún modo había terminado en su pueblo. El campus estaba silencioso al ser la mañana del domingo después de Acción de Gracias. Uno o dos estudiantes andaban por ahí, pero en general el lugar estaba desierto.

—Oh, ya sé qué vamos a ver —dijo Jonah mientras avanzaban hacia la biblioteca—. Los estudiantes de Medicina no cuentan como muertos, Esther. Puede que parezcan zombis, pero aún tienen pulso. Rarísimo, ya sé.

Metido detrás de la biblioteca estaba el pequeño edificio al que iban. El letrero sobre la entrada decía: MUSEO DE LA ENFERMEDAD HUMANA.

—¿Qué es esto? —preguntó Jonah.

—Es un museo —explicó Esther— de, ni te imaginas, la enfermedad humana.

—Gracias, Capitán Obvio.

Resultó que el Museo de la Enfermedad Humana no era popular los domingos. O quizá nunca. La encargada estaba dormida en su silla y Esther tuvo que hacer sonar la campana para traerla de golpe a la realidad.

Jonah pagó los boletos. La mujer les advirtió que debían ser respetuosos con los especímenes. Cada uno de los tres mil especímenes y piezas ahí dentro venían de personas reales, humanos reales con vidas tan ricas y complejas como las suyas, y tratarlos mal sería faltar al respeto a su memoria y a la generosa donación hecha después de su muerte.

Dentro, el lugar se sentía más como los pasillos escuetos y fríos de un hospital que como un museo. No era especialmente lujoso. Esther esperaba pisos de madera, paredes oscuras y corazones sangrientos en frascos de cristal, pero la realidad era mucho más clínica: pisos de linóleo verde, paredes blancas, estanterías de plástico y especímenes monocromáticos de tejidos, todos de un poco atractivo amarillo pus gracias al proceso de conservación. Cada muestra estaba conservada en formalina dentro de unos rectángulos de cristal transparente y acomodadas en las repisas como si fueran mórbidos adornitos.

Esther y Jonah recorrieron el lugar en silencio, deteniéndose de vez en cuando en los puntos más perturbadores: una mano artrítica, enroscada sobre sí misma como una araña muerta; un pulmón tan negro como un foso, tomado de un minero de carbón a principios del siglo veinte; una pierna con gangrena, la piel podrida y despegada del tobillo a la rótula; un útero con un tumor con cabello y dientes.

Y por todas partes, todas, señales de la Muerte. Su trabajo podía verse en cada músculo, en cada hueso, en cada célula que nació y creció sólo para morir en sus manos. Su sombra se cernía sobre todo en el edificio. Esther negó con la cabeza ante tanta destrucción y su escala incomprensible.

Cada uno de ellos en algún momento había sido un ser humano. La suma de sus felicidades y tristezas había sido inmensa. Los recuerdos que guardaban en sus cabezas en conjunto podrían sobrecargar todos los servidores del mundo. Ese pie cercenado solía ser un humano real, vivo, andante, con pensamientos, recuerdos y emociones. Ese pedazo de cerebro alguna vez guardó los pensamientos acumulados durante décadas que hicieron del donante la persona que fue.

Tanto trabajo para nada. Que algo vivo esté ahí y luego ya no, parecía el colmo de lo imposible. Tan poco práctico. Tan... desperdiciado, de alguna manera.

Porque ¿adónde se va todo, al final? Esther comprendía la primera ley de la termodinámica, que nada se crea ni se destruye y que cada mínima parte que conforma al ser humano se redistribuye cuando este muere, pero ¿adónde se van los recuerdos? ¿La alegría? ¿El talento? ¿El dolor? ¿El amor?

Si la respuesta es «a ninguna parte», ¿para qué diablos molestarse? ¿Qué caso tienen estos bultos de carne y conciencia que comen, beben, aman y se forman de partículas del universo?

—Creo que voy a vomitar —dijo Jonah entre arcadas frente al mencionado útero, cuando iban a la mitad de la colección.

—¿Por qué no nos vamos de aquí y buscamos qué comer? ¿Qué tal Taco the Town? —dijo ella, señalando hacia un pie cercenado con una enorme verruga plantar que parecía una coliflor, lo cual, extrañamente, recordaba la calidad de la comida que ofrecía el camión de los tacos.

Jonah lo miró y luego vomitó en el suelo a medio pasillo, salpicando trozos de la avena barata del desayuno sobre los restos de muertos enfermos envasados en formalina. Esther lo sentó y fue a traerle agua, como él hizo por ella cuando se puso mal. Y fue así como, un mediodía de domingo a principios de diciembre, quedaron vetados por siempre del Museo de la Enfermedad Humana.

17/50: Muñecas

En la semana antes de Navidad, el mundo se puso tan lúgubre y amargox como las agitadas pesadillas de Eugene. Las hojas que quedaban en los árboles cayeron, el frío cubrió al pueblo y Esther y Jonah continuaron con su búsqueda de la Muerte, pese a la creciente presión de la escuela: ESTUDIEN MUCHO Y SAQUEN BUENAS CALIFICACIONES O SU VIDA VA A APESTAR EN SERIO, CHICOS. NO ES BROMA.

Los cuatro se reunieron el domingo, la víspera de Navidad, en casa de Hephzibah, en parte porque ella tenía las muñecas terroríficas que necesitaban para filmar el 17/50, pero sobre todo porque su casa era la más agradable, sus padres se hablaban sin gritos y una de sus abuelas siempre llevaba trufas de ron recién hechas, lo suficientemente fuertes (al menos cuando estaban en la primaria) para ponerse un poco mareadas. La otra abuela llevaba *latkes* cubiertos con puré de manzana en un intento por ganarle a la primera, y los verdaderos ganadores eran sus estómagos.

En casa de Hephzibah siempre se sentía como debería ser la Navidad: cálida, aromática, festiva y claramente del Medio Oriente (después de todo, el niño Jesús venía de allá). Los Hadid, mitad cristianos, mitad judíos, creían firmemente en la *navucá*, y así decoraban.

En la década previa a su nacimiento, los padres de Heph fueron corresponsales extranjeros y vivieron en media docena de ciudades. Su casa era un catálogo de los lugares del mundo que habían visitado: alfombras afganas tejidas a mano cubriendo el piso; en el comedor, pesadas sillas balinesas con intrincados diseños tallados en los respaldos, y la sala escandinava con su diseño minimalista en contraste con el biombo japonés y las cerámicas peruanas por toda la casa.

Hephzibah nació en Jerusalén, pero pasó sus primeros años entre París, Roma y Moscú, e incluso hizo su primer año de escuela en Nueva Delhi antes de que sus padres se fueran a Estados Unidos y decidieran quedarse ahí. Aún viajaban por trabajo de vez en cuando, principalmente a México o Canadá, y Daniel, el papá de Heph, incluso cubrió los primeros días de la guerra civil siria hasta que a los periodistas les empezó a dar miedo ir, pero la mayor parte del tiempo trabajaban desde casa.

Los cuatro filmaron el 17/50 después de la cena, cuando la noche era oscura y fría y el sótano donde Hephzibah guardaba sus juguetes de infancia tenía una apropiada atmósfera de película de terror. Habían llevado los juguetes ahí abajo por petición de Esther cuando estaban por terminar la primaria y comenzó a dormir en casa de Heph, incapaz de cerrar los ojos en la misma habitación que esas muñecas claramente creadas con el propósito principal de ser receptáculos para posesiones demoniacas y no mucho más.

Jonah la hizo pararse entre las muñecas durante cinco minutos con las luces apagadas. Al

principio Esther casi comenzó a hiperventilar, pensando en todas las muñecas que había visto en las películas que cobraban vida y desgarraban yugulares, pero entre más tiempo pasaba con ellas, más lento podía respirar. Las muñecas no se movieron. No parpadearon. No estiraron sus horribles deditos de porcelana para sacarle los ojos cuando estuviera distraída.

Al final, cuando terminaron los cinco minutos, sintió lástima por ellas. Eran niñitas congeladas en el tiempo y abandonadas en la oscuridad, con sonrisas pintadas en el rostro rígido. Esther fue quien las condenó a ese encierro años atrás, tal como la Muerte condenó a su familia a vivir con miedo.

Cuando Jonah encendió la luz, ella fue subiendo una por una al mundo exterior de nuevo.

Esther y Eugene pasaron la mañana de Navidad en Lilac Hill. No era un buen día. Reginald se había caído la noche anterior, un principio de síncope, y al día siguiente amaneció adolorido y sin poder recordar por qué. Era terrible verlo. Como cuando los bebés o los animales están enfermos y no puedes explicarles qué pasa, así que lloran y lloran y hacen que te den ganas de llorar también porque no hay nada que puedas hacer, absolutamente nada. Las enfermeras les dijeron que tenía un moretón desde la cadera hasta la axila, un manchón en su costado como si fuera la acuarela de una nube de tormenta, y le costaba trabajo respirar, levantarse o moverse demasiado. Cuatro costillas rotas, dijeron.

Las manos de Reg temblaban tanto que no podía comer solo; Eugene tuvo que ayudarlo. Se ahogaba con la comida porque la enfermedad se estaba llevando su capacidad de tragar y lloró la mayor parte del rato que pasaron sus nietos ahí, aunque no pareció notar su presencia ni reconocerlos. Eugene se levantó y miró por la ventana durante casi toda la visita; se veía como Esther se sentía. Como que, si se encontrara a la Muerte en un callejón oscuro, no le tendría piedad.

Estas son las cosas que ella recordó sobre Reg ese día:

- La historia que Rosemary le había contado, que cuando ella y Eugene eran bebés, Reg iba a visitarlos casi todos los días sin avisar. La forma en que los levantaba de sus cunas y los despertaba si estaban dormidos sólo para poder leerles o jugar con ellos o llevarlos a dar un paseo por el jardín para ver las aves, las flores y los árboles.
- Lo mucho que amaba a Johnny Cash y que le cantaba «I Walk the Line» a Florence Solar a cada rato, aunque cantara horrible.
- La forma en que, cuando Esther quería irse de su casa, llamaba a su abuelo y él iba por ella y fingía que la ayudaba a escapar de la gran tiranía. La forma en que se salían a hurtadillas como espías, aunque Peter y Rosemary sabían bien que él estaba ahí, y se iban a casa de Reg y Florence a comer palitos de pescado, la comida favorita de Esther cuando era niña.

Antes de irse, las enfermeras los llevaron al pasillo y les informaron que sus alucinaciones estaban empeorando, que asustaba a otros pacientes cuando les decía que la Muerte estaba ahí, con ellos, que una vez lo visitó para jugar ajedrez, que su tiempo estaba cada vez más cerca.

—¿La Muerte viene aquí? —preguntó Esther—. ¿Usted lo ha visto?

La enfermera la miró como si estuviera loca, y luego explicó de nuevo que la demencia con cuerpos de Lewy provocaba alucinaciones visuales frecuentes y que no había que creer en nada de

lo que dijera Reginald. Eugene enarcó una ceja y miró a su hermana.

—Se refiere a ahora que está enfermo —dijo Esther cuando la enfermera se fue.

—No, quiere decir *nunca*.

—No tienes permiso de creer en demonios ni en la Muerte —le recordó.

Eugene se volteó para mirar de nuevo por la ventana.

—Te repito: creo en lo que puedo ver.

Cuando llegaron a casa, no había regalos por abrir; no había árbol ni decoraciones, a no ser que contaras las que estaban permanentemente abajo. Esther se sentó en la entrada a las escaleras del sótano, escuchó los villancicos que sonaban desde el tocadiscos y se preguntó si debería decirle a Peter que su padre se estaba acabando. ¿Eso haría alguna diferencia? ¿Se sentiría más motivado a salir del sótano e ir al exterior, o la inminencia de la muerte de su padre solamente lo hundiría más?

Jonah se coló en su cuarto en algún momento de la madrugada con un labio roto.

—Déjame llamar a la policía —pidió Esther mientras detenía la sangre con la manga de su sudadera, pero Jonah negó con la cabeza.

—Si nos recoge el Estado, nos separarán. Podría no volver a verla —dijo—. Cuéntame una historia. Eso es lo que necesito en este momento.

Y así, con su cabeza sobre el regazo, los dedos en el cabello de él y su manga contra la cortada de su labio, Esther le contó a Jonah sobre la tercera vez que su abuelo se encontró con la Muerte.

Las hermanas Bowen

La mañana del 30 de septiembre de 1988, Christina y Michelle Bowen, de siete y nueve años, respectivamente, esperaban en la parada del autobús a menos de doscientos metros de su casa cuando un hombre en un Cadillac Calais color menta se acercó y les dijo que se le había pinchado una llanta al camión y no iba a pasar, pero él podía llevarlas si querían. Las niñas aceptaron; el hombre no se veía como un extraño, no como esos de los que su mamá les había hablado, de los que ofrecen dulces y tienen un lindo cachorrito para atraerlas al interior de una camioneta sin señas particulares. Además, su auto era bonito y estaba limpio, llevaba todos los vidrios abajo y no traía un largo abrigo oscuro, que era, según suponían las niñas, lo que usaban todos los extraños.

Un vecino vio a las hermanas Bowen subir al Cadillac Calais y no le pareció extraño porque las niñas se fueron sin protestar. Sólo fueron vistas con vida una vez más, media hora después, por un empleado de gasolinera cuando el hombre recargó el tanque de su vehículo. Para ese momento ya estaban a varios kilómetros de la escuela y ambas niñas iban llorando en el asiento trasero, pero el empleado asumió que el hombre era su padre y no le pareció extraño.

Las reportaron como desaparecidas en la tarde, cuando las hermanas no llegaron a su casa después de la escuela, cerca de la hora en que una denuncia anónima informó que vieron a un hombre extraño tirar basura en un arroyo seco a las afueras del pueblo. La persona asignada a la investigación fue el detective de homicidios Reginald Solar, quien normalmente no cubría ese tipo de cosas, pero ya había terminado su turno, vivía cerca del lugar y todos estaban demasiado ocupados con la desaparición de las niñas Bowen como para poner algún interés en un bribón tirabasura. Así que Reg salió de la oficina, seguro de que encontrarían a las niñas Bowen en la casa de una amiga, y fue a Little Creek para ver qué se podía hacer con el tiradero ilegal de basura.

Era el inicio del otoño y el río estaba seco por años sin lluvia, dejando sólo una amplia extensión de arena, árboles y matorrales. Desde el puente, Reginald no pudo ver señales de basura, así que estacionó su auto, un Toyota Cressida de segunda mano, a un lado de la carretera y bajó por la empinada ladera vestido de traje. La tarde estaba por terminar, los grillos coreaban y la brisa corría por el cañón, pero no hacía frío suficiente para evitar que una perla de sudor le recorriera la espalda. Se quitó el saco y lo acomodó sobre su brazo. El lugar olía a hogueras, savia de árboles y agua estancada del arroyo subterráneo que no tenía adónde ir y se quedaba ahí a pudrirse.

Una vez, Reginald le dijo a Esther que hay una diferencia entre los buenos detectives y los detectives natos. Los buenos detectives son los que absorben lo que escuchan, ven y huelen. Los detectives natos también hacen esto, pero tienen otro sentido, algo en sus entrañas o en el alma

que los guía cuando sus sentidos no pueden. Reginald se detuvo a escuchar el silencio con los ojos llenos de lágrimas. Sabía, sin saber cómo, sin haberlas visto aún, que las hermanas Bowen estaban ahí. No podía explicarlo salvo diciendo que los cadáveres hacen un sonido, una especie de ominoso silencio reverberante que él podía sentir en los dientes y en el estómago cuando estaba cerca de uno.

Fue entonces cuando vio las huellas en la arena, dos y a veces tres pares. Había rastros de pelea entre las tres, y a quien le pertenecieran las más pequeñas se había negado a caminar y tuvieron que cargarlas por un rato. Reg siguió las huellas sin borrarlas y se puso unos guantes para recoger las cosas que iba encontrando en el camino: un relicario con el broche roto como si lo hubieran arrancado de un cuello, un sombrero infantil, un ejemplar de *Hay una luz en el desván* de Shel Silverstein, una mochila con el nombre «Christina» pegado en el bolsillo con brillantes letras doradas.

Y luego, lo que supo que encontraría desde el momento en que vio el lecho del río desde el puente, no porque pudiera verlas sino porque podía sentirlas, el eco de sus vidas: las hermanas Bowen, ambas desnudas y bocabajo en la arena. Estaban a tres metros de distancia una de la otra, la mayor con un brazo extendido hacia su hermana.

Esther no entró en detalles sobre lo que les habían hecho, una cortesía que le habría gustado que su abuelo hubiera tenido con ella. Lo único que dijo fue que les habían cepillado el cabello y que sus uniformes de la escuela estaban perfectamente doblados junto a ellas, con todo y sus calcetines metidos en los brillantes zapatos negros. Al verlas desde cierto ángulo, no había señales de violencia. Eso no quería decir que pudiera pensarse que estaban dormidas, para nada. Sus pechos no subían y bajaban con la respiración, y sus rostros estaban hundidos en la arena.

Reginald se quedó petrificado por un momento, contemplándolas, hasta que su cuerpo lo traicionó. Cayó de rodillas, vomitó dos veces y sintió unas lágrimas calientes rodar por sus mejillas. Y entonces, con la sangre corriendo escandalosamente por su cuerpo por el horror y el asco, alcanzó a ver una sombra en movimiento por el rabillo del ojo. Rápidamente sacó su arma y apuntó al hombre, vestido con un abrigo oscuro y sombrero negro, y que sentado sobre un pedazo de madera color hueso miraba a las niñas muertas. Para sorpresa de su abuelo, el hombre era nada menos que Jack Horowitz.

—¿Qué demonios hace aquí? —le preguntó Reg.

—¿Por qué cree que estoy aquí? —respondió.

—Horowitz, necesito que levante las manos.

—Debo pedirle, en este preciso momento, que no sea idiota.

—Está en una escena del crimen. Debo llevarlo conmigo.

—He estado en varias escenas de crimen hoy, Reg. Demasiadas. No estoy de humor para los humanos en este momento.

Reginald Solar no bajó su arma. No pudo evitar que Horowitz, entonces trece años mayor que cuando lo conoció, no se veía ni un día más viejo.

—¿Realmente cree que yo las maté? —dijo Horowitz, mirándolo con sus enormes ojos enmarcados por unas pestañas muy negras. Ahí, bajo el sol de la tarde, sus cicatrices se veían peores que nunca, burbujeando bajo la superficie y distorsionándole el rostro. Podrías pensar que su piel sancochada lo hacía verse monstruoso, pero tenía el efecto contrario. Casi todos lo encontraban simpático, se conmovían con él, sentían la necesidad de protegerlo y seguirlo

cuando así lo pedía. Eso hizo que el exsoldado, en las siguientes décadas, fuera una Parca muy exitosa.

Reginald no creía que Jack Horowitz hubiera matado a las niñas. Sí le parecía *jodidamente extraño* que Jack Horowitz estuviera ahí, en ese lecho seco contemplando sus cuerpos, pero no, no creía que él las hubiera matado. Y esto fue lo que hizo: guardó su arma, pidió refuerzos y se sentó en el trozo de madera junto a su más-o-menos amigo, el Hombre Que Ya Era La Muerte, y observó con él a esas niñas rubias bocabajo en la arena.

—Mierda —dijo Reginald tras un rato, en parte por el horror de la escena frente a él, pero en parte porque, por primera vez, realmente estaba creyendo que Horowitz era quien decía ser. Horowitz era la Muerte encarnada, ¿por qué más estaría ahí? Reg se quitó el sombrero y se limpió las raras lágrimas—. Mierda. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Desde que pasó. No me puedo mover.

—¿Qué?

—Creo que tengo un ataque de pánico.

Reg miró a Horowitz de arriba abajo. Estaba bastante tieso sobre la madera, con las manos en puños sobre las rodillas, pero fuera de eso no daba ninguna señal de angustia.

—¿Está seguro?

—Claro que sí. El corazón me late a toda velocidad, no puedo respirar bien, tengo los brazos y piernas entumecidos y siento que estoy a punto de morir de un ataque cardíaco, lo cual me consta que es falso. No estoy en mi propia lista, ¿sabe?

—Claro. —Reg se aclaró la garganta y le dio unas palmaditas en la espalda a Horowitz—. Respire profundamente, viejo amigo.

—¿Por qué se hacen esto? —preguntó Horowitz. Reg notó por primera vez que en verdad le costaba hablar entre su respiración dificultosa. No les había quitado la vista a las niñas, y aunque no había nada que Reg quisiera más que levantarse, ir a casa y abrazar a sus hijos, él también las miró. No llevaban mucho tiempo muertas. Unas ligeras manchas, *livor mortis*, se habían comenzado a formar en sus costillas, brazos y hombros, pero desde lejos y si entrecerrabas los ojos, podían ser simplemente enrojecimientos por el calor.

Reginald se levantó, después de todo estaba ahí para investigar, no para reconfortar a la última persona que lo necesitaría, y comenzó a acordonar la escena del crimen.

—Quizá esté en el trabajo equivocado —le dijo a Horowitz, quien ya estaba pálido y respiraba con la cabeza entre las piernas.

—¿Alguna vez ha pensado que la Muerte podría no querer ser la Muerte? —preguntó Horowitz.

—Pues que no sea la Muerte.

—Como le dije en Vietnam, me reclutaron. No puedo darme el lujo de decidir. Aparentemente no tenemos mucho personal.

—¿Le endilgaron el puesto de la Parca porque el más allá tiene pocos trabajadores capacitados?

—Hay más humanos que nunca. Más muertes que nunca. Tenemos exceso de trabajo.

—Y supongo que mal pagado.

—La remuneración es menos de lo que se imagina. —Una breve pausa—. Ella murió, Reg. Lan murió.

Reg pensó en el día de su boda. Lan sonriendo de oreja a oreja con su vestido rosa pálido, un collar de perlas en el cuello y guantes de encaje blanco en las manos. Sólo hablaron una vez y muy brevemente, pero sabía lo mucho que Horowitz la adoraba. Lo pudo ver en la forma en que la miraba, la misma forma en que Reg miraba a su esposa, Florence.

—¿Cuándo? —preguntó con tristeza—. ¿Cómo?

—La Muerte fue por ella mientras yo dormía. Aún era su aprendiz. No pude hacer nada. Apenas llevábamos un mes casados y aún menos viviendo en nuestra casita en Grecia. Una ola se la llevó al mar y el mar se la quedó.

—Por Dios.

—Ahora soy la Muerte, el destructor de mundos —dijo, citando la *Bhagavad-gita*; Reg sabía que era la misma frase en la que pensó J. Robert Oppenheimer al ver la primera bomba atómica siendo detonada.

—Supongo que no me dirá quién hizo esto.

Horowitz negó con la cabeza.

—No lo atraparé.

—Podría. Si usted me dijera.

—Si le dijera quién fue, lo mataría, pero no puedo, porque aún no ha llegado su hora.

—Qué estupidez, Horowitz. Qué estupidez. Sabe que este desgraciado merece morir, así que deme un nombre.

—¿Quiere un nombre? ¿Qué le parece Eden Gray? ¿Arjuna y Rahna Malhotra? ¿Yukiko Ando? ¿Carlotta Bianchi? Son niños asesinados que recogí hoy. Estas pequeñas no serán las últimas. No son especiales.

—¿Qué tal si llega unos minutos antes al siguiente asesinato y evita que ocurra?

—No le daré el nombre.

Y fue entonces cuando Reginald Solar, con mucha calma, cerró los puños y golpeó a la Muerte directo a la cara, demostrando que la Parca también sangra.

De camino a casa para reunirse con su esposa y sus dos hijos, Reginald se detuvo en un invernadero junto a la carretera donde una mujer del pueblo cultivaba orquídeas, y compró plantas suficientes para llenar todo el asiento trasero y la cajuela de su Toyota Cressida. Cuando llegó a casa, fue directo al segundo piso, a los cuartos de sus hijos, donde jugaban antes de la cena. Se quedó sentado con ellos un largo rato, observándolos, notando el color de sus ojos, la forma en que el cabello les caía sobre el rostro, el sonido de sus risas.

Después de cenar, fue al jardín y comenzó a construir un invernadero para cultivar sus nuevas orquídeas. A las 9:00 p. m. comenzó a llover, un diluvio provocado por un sistema que duraría varias semanas y provocaría la inundación de la escena del crimen, arrastrando al forense y a su fotógrafo, cuyos cuerpos serían encontrados río abajo más de una semana después. Las hermanas Bowen no se encontraron nunca.

Reginald trabajó bajo la lluvia pese a su miedo al agua, y el invernadero quedó terminado al amanecer. Tras llevar las orquídeas, volvió a la estación de policía para comenzar con la ardua y larga investigación del homicidio, aún sin saber que ese sería el caso que lo perseguiría por el resto de su vida.

Lo que no le contó a nadie, ni a sus colegas ni a su capitán y ni siquiera a su esposa, fue que las dos niñas, ambas pálidas y tenues como tela de araña, habían comenzado a seguirlo a todas

partes. Esa noche se posaron al pie de su cama, con los ojos muertos y sin parpadear. Lo siguieron a la estación de policía por la mañana y se escondieron bajo su escritorio hechas ovillo, cual botones de una flor fantasmal. Por la tarde estuvieron en el invernadero con él, susurrándoles a las orquídeas para hacerlas crecer. Y cuando visitó el ahora embravecido río, dos días después de su muerte, lo más cerca que estaría de un gran cuerpo de agua en adelante, ellas gritaron y gritaron y gritaron, pero sólo él podía escucharlas.

18/50: Panteones

En la víspera de Año Nuevo, los adolescentes normales podrían estar planeando varias cosas:

- Emborracharse y tomar malas decisiones. Un pasatiempo bastante popular.
- Desear que pudieran emborracharse, pero en vez de eso pasarla con sus padres viendo los fuegos artificiales porque no pueden comprar alcohol.
- Ignorar por completo la institución del Año Nuevo porque hay demasiada presión para disfrutar la Mejor Ocasión de Todas, lo cual suele dar como resultado una noche terriblemente decepcionante.

El grupo decidió que, dado que la festividad coincidía con el 18/50: panteones, Esther, Jonah, Heph y Eugene pasarían la víspera de Año Nuevo en el cementerio Paradise Point.

Era el panteón más antiguo del lugar, lleno de tumbas que salían de entre la tierra como dientes chuecos de concreto. Aún se seguían enterrando personas ahí, así que las lápidas eran una extraña mezcolanza de estilos que iban de los mastodontes góticos del siglo diecinueve a esos extraños bloques de mármol negro que al parecer fueron la moda en los ochenta y noventa; las tumbas actuales eran lisas, blancas y minimalistas.

No parecía haber un patrón claro respecto a la manera en que estaban enterrados los cuerpos. Había tumbas de doscientos años junto a cadáveres enterrados apenas unos meses atrás; parecía que embutían los restos donde cabían. Avanzaron por un camino en la parte más antigua del cementerio, cubierta de árboles y donde las tumbas estaban cubiertas de musgo, con las lápidas rotas y varias estatuas que parecían los Ángeles Llorosos de *Doctor Who*. Luego caminaron por la parte más nueva, que aquí y allá exhibía tanto mausoleos como brillantes losas de mármol.

Los fuegos artificiales estallaron a la medianoche. Los cuatro los observaron desde los muros del cementerio, brillantes dientes de león que ardían como estrellas y se perdían en la noche. Jonah estaba detrás de Esther, sentada en la pared. Cuando el reloj marcó las doce, puso las manos en la cintura de ella y le plantó un beso en la piel de la nuca, sólo uno y lo suficientemente rápido para que Eugene y Hephzibah no lo vieran. Esther cerró los ojos y disfrutó la sensación, como si el beso pudiera derretirse a través de ella igual que una gota de níquel fundido sobre su piel.

No tenían planeado dormir en el camposanto. Para empezar, porque estaba helando. Todos iban envueltos en media docena de capas para protegerse del frío y tenían que frotarse las manos y echarse el aliento sobre los dedos para evitar que se les durmieran. Además, Eugene no podía quedarse en la oscuridad abierta por mucho tiempo, *especialmente* en un cementerio. Necesitaba

paredes. Necesitaba electricidad. Necesitaba todas las cosas que la humanidad inventó para separarse de la antigüedad salvaje, ese tiempo lleno de monstruos ya olvidados por todos menos por quienes aún son atormentados por ellos. La docena de lámparas de mano y solares que llevaban entre todos no eran suficientes.

Pero fue Eugene quien encontró las pequeñas tumbas de las hermanas Bowen, Christina y Michelle, con sus plaquitas rectangulares de lado a lado sobre el pasto. Claro que las niñas no estaban enterradas ahí. La tierra bajo sus lápidas seguía esperando los cuerpos que Little Creek se había robado y mantenido por décadas. Fue Eugene quien armó y encendió la hoguera. Eugene, quien se arrodilló frente a las placas y sugirió que debían quedarse y beber en vez de volver a la casa Solar.

No planeaban quedarse dormidos, pero el fuego era cálido y el vino fuerte y el susurro de los fantasmas los arrulló hasta hundirlos en una duermevela intranquila.

Esther despertó un rato después con Eugene aferrado a su muñeca. El fuego se había convertido en brasas y ya sólo daba unos destellos de luz. Eugene estaba en pánico, arañándose la garganta con los ojos abiertos de par en par, luchando por respirar.

—Esther. Esther. *Esther* —susurró, intentando no despertar a los otros—. Hay algo ahí, en la oscuridad. Puedo escucharlo.

—Oye, estás bien. Aún hay luz. Estás bien, estás a salvo.

El fuego crepitó. Una rama se quebró en la base de un árbol cercano. Eugene sollozó entrecortadamente.

—Me va a matar.

—Oye, oye, mírame. Eugene, mírame. Enfócate. Aterriza. Recuerda. Las primeras cinco cosas que veas. Enlístalas. —Era un viejo truco de cuando Eugene iba con un terapeuta, pero a veces funcionaba—. Vamos, Eugene, enlista las primeras cinco cosas que veas.

—Cabello. Pasto. Camisa. Tumba. Fuego.

—De acuerdo, bien. Muy bien. Ahora cuatro cosas que toques.

—Piedra —dijo, poniendo una mano sobre la tumba vacía de Michelle Bowen—. Tierra. —Tocó el suelo—. Tela. —La manga de Esther—. Piel. —La mejilla de ella.

—Tres cosas que escuches.

—Mis latidos. Tu voz. Una fiesta no muy lejos.

—Dos cosas que huelas.

—Madera quemada. Tus calcetines apestosos.

—Claro que no. Mentiroso.

—Claro que sí.

—Ugh. La última. Una cosa que saborees.

—El final inminente.

—Nuestra encuesta dice que esa no es una opción.

—No sé. ¿Saliva? No he comido en todo el día.

Se sentaron con las piernas cruzadas sobre el pasto y Esther sacó unos postres hechos en casa que había llevado. Quedó muy poco de sus ahorros tras pagar por la compostura de la calefacción, pero estaba decidida a comenzar de nuevo, así que el contrabando de comida en su prepa continuó.

—¿Recuerdas cómo comenzó? —dijo Esther mientras devoraba una mantecada de caramelo

—. Tu miedo a la oscuridad. Creo que ya no recuerdo cómo empecé mi lista.

Eugene no despegó los ojos de su comida.

—Lo recuerdo.

—¿Me lo puedes contar?

—¿No te acuerdas de esa noche? ¿La noche en que todo cambió?

—La noche en que murió la abuela.

Eugene asintió.

—Estábamos en el coche, de camino a casa de los abuelos para cenar, íbamos escuchando el radio y en las noticias hablaron de una niña que había desaparecido. Alana Shepard. ¿La recuerdas? Tenía nuestra edad, como diez u once. Llevaba tres días sin aparecer o algo así, y terminaron por encontrarla en una presa lejos del pueblo. La habían violado y apuñalado con un destornillador, y le pusieron ladrillos para que se hundiera. Nunca antes le había puesto atención a la muerte de nadie. Ni siquiera sabía realmente lo que significaba morir. Pero aún puedo verla claramente, como la vi en mi cabeza. Su cuerpo hundido entre los nenúfares. Atrapada en las sombras para la eternidad. Siempre le tuve miedo a la oscuridad, pero después de esa noche, nunca volví a dormir con la luz apagada.

Esther cerró los ojos. Ella también recordaba la historia, no por haberla escuchado en el radio, sino porque al llegar a la casa de sus abuelos encontraron a Reginald Solar llorando. Reg, nacido en los años cuarenta, un tiempo en el que ser hombre significaba embarrarte tierra en las heridas, desayunar whisky y tener la inteligencia emocional de un trapo mojado. Los chicos no lloraban y Reginald Solar menos, por eso a Esther le preocupó profundamente verlo así mientras el viejo radio tocaba una mala grabación de Johnny Cash al fondo. La casa estaba llena de floreros con orquídeas y su aroma embriagador vagaba por los pasillos. El lugar olía a floristería, a verde y fresco; hasta el olor del asado de cordero con ajo y romero en el horno se perdía bajo aquella fragancia.

Reg se había rodeado de flores moradas, igual que Eugene se rodearía de lámparas unas semanas después. Una manta de seguridad. Un escudo contra el miedo.

Florence solar parecía aterrada. Peter quería llamar al 911.

Reginald lloraba por dos razones:

1. En su interior ya sabía lo que a los forenses les tomaría semanas descubrir: que la muestra de ADN tomada del cuerpo de la niña asesinada encajaría con el de un caso sin resolver que llevaba más de una década atormentándolo.

Nunca detuvieron a quien mató a las hermanas Bowen. La investigación fue tan desastrosa que se consideró que el caso estaba maldito, una especie de tumba del rey Tut contemporánea. El capitán de la policía juró no dejar de trabajar hasta que atraparan al asesino; murió de un ataque cardíaco luego de cinco noches sin dormir después de iniciada la investigación. Se perdieron archivos. Hubo fallos en el manejo de evidencia. Los dos testigos del secuestro dieron declaraciones contradictorias en cada detalle de lo que habían visto (al punto de que el encargado de la gasolinera estaba seguro de que una de las hermanas era un chico y el secuestrador le recordó a una araña patona, todo extremidades). El encargado de los retratos hablados perdió un ojo en un accidente de auto inmediatamente después de dibujar al sospechoso. Y en la fiesta de

Navidad de la comisaría, unos meses después del doble asesinato, tres cuartas partes del personal tuvo que ser hospitalizada tras beber un rompope que luego se supo estaba contaminado con salmonela.

Interrogaron a unos sesenta y cuatro hombres, pero nunca se nombró a un sospechoso. Se recolectó ADN como evidencia, el cual se había usado por primera vez en un caso criminal en Estados Unidos en 1988, pero nunca encajó con el de nadie. Sin evidencia, sin motivo, sin arma, sin sospechoso y sin pistas, el caso, muy a pesar de Reg, se marcó sin resolver.

Pasaron cinco años antes de que un grupo de chicos que fueron al río a beber en horas escolares desenterraran el arma, un destornillador, no muy lejos del lugar donde tiraron a las niñas.

El caso volvió a abrirse, y cuando la caja se destapó, soltando una nube de polvo, la maldición atacó de nuevo. Un reportero que fotocopió los archivos del caso fue estrangulado durante un asalto de camino a su casa. Una vez más, el capitán de la policía murió de un ataque cardíaco. Algunas presuntas evidencias de la maldición eran tan remotas que el propio caso acerca de una maldición se debilitó (la hija de una prima de uno de los policías fue diagnosticada con leucemia el mismo día en que se reabrió el caso), pero todos conectaban con la maldición cada cosa mala que le pasaba a cualquiera que conocieran aunque fuera vagamente, y por tanto con Reginald Solar, el descubridor de los cadáveres.

Adondequiera que iba, Reginald llevaba la marca de la muerte. La gente podía sentirlo. Olerlo en él. Sabían, sin saber exactamente cómo, que la mala suerte se centraba en él, se canalizaba a través de él, salía de su piel como pus de una herida infectada. Y quizá era verdad. Quizá la Muerte sí dejó su marca en el abuelo de Esther, pero para ella sólo era un hombre bueno y noble que quedó medio destrozado por las cosas terribles que había visto y aquella terrible verdad que le impedía dormir por las noches. Nunca lograría atrapar al asesino de las hermanas Bowen y ahora, por segunda vez, y posiblemente muchas más, el criminal había atacado de nuevo.

2. La segunda razón por la que lloraba su abuelo era porque sabía con absoluta certeza que su amada esposa estaba a unas horas de morir por un catastrófico aneurisma cerebral y eso también lo ponía muy triste, comprensiblemente.

Reg dejó de llorar poco después de que llegaron y los sentó en su regazo, les puso orquídeas detrás de las orejas y les contó, a los once años, sobre el Hombre Que Sería La Muerte, sobre la guerra en Vietnam y algunas de las cosas más terribles que había visto a los humanos hacerse unos a otros. Les habló sobre el peligro que eran los extraños, sobre que el coco era real y que acechaba en la oscuridad, esperando para atacar a los niños obstinados. Les contó de las hermanas Bowen, lo que les habían hecho, con tanto detalle como le pareció apropiado para unos niños de once años, y resultó ser demasiado. Les habló sobre todos los fantasmas de niños que lo seguían, los que no pudo salvar, los que murieron porque no era lo suficientemente buen detective para atrapar a su asesino. Cuando sus nietos nacieron, sólo se le aparecían las hermanas Bowen al pie de la cama. Para la noche en que encontraron a Alana Shepard, ya eran siete los espectros de niños que lo atormentaban a cada paso, preguntándole por sus padres, pidiéndole que les diera de comer, que les leyera, y llorando cuando no lo hacía.

Esa noche, el abuelo les enseñó a Esther y a Eugene que los monstruos eran reales y que se

veían iguales a ellos. Los niños no lo pusieron en duda; no tenían razón para hacerlo. Se sentaron ahí, escuchando y absorbiéndolo todo, porque eran niños y nadie los había tomado en serio nunca antes.

Reginald les contó su vida maldita en menos de una hora e infundió en sus corazoncitos un miedo al que los niños normalmente no se enfrentan hasta que son mayores, cuando entienden la mortalidad por medio de la muerte de un pariente anciano. Ya sabían del miedo primitivo que su abuelo le tenía al agua, que había dejado de ducharse y se lavaba el cuerpo con un trapo mojado por miedo a resbalar en la bañera y ahogarse. Fue esa noche cuando descubrieron que la maldición los mataría. Cuando aquello que le dijo la Muerte a su abuelo acerca de que se ahogaría se volvió real en sus cabezas.

Esther y Eugene cenaron en silencio, horrorizados ambos a su manera al saber que la Muerte era real.

Florence murió a la mañana siguiente por un aneurisma cerebral, como Reginald ya sabía que sucedería. Una semana después, cuando la historia de la maldición había fermentado en el cerebro de Esther para convertirse en algo más grande y oscuro de lo que su abuelo quizá quería, ella comenzó a escribir su lista casi definitiva de las peores pesadillas para protegerse del hechizo de la Parca.

¿Cuáles son los ingredientes de una maldición bien fundamentada? Mezcla una parte del aprendiz de la Muerte con veinte años de guerra y la muerte inesperada de una abuela muy amada, y luego espolvorea el guiso con el asesinato en serie de varios niños por un hombre que llegó a ser conocido como el Recolector.

Y así, señoras y señores, se hace una maldición.

21/50: Edificios abandonados

A finales de enero, Eugene, Heph y Esther se reunieron con Jonah por la tarde a las afueras del Hospital General de Peachwood. Abandonado a mitad de los noventa cuando abrió el nuevo hospital público al otro lado del pueblo, Peachwood fue comprado poco después por un desarrollador que quería renovar todo el complejo y vender los viejos pabellones como departamentos para ricos por millones de dólares. El público se rio, ¿quién quiere vivir en un edificio donde murieron miles de personas?, y el desarrollador quedó en la quiebra y se ahorcó en los restos del pabellón de psiquiatría. Pasaron tres semanas antes de que lo encontraran, y para entonces los perros salvajes ya se habían comido sus pies.

Más de veinte años después de que la propiedad quedó abandonada, a Peachwood se lo estaba tragando la naturaleza. Toda su base estaba llena de vegetación que se iba comiendo al hospital muerto para regresarlo lentamente a la tierra, sofocándolo desde abajo. Peachwood fue desvalijado en partes, como un carro viejo, mucho tiempo antes: ventanas, sistemas de aire acondicionado, camas de hospital... todas las cosas de valor fueron arrancadas, desmontadas o robadas, dejando sólo el cascarón para que se pudriera ahí a la intemperie. El edificio estaba en medio de la nada, con el estacionamiento que alguna vez lo rodeó surcado de grietas y cubierto por maleza.

Jonah abrió el candado de la malla ciclónica que acordonaba la propiedad. Una vez más, nadie vio cómo lo hizo; simplemente lo tomó entre sus manos y fue como si se abriera para él con un suspiro, como si hubiera estado esperando aquel contacto, como si se estremeciera de placer al sentirlo tras todo ese tiempo. A Esther siempre le sorprendía la facilidad con que Jonah podía abrir cosas; tenía la sensación de que podía hacer lo mismo con la gente cerrada.

Caminaron por el terreno hacia el edificio blanco. Hephzibah iba corriendo al frente, con su cabello ondeando tras ella cual humo. Parecía que iba a casa. Había un manto de escarcha gris sobre el suelo, entre el pasto quemado por el invierno, y sus alientos se volvían nubes frente a sus rostros, pero Esther estaba demasiado exaltada para sentir el frío. El miedo 21/50 eran los edificios abandonados, y Jonah los llevó al lugar más escalofriante de todo el pueblo, un sitio adonde ni siquiera los delincuentes juveniles se atrevían a entrar luego de que dos de ellos desaparecieron entre las ruinas justo después de que ella y Eugene nacieron. Los policías encontraron cerca de un pabellón las pinturas en aerosol, las mochilas y los almuerzos a medio comer de los chicos, pero jamás los encontraron a ellos. Más niños desaparecidos a manos del Recolector, decían los rumores, aunque la policía nunca lo pudo confirmar.

Esther se cerró la chamarra de su disfraz de Amelia Earhart. Vestirse como la desaparecida más famosa de todos los tiempos de pronto le pareció una pésima idea.

Eugene llegó hasta la ventana rota del sótano antes de que sus piernas dejaran de funcionarle y negó con la cabeza vigorosamente.

—No puedo —dijo sin aliento—. Demasiado oscuro.

—Aquí estoy, amigo —le aseguró Jonah, poniéndole una mano sobre el hombro. Eugene, como el candado, pareció ceder ante el contacto de Jonah—. Me pasé toda la tarde preparando algo para ti.

—¿Viniste solo?

—Pero nada más me atacaron los poltergeists unas dos veces. No fue nada.

—Okey —dijo Eugene. Hizo otras tres respiraciones profundas y rápidas, y luego miró a Esther—. Okey.

Bajaron al sótano de uno en uno, Hephzibah primero porque era la más valiente, la más salvaje y la más extraña. Jonah después y luego Esther, y entonces, cuando todos allá abajo sostenían encendidas las antorchas de aceite que Jonah había preparado antes, Eugene se internó también en la oscuridad, lámpara en mano y con la espalda pegada a la pared de ladrillo, mientras sus ojos se acostumbraban al cambio de luz.

—¿Todo bien, amigo? —preguntó Jonah, pasándole una cuarta antorcha cuya luz hizo que Eugene se viera como una figura de cera.

Incluso Hephzibah tuvo que mantenerse cerca mientras se adentraban por el sótano del hospital. Las paredes hablaban como suelen hacerlo las paredes viejas, suspirando a su paso. El viento cantaba por las ventanas sin cristales, y el concreto crujía y gemía. Goteaba agua desde tubos perforados por el óxido hacía mucho. Una orquesta. El edificio estaba vivo y sabía que estaban ahí, podía sentir a los intrusos como una astilla enterrada en su carne.

Jonah los llevó al pabellón psiquiátrico, donde habían encontrado colgado al desarrollador. Estaba más iluminado que la casa Solar. Un generador zumbaba en algún pasillo lejano, dando vida a cien focos amarillos instalados en el suelo en una cuadrícula.

Eugene sonrió.

—Nunca debí dudar de ti.

—Sí, y esto es apenas la mitad de lo que preparé. —Jonah se arrodilló en una esquina y sacó tres antifaces para dormir, de los que te dan en los aviones—. Espera aquí y usa esto mientras apago las luces.

—No bromees con eso, amigo.

—No es broma.

—Estás loco.

Jonah tomó el rostro de Eugene entre sus manos.

—Oye, oye, oye —dijo. Eugene tomó a Jonah por las muñecas, pero no intentó alejarlo—. ¿Confías en mí? —Eugene lo pensó por un momento y luego miró a Esther, quien asintió.

Eugene tragó saliva con dificultad.

—Si ella confía en ti, yo también.

—Entonces *confía* en mí —dijo Jonah, colocando el antifaz sobre los ojos de Eugene—. No dejaré que les pase nada a ninguno de los dos. —La respiración entrecortada de Eugene era lo único que Esther podía escuchar mientras ella también se ponía un antifaz—. Sólo será un minuto —anunció Jonah, apretando la mano de ella—. *No* se quiten los antifaces.

Eugene se aferró a su hermana gemela como a una boya en medio de un mar embravecido.

No había a nadie a quien quisiera más a su lado cuando tenía miedo, y ella se sentía igual. De niña, cuando se asustaba, siempre acudía a Eugene y no a sus padres. Había algo mágico en su piel; cuando presionaba las manos contra la espalda o los brazos de su hermano, o ponía una entre sus dedos, todo lo malo desaparecía. Quizá era toda la luz que él absorbía durante la noche lo que lo hacía tan mágico.

El zumbido de las luces desapareció y Esther casi pudo sentir cómo la oscuridad la aplastaba. Eugene ahogó un grito. Realmente *ahogó* un grito. Sus dedos apretaron con más fuerza los de ella, quien pensó que en cualquier momento su hermano iba a gritar y sería atacado, arrastrado lejos de ella, pero no pasó.

Luego se escuchó el sonido de los pasos de Jonah al volver.

—Quítense los antifaces —ordenó sin aliento.

Se quitaron los antifaces.

Las luces estaban apagadas y había más penumbra que antes, pero no estaba oscuro. Ni de cerca. Eugene se quedó en silencio y con la boca abierta mientras giraba despacio en su sitio para observar el techo, las paredes, el suelo. Había una docena de luces negras en el suelo, pegadas a todas las paredes, y debajo de su brillo neón, todas las superficies del pabellón estaban iluminadas. Por todas partes había manchones de pintura UV morada, rosa, verde, roja y naranja, una galaxia de estrellas brillantes para iluminar la oscuridad. Planetas, estrellas, naves espaciales, nébulas y criaturas etéreas flotaban en el abismo.

Jonah había pintado el universo.

—También te traje esto, por si quieres intentarlo —dijo, lanzándole a Eugene un tubo de pintura. Eugene lo atrapó y lo miró, confundido—. Pintura corporal UV —explicó Jonah—. Luz en tu propia piel. Podrás andar por la oscuridad sin una lámpara ni fuego ni nada.

Aunque estaba helando, Eugene se quitó la ropa hasta quedar en bóxers y todos lo pintaron con un elaborado diseño geométrico, de modo que cada centímetro visible de su piel quedó iluminado.

Parecía un demonio neón de otra dimensión. Esther le pintó un brillante corazón rojo y blanco al centro del pecho, un escudo contra el miedo y los demonios que la maldición envió para matarlo, demonios que vivían dentro de su cabeza.

—¿Crees que esto funcionará? —preguntó en voz baja, parado junto al umbral que lo llevaría a la oscuridad.

—Estoy segura —respondió Esther, dándole un apretón a su mano pintada.

Jonah había puesto luces negras por todos los pasillos que rodeaban la habitación de la galaxia resplandeciente para que Eugene pudiera, por primera vez desde que era capaz de recordar, moverse libremente por la oscuridad. Eugene estiró sus dedos pintados hacia la barrera que lo había detenido durante los últimos seis años y dejó que su mano se hundiera en la terrible negrura, como un anzuelo para ver si los monstruos lo mordían.

No lo hicieron.

A Esther le alegraba la semioscuridad; casi ocultaba sus lágrimas al ver a su hermano avanzar hacia el pasillo sin luz, como un explorador que descubriera las profundidades del océano con el primer traje atmosférico de buceo. La luz negra encendió la piel de su hermano. Eugene gritó, no de dolor sino de placer. Vitoreó y corrió y saltó y se rio, maravillado por esa inimaginable libertad. Esther no supo si él pudo ver los monstruos que decía ser capaz de identificar en las

sombras, pero si lo hizo, esa noche no le importaron.

«Gracias», le dijo a Jonah, moviendo los labios sin pronunciar la palabra. Él asintió con una sonrisa casual, como si no acabara de hacer la cosa más extraordinaria del mundo.

Y luego Esther hizo lo que no había tenido el valor de hacer hasta ese momento: se acercó a Jonah, puso sus manos en el pecho de él, y lo besó. Su piel era tibia; ella lo acercó aún más y saboreó la pintura en sus labios, y lo besó con todas sus fuerzas bajo el brillo de la luz del universo.

La muerte de la luz

Cuando Rosemary la llamó esa noche, Esther se preguntó por un segundo si su madre estaba en casa, preocupada por el paradero de sus hijos.

—Acabo de colgar con Lilac Hill —dijo—. Reg se ha ido deteriorando muy rápidamente. Las enfermeras creen que es momento de dejar de darle agua y comida, como él lo pidió.

—¿Cuánto tiempo le quedará después de eso? —preguntó Esther.

—No mucho. —Fue la respuesta de Rosemary—. Ya no mucho.

24/50: Enterrados vivos

En la semana previa al 24/50, la búsqueda de la Muerte quedó en el olvido para pasar tiempo con Reginald Solar en Lilac Hill. Cada domingo Esther y Jonah habían salido a enfrentar un nuevo miedo, pero cada semana temían menos porque los acantilados, los gansos y los cementerios no parecían tan aterradores cuando la gente que ama comienza a desintegrarse alrededor.

Fue también durante la semana previa al 24/50 que a Peter Solar le dio otro derrame. Una vez más no le dijo a nadie, por miedo a que lo obligaran a salir del sótano. Pero Jonah lo encontró en el escusado, sin poder moverse, dos días después de que ocurrió. Fue lo más horrible y desgarrador que Esther había visto nunca. Peter lloraba mientras Jonah lo limpiaba, le subía los pantalones y lo ayudaba a levantarse. Intentó que su hija no lo viera, pero sí lo hizo. Esther lo vio todo y le rompió el corazón.

Pero quizá lo peor era Jonah, quien para entonces con frecuencia llegaba a su casa con nuevas heridas. A veces Esther las veía de inmediato, y a veces no se daba cuenta de su dolor hasta que le tocaba el brazo, el pecho o la espalda y Jonah hacía un gesto de agonía. Cuando esto ocurría, Esther fantaseaba con matar a Holland; en su imaginación no era realmente un hombre sino una enorme sombra, un malvado villano de caricatura.

—No estoy segura de que sea necesario que me entierren viva —le dijo a Jonah, a Hephzibah y a su hermano la mañana del domingo del 24/50—. Ya siento que me estoy ahogando.

Esther esperaba que Jonah protestara, pues aún no habían dejado pasar ni un solo miedo, pero no lo hizo. De hecho, asintió.

—¿Quieres, no sé, hacer algo de lo que hacen los adolescentes normales? ¿Ir al cine, o algo así?

Y eso fue lo que hicieron. La gente se les quedaba viendo más de lo habitual. La gente cuchicheaba y los señalaba con el dedo, lo cual a Esther le parecía muy grosero hasta que se dio cuenta de que no estaban viendo ni señalando a Eugene, Jonah o Hephzibah. Todo era con ella.

—¿Por qué todos se me quedan viendo? —le susurró Esther a Jonah.

—Quizá porque estás vestida de Mia Wallace —dijo él mirando alrededor, pero no parecía capaz de sentir todas las miradas dirigidas hacia ellos.

Al terminar la película, Eugene llevó a Heph a su casa y Esther y Jonah volvieron caminando.

—¿Crees que la Muerte le tenga miedo a algo? —le preguntó él.

Esther ya sabía que la Muerte les temía a dos cosas, porque su abuelo se lo había dicho. En el mar Mediterráneo y en las aguas de Japón hay una especie de pequeñas medusas biológicamente inmortales llamadas *Turritopsis dohrnii* que envejecen y luego rejuvenecen, como si Benjamin Button fuera un yo-yo. Le gustaba imaginar que allá iba la Muerte de vacaciones cuando tenía

tiempo libre, cuando no había guerras, hambrunas ni adolescentes haciendo imprudencias para atraer su atención. A Esther le gustaba imaginar a la Parca flotando de muertito sobre un cardumen de cuerpos que parecían burbujas de caramelo blando transparente. Le gustaba imaginar que ese era el pasatiempo favorito de la Muerte, nadar entre esas cosas brillantes y hermosas que no debía ni podía arrancar de esta tierra.

Al mismo tiempo, Esther sabía que la Muerte les temía a esas criaturas que no podía tocar. Flotaban bajo el sol por un periodo infinito, sin saber de dioses, hombres, monstruos y ni siquiera de la Muerte. Era lo único en este planeta capaz de hacer que la Muerte se sintiera pequeño e inseguro, salvo por su segundo gran amor y terror: las orquídeas.

La Muerte guardaba todo regalo que le daba la vida, pero ese no podía tocarlo.

—La Muerte les tiene miedo a las orquídeas —le dijo a Jonah. Él asintió como si comprendiera lo que eso significaba, pero no dijo nada. Era raro ver a Jonah Smallwood tan triste y callado. Como si la luz lo hubiera abandonado. Antes de irse, besó a Esther en la frente y ella lo abrazó por la cintura con todas sus fuerzas.

Después de eso, no volvió a verlo ni a saber de él durante una semana.

La puerta de la muerte

ESTHER:

¿Vas a venir en la tarde?

Pulgoncé te extrañó ayer.
Bueno, yo también.

¿Me estás ignorando porque mis
habilidades para el baile en línea te intimidaron?

Por Dios, Jonah. Por favor. Por favor, dime que estás bien.

Esther le envió un mensaje cada día de la semana; él los vio pero no hubo respuesta. El domingo, cuando no fue a su casa a la hora de siempre, ella supo que sólo tenía dos opciones: llamar a la policía o ir ella misma a ver cómo estaba Jonah. Ninguna le gustaba. Si llamaba a los policías, podrían separarlo de Remy y nunca la perdonaría por eso. Si iba a su casa y lo encontraba muerto en un charco de sangre, con la cabeza abierta...

«No. Ni siquiera lo pienses».

Esther fue a casa de él vestida de Matilda Wormwood. Es necesario sentirse fabulosa en días así.

Desde afuera, la casa parecía tranquila, pero tristemente tranquila como los cadáveres tras ser embalsamados y maquillados para ponerlos en un ataúd abierto. Esther abrió la reja lateral y escuchó un ruido que venía del interior de la casa. Alguien gritaba. Algo golpeó contra una pared.

En la parte trasera, la puerta del porche estaba abierta de par en par. Casi toda la pared de tablarroca estaba destrozada, y alguien había arrancado el mural del techo con alguna especie de objeto sin filo. Remy estaba agazapada en una esquina, llorando.

—¿Dónde está Jonah? —le preguntó Esther, aterrada—. ¿Dónde está?

Remy señaló, sin hablar, hacia el interior de la casa.

Esther abrió la puerta de la Muerte. Detrás se encontró con un pasillo en penumbras. Lo recorrió lentamente, calculando la presión de cada uno de sus pasos. Más ruido. Gruñidos. Un grito de dolor. Quizá por primera vez en su vida tuvo el impulso de pelear en vez del de huir, y su adrenalina la lanzó hacia el miedo.

En la sala, Holland Smallwood, el padre de Jonah, tenía a su hijo agarrado por el cuello y contra la pared.

—¿Te parezco un maldito loco? —gritó—. ¿Así se ve un loco, eh? ¡Mírame! ¿Así se ve un loco?

Jonah, quien siempre era tan alto y brillante, como un héroe de cómic, estaba llorando. Junto

a su papá era un niño. Cerró los ojos, negó con la cabeza y no hizo nada por defenderse excepto levantar las manos con desgano.

—Por favor —masculló—. Lo siento.

Holland lo azotó de nuevo contra la pared.

—¡Basta! —gritó Esther, y luego se lanzó hacia allá, involucrándose, luchando para liberar a Jonah. Algo sólido se estrelló contra su mejilla. ¿Un codo? ¿Un puño? No se dio cuenta de que se había caído hasta que estuvo en el suelo, viendo el horizonte en vertical. El mundo se le aparecía en cuadros de costado, como un viejo proyector que se ha trabado.

—¡Lárgate de mi casa! —le ordenó Holland. Ella se hizo un ovillo y se cubrió la cabeza con los brazos. Pensó que el hombre iba a patearla, pero los golpes no llegaron.

Jonah tenía el labio abierto. Había gotas de sangre por todas partes. Sangre, saliva, vidrios rotos y pedazos de silla. Jonah no hacía más que mirar a Esther con la respiración entrecortada.

Fue la niña quien la rescató. Remy la arrastró y la empujó, susurrando: «Vete, vete, vete, vete, vete», mientras la guiaba a la puerta principal. Siguió a Esther hasta el porche y luego volvió adentro. Como el sistema inmunológico al expulsar un patógeno.

Esther escuchó unos pasos pesados que subían las escaleras. Se llevó la palma de la mano al bulto caliente y adolorido en su mejilla donde la había golpeado alguna parte de Holland.

Jonah salió un minuto después. Su labio ya estaba hinchado. Esther usó su manga para limpiar la sangre y luego simplemente lo abrazó. Envolvió su torso con los brazos, los de él seguían lánguidos a sus costados, y apretó y apretó, como si al aplicar suficiente presión, quizá pudiera convertirlo en diamante.

Jonah parecía vacío. No reaccionó al contacto.

—Ya no puedo seguir con esto, Esther —dijo al fin—. Ya no puedo ser valiente por los dos. —Entonces se quebró y se soltó en ella, partiéndose en sollozos que estremecían todo su cuerpo.

—Lo siento, lo siento, lo siento —le susurró Esther con lágrimas corriéndole por las mejillas mientras le acariciaba la nuca, porque ¿qué más podía decir? ¿Qué más podía hacer? Eran adolescentes, no tenían ningún poder, y hasta que fueran adultos no tenían más opción que dejar que fuerzas externas torcieran sus destinos.

Era el momento que ella llevaba esperando por meses. El momento inevitable. El momento en que Jonah se daría cuenta de que ella no valía tantas dificultades.

La gente sólo entiende la enfermedad mental hasta cierto punto. Más allá, su paciencia se acaba. Esther lo sabía, porque a veces así se sentía con Eugene. Con su madre. Con su padre. El deseo de agarrarlos por los hombros, sacudirlos y decirles: «¡Mejórate! ¡Sé algo distinto! ¡Por Dios, arréglate!».

Llevaba mucho tiempo sabiendo que ese día llegaría, y ahora estaba ahí y no podía culpar a Jonah, porque sus problemas eran aún peores que los de ella. El total acumulado de su dolor conjunto era demasiado. Es más o menos fácil cargar con tu desgracia; cargar con la desgracia de los demás es lo que te quiebra.

—Okey —dijo, separándose de él—. Está bien.

—Oye, oye, espera. ¿Adónde vas? —preguntó Jonah cuando la alcanzó por el jardín, acariciándole con el pulgar el moretón que comenzaba a formarse en su mejilla. La mandíbula le tembló y se le tensó al tocar la inflamación; Esther nunca lo había visto tan enojado.

—Acabas de decir que... que ya no puedes seguir con esto.

Jonah negó con la cabeza y luego le plantó un beso suave en la mejilla herida.

—No me refería a ti.

Esther se derrumbó entre sus brazos. ¿Qué se había hecho? ¿Cómo permitió que esto le pasara? ¿Cómo permitió que el chico que le robó en la parada del camión se convirtiera en la persona que podía hacer que se soltara así?

—Perdón por estar loca —sollozó—. Perdón por meterte en todo esto. Perdón por no poder arreglar tu mundo.

—Oye. No estás loca. Y no me metiste en nada. Esto lo empezamos juntos, y lo vamos a terminar juntos.

Caminaron entre la hierba crecida detrás de la casa, alejándose lo suficiente para no ver más luces que la media docena de lámparas solares de jardín que llevaban con ellos, robadas a un vecino. Jonah colocó las luces en un círculo, como el anillo de hadas del mito. Allá arriba, el cielo estaba cargado de magia, y Esther podía sentir que un peligro invisible la rondaba. Un peligro antiguo, de tiempos cuando la electricidad, los autos e internet aún no hacían que la gente se olvidara de lo que acecha entre las sombras. Los rodeaba como una masa giratoria, portadora de una amenaza desconocida. Eso le puso la piel de gallina. La obligó a respirar superficialmente por la boca. Hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas porque no lograba ni parpadear.

—Nunca voy a deshacerme de este miedo —dijo mientras Jonah enterraba la última lámpara en el suelo—. Fue una estupidez creer que podría romper la maldición.

—¿Por qué no te largas, enormísima perra? —gritó Jonah, y por un momento Esther creyó que le hablaba a ella, pero no; tenía una mano acunada junto a la boca y le gritaba a las sombras—. ¡Sí, tú, avinagrado gusano con ojos de cebolla! ¡Te hablo a ti, oh, carroña! ¡Piérdete!

—¿Le estás gritando insultos shakespearianos a la oscuridad?

—¿Tienes una mejor idea?

Esther miró hacia la penumbra.

—¡Vete a la mierda! —dijo sin ganas.

—Por favor, Solar, puedes hacerlo mejor. ¡Desgracia destructora de la obra de Dios! —exclamó Jonah—. ¡Podredumbre de las cloacas! ¡Chúpamela, asquerosa mugrientez malparida!

—¡Eso! —agregó Esther—. ¡Jódete, infeliz! ¡Maldita... eh... pila de dildos!

—¡Oh, repugnante bestia emergida de las pesadillas!

—¡Pendejaza!

—¡Tú, abismada bandida gangrenosa! ¡El poder de Cristo te lo ordena, zorra! ¡No tienes más lugar que los infiernos! —Jonah miró a Esther con una sonrisa torcida en sus labios hinchados—. ¿Mejor?

Esther sonrió.

—Mejor. —Inhaló profundamente y se preparó para hacer una pregunta difícil—. ¿Por qué te quedas? Cada que creo que ya te hartaste de mí... vuelves por más.

—¿En serio no lo sabes? —Jonah dio un paso atrás, y se frotó los ojos—. Porque... digamos que te amo, Esther.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? Porque... eres mucho más valiente de lo que crees. Mira, te mentí cuando dije que no me acordaba de cómo nos conocimos cuando éramos niños. Recuerdo que te molestaban. Recuerdo cómo rechinabas los dientes, elevabas la mandíbula y seguías haciendo tus cosas

mientras te atormentaban. La mayoría de los niños hubieran llorado, pero ¿tú? Tú tienes agallas, Solar. Siempre las has tenido.

—Sólo te agrado porque no me ves como soy realmente.

—Sí te veo.

—Entonces déjame ver mi retrato. Sólo para estar segura.

—Una pintura en un lienzo no hará ninguna diferencia si aún no lo entiendes. Sabía que esto sería difícil para ti, pero... pensé que sentías lo mismo.

—Eugene aparece y desaparece de la existencia, a veces por horas. Mi padre se está petrificando. A mi madre se la están comiendo las termitas. No estoy segura de que Hephzibah sea real o no. Tú eres la única persona en mi vida que sigue de una pieza, y no quiero... arruinarte.

Lo que Esther no dijo, lo que no agregó, fue que tampoco quería darle a Jonah el poder de arruinarla. El amor era una trampa, una trampa con melaza para que dos personas se quedaran pegadas. Era algo de lo que no se podía escapar, un peso que las personas se atan a las piernas antes de entrar al agua para luego preguntarse por qué se ahogaron. Esther lo había visto una y otra vez. Había visto lo que la gente llamaba amor, de lo que se tratan las películas románticas, y su poder la hacía morir de miedo.

Su abuelo amó a su mujer, y perderla lo enloqueció. Su madre amó a su esposo, y su desaparición se la fue comiendo desde adentro, la convirtió en madera acabada por las termitas.

Pese al claro e inminente peligro que representaba Jonah, Esther dejó que le acomodara un mechón de cabello detrás de la oreja. Lo dejó acercarse y plantar sus labios hinchados contra su boca. Ella se alejó un poco, intentando no lastimarlo, pero a Jonah no le importaba. La tomó por el cabello, acercándola, presionando más y más su boca contra la de ella. La besó como si partiera a la guerra y creyera que nunca más volvería a besar a nadie.

Luego se terminó y su frente se posó contra la de Esther.

—Por favor, demuéstreme que me equivoco —dijo ella en voz baja, besándole la mano.

—Te equivocas en tantas cosas que no sé por dónde empezar a demostrártelo. ¿En qué quieres que te demuestre que te equivocas?

—En lo de la Muerte, más que nada. Y en lo del amor.

—No te voy a demostrar que te equivocas respecto al amor, a no ser que ya te hayas enamorado de mí también.

En cuanto admites que amas a alguien, de inmediato tienes mucho que perder. Le das un pase gratis para lastimarte.

No hubo un momento específico, revelador, en el que se diera cuenta. Sin duda, Esther notó las cosas más importantes de Jonah: su bondad, su fuerza, la manera en que la protegía cuando no lo hacía nadie más. Pero eran las pequeñas cosas acumuladas a lo largo del tiempo las que hacían extraordinario a Jonah Smallwood. Su sonrisa al planear una travesura, cómo la veía con ojos muy abiertos y llenos de emoción cuando había enfrentado un miedo, la manera en que sus caderas se movían al bailar y cómo se echaba al suelo cuando algo le parecía genuina y ridículamente gracioso.

Miles de pequeños momentos hicieron que Esther se enamorara más y más de él sin siquiera darse cuenta. Miles de pedazos de su alma que habían salido volando para enterrarse en ella.

—¿Me traes ganas, Solar?

Esther no respondió.

—Maldita sea.

—Demuéstrame que me equivoco —susurró ella.

—Te equivocas tanto —dijo Jonah, y entonces le besó la frente, la punta de la nariz, los labios.

Esther supuso, mientras se abrazaban bajo el manto de estrellas, que así se sentía siempre al principio. Y aun así, ahí junto a él, la persona más maravillosa del universo, no podía dejar de pensar que el amor era una planta carnívora. Cubierta de dulce néctar, pero cuando percibes su aroma y te acercas, te come por completo.

Con todo y alma.

Eugene

Durmieron en el porche cerrado, acurrucados, cubiertos por una manta bajo la galaxia de estrellas pintadas. Esther despertó muy temprano con veintitrés llamadas perdidas, todas de su madre, y dos mensajes:

MAMÁ:

Lláname inmediatamente.

Se trata de Eugene, Esther. Se trata de Eugene.

El chico sombra

El Hospital General Mercy, el que remplazó a Peachwood, era un edificio enorme y laberíntico de cristal, acero y concreto. Aunque por fuera era moderno, en su interior resultaba un hospital de cualquier época: pasillos largos e iluminados sin calidez ni detalles reconfortantes, feos pisos industriales y el aroma ácido del cloro intentando (sin éxito) cubrir el hedor de la muerte.

Esther recorrió los pasillos con algo de pasto de la noche anterior aún enredado en el cabello. Su disfraz de Matilda Wormwood estaba sucio y desgarrado. Se veía exageradamente fuera de lugar en un ambiente tan estéril, como una chica feral recién salida de la jungla.

O quizá ahí, en el pabellón psiquiátrico, encajaba perfectamente bien. Quizá ese era su lugar.

Rosemary se lo explicó durante el trayecto en auto, después de recogerla al final de la calle de Jonah. Hubo un apagón en la calle, y Eugene desapareció en la súbita oscuridad. Lo que lo atrapó y lo arrastró al éter lo escupió más tarde, sudando, gritando y con olor a tierra mojada y putrefacción. Esther comprendió que ese olor era el de las tumbas.

Sólo le tomó un par de minutos tranquilizarse cuando volvió la luz. Rosemary le preparó un té y le acomodó una milenrama detrás de la oreja.

Él le dijo que estaba bien. Que le estaba resultando más sencillo, ahora que era mayor. Le dijo que fuera al casino si quería. Él estaría bien, solo.

Él le dijo que estaría bien.

Fue Peter quien lo encontró. Fue Peter quien, como su padre, tenía un sexto sentido para la muerte. Cuando aún participaba del mundo exterior, su percepción extrasensorial lo convertía en un excelente veterinario. Sabía, sin saber cómo, a cuáles animales tratar y cuáles ya estaban en manos de la Muerte. Cuáles ya estaban marcados y, por tanto, la medicina ya no podría ayudarlos en nada. Lo único que necesitaba era estar cerca de lo que agonizaba para escuchar ese silencio oscuro, vibrante, que era la sinfonía de la Muerte.

La misma sinfonía que escuchó cuando Eugene se enterró un bisturí de veterinario en cada muñeca en el baño sobre el sótano.

Eugene Solar tenía diecisiete años al morir.

—¿Vas a entrar? —preguntó Esther cuando Rosemary se detuvo en la puerta.

—Sabes que sólo querría que tú entraras.

Esther asintió. Ella haría lo mismo. De estar enferma, triste, muriendo o las tres, sería Eugene a quien llamaría.

Miró a su madre alejarse por el pasillo hacia la estación de enfermeras. Estaba delgada como una rama y la piel le colgaba en suaves pliegues sobre las mejillas.

En la habitación, Eugene estaba de espaldas sobre la cama, con los ojos abiertos pero sin vida.

Esther dio unos golpes en la pared, y Eugene abandonó su pose de cadáver y la miró.

Eugene Solar tenía diecisiete años al morir. También tenía diecisiete cuando los paramédicos lo arrancaron de las garras de la Parca contra su voluntad, dos veces.

—Hola, perdedora —la saludó con voz rasposa.

Peter lo llevó al hospital justo a tiempo. Apenas. Pese a los tres derrames y un miedo tan enorme y espantoso que lo había sepultado en el sótano durante seis años, su padre se arrastró, con medio cuerpo paralizado, escaleras arriba y llegó al baño justo a tiempo para salvar a su único hijo. «Treinta segundos más», dijeron los paramédicos. Treinta segundos más y no habrían podido revivir a Eugene.

—Al parecer eres pésimo para morirte —dijo Esther—. Al fin algo en lo que no eres bueno.

—Ah, no, ¿no te enteraste? Me morí *dos veces*. Soy bueno para morirme. Lo complicado es permanecer muerto. —Eugene miró al techo de nuevo—. Vaya, no pensé que algún día tendría esta conversación. Ahora todos pensarán que fue mi forma de pedir ayuda.

—Nuestros padres son una desgracia. Nunca están cuando los necesitas, pero justo cuando estás por matarte...

—Se aparecen y te lo echan todo a perder. Vaya cretinos.

—¿En serio papá salió del sótano?

—Sí. No me lo explico. No hice ruido. Me aseguré de no hacer ruido. No pedí ayuda ni nada, pero... aun así me encontró. No sé cómo. No recuerdo mucho, sólo lo vi entrar tambaleándose y luego se cayó encima de mí, para el caso. Hasta podría haber sido un sueño.

—Entonces un simple intento de suicidio fue siempre la respuesta.

—Y si tú desarrollas una leve adicción a las metanfetaminas o algo así, seguro recuperamos a nuestra familia.

Esther soltó una carcajada que rápidamente se convirtió en sollozos ahogados. No entendía cómo podía estar llorando si ya no había nada dentro de su cuerpo. Se sentó en la orilla del colchón y tomó una de las manos vendadas de su hermano entre las suyas.

—No me dejes —susurró—. No me dejes sola con ellos.

Esther quería hacer que su hermano entendiera que él era el sol. Que brillaba, que ardía, que iluminaba, y que sin su calor, sin su gravedad para orientarse, ella no sería nada. En ese momento deseó que tuvieran esa cosa telepática de los gemelos, poder transmitirle imágenes directo a la cabeza para que él las viera. Hacerle ver que él era todo.

Eugene se quedó en silencio por un rato.

—No me puedo quedar, Esther —dijo después, enredándose las puntas del cabello de su hermana en los dedos. Esther lloró con más fuerza, porque sabía que eso no quería decir: «No me puedo quedar en el hospital» o «No me puedo quedar en el pueblo». Eugene no podía quedarse en el planeta, no con tantos demonios y fantasmas acechando en la oscuridad, tantos sustos aguardándolo en espejos, pasillos oscuros y en las ramas desnudas de los árboles por la noche. El universo entero no era sitio para una criatura como Eugene; demasiada materia oscura, demasiado espacio entre las estrellas, demasiadas cosas desconocidas flotando en el abismo infinito.

—Va a mejorar —le aseguró ella entre las lágrimas—. Te prometo que va a mejorar. No tendrás miedo siempre.

—No seas cursi, Esther. No te queda bien. Ya no quiero vivir así.

Esther buscó desesperadamente una moneda de cambio, alguna razón para hacerlo quedarse.

—Sabes que si te mueres antes que ella, proyectará esa horrible presentación en tu funeral.

—Esa es genuinamente una de las razones por las que he aguantado tanto tiempo. Anoche la busqué, pero la mujer la tiene escondida como si fuera una reliquia familiar.

—¿Cómo es posible que quieras dejarme?

—Ay, Esther —dijo él mientras su hermana hundía la cara en su pecho—. No se trata de ti. Para nada. Nunca fue así. Puedes amar a alguien con toda tu alma, y aun así odiarte lo suficiente como para querer morir.

Pero ella no estaba dispuesta a aceptar su rendición.

No todavía.

Jamás.

—Tienes que pelear, Eugene. Cuando tengas ganas de hacerte daño, dime; dile a Heph, a mamá, a papá, a Jonah, a tus amigos. Te aseguro que al menos uno de nosotros dirá: «Ven acá, yo te sostengo». Y entonces lucharemos juntos contra los pensamientos oscuros. Si intentas hacerlo solo, las probabilidades de terminar emboscado por tu propia mente se disparan.

—A veces no hay una estrategia para todo.

—No. Cállate. No voy a llegar a un acuerdo con esa cosa dentro de ti que te hace odiarte tanto. No puedo hacerlo.

—La idea de terminar la preparatoria, graduarme e ir a la universidad... es agotadora. Me deja exhausto. Cuando pienso en el futuro, sólo siento vacío. Aunque las cosas mejoren, sé que esta sensación volverá en algún momento. Siempre vuelve.

—Dame tu teléfono —ordenó ella.

—No lo tengo. Está por ahí en una bolsa.

Esther encontró el teléfono en la bolsa que Rosemary le había empacado, buscó en Google y agregó a sus contactos el número de la línea de prevención del suicidio.

—Si en algún momento quieres hacerte daño de nuevo, aunque sientas que no puedes hablar con nadie que conozcas, marca este número.

—Lo dices como si fuera fácil.

—Claro que no es fácil. Estás librando una guerra contigo mismo. Cada vez que uno de los lados avanza, eres tú quien termina herido. Pero no se trata de ganar la guerra contra tus demonios. Se trata de lograr una tregua y aprender a vivir con ellos en paz. Prométeme que no dejarás de luchar.

—¿Por qué debería? Tú no lo haces.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no luchas. Crees que eres muy valiente, pero tú tampoco enfrentas a tus demonios.

—Estoy *intentándolo*. Llevo meses *intentándolo*.

—Claro que no. Cada semana vas y haces una estupidez que ni siquiera te da miedo realmente. Tu corazón se acelera por un rato, pero no es miedo real.

—Nos estamos acercando, Eugene. Puedo sentirlo. Ya casi lo alcanzamos. O llamamos su atención. Puedo arreglarlo.

—La Parca no es real, Esther. La maldición no es real. Jack Horowitz es sólo un tipo cualquiera. Abue no se va a ahogar. Creo que eso ya es claro. Es un cuento que solía contarnos cuando éramos niños, lo cual, debo decir, es bastante jodido. Ya estuve cerca del más allá y no vi

nada ni a nadie.

—Entonces, ¿por qué nos pasa todo esto?

—Porque tu vida no necesita estar maldita para ser asquerosa. Mira, Abue me lo dijo, ¿de acuerdo? Antes de que se fuera a Lilac Hill le pregunté si la maldición era real, si realmente había conocido a la Muerte, y sólo se rio. Dijo que ya debería saber que era un cuento de hadas.

Esther miró a Eugene, esperando que titubeara, pero no lo hizo.

—Pero... no tiene sentido. Él... él nos dijo por años que la maldición es real.

—Es una *historia*, Esther. Un cuento.

—¿Y el tío Harold? ¿Y el primo Martin y las abejas? ¿Y el perro de Abue? ¿Y tú?

—Tú eres la única que lo cree. Sólo es real para ti. Sólo tú la mantienes viva.

Esther abrió la boca para contradecir a Eugene, pero su hermano estaba tan cansado o tan medicado que los ojos se le cerraron y colgó la cabeza.

—Hazte para allá —ordenó, y él se recorrió lo más que pudo para que ella se acomodara en la estrecha cama junto a él, acurrucándose con cuidado entre sus brazos heridos y sobre su pecho.

—Eugene —susurró con el rostro pegado a su bata de hospital, debajo de la cual las costillas de su hermano subían y bajaban, inhalando y exhalando contra su voluntad—, no puedes dejarme.

Eugene no dijo nada y sólo puso una de sus manos vendadas en su mejilla. Se quedaron ahí como en los nueve meses que pasaron en el útero, con brazos y piernas entrelazados, hasta que Esther sintió que la respiración sobresaltada de su hermano se hacía lenta en la cadencia del sueño. Las líneas de expresión en su frente se relajaron, y los tensos músculos de sus hombros se derretieron sobre las sábanas.

¿Cómo podía la muerte no ser atractiva si lo único que lo reconfortaba en la vida era estar inconsciente?

Traición

Esa mañana Jonah fue al hospital en cuanto Esther lo llamó. Desayunaron juntos en la triste cafetería, y esperaron a que Eugene volviera al mundo de la vigilia del que tan desesperadamente quería escapar.

—¿Crees que los hospitales son tan horribles a propósito? —preguntó Esther. La cafetería tenía paredes color limón, suelos anaranjados y todos los muebles parecían sacados de una vieja oficina. Una chica, de unos trece o catorce años, con un brazo enyesado, miró raro a Esther mientras esperaba en la fila de la comida junto a Jonah.

—Espero que no le sirvan esto a Eugene, o querrá matarse otra vez —dijo Jonah de camino a la mesa con sus bandejas de huevos insípidos y «pan tostado».

Esther dio un bocado, pero una sensación extraña le dificultó masticar y tragar. Levantó la vista. La chica del yeso seguía observándola. Esther miró su disfraz de Matilda Wormwood; ni de cerca lo más extraño que tenía.

—Esa niña no me quita la vista de encima —comentó Esther—. Me está incomodando.

—Claramente me está viendo a mí —señaló Jonah—. ¿Sabes? La comida no está tan mal. Come un poco más.

—Me acaba de mirar *otra vez*.

—Deja de ver hacia allá y ella dejará de ver hacia acá.

—Jonah, es en serio. Me está mirando.

—Probablemente es porque vas disfrazada a todos lados. Estás paranoica.

—No estoy paranoica.

—Cómete tu huevo, mujer.

—No tengo hambre.

—¿Y eso?

Algo dentro de Esther se quebró. Los ojos se le llenaron de lágrimas, la garganta se le cerró, y de pronto ya estaba llorando.

—Porque mi familia se está desintegrando a mi alrededor, y... y... y es mi culpa. Debí... luchar más para sacar a mi papá del sótano. Debí luchar más para romper la maldición antes de que intentara matar a Eugene.

—Oye, oye, oye, no hay forma de que esto sea tu... —comenzó a decir Jonah, pero la chica que los había estado observando ahora estaba parada detrás de él.

—¿Esther Solar? —preguntó. Esther se limpió las lágrimas y la miró, frunciendo el ceño—. ¡No es posible! ¡Eres tú! ¡Soy tu fan! Perdón, no quiero interrumpirlos, pero... ¿me puedo tomar una foto contigo?

—¿Qué? —dijo Esther.

—¿Me puedo sacar una *selfie* contigo?

—¿Por qué?

—Veo tu canal de YouTube.

—¿Mi... YouTube? No entiendo.

—«La lista casi definitiva de mis peores pesadillas» —explicó la chica pasando la mirada de Esther a Jonah, considerando si no eran quienes pensaba—. Donde ustedes van cada semana a enfrentar un nuevo miedo. El de los gansos fue mi favorito. Uno me mordió cuando era niña, y nunca...

Esther volteó a ver a Jonah.

—Esther —dijo Jonah en voz baja y con tono suplicante, pero ella ya se había levantado de la mesa, lanzando al aire su brillante bandeja naranja en el proceso. Jonah la alcanzó en la entrada de la cafetería.

—Están en internet —acusó ella con voz jadeante. No estaba segura de si le costaba trabajo respirar por el pánico, por haber corrido, por la pura rabia o las tres—. Pusiste los videos en internet.

—Se suponía que sería una sorpresa para el 50/50.

—¡Me hiciste quedar como una idiota!

—¿Como idiota? Ni siquiera los has visto. Ni siquiera has visto lo mucho que te quiere la gente.

—¡No me toques! —soltó cuando él intentó poner una mano en su brazo—. ¡Me mentiste! Me prometiste que nunca nadie los vería. Me lo prometiste. Lo prometiste.

Jonah retrocedió un paso.

—Sí, bueno, te mentí. ¿Quieres saber por qué? Porque ¿qué íbamos a hacer cuando llegáramos al número uno? No tienes miedo de las langostas, las serpientes, la sangre o las alturas. Esas son tonterías. Desde el día en que te conocí supe qué es lo que te aterra. Supe qué es eso que no puedes ni escribir por cobarde.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es, doctor Phil? Por favor, ¡psicoanalízame con tus muchos años de experiencia!

—¿Es broma? ¿En serio no sabes? Tienes que saberlo.

—Jódete. No sabes nada sobre mí.

—Puedo verte, Esther. Lo dije en serio. Crees que tu miedo te hace interesante y especial, pero no es así. Crees que eres única, o algo, porque andas por ahí con una lista de todo lo que no puedes hacer, pero no lo eres. Todos le tienen miedo a lo mismo. Todos enfrentan las mismas batallas a diario.

—No sabes cómo es vivir con una familia maldita.

—Por Dios. *Tu familia no está maldita*. Eugene lleva meses y meses intentando decirte que está enfermo, pero tú no quieres verlo. No pones atención. Quieres una solución simple para un problema complejo. Pues fíjate que *no la hay*. Las personas tienen depresión, desarrollan adicciones al juego, les dan derrames, mueren en accidentes automovilísticos y son golpeadas por quienes deberían amarlas, y no es porque la Muerte les haya echado una maldición. Simplemente así pasa.

—Esto no se trata de ti y de lo jodido de tu vida.

—Carajo, Esther —dijo él, y pateó un bote de basura.

Y entonces Esther dijo lo que sabía que lo lastimaría como nada.

—Veo que ya se te pegó lo de tu papá.

Jonah inhaló profundamente y se controló. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz baja y tranquila.

—No valoras a tu familia porque no te aman como tú quieres, pero eso no significa que no te amen tanto como pueden. Que la gente no sea perfecta no significa que sea insuficiente.

—Prometiste demostrarme que me equivoco.

—¿Crees que esto significa que no te amo?

—No. Sé que me amas. Esto sólo me demuestra que el amor es lo que siempre he creído. El poder para herir.

—Puedo *verte*, Esther —suplicó Jonah—. Puedo *verte*.

Todas esas veces que su madre debió dejar a Peter pero no lo hizo, no fue lo suficientemente fuerte, le tuvo demasiado miedo a lo desconocido. Pero Esther ya tenía práctica. Meses y meses de práctica para ser valiente. Y en ese momento volvió a serlo. No hubo lágrimas. Simplemente negó con la cabeza y se fue.

El gran robo de orquídeas

Esther y Rosemary se pasaron toda la mañana en el hospital, entrando y saliendo de la habitación de Eugene conforme los doctores y enfermeras iban y venían y les decían una y otra vez lo afortunado que era, lo cerca que estuvo. A Esther nunca antes le había dolido tanto el corazón; nunca antes había sido consciente de que la traición y el dolor podían calar tanto como algo físico. Cuando pensaba en Eugene y lo que había hecho, no podía respirar. Cuando pensaba en su padre y que lo tuvieron que llevar al hospital junto con su hijo, porque estaba demasiado débil para moverse, los ojos le ardían. Cuando pensaba en Jonah y lo que había hecho, le daban ganas de vomitar.

La gente la había visto. Desconocidos en internet la habían *visto* en algunos de sus momentos más íntimos y vulnerables: mojada, sollozando, hiperventilando y temblando, débil y acobardada. Le costó tanto abrirle la puerta a Jonah, y él, como si nada, *dejó* que todos la vieran. Jonah se las entregó sin problema y contra los deseos de Esther. Y eso, pensó, era imperdonable.

Sobre todo, se odiaba a sí misma por preocuparse por algo tan estúpido y trivial cuando su hermano, su gemelo, su propia sangre, tenía la suerte de seguir vivo.

Esther descansó la cabeza sobre el hombro de su madre. Rosemary se veía, olía y sonaba completamente fuera de lugar en los pasillos deslucidos del hospital. Ese día iba envuelta en varias capas de seda de colores, con los dedos llenos de anillos y su ropa tintineaba por todas esas moneditas doradas que llevaba cosidas en los dobladillos y mangas y dentro de cada bolsillo. Su cabello castaño estaba recogido en lo alto de su cabeza con varias milenramas entrelazadas, y tenía los ojos inyectados de sangre. Esther pensó que se veía como una pitonisa enloquecida que bajó de su torre para anunciar una premonición terrible.

—Ah, se me olvidó contarte. Fred murió —dijo Rosemary solemnemente mientras contemplaba una ramita de té que flotaba en su taza. Esther sabía lo que esa señal en la bebida supuestamente significaba, porque su madre se lo había dicho muchas veces: un extraño viene en camino.

—¿Qué? ¿Cómo pasó?

—No sé. Lo único que quedó de él fue una mancha de hollín en la cocina. Ya sabes que los aitvaras se vuelven chispas al morir.

—Crees que el pollo ardió espontáneamente —dijo Esther despacio.

—Fred era un gallo, no un pollo. Bueno, técnicamente un gallo duende. Y sí.

—¿Viste cuando eso pasó?

—No, pero creo que se sacrificó para salvar a Eugene.

—Okey.

Esther se levantó. Rosemary sacó la ramita de té y la puso en el dorso de su mano izquierda para luego golpearla con la derecha. Tras un solo golpe, la ramita se despegó de su piel y cayó al suelo.

—Un extraño llegará en un día más —dijo—. Un hombre. De baja estatura.

La llamada de Lilac Hill llegó por la tarde. Rosemary sacó a Esther de la habitación de Eugene y le dijo, mientras sacaban latas de refresco y paquetes de papas fritas de la máquina expendedora, que le quedaba poco tiempo a Reginald. Que muy pronto se iría.

—La enfermera dijo que deben despedirse —señaló Rosemary—. Hoy, no hasta la noche. Ahora mismo. Lo más pronto posible.

Esther se apretó los ojos escocidos con el pulgar y el índice. Qué tino.

—Tenemos que decírselo a Eugene.

—Pero claro que no. No puede ir a verlo. Contarle solamente lo alterará.

—Nunca nos perdonará si no le damos la oportunidad de despedirse.

—Y yo nunca me perdonaré si no le doy la oportunidad de recuperarse. Sabes que tengo razón, Esther. Ni luches. Ya se han despedido muchas veces de tu abuelo.

—Eugene lo quiere muchísimo.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Tú deberías ir, ahora que está dormido.

—¿Irás más tarde?

—Reg es un buen hombre, pero yo también me despedí de él hace mucho. Eugene me necesita más que él.

Lo que Esther quería decir: «Todos llevamos años viviendo sin ti. ¿Qué te hace pensar que tenerte aquí ahora lo compensa?». Pero no dijo nada, aunque su expresión debió delatar algo de sus sentimientos, porque Rosemary se acercó a ella y la envolvió en un abrazo. Por un momento, Esther sintió un chispazo de aquello que las unía, la magia que alguna vez brilló con tanta fuerza entre ellas. Tenía tantas ganas de fundirse en los brazos de su madre y sentir que el mundo estaba bien de nuevo.

—Sé que no he cumplido con la mayoría de tus expectativas —susurró Rosemary—. Sé que crees que podría ser mejor en muchos sentidos, y quizá si pudieras elegir nuevas partes para mí, sería mejor mamá.

Las palabras le dolieron, especialmente porque eran ciertas, y Esther sintió que la chispa se apagaba hasta desaparecer.

—Mamá, por favor. —Con un suspiro se soltó y recargó la cabeza contra la máquina expendedora—. No quiero que pienses eso.

—Está bien, cariño. A veces sé que no soy suficiente. Tú y Eugene se encargan de que lo sepa. Pero en verdad los amo. Más que a nada.

Esther abrió los ojos. ¿El amor es suficiente? Si una persona no puede ofrecerte más que promesas rotas y decepciones, ¿el amor es suficiente para compensarlo? Pensó en Jonah y lo que le hizo, cómo ella le mostró los rincones más vulnerables de su alma y él tomó esos secretos para vendérselos por mayoreo a las masas.

Tomó la mano de su madre, Rosemary se la llevó a la mejilla y le plantó un beso en la muñeca.

—Mi niña hermosa.

—Debo irme —dijo Esther, y se fue.

Esther tomó el auto de su mamá para ir a Lilac Hill. El miedo que alguna vez la llenó al pensar en la gente mirándola mientras se le apagaba el vehículo, de algún modo empezó a borrarse tras el encuentro cercano de Eugene con la Muerte. Manejaba lenta y cuidadosamente, pero ya casi no sentía el terror de antes.

Estas son las cosas en las que pensaba en vez de en el miedo:

- El hecho de que su abuelo estaba ya muy cerca de la muerte, y hora tras hora parecía menos y menos probable que se ahogara. La realidad inminente de que la predicción de la Parca estuviera ciertamente equivocada le daba esperanzas a Esther, pero al mismo tiempo la entristecía.
- Lo mucho que Reginald amó las orquídeas, a Johnny Cash, las aves y a su esposa, que no tendría nada de eso a su lado para reconfortarlo al dejar este mundo, y lo injusto que era aquello.

Así que, en vez de ir directo al lecho de muerte de su abuelo, Esther primero se desvió ligeramente y detuvo el auto a dos casas de la que durante muchos años perteneció a Florence y Reginald Solar. La casa seguía tan pintoresca y cuidada como el día en que los Solar se mudaron al regresar Reg de la guerra. Las ventanas seguían siendo de un blanco brillante, el ondulante sendero en el jardín seguía flanqueado por fanegas con flores, y la bandera de Estados Unidos seguía ondeando en uno de los pilotes del pequeño porche.

Antes de bajar, Esther pensó en la cuarta vez que Reginald se encontró con la Muerte, una reunión que tuvo lugar en esa misma casa que ahora contemplaba en la oscuridad del anochecer.

Fue en el invernadero, durante la tarde previa a la muerte de su abuela. Reg sólo le contó la historia una vez, el día después de la muerte de Florence. Esther y Eugene tenían once años. Jack Horowitz, menudo, pálido, cacarizo y ni un día más viejo que cuando Reg lo conoció en Vietnam cuarenta años atrás, lo llamó con unos golpecitos en la pared del invernadero y lo saludó amablemente desde el otro lado del cristal.

Reginald se quitó los guantes de jardinería y le abrió la puerta a la Muerte.

—Vine a darle unas noticias que no le van a gustar —anunció Horowitz.

—Moriré pronto.

—No. Morirá dentro de algunos años, por la demencia. Planeará matarse tras recibir el diagnóstico, pero la enfermedad será increíblemente rápida. No tendrá tiempo.

—Ya veremos.

Horowitz se encogió de hombros.

—Lleva décadas preguntándose cómo morirá realmente, y ahora que se lo digo no le importa.

—Si me diagnostican demencia, puede apostar a que me llevaré una pistola a la boca antes de empezar a olvidarme del rostro de mis nietos. Y aun así no me acercaré al agua. ¿A qué vino?

—Mañana muy temprano, a las 4:02 a. m. para ser exacto, alguien a quien usted ama profundamente morirá por un aneurisma cerebral catastrófico.

—Si toca a cualquier miembro de mi familia, Horowitz...

—Le estoy haciendo un favor que muchos darían lo que fuera por recibir.

—¿Ah, sí? ¿Y qué jodido favor es ese?

—Le estoy dando la oportunidad de despedirse. —Fue en ese punto que Horowitz tomó un bulbo cerrado y este no se marchitó ante aquel contacto, como se esperaría de la Muerte—. Esta noche invitará a su familia para cenar. Preparará un gran banquete. Cordero asado con ajo y romero, lo mismo que cocinó para su esposa el día en que la trajo a casa.

—¿Cómo diablos sabe...?

—Más tarde, cuando sus hijos y sus nietos se hayan ido, lavará los trastes, le servirá una copa de vino tinto a su esposa y bailarán al ritmo de «Moonlight Serenade», como lo hicieron en su boda. Antes de irse a dormir, pondrá unas orquídeas recién cortadas en el buró de ella, como lo ha hecho cada semana desde que murieron esas niñas, y le dará un beso de buenas noches. Es una buena muerte, Reginald. Mejor que la que tendrá usted.

—¿Y si la llevo al hospital ahora mismo?

—De cualquier modo ocurrirá el aneurisma. Florence Solar caerá en coma y morirá la noche del viernes. Si la lleva al hospital, le dará cinco días más, pero no serán días buenos. Aproveche esta noche, amigo mío. Es mi regalo.

—Ojalá nunca lo hubiera conocido, Horowitz.

Horowitz soltó una risilla.

—Créame, es el sentimiento de muchos. ¿Por qué orquídeas?

—¿Qué?

—La tarde en que comenzó a investigar el asesinato de las hermanas Bowen, trajo a casa docenas de orquídeas. Nunca he podido descifrar por qué.

—Por usted, maldito bastardo.

—¿Por mí?

—Si corta un pedazo de orquídea y lo siembra en otra maceta, crece una planta entera de ese trozo cercenado. Son como hidras. Las orquídeas son inmunes a la muerte; por eso la Parca anterior a usted las usaba como tarjeta de presentación. Les tenía miedo y usted también debería tenerse. No puede llevárselas con sus cochinas manos de esqueleto.

—O sea que si planto este brote, ¿crecerá de él una nueva flor? Inmortalidad. Como la de esas miserables medusas que me atormentan.

—¿Puedes hacer que algo germine? Si planta una semilla, ¿crecerá, o se encogerá bajo su sombra, con miedo de florecer? ¿Para qué molestarse en plantar algo, sabiendo que al final usted tendrá que llevárselo?

—¿Para qué se molesta usted en vivir si sabe que tendrá que morir? —Horowitz acarició el bulbo, y este floreció bajo su mano. Se acomodó la flor en el ojal—. Nunca he cultivado nada, pero quizá comenzaré a hacerlo.

—Váyase, Horowitz.

—Ese es el error que comete la mayoría de la gente. Se piensa que la Muerte no siente amor por nada. —Horowitz sonrió. Y entonces, con los mismos dieciocho años y la cara cubierta de cicatrices de acné, la Muerte le hizo un gesto cortés con su sombrero y se dio vuelta para irse, con una orquídea brillante y llena de vida sobre su pecho—. Adiós, Reg. Nos encontraremos un par de veces más. Una al final, claro.

—¿Y la otra?

—Lo visitaré en su asilo. Perderá conmigo en el ajedrez.

—Típico. No puede dejar ganar ni a un moribundo.

—Debió morir en Vietnam, ¿sabe? —dijo Horowitz desde la puerta—. Al día siguiente de habernos conocido. La bala que le atravesó el pecho debió haber detenido su corazón.

—Pero... usted dijo... que me iba a ahogar.

—Conocer el destino es cambiarlo. Si le hubiera dicho la verdad, no le habrían disparado.

—Pero sí me dispararon. Y no morí.

—¿Ya se le olvidó? Yo estaba muy ocupado al fondo de un río.

—Lo enviaron por mí.

—Usted sería mi primero. Luego, el día de mi boda en 1982, usted y su linda esposa debían tener un choque fatal contra una camioneta, pero... no pude hacerlo. La tarde en que encontré los cadáveres de las hermanas Bowen, debió aplastarlo una pared de ladrillos. Uno de esos accidentes extraños. Y eso habría pasado si yo no hubiera hecho una denuncia anónima sobre alguien que tiró basura en Little Creek. Cada que nos hemos encontrado, Reginald Solar, yo estaba ahí para llevarme su alma inmortal.

De pronto, Reg se sintió nervioso y echó un vistazo con el rabillo del ojo a las cizallas de jardinero. Si se las enterraba en el pecho a la Muerte, ¿la Muerte moriría?

—¿Y *ahora*? —preguntó lentamente.

—Relájese. Sólo vine por cortesía. Para darle el tiempo con su esposa que yo no tuve con la mía. La Muerte no es cruel, pero sí insistente. Eso lo aprendí en carne propia. Quisiera que no fuera cierto, pero lo es.

—Usted me salvó tres veces, pero no salvó a ninguno de ellos. —Reg señaló a los niños fantasmas que aun en ese momento lo seguían a todas partes.

—Ese es el otro error que comete la gente. Creer que la Muerte no lamenta nada. —Horowitz se mordió el labio inferior, pensando—. Tengo un segundo regalo para usted. Algo que he guardado desde la muerte de las niñas Bowen. Nunca supe de cierto si se lo daría o no, pero... —La Muerte sacó un sobre de su abrigo y se lo entregó a Reginald—. Imagino que usted es lo más cercano a un amigo que llegaré a tener.

Reginald lo abrió.

—¿Una jodida tarjeta de condolencias? —dijo, con la voz ahogada entre la rabia y el dolor—. Lárguese de mi casa.

—Hágase un favor. No escuche las noticias esta noche.

Cuando la Muerte se fue, Reg se guardó la tarjetita blanca en la chaqueta sin leerla y fue a la planta alta de su casa para encontrar a su esposa encogida en la cama, tomando una siesta. Se sentó junto a ella y le acarició el cabello, y luego cambió las orquídeas de su buró por unas nuevas, recién cortadas. Pensó en decirle: «Vas a morir mañana. Dime algo que siempre hayas querido hacer, pero no has podido».

—¿Qué te parece si invitamos a los chicos a cenar? Tengo ganas de hacer asado. Algo con romero y ajo del jardín —fue lo que dijo.

Más tarde, la abuela de Esther encendió la televisión para ver el noticiero de las 6:00 p. m. mientras machacaba hierbas y se bebía una copa de su vino tinto favorito.

Habían encontrado a la niña que llevaba tres días desaparecida.

Esther cerró la puerta del coche en silencio y se metió al patio, intentando no parecer sospechosa y pasar desapercibida, lo cual era difícil y por lo general provocaba que la persona que lo intentaba se viera muy sospechosa y no pasara para nada desapercibida.

El invernadero estaba a la izquierda de la casa, detrás de un seto y una cerca. Esther se coló por ahí. Hacía años que no visitaba ese lugar. El patio era mucho más pequeño de lo que recordaba. Habían quitado el aviario de Reg, donde tenía palomas, pinzones, periquitos y a veces codornices, y lo remplazaron con pasto. También excavaron el huerto de los vegetales, donde alguna vez cultivaron semiexitosamente tomates y con mucho menos éxito lechugas, para convertirlo en un jardincillo cualquiera. Los limoneros donde solía jugar quemados con Eugene parecían mucho más cercanos uno del otro que cuando era niña. El patio solía tener el tamaño de un reino, con montañas, ríos, troles y, si las cosas se hubieran hecho como Esther quería, un pequeño búnker subterráneo en el que ella pensaba vivir. Ahora tan sólo tenía el tamaño de un patio.

Las ventanas de la cocina seguían cubiertas por el vitral de mariposas que ella y Eugene hicieron con su abuela cuando eran pequeños. A Reg lo desconcertaba volver a casa y encontrarse con todas las copas y ventanas cubiertas de vitrales, y todos los pedazos de madera sobrantes del patio con paisajes pintados. Eso era lo que más extrañaba de Florence cuando se fue.

La puerta principal del invernadero no tenía candado, naturalmente, porque ¿cada cuánto alguien se robaría unas flores? Ya no quedaban muchas orquídeas. El nuevo dueño quiso conservar algunas, pero mantener cientos de plantas no era viable, y la mayoría habían terminado despedazadas en basureros orgánicos. Pero aún quedaban unas doce. Esther tomó tantas como pudo, pues su plan era hacer sólo un viaje, y sin embargo luego volvió por más y por otras más. Las flores primero, acomodándolas maceta tras maceta en una carretilla y llevándolas en silencio por una puerta hacia la calle; las acomodó en la cajuela y el asiento trasero del coche, e incluso ató algunas al techo. Los pedazos después, la parte inmortal, los botones inmunes a la muerte; esos los metió en su mochila y bolsillos y los fue regando como confeti por jardines y aceras en su camino de noche a Lilac Hill.

El asilo estaba tranquilo entre la tenue luz. Esther no escuchaba más que el viento entre los árboles y, de vez en cuando, las voces de algunos fantasmas. Se estacionó cerca del edificio y metió las plantas por la ventana de Reg para luego acomodarlas por su habitación, trabajando rápidamente por miedo a que su abuelo despertara y se asustara, o un doctor la encontrara y se asustara. Pero la única persona que entró fue una enfermera; vio las flores con mala cara, pero no dijo nada.

Cuando todas las orquídeas (salvo una, que seguía en el auto) estuvieron en la habitación, Esther se maravilló por su Edén improvisado. Todo estaba cubierto de morado. En ese pequeño cuarto las orquídeas parecían estar a sus anchas, casi como si la presencia de Reg las alimentara de una energía invisible.

«¿Siempre fueron tantas?», se preguntó mirando alrededor. Parecía como si las plantas se hubieran multiplicado desde que las sacó del invernadero, como si hubieran crecido por las paredes y el techo. Era un bodegón vanitas: el blanco en la cama de Reg, la forma en que su piel se estiraba sobre los huesos de su cara, sus pocas pertenencias (una Biblia, un reloj, sus lentes para leer, una pipa, el anillo de bodas de la abuela) junto a la cama. Y por todas partes, las flores que le llevó ella, cubriendo con su aroma el olor amargo de la muerte que emanaba su piel.

Esther se acercó para plantar un último beso sobre la frente de su abuelo.

—Te quiero —le susurró al oído, y los labios del anciano temblaron como si intentara formar palabras, pero lo poco que quedaba de él no bastaba para decirle que él también la quería. Esther sacó su teléfono y buscó la presentación fúnebre de emergencia que Rosemary había estado haciendo desde el diagnóstico de Reg; era su obra maestra. Parecía un desperdicio guardarla para su funeral, cuando él ya no la vería ni la escucharía, así que ella se acomodó en la cama junto a su abuelo como solía hacer en su infancia, subió el volumen y pulsó *play*.

Con Johnny Cash de fondo, la vida de Reg pasó frente a los ojos de Esther. Un bebé regordete y sonriente en blanco y negro. Un niño con calcetas largas empujando un carretón de madera. Un adolescente delgado saltando al océano desde un risco. Una fotografía de boda de él y una joven Florence Solar, quien apenas tenía diecinueve años en ese momento y parecía una *hippie* con su vestido de novia setentero. Una serie de imágenes de él durante la guerra, sonriendo entre sus compañeros de pelotón. Reg con su uniforme de policía junto a su Toyota Cressida. Con cada uno de sus hijos varones recién nacidos. Un recorte de periódico de cuando recibió un reconocimiento por su valor al enfrentar a un hombre armado. Con su hija recién nacida. Fotografías de él con sus tres hijos conforme crecían. Una imagen de él haciendo jardinería. De vacaciones. Comiendo. Cocinando. Riéndose. Bailando con su amada esposa. En las bodas de sus hijos. Con sus nietos gemelos en sus brazos. Luego muchas, muchas fotografías de él con sus nietos. Siendo maquillado y peinado por la pequeña Esther, con el pequeño Eugene tomado de su mano para cruzar la calle, con todos los primos encima, leyéndoles a los mellizos, con un vaso de leche en la mano.

Y luego la enfermedad. La piel enrojecida e inflamada. El cabello ralo. Los ojos llorosos. Las mejillas hundidas. Fotografías en Lilac Hill. Fotografías en la silla de ruedas. Fotografías de algo que se le parecía remotamente, pero ya no era él.

La presentación terminaba con «My Way», de Frank Sinatra, lo cual era un cliché, pero también adecuado. La última fotografía, perfectamente sincronizada con el crescendo de la canción, era un *acercamiento* de perfil de Reg en el invernadero, rodeado por sus orquídeas, sin notar la presencia del fotógrafo (probablemente Florence Solar). En ella estaba inclinado para estudiar de cerca el capullo de una flor.

Reginald Solar se fue treinta y seis segundos después de que terminó la presentación, con una pequeña sonrisa en el rostro y una brillante orquídea en flor en la mano.

Esther esperó en la habitación a que el personal médico declarara muerto a Reginald, aunque ya sabía que se había ido. Parada junto a la ventana, vio a un hombre cruzar el estacionamiento, un tipo bajito con abrigo y sombrero oscuros y un bastón entre sus manos enguantadas. No estaba muy segura de qué vio en él que la impulsó a salir por la ventana y correr al coche para seguirlo. El hombre ya estaba en la calle cuando ella apenas iba encendiendo el auto, pero no le importó: tenía la sensación de que sabía adónde se dirigía.

Diez minutos después, el hombre del abrigo detuvo su auto frente a una casa pintoresca con ventanas blancas, un sendero ondulante en el jardín y una bandera de Estados Unidos ondeando al viento. La casa construida por Reginald y Florence Solar. La casa que Esther acababa de robar apenas una hora antes.

El hombre bajó de su vehículo y ella lo siguió.

—¡Disculpe! —dijo Esther, pero él no la escuchó, y si lo hizo no se detuvo—. ¡Espere!

Lo alcanzó en la puerta, donde él ya tenía listas las llaves y estaba a punto de entrar. Antes de hacerlo, se dio vuelta y ella lo vio claramente por primera vez.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó. Era joven, no mucho mayor que ella, y hablaba con acento sureño. Sobre la cabeza llevaba un sombrero negro, como los que usaban los gánsters en los años veinte, y tenía la cara llena de marcas de acné. Aunque lo estaba viendo de frente, Esther no lograba saber de qué color eran sus ojos ni su cabello.

Y ahí, en el ojal de su chaqueta, tenía una brillante orquídea morada.

—Estaba en Lilac Hill —dijo ella—. Usted conoció a Reginald Solar. Conoció a mi abuelo.

—Me temo que no. Para nada.

—No me obligue a preguntar.

—¿A preguntar qué?

—¿Usted es él?

—¿Soy quién?

Esther no quería parecer demasiado loca si estaba equivocada, así que sólo dijo:

—Horowitz. ¿Usted es Horowitz?

El hombre sonrió.

—Te ofrezco disculpas por mi presencia en Lilac Hill. Simplemente compré la casa de Reg cuando se mudó.

—¿Usted *vive* aquí?

—Sí. La compré como una inversión, pero cuando entré por primera vez, bueno... me enamoré.

—Entonces... ¿por qué estaba en el asilo?

—Una compañía de almacenaje me contactó hace algunos meses. No lograban encontrar a la familia del señor Solar y tenían esta dirección como su contacto de respaldo. Recogí las cosas de su bodega para que no las vendieran, destruyeran o terminaran en ese programa de *¿Quién da más?*, aunque me encanta. Por fin logré localizar a Reginald, y justo hoy fui a dejar un mensaje en Lilac Hill con la esperanza de que le avisaran a su familia. No sabía si los contactaría, pero aquí estás. Puedes pasar y ver las cosas, si gustas.

—¿Cómo es posible que no sea él?

—¿Quién, exactamente, crees que soy?

—Pues... ¿la Muerte?

El hombre la miró, confundido.

—Tu abuelo debió ser muy bueno para contar historias si logró hacerte creer que conoció a la Muerte. Pasa.

Esther pensó que esa era una respuesta muy rara, pero aun así entró. La casa estaba extrañamente decorada, como cuando su abuela June se mudó a los setenta y ocho años a un departamento moderno y recién construido, pero conservó todo lo que Esther llamaba sus «cosas de viejos». Era como si todos los viejos tuvieran las mismas cosas: un armario lleno de platos y copas en los que nadie tiene permitido comer o beber, un horrendo sillón floreado, una mecedora, un especiero, pesados muebles de madera, docenas de objetos coleccionados a lo largo de décadas (ahora exhibidos orgullosamente en toda superficie disponible dentro de la casa), y

fotografías descoloridas en marcos de distintos estilos por todas las paredes.

Junto a la puerta principal estaban dos maletas (de las antiguas, de cuero café; *más* cosas de viejos).

—¿Se va a algún lado? —preguntó Esther, pero el hombre la ignoró.

—¿Leche? —dijo él desde la cocina.

—No, gracias. Usted, eh, no ha respondido mi pregunta.

El hombre se asomó por la puerta de la cocina.

—¿La de si voy a algún lado o la de si soy la Muerte encarnada?

—La segunda, mejor.

—Si fuera la Muerte y tu abuelo me hubiera conocido, ¿no te reconfortaría saber que se fue con un amigo? —Esther no respondió y el hombre le ofreció una sonrisa—. Las cajas están por acá.

Todas las cosas de la bodega de Reginald Solar estaban ahora en la habitación que Florence Solar usaba para coser. El concentrado de toda una vida. Esther revisó por encima algunas de las cajas, intentando decidir qué llevarse en ese momento y qué dejar para después. Al final, lo único que sacó fue un retrato de Reginald con su uniforme de policía en algún momento a fines de los setenta, cuando era joven y guapo y aún no lo atormentaban los fantasmas.

En su camino hacia la salida, se encontró al Hombre Que Podría Ser La Muerte sentado en la sala y bebiendo su leche.

Había tantas cosas que quería pedirle que arreglara. Que liberara a su padre del sótano. Que dejara en paz a su hermano. Que le diera voz a Hephzibah. Que dejara que su madre ganara en grande una sola vez y luego la liberara de su obsesión. Que retirara la maldición. Que retirara la maldición. Que retirara la maldición.

Cuando estaba por abrir la boca para soltarle todas esas peticiones, Esther se dio cuenta de que:

- Reginald Solar vivió con miedo, pero el miedo no lo mató.
- Por tanto, era muy posible que la maldición, como Eugene alegaba, fuera una ficción, y la Muerte —si el hombre frente a ella era realmente la Muerte—, muy a su manera, hubiera protegido a la familia Solar en vez de condenarla.
- Es necesario creer en las maldiciones para que estas puedan continuar, y la única que mantenía viva a la maldición era Esther.

Por eso, en vez de pedirle al hombre que les retirara la maldición, le preguntó:

—Si los integrantes de su familia creyeran que tienen una maldición que los obliga a vivir y morir con miedo, ¿qué les diría para que las cosas fueran más fáciles para ellos? Para que tuvieran menos miedo.

—Les diría que todos se mueren, vivan con miedo o no. Y que *eso*, la muerte, no es algo a lo que se haya que temer.

—Gracias —dijo Esther—. Vendremos otro día a recoger las cosas.

Al dar la vuelta para irse, Esther lo vio. Ahí, en la pared, más arriba de su cabeza, estaba una pequeña fotografía enmarcada. Una polaroid, desteñida por el sol. Una boda. Una mujer con un vestidito rosa pálido con un collar de perlas. Un hombre con un horrendo esmoquin lavanda,

zapatos blancos y camisa con holanes. Y entre ellos, otro hombre, un hombre con cabello rojo y la piel llena de pecas, un hombre uniformado. Un hombre que muy bien podría ser Reginald Solar.

El Hombre Que Podría Ser La Muerte la vio mirando la fotografía.

—Mi boda con mi amada, que en paz descanse. Es una pena que ya no se distingan los rostros; es la única fotografía que tengo del evento.

Y era verdad: los rostros ya no se distinguían y tampoco el nombre en el uniforme del soldado. Pero Esther sabía. Ella sabía.

—Ahora, si no te molesta, debo irme. Buen día, señorita Solar. Debo tomar un avión.

—¿Adónde va? —volvió a preguntarle.

El hombre se puso el sombrero, recogió sus maletas y sonrió.

—Dicen que el Mediterráneo es encantador en esta época del año.

La mujer roja

Esther le llevó la última orquídea a Eugene, que seguía demasiado medicado para notar su presencia, y luego se echó a dormir en un catre junto a su cama. Cuando su hermano despertó al amanecer, ella le dijo que Reginald había muerto y lloraron juntos por un rato, hasta que Eugene volvió a quedarse dormido.

La casa Solar se sentía extraña cuando Esther abrió la puerta principal. La mañana aún no se iluminaba por completo; sin embargo, las velas no estaban encendidas y las lámparas habían sido apagadas. La naciente luz del sol se colaba por las ventanas, aunque no bastaba para alejar las sombras condensadas en cada rincón. Esther abrió la puerta del sótano y bajó, pero ahí también encontró sólo oscuridad. No había series de luces titilando. No había villancicos en *repeat*. Una docena de fotografías de su yo del pasado le sonrieron desde la oscuridad y la hicieron creer, una vez más, que sí existían los fantasmas.

Peter estaba en el hospital, comenzando su recuperación del derrame. La casa se había desenraizado sin su peso. Había perdido su ancla. Parecía como si una brisa que soplara entre los árboles pudiera llevársela volando igual que un diente de león.

En la cocina, tal como Rosemary dijo, había una enorme mancha de hollín donde supuestamente Fred se había incendiado hasta volverse una chispa. Esther dudaba de que *a)* eso hubiera pasado realmente y *b)* si Fred *de verdad* era un duende, hubiera entregado su vida para salvar la de Eugene. Quizá uno de los conejos lo mató de un susto y la combustión espontánea le sobrevino por su rabia de gallo. Pese a todo, se arrodilló frente a la madera quemada, que más o menos tenía forma de gallo si entrecerraba los ojos, y le agradeció a esa criatura que su madre creía que los había mantenido a flote durante los últimos seis años.

Esther fue a su cuarto, se sentó en la cama y pensó en lo que significaba que la maldición no fuera real. Que no fuera un hechizo lo que volvió tan triste a Eugene, sino la depresión. Que no fuera magia lo que mantenía a su padre en el sótano, sólo la ansiedad. Que no fuera un embrujo lo que llevaba a su madre a las máquinas tragamonedas, sino una obsesión. Por primera vez, todas las partes rotas de su familia y de ella misma parecían reparables; las maldiciones no se pueden romper, pero las enfermedades mentales sí se pueden tratar.

Esther se levantó y echó un vistazo a su cuarto, a los disfraces que Jonah decía que usaba para no ser vista. ¿Para eso eran? Durante tantos años se había dicho que los usaba para esconderse de la gente y de la Muerte. ¿En realidad los había estado usando para esconderse de sí misma?

Con lágrimas de frustración, traición y dolor quemándole los ojos, comenzó a destruir esa jaula de miedo que se había construido, desgarrando tiras de seda y rompiendo los patrones a medio dibujar hasta que no pudo más que desplomarse sobre el suelo cubierto por tapetes en una

pila de telas y colores. Ahí, llorando tumbada, notó que la madera debajo de las capas de papel y tela era azul, y estaba casi segura de que no era de ese color cuando la cubrió con varias alfombras persas años atrás. Limpió una parte del lío que había creado; más y más azul apareció en el suelo, claro en algunas partes y oscuro en otras, casi blanco por aquí y casi negro por allá, todo en un patrón circular que conocía bien porque veía cientos de ellos diariamente.

Esther arrancó una alfombra y empujó su cama hacia una orilla de la habitación. En el suelo, justo donde momentos antes estaba su cama, alguien había pintado un enorme ojo turco y la pintura azul, blanca y negra ya había comenzado a desteñirse y pelarse. Regadas sobre el amuleto para proteger del mal de ojo había docenas de hojas de salvia, algunas frescas, algunas secas, algunas ya casi hechas polvo, cada una con un deseo diferente escrito en ellas, todos con la letra de su madre.

Cuídenla.

Denle valor.

Permítanle irse de este pueblo.

No dejen que sea como yo.

Háganla ver lo mucho que la amo.

Háganla ver lo mucho que la amo.

Háganla ver lo mucho que la amo.

Esther recogió un puño de hojas y se las llevó al pecho antes de que un sonido en el pasillo la sobresaltara. Su corazón se aceleró y su cerebro comenzó a susurrarle: «Corre, corre, corre» por el miedo, pero no lo hizo. «Que vengan los monstruos», pensó, aferrándose a los deseos de su madre dentro de su mano. «Que intenten llevarme».

Salió al pasillo y notó otra cosa que no vio al entrar. Afuera de la puerta del baño, Rosemary había acomodado sus joyas en una larga fila sobre la madera: su ojo de tigre, sus zafiros, sus anillos de ámbar, los ojos turcos que rodeaban sus tobillos. Su ropa, con monedas cosidas y rellena de hierbas para la buena suerte y la prosperidad, estaba perfectamente doblada junto a sus baratijas. Desde el baño se escuchó otro sonido. Agua salpicando.

Esther abrió la puerta. Rosemary estaba a gatas, vestida sólo con su ropa interior, con las rodillas y las plantas de los pies manchadas de sangre. Sus costillas se alcanzaban a ver por debajo de su piel delgada. Una telaraña de venas azules. La escalofriante cordillera de su espina dorsal. Entre sus piernas había un balde con agua jabonosa. Los azulejos estaban cubiertos de cloro, sangre y detergente. Esther siempre había creído que cuando te cortas las venas, la vida simplemente se te va tranquila y poéticamente, dejando apenas unos pequeños charcos a los costados. Pero ese no era el caso. Aunque la piel se rompa, el corazón sigue lleno de vida y bombeando a seis kilómetros por hora. Había arcos de sangre en las paredes. Salpicaduras en el techo. Eugene intentó con todas sus fuerzas morir en esa pequeña habitación, y su corazón luchó con todas sus fuerzas por mantenerlo con vida.

Esther exhaló ante aquel horror y Rosemary notó por primera vez que estaba ahí.

—Ay, no, Esther —exclamó, y su delgado cuerpo se levantó de un salto. Sangre en las manos, sangre en las rodillas, sangre del hijo que casi perdió. Por Dios. Pobre mujer—. Yo me encargo —dijo, tratando de sacar a su hija del lugar—. No tienes que ver esto. No quiero que lo veas.

Esther puso una mano contra la mejilla de su madre y le limpió una pequeña mancha roja.

—Abue murió.

—Ay, cariño. —Rosemary intentó abrazarla con los codos, evitando tocarle la ropa con las manos ensangrentadas—. Ay, cariño, lo siento tanto.

Esther recargó la cabeza sobre su hombro y la abrazó por la delgada cintura, esperando que pudiera sentir aquello para lo que ya no tenía palabras: «Te amo, te amo, te amo».

¿Era tan malo aferrarse a algo roto? Durante tantos años había juzgado a Rosemary por quedarse con su padre pudiendo huir, pero ¿podía culparla? Rosemary dejó a su primer esposo porque era un monstruo, pero Peter seguía siendo bueno, amable y gentil, y quizá valía la pena quedarse por eso, aunque la persona estuviera arruinada.

Viendo a su madre arrodillarse de nuevo para limpiar la sangre de su hijo, Esther pensó que al fin comprendía a la mujer que la crio. Jonah una vez le dijo que un día todos se darían cuenta de que sus padres eran seres humanos, y que a veces eran buenas personas y a veces no. Lo que no dijo, lo que ella apenas descubría en ese momento exacto, fue que la mayor parte del tiempo las personas no son ni buenas ni malas, ni bondadosas ni malvadas, sólo son personas.

Y que a veces el amor, aunque eso sea lo único que tienen para ofrecer, es suficiente.

Debe serlo.

Oh, hermano

Hephzibah estaba en su casa cuando Esther volvió tras el funeral de Reg varios días más tarde, tumbada en su cama con Pulgoncé sobre su espalda y la laptop abierta frente a ella. Unas figuras conocidas danzaban en la pantalla, perseguidas por una horda de gansos asesinos. Hephzibah se rio.

—¿Qué haces? —susurró Esther.

Heph se volvió y enarcó las cejas.

—Viéndote ser una valiente graciosísima —respondió con señas y sonrió.

Esther le cerró la computadora de golpe.

—No vuelvas a verlos. Jonah los puso en internet aunque específicamente le pedí que no lo hiciera. ¿Sabes lo jodido que es eso?

—Los videos son hermosos.

—Eso no significa que esté bien.

—Entiendo, pero... no creo que quisiera hacerte daño. Quería ayudarte. Creo que deberías darle la oportunidad de disculparse. De explicarse —dijo con señas Heph—. Sería lo más valiente.

—¿Qué sabes tú de la valentía? —soltó Esther—. Ni siquiera tienes las agallas para hablar con tu mejor amiga. ¿Cómo crees que me hace sentir que hables con casi todas las personas menos conmigo?

Hephzibah se levantó lentamente, con la mandíbula tensa, y salió de la habitación sin decir más.

—Eso, vete —le dijo Esther.

Eugene apareció en la puerta menos de un minuto después.

—¿Qué le dijiste? —exigió saber.

—Algo que sabía que la iba a lastimar. —Eugene apretó los labios y ensanchó ligeramente las aletas de la nariz. Herir a Hephzibah estaba prohibido para cualquiera, incluso para Esther, así que cambió de tema—. ¿Cómo te sientes?

—Me siento muy harto de que todos me pregunten cómo me siento.

—Perdón. —Eugene se sentó al pie de la cama, con la cabeza entre las manos. Esther le dio unas palmaditas en la espalda—. Qué raro fue ver a papá afuera hoy, ¿cierto? —Pese a las protestas de los doctores, Peter insistió en ir al funeral de su padre. Se puso el gorro de estambre rojo y los lentes para leer de Reginald, y Esther y Rosemary se turnaron para empujar su silla de ruedas.

—Fue agradable —dijo Eugene—. Sé que yo debía estar supertriste todo el día porque Abue murió, pero todo eso sólo me hizo sentir... normal. Por primera vez en mucho tiempo.

—Por cierto, creo que sería buena idea intentar de nuevo con la terapia, pero ahora sí intentarlo realmente, no sólo ir con la intención de asustar gente. Es como un hueso roto, ¿sabes? No puedes seguir caminando y esperar que se cure.

—¿La supersticiosa Esther Solar está reconociendo la existencia de las enfermedades mentales y no sólo comportándose como si lo mío fuera una maldición?

—Cállate.

Eugene le acarició el cabello.

—La verdad, no quiero hablar con nadie.

—La verdad no me importa. Si te rompieras la pierna y no quisieras ir al hospital, de todos modos te llevaría.

—No quiero que la gente sepa que estoy loco, ¿sabes?

—Ay, cariño. Te cortaste las venas con un bisturí de veterinario. Creo que es un poco tarde para eso.

Eugene se rio.

—Claro que no. Siempre puedo usar el argumento de que soy un artista atormentado. Solamente lo hice por el arte.

—Ah, muy bien, esto sólo engrandece tu misteriosa leyenda. El joven brujo, con tanto dolor que no puede vivir un día más. Las chicas de la escuela caerán rendidas a tus pies a un ritmo nunca antes visto.

—Ugh. Justo lo que necesito. Las Aventuras del Joven Brujo, episodio uno, en el que nuestro héroe sobrevive a un brutal ataque de su propia mente.

—¿Sabes qué? Creo que es una idea bastante buena. Podrías escribir un web cómic sobre un superhéroe deprimido. O sea, ¿quién salva a los superhéroes cuando tienen una enfermedad mental?

—Eso... no es tan mala idea.

—Bueno, prácticamente soy famosa en internet, ¿no? Podría apoyarte en mi canal.

—Espera, ¿vas a seguir con eso?

—Era broma.

—¿Sabes? Si fuera a escribir un web cómic, cierto joven artista encantador podría ser un buen mentor.

—Puedes seguir siendo su amigo. Pero me traicionó al prometer que no lo haría, y no lo puedo perdonar.

—Esther.

—¿Qué?

—Pues... no es como que te haya engañado, matado a tu gato o golpeado, o que tenga a seis chicas secuestradas en su sótano.

—No he comprobado eso último.

—¿No revisaste que no tuviera chicas en el sótano? Diablos, un día la realidad te va a sorprender terriblemente. Siempre debes revisar el sótano.

—La traición es traición, Eugene.

—Pero ¿lo es? ¿Te acuerdas cuando teníamos como siete años y estábamos en casa de los abuelos, y la abuela encontró roto y escondido bajo la cama del cuarto de visitas ese plato caro que le encantaba?

—Sí, y por alguna razón me culparon a mí, aunque no tenía idea de cómo se rompió.

—Yo lo rompí y te acusé. Dije que vi cuando lo hiciste.

—*Pedazo de porquería*. No me dejaron ir a nadar esa tarde por tu culpa.

—¿Ves? —dijo, juntando las manos con una palmada—. Tanto Jonah como yo te hemos traicionado espantosamente.

—Tú eres mi hermano. Es distinto.

—¿Por qué?

—Porque te amo.

—A él también lo amas.

—Quiero hablar sobre ti, no sobre él.

—Pero es verdad, ¿no? Sí lo amas.

—Eugene.

—Bueno, bueno. Quizá no tienes tanto desarrollo emocional como creía. —Eugene se levantó, pero antes de irse, se inclinó sobre su hermana y la besó en la frente—. Si puedo armarme de valor para ir con un terapeuta y decir... —exhaló ruidosamente y sacudió la cabeza—. Qué difícil, carajo. Si puedo decirle a un terapeuta: «Hola, soy Eugene y necesito un yeso para mi muy fracturada mente, porque a cada rato tengo ideas suicidas», tú puedes ser lo suficientemente valiente como para perdonarlo. ¿Aceptas?

—Lo pensaré.

—Cada persona que dejamos entrar a nuestra vida tiene el poder de hacernos daño. A veces lo harán y a veces no, pero eso no nos refleja, ni a nuestra fortaleza. Amar a alguien que te lastima no te hace débil.

—Pero quedarte con alguien que te lastima, sí.

—Por Dios. Ve y dile eso a una víctima de violencia doméstica. Ve y dile que es una gallina por no huir.

—Esto es diferente y lo sabes.

—Entiendo. Crees que mamá es débil porque se ha quedado todos estos años.

—Sí.

—Crees que debió dejar a papá, como dejó a su primer esposo.

—Sí.

—A veces eres valiente si te vas. A veces eres valiente si te quedas. Es importante saber la diferencia. Es importante para nosotros dos, probablemente.

Esther nunca lo había pensado así.

—Entonces, ¿vas a hablar con alguien? —preguntó.

—Con una condición.

—No puedo aceptarlo de regreso en mi vida. Aún no. No estoy lista.

—No te voy a obligar a que te reconcilies con un tipo si no quieres. Eso me convertiría en un hermano muy cretino. Tú siempre vas primero.

—Entonces, ¿cuál es la condición?

—Tienes que ir conmigo.

—¿A terapia? Eugene, estoy completamente...

—¿Bien? ¿Cuerda? ¿Estable? ¿Feliz? —Eugene negó con la cabeza—. Sé que enfrentarte a la lista te está ayudando, y creo que eres más que valiente por enfrentar algunos de tus miedos. Pero

no creo que tu autoayuda improvisada baste. Si yo necesito más, entonces tú necesitas más. Ven conmigo.

De pronto entendió por qué Eugene no quería ir con un terapeuta, aunque desde afuera ella podía ver claramente que le ayudaría, que sería lo mejor. La idea de sentarse frente a un perfecto desconocido y escupir sobre la mesa todo lo que llevaba dentro para que el terapeuta lo revisara como un médium que observa tripas de animal en busca de un mensaje... le ponía la piel de gallina. Le gustaba mantener todas sus emociones encerradas en su interior, donde podía verlas, catalogarlas, controlarlas y asegurarse de que no se derramaran por ahí.

Pero dijo que sí porque quería que su hermano fuera. Necesitaba que fuera. Su propia vida dependía de que él siguiera existiendo.

—Sé que crees que el amor es peligroso. Pero nos miro a ti y a mí y no veo eso.

—¿En serio? Porque tienes más poder para destruirme que ninguna otra persona. Te di ese control al amarte, y tú vas e intentas matarte. ¿Por qué querría darle a alguien más el poder para lastimarme así?

—Esa es la cosa. Lo mío no tuvo nada que ver contigo. Así que quizá el amor no es el veneno que te imaginas. Quizá la gente simplemente comete errores. Quizá incluso merecen nuestro perdón cuando nos lastiman.

—Ugh. Haz los cortes más profundos la próxima vez, oh, sabio y molesto ser.

—No me puedes decir eso, soy emocionalmente frágil. —Eugene sonrió—. Voy a buscar al terapeuta más barato del pueblo y nos haré una cita. —Abrió su laptop y se sentó en el suelo frente a ella. El navegador estaba abierto en el canal de YouTube «La lista casi definitiva de mis peores pesadillas»—. Ahora es momento de que hagas algo que *en verdad* te asuste.

Los fantasmas de la Esther del pasado

El día después del funeral de Reginald y el subsecuente esparcimiento de las cenizas, Little Creek comenzó a secarse inexplicablemente. En una semana, toda el agua se filtró hasta la reserva subterránea y el lecho del río quedó tan seco como hasta el día del asesinato de las hermanas Bowen. Los restos de las niñas se encontraron dos semanas después de la muerte de Reginald, no muy lejos de donde las encontró él, cada una con orquídeas salvajes creciéndoles en el pecho.

Esther se sentía extraña viviendo en un mundo en el que ya no existía Reginald Solar. La muerte tenía sentido en los aspectos científico (la redistribución de los átomos, etcétera) y filosófico (si algo vive por siempre no tendría valor, como las odiadas anémonas de la Parca), y Esther comprendía que era natural y necesaria, pero aceptar el innegable hecho de que su abuelo ya no tenía cuerpo, que ya no existían las señales eléctricas en su cerebro que lo hacían ser quien *era...* no tenía sentido. Ella era un ser humano inteligente y (casi siempre) racional, y aun así no podía entender cómo era posible que él simplemente hubiera... desaparecido.

Y luego estaba la conciencia de que ella también moriría... Claro, eso era tema para otro ataque de pánico totalmente distinto.

Así que Esther comenzó a ir a terapia con Eugene, como prometió. Para ahorrar dinero, compartían las sesiones de una hora; cincuenta minutos para él, porque lo necesitaba más, y diez minutos al final para ella. La terapeuta, la doctora Claire Butcher, no era nada de lo que Esther esperaba. Para empezar, no lucía como una psicópata asesina con un hacha como parecía indicar su apellido, que en inglés significa *carnicero*. Además, Esther asumió que sólo le tomaría una sesión con Eugene antes de diagnosticarlo con esquizofrenia o depresión crónica e intentar llenarlo de calmantes e internarlo. Pero en vez de eso, se limitó a escuchar. A veces le ofrecía a Eugene estrategias de adaptación, como ejercicios de respiración, escuchar ciertos podcasts al anochecer, ligas a videos de meditación y la opción de tomar medicamentos si todas esas cosas no funcionaban, pero nunca lo obligaba a nada ni se frustraba o era condescendiente. Juntos idearon planes para desintoxicarlo de la luz y, sorprendentemente, Eugene comenzó a intentarlo. Cada noche, retiraba la cinta aislante de un interruptor. Cada noche, encendía una vela menos que la anterior. Quizá le tomaría años, pero había comenzado a abrirse paso en su propio dique protector contra el miedo y no se estaba ahogando. Estaba enseñándose a nadar.

Esther no le decía nada importante a la doctora Butcher.

—Sólo vengo por Eugene —dijo la primera semana, pero Eugene no iba a dejarlo así. Fue él quien le contó a la doctora todo lo que Esther no quería decirle: sobre la maldición, la Muerte, Jonah, la lista, su abuelo e incluso sobre cómo a veces organizaba su vida en listas. Le tomó dos semanas (bueno, técnicamente sólo veinte minutos) mencionarlo todo, y cuando terminó, la

doctora Butcher comenzó a trabajar también en técnicas para Esther, ayudándola con la ansiedad, el dolor y la profunda mortificación de que hubiera videos de ella en internet.

Aparte mencionó algo sobre *miedo al compromiso* y cómo Esther intentaba *mitigar el dolor futuro* buscando fallas en las personas de las que se volvía cercana. Buscando excusas para alejarse, para evitar la intimidad y cualquier conexión emocional profunda, separándose de sus sentimientos para conservar su bienestar emocional, se aislaba del dolor pero también de la vida.

Esther consideraba que era una conducta de lo más razonable, pero resultó que la doctora Butcher no estaba de acuerdo. Al respecto, le dio a Esther tres pasos para controlar su ansiedad y su miedo:

1. Exteriorizar la ansiedad

Lo primero que debía hacer era imaginar su ansiedad como algo ajeno a ella, como la mascota más horrenda e incómoda del mundo (además de Pulgoncé). Esther la veía como un bulto negro y malhecho con dientes y pelos por todas partes. Su piel era de brea y tenía montones de colmillos afilados. Era del tamaño de una toronja y no le funcionaban muy bien sus alitas de murciélago, o sea que siempre chocaba furiosamente contra las paredes. La llamó Gertrude, y cuando ella le susurraba que era muy gorda o muy fea o que la gente la estaba juzgando o que se iba a morir o que no era lo suficientemente inteligente, valiente o valiosa, Esther se la sacudía del hombro y le decía que se largara.

2. Corregir los errores de pensamiento

Este era un poco más difícil. Cuando su cerebro le decía que sin duda, con toda seguridad, iba a morir en un tsunami o que definitivamente había velocirraptores afuera de su ventana, o que con absoluta certeza un jaguar se la comería mientras dormía, esos eran errores de pensamiento, porque *a)* no era probable que eso pasara, *b)* si pasara, tal vez no sería algo catastrófico, y *c)* aunque pasara y fuera catastrófico, Esther podría sorprenderse y patearle el trasero al velociraptor o algo así. Era difícil, cuando la ansiedad se le imponía y comenzaba a bombear adrenalina por su sistema ante la supuesta amenaza, seguir esos pasos, pero entre más lo hacía, más fácil se volvía.

3. Exponerse al miedo

La doctora Butcher le dijo que la meta al enfrentar el miedo era justamente enfrentarlo. No había que esperar no tener miedo, sino buscar los temores e ir de frente contra ellos. Claro que Esther ya sabía eso: llevaba meses haciéndolo. Pero entonces la doctora le dijo que podría ser buena idea ver los videos en YouTube. Que si no lo hacía, saber que estaban ahí la seguiría atormentando y no podría avanzar.

Esther no vio los videos. No habló con Jonah.

Varios periódicos nacionales cubrieron los extraños acontecimientos en Little Creek y señalaron la actuación de Reginald Solar, recientemente fallecido, como una de las fallas del sistema judicial en el caso sin resolver de las hermanas Bowen. Esther recortó las notas de los

periódicos y las puso en la colección de Reg, junto con los viejos reportes del Recolector y aquel artículo rarísimo, diferente, sobre un hombre que se ahogó en su bañera.

Pasaron cuatro semanas sin enfrentar un solo miedo.

Fue durante ese tiempo que Esther decidió volver a enmarcar el retrato de Reginald Solar, el que tomó de aquel tipo sin nombre que era el nuevo habitante de la antigua casa de su abuelo, un hombre con un rostro que ella ya no podía recordar. Entre el cristal y la fotografía encontró una pequeña tarjeta de condolencias ahora arrugada y manchada por la humedad. En ella no había más que un nombre, escrito con una tinta azul que se había chorreado por toda la tarjeta. La letra era casi ilegible, pero Esther estaba bastante segura de que decía «Arthur Whittle». Buscó el nombre en internet, pero no encontró nada relevante.

Luego llegó el cuarto domingo sin Jonah Smallwood. Esther llevaba un mes sin ver su lista, pero la conocía tan bien no necesitaba hacerlo. El miedo de esa semana, 29/50, eran los fantasmas. Se preguntó qué hubiera planeado Jonah para ese día. Pensar en Jonah era algo que hacía frecuentemente, pese a lo mucho que le dolía.

Esther volvió del trabajo justo antes de la medianoche. Había conseguido un puesto en el 7-Eleven cercano para ayudar a Rosemary con las cuentas hospitalarias de Peter y Eugene, con la condición de que su madre dejara por completo las máquinas tragamonedas. Hasta ese momento el acuerdo parecía sostenerse. El coche de Rosemary estaba en la entrada, como cada noche desde que Peter se exhumó del sótano. A Esther no le molestaba trabajar todas las noches o retrasarse en sus tareas, ni sentir como si le hubieran metido brasas en los talones al final de cada turno: todo valía la pena por tener a su familia entera.

La casa estaba silenciosa y a media luz. Era raro llegar y encontrarla en penumbras cuando sólo podías recordarla iluminada. Lo primero que hizo fue ir a ver a Eugene, como hacía cada noche. Su cama fúnebre aún estaba rodeada por lámparas, como desde hacía años, pero tenía un antifaz sobre los ojos y parecía estar durmiendo. De *noche*.

Lo siguiente fue dirigirse a la cocina para calentar sus taquitos, y fue entonces cuando vio a Pulgoncé sentada al pie de las escaleras, mirando fijamente hacia el descanso del segundo piso y moviendo la cola de un lado a otro.

—No hagas eso, Pulgoncé, no me espantes —le ordenó. Por eso las mascotas y los niños dan miedo: ven cosas donde no debería haber nada. Levantó a la gata y la llevó a la cocina, dejándola en la banca, pero Pulgoncé simplemente se bajó (bueno, más bien se dejó caer) al suelo y volvió al pie de las escaleras. Esther la siguió y observó el punto del que la gata no despegaba la mirada: la puerta de la que fue su habitación de niña.

Una vez más cargó a la gata.

—En serio —le dijo—. Ya basta. —Pulgoncé simplemente maulló, con un sonido que era más de cabra que de felino. Entonces la madera crujió en la planta alta, y Pulgoncé bufó y escapó de los brazos de Esther.

Había algo allá arriba.

Esther pensó en llamar a la policía, o quizá a un sacerdote, o quizá simplemente quemar la casa. Pero algo la llamó, como aquella tarde en el acantilado semanas atrás. Algo allá arriba susurraba: «Sí, sí, sí».

Adelante, sigue, lánzate a lo desconocido.

Se recordó que el asunto al enfrentar al miedo es que de hecho tienes que enfrentarlo.

La madera crujió de nuevo. Sonaba como si fueran pasos. Esther desbloqueó su teléfono, volteó la cámara y comenzó a grabar.

—¿Por qué siento que esto va a terminar en una película de terror serie B de metraje encontrado? —dijo hacia la cámara—. Bueno, pues resulta que algo se movió allá arriba. Lo cual sería perfectamente normal en casi cualquier casa pero aquí nadie ha subido en seis años, así que, siendo totalmente realista, es probable que se trate de un poltergeist. Vamos a averiguarlo.

»Soy Esther Solar, y aparentemente este es el 29/50: fantasmas.

Los muebles abandonados en la escalera llevaban ahí tanto tiempo que habían comenzado a entrelazarse unos con otros. Esther intentó sacar una silla de la pila pero se encontró con unas guías de enredadera que la unían a lo demás. No había manera de pasar sino por encima. Por suerte, se había convertido en *a)* una espeleóloga experta, y *b)* una persona bastante segura de que no había troglobiontes humanoides comecarne viviendo en su escalera. (Sin duda ya se la hubieran comido si estuvieran ahí). Cuando encontró una abertura en la inestable pila, entre un carrito de supermercado y un armario, comenzó a trepar. Tras un par de minutos Pulgoncé fue a alcanzarla, chocando con sus pies y luego lanzándose entre los desechos con sorprendente destreza, asustando a las ratas, murciélagos y criaturas que se habían apostado en esa montaña de basura durante la última media década.

Al fin logró salir al oscuro pasillo e intentó encender la luz, la cual zumbó con furia, como una abeja sacada de su sueño, y luego se fundió.

El mundo en el segundo piso estaba cubierto por una delgada capa de polvo, una fotografía de una vida pasada suspendida en el tiempo. Esther abrió la puerta de la habitación de sus padres, aquella que compartieron antes de que Peter desapareciera de sus vidas. Estaba como la dejaron el día en que a su padre se lo tragó el sótano: la cama tendida, los interruptores sin cinta y la joyería de su madre, las piezas que usaba para adornarse y no para la suerte, se asomaban desde una caja de metal sobre una cómoda. Toda la ropa, que no tenía ni una moneda cosida o plantas pudriéndose en los bolsillos, seguía colgada en el clóset. El pequeño baño estaba a medio pintar: una sábana cubría aún los mosaicos del piso y en la esquina seguía una lata de pintura, esperando a ser abierta. Parecía un lugar abandonado a la carrera, sin tiempo para llevarse artículos personales o fotografías. Y de hecho así había sido.

Rosemary los despertó en mitad de la noche, temblando, sudando y hablando de fantasmas. Bajó a empujones a Esther y a Eugene, aún en pijama, y los tres se pusieron a trabajar para bloquear la escalera. Durmieron en el suelo de la cocina, dentro de un círculo de sal. En ese momento no se dieron cuenta, pero aquel fue el principio del fin.

Luego siguió la habitación de Eugene. Estaba tan llena de juguetes, libros y pósters que a Esther le dolió el corazón. Era el cuarto de un niño. El cuarto de un niño normal. A veces era difícil recordar que, apenas seis años atrás, Eugene era un niño normal.

La última puerta fue la de Esther. La abrió, entró y encendió la lámpara blanca con cristales colgantes. Pulgoncé patinaba entre sus pies. Era la habitación de una niña. Casi sorprendentemente. Había hadas en el cobertor, una enorme casa de muñecas que construyó su abuelo y una canasta de juguetes, en general Barbies y bebés, cosas que ya le habían empezado a parecer demasiado infantiles cuando su madre la obligó a abandonarlas. Sobre su cama había cojines de peluche, en las paredes colgaban varios pósters de Taylor Swift en la etapa «Love Story», y por todo el suelo había ropa tan pequeña y tan rosa que era difícil creer que alguna vez

la usó.

Pero lo que la dejó sin aliento fue la fotografía en su buró y la tarjeta hecha a mano que estaba debajo. Esther sacudió la gruesa capa de polvo del marco. Ella estaba en medio, con sus pecas, su palidez y su cabello rojo como una tormenta de fuego. A su izquierda estaba Hephzibah, tan descolorida y fantasmal a los ocho años como ahora en la adolescencia. Y a su derecha estaba Jonah, sonriendo de oreja a oreja. Los tres estaban abrazados por los hombros.

La tarjeta era justo como la recordaba: dos peras mal dibujadas que bien podrían ser manzanas, uvas e incluso aguacates. «Somos la *peraeja* perfecta», decía el texto debajo de ellas.

Quizá Rosemary tenía razón. Quizá sí había fantasmas ahí arriba después de todo.

Cómo recuperarte de la terrible traición de un querido amigo/prendiente en cuatro sencillos pasos

PASO UNO. Reconcíate con tu mejor amiga muda.

Malka Hadid atendió la puerta cuando Esther tocó la mañana del lunes antes de la escuela. Su esposo, Daniel, una vez le explicó que dicho nombre significaba *reina* en hebreo, y a Esther siempre le pareció muy apropiado. Malka tenía ese tipo de belleza que la hacía ver etérea, como la reina elfa de un cuento de hadas. Sus ojos eran de un increíble color ámbar, y el cabello le caía como cascada de un rubio oscuro hasta el pecho. Era idéntica a Hephzibah, sólo que más llena y luminosa, como si le hubieran aumentado la saturación y la calidez.

Malka se cruzó de brazos y miró a Esther, expectante.

—¿Sabes por qué mi hija no ha hablado con nadie en cuatro semanas? —preguntó con su acento israelí, que era más bien israelí mezclado con árabe y con francés, porque Malka hablaba cuatro idiomas perfectamente y se defendía en otros tres.

—Es posible que yo haya tenido algo que ver en eso —confesó Esther.

Malka suspiró.

—Pasa. Está en su habitación.

Si el cuarto de Esther era un museo atiborrado de cosas, el de Hephzibah era el laboratorio de un científico loco. Su tío era un famoso físico en Tel Aviv que, cuando se enteró del amor de Heph por la ciencia, comenzó a enviarle paquetes mensuales de mecheros de Bunsen, telescopios, microscopios, fósiles, suscripciones a revistas arbitradas y un enorme y un tanto escalofriante busto de Albert Einstein. De su techo colgaban planetas y toda una pared estaba dedicada a artículos e ilustraciones del reactor nuclear generación IV favorito de Heph, el Transatomic WAMSR (Reactor de Sal Fundida Libre de Desechos, por sus siglas en inglés), del que Esther sabía mucho más de lo que era necesario.

Hephzibah, sentada sobre su cama con las piernas y los brazos cruzados, tenía la mandíbula tensa. Era lo más que habían pasado separadas desde que eran niñas, y tan sólo verla hizo que a Esther le dieran ganas de patearse por ser tan cretina.

Si el hogar pudiera ser una persona, los cimientos del suyo serían Eugene y Heph.

—Hephzibah —comenzó a decir Esther, pero Heph levantó una mano para hacerla callar.

—Sal de mi cuarto —ordenó a señas.

—Por favor, permíteme... —volvió a intentar, pero una vez más Heph le hizo una seña para que se callara.

—Sal. De. Mi. Cuarto. —dijo con señas otra vez, exagerando cada uno de sus movimientos.

—Estoy intentando disculparme.

Hephzibah gruñó, se dejó caer sobre la cama y le hizo señas a Esther sin mirarla.

—Cállate, perra. Yo estoy intentando hablar contigo. ¡Sal de mi jodido cuarto!

Fue así como Esther supo que todo estaría bien. *Perra* fue la primera palabra que aprendieron en lengua de señas estadounidense y la usaban tanto en la secundaria que casi se convirtió en un apodo cariñoso.

—Perra —le respondió con señas Esther y una sonrisita.

Heph levantó la cabeza, su expresión seria parecía a punto de romperse.

—Perra.

La más ligera sonrisa.

—Perra.

—Lamento mucho lo que dije. Sé mejor que nadie que no puedes apagar tu miedo como si nada sólo porque alguien quiere que lo hagas. Fui una, espera —Esther cambió de nuevo a lengua de señas—: perra.

Heph asintió. Se pasó la lengua sobre los labios. Hizo un gesto con la cabeza para que Esther saliera del cuarto.

Esther hizo lo que le pidió, y luego escuchó los resortes de la cama rechinar mientras Heph se levantaba para ir hacia la puerta. Durante algunos minutos, lo único que podía escuchar al otro lado de la pared era la respiración de Heph, hasta que su mano apareció en el pasillo. Esther la tomó. Le dio un apretón.

—La verdad, tenías algo de razón —dijo al fin, en voz baja, desde el cuarto. No hizo señas. *Lo dijo. Con su voz.*

—Esa es... ¿esa es tu voz? Por Dios, Hephzibah, con razón no habías hablado en todos estos años. ¡Es horrible!

—Perra —dijo Heph con una risita y Esther la jaló al pasillo para darle un breve pero aplastante abrazo.

PASO DOS. Ya ve los malditos videos.

Tras reconciliarse con Hephzibah, Esther decidió al fin que era momento de seguir el consejo de la doctora Butcher y ver el canal de Jonah.

Al salir de clases, las dos se fueron a casa de Heph. Malka y Daniel Hadid trabajaban en un reportaje en la oficina de casa (una terrible serie de ataques suicidas en Estambul; de nuevo la Muerte había estado muy ocupado), así que tenían todo el lugar para ellas. Heph prendió el proyector de la sala y entonces Eugene apareció de la nada, diciendo que ya no soportaba a su mamá vigilándolo todo el tiempo, lo cual no era algo que los chicos Solar hubieran creído decir algún día.

Los tres se sentaron en el (muy bien tapizado) sofá frente a la pantalla, en la cual el 1/50 esperaba para ser reproducido.

—Okey, hazlo —pidió Esther, pero en cuanto Heph movió el *mouse*, cambió de opinión—. No, para, espera un minuto. —Y se levantó para andar de un lado a otro de la habitación durante diez minutos, esperando el empujón inconsciente que la animaría a verlo.

«Todo lo que deseas está al otro lado del miedo», se recordó.

Esther sabía que todo estaría mejor luego de hacerlo. Tal como dijera la doctora Butcher, durante el último mes los videos habían sido una astilla enterrada en su mente, e ignorarlos sólo provocó una infección que parecía supurar en cada uno de sus actos.

El empujón nunca llegó. Parecía haber una barrera física entre Esther y el botón de play, un potente campo de fuerza, ese tipo de miedo que sólo había experimentado una vez antes. Esther no podía pulsar play, así que comenzó a bajar por la página. Hephzibah la detuvo de inmediato.

—¿En serio quieres leer los comentarios de YouTube? —preguntó a señas. Y luego, como si de pronto recordara que podía hablar, dijo—: ¿En serio quieres hacerte eso?

—¿Son muy malos?

Claro que eran malos. Claro que el mundo la odiaba, la juzgaba, le ponía apodos.

—No sé. Ni siquiera he querido verlos.

Esther bajó por la página y comenzó a leer los comentarios del 1/50: Langostas.

¡Amo a esta chica!

Esta perra sí que tiene agallas

Dios, qué intenso. Estoy sudando. ¡Vamos, Esther!

¿Por qué alguien les tendría miedo a las langostas? Qué estúpida

Es una fobia, pendejo

Esther es valiente alv

Llegué aquí por los gansos. Literalmente le grité a la pantalla OMFG

Odio a las asquerosas langostas. Las ODIÓ. Eres una cabrona, Esther

MÁS MÁS MÁS MÁS MÁS, sí, por favor

Ew, son asquerosas, se parecen a los abrazacaros de Alien siono

No sé qué voy a hacer con mi vida después del 50/50

Por qué son famosos estos videos? No entiendo

CÁLLATE, IDIOTA, EN SERIO NO ENTIENDES?

Me dio ansiedad tan sólo de ver esto.

No soporto esta mierda. Los videos obviamente están planeados.

¿Podemos doxear a esta idiota?

Le entro.

Pero el comentario más popular, por mucho, era este:

Hola Esther. Sé que sólo soy una desconocida en internet y nunca nos conoceremos, pero quería agradecerte por este canal, porque le cambió la vida a mi hija. Antes de las Pesadillas tenía ansiedad social severa y la molestaban mucho en la escuela. Cuando vio tus videos, decidió intentar hacer los suyos. Hasta ahora ha enfrentado su miedo a las serpientes, arañas e incluso a hablar en público (expuso en clase sobre tu canal: siempre había tenido que escribirle notas para que le permitieran no exponer por

sus ataques de pánico). Lloré cuando me dijo que logró pararse frente a su salón y hablar sobre algo que la apasiona tanto. No creí que algún día podría hacer algo así. Sé que hablo por todos cuando te digo gracias, desde el fondo de mi corazón, por tu valentía; significa más de lo que te imaginas.

A mucha gente le gustaba el canal. Mucha gente respondió diciendo cosas parecidas a las de la mamá sentimental. Su hijo, su hija, hermano, hermana, ellos mismos; «La lista casi definitiva de mis peores pesadillas» estaba propagando la valentía como si fuera un virus. Era algo contagioso, y se estaba apoderando de muchísimas personas. Diariamente surgían videos de imitadores enfrentándose al miedo, haciendo cosas que juraron que jamás harían: subirse a una montaña rusa, cantar en un escenario, meter la mano en un frasco con cucarachas, surfear, esquiar, saltar del *bungee* o en paracaídas. Semana a semana, miedo a miedo, salían al mundo y temían menos. Diariamente hacían algo que los asustaba.

Y ahora, de nuevo, era el turno de Esther.

—Estoy lista —dijo, y esta vez no detuvo a Hephzibah cuando llevó el cursor al botón de play e hizo clic.

Al principio fue incómodo. A Esther le dio horror cómo se veía en pantalla y odió que la gente la hubiera visto sin su consentimiento, desde todos los ángulos que odiaba. Su cara era pecosa y su cabello demasiado largo y demasiado rojo, y tenía la sensación de que mil ojos la miraban, arrancándole la piel. Pero, como le pasó con el primero y único video que Jonah le enseñó meses atrás, pronto vio una versión distinta de sí misma. Esther la loba. Esther la temeraria. Esther la de los ojos determinados, de acero, la que al principio tenía tanto miedo pero ahora avanzaba triunfante hacia todos sus temores, sin importar nada.

Eugene y Hephzibah también aparecían en los videos, igual que Jonah. Esther solía quitarle la GoPro para filmarlo. Era extraño: en el video, Jonah Smallwood no parecía intrépido. En la vida real, Esther estaba habitualmente tan distraída por su propia ansiedad que se le pasaban los detalles: un destello de duda, un labio mordido, un respiro profundo, cuando el mismo Jonah miraba de frente al miedo y no sabía, aunque fuera por un instante, si tendría el valor suficiente para ganar la batalla.

Pero no fueron esas pequeñas ventanas a su miedo lo que más la hirió. Tampoco darse cuenta de que él también sentía temor, que se guardó sus ansiedades y las escondió por ella, porque si él demostraba miedo, a ella le daría terror. Lo que hizo que el corazón le doliera más fue la forma en que él la grabó.

Nunca se había imaginado que el amor pudiera manifestarse de otro modo que en palabras, pero ¿esa manera en que Jonah la filmaba? Los acercamientos, la luz suave, la forma en que la cámara la seguía... eran como una caricia en video. Si tuviera que describir a los extraterrestres el amor sin usar palabras, simplemente les enseñaría lo que Jonah hizo y eso bastaría para que entendieran lo hermoso y aterrador que era.

Para cuando el sol se puso y habían visto hasta el 25/50, Esther se dio cuenta de que su miedo ya no era sólo suyo. Lo compartía con miles —a veces *decenas de miles*— de personas, y les debía a ellos y a sí misma llegar hasta el final.

PASO TRES. Construye una nueva clase de dique para contener el miedo.

El comentario de la mujer sobre su hija fue el primero que Esther imprimió y pegó en la

pared de su habitación para cubrir el tapiz arrancado.

En las siguientes semanas y meses imprimiría miles más, cada uno un ladrillo en el dique contra el miedo. Cada uno, una medalla por su valentía. Cada uno como prueba de que enfrentar sus miedos había hecho la diferencia, en alguna parte, de alguna manera, para alguien, de algún modo.

Algunos misterios quizá nunca serán resueltos. ¿Qué le pasó a D. B. Cooper? ¿Quién mató a la Dalia Negra? ¿Quién fue el hombre de Somerton?

Pero un misterio que sí podía resolverse era cómo se sentiría conquistar cincuenta miedos. Esther podía seguir. Podía continuar. Podía averiguarlo.

Pero no quería hacerlo sola.

PASO CUATRO. Regresarle la tarjeta de «Somos la *peraeja* perfecta» a Jonah.

La lista casi definitiva de mis peores pesadillas

Veinte semanas *después*.

De nuevo había llegado el final del verano. Casi había pasado un año. Las orquídeas crecían a sus anchas por el pueblo, floreciendo donde cayeron la noche de la muerte de Reginald Solar. Crecían en los jardines, en grietas en las aceras, entre las raíces de los árboles, cientos y cientos de ellas, todas retando a la muerte.

Little Creek, el penúltimo lugar de descanso de las hermanas Bowen, seguía seco tras la muerte de Reginald. Un montón de orquídeas moradas había nacido entre la arena en el punto donde esparcieron sus cenizas tras el funeral.

El hospital le entregó a Esther las plantas robadas de la casa de Reg y ahora decoraban el porche. El Hombre Que Podría Ser La Muerte no reportó el robo a la policía. La casa Solar se veía muy diferente: sólo quedaban dos de los ocho robles, y aunque la herradura seguía colgada del dintel, casi todos los ojos turcos habían desaparecido.

Había movimiento en todas las habitaciones. Pulgoncé aseaba sus regiones bajas en la cama de Esther. Los padres Solar estaban en el baño donde su hijo intentó quitarse la vida, Peter aún en silla de ruedas, pero con mejor aspecto, y Rosemary sobre él cortándole aquí y allá la barba que él mismo ya no podía arreglarse, con el anillo de bodas de vuelta en su dedo. No había velas en el pasillo ni lámparas rodeando la cama de Eugene.

El segundo piso, antes bloqueado por trastos, ahora estaba despejado tras la limpieza que organizó Rosemary. Arriba, Esther miraba por la ventana, con el cabello muy corto. Su atuendo era ecléctico: calcetines blancos con unos brillantes zapatos rojos de Dorothy, una falda a rayas verdes y blancas que le llegaba hasta las rodillas, un collar de perlas y una blusa negra con cuello blanco, rescatada de su disfraz de Merlina Addams.

Hephzibah se paró junto a ella y le tocó el brazo.

—¿Estás lista? —preguntó a señas, mirando hacia el jardín frontal desde la ventana. Luego habló—: Hay *mucha* gente.

Esther asintió.

—No puedo creer que ya vaya a terminar.

Afuera habían colocado un proyector hacia una pantalla fijada al frente de la casa. El jardín estaba lleno de mantas y almohadas.

Los dos árboles que quedaban habían sido decorados con series de luces y faroles de papel. En el sendero entre el pasto había un letrero que decía: LA LISTA CASI DEFINITIVA DE MIS PEORES PESADILLAS. Y por todas partes había gente. En el jardín. Sobre mantas de picnic en la calle. En sillas de jardín desde los patios vecinos.

Se suponía que sería una pequeña fiesta para ver el 50/50, pero la dirección se había filtrado en internet y vino gente de todo el estado, e incluso de *otros* estados, para ver el video final en vivo y conocer a sus estrellas.

Los santos patronos de los ansiosos, deprimidos y temerosos.

La ansiedad creció dentro de Esther al pensar en los varios cientos de ojos puestos sobre ella, recorriéndole la piel. Cincuenta semanas después, el garfio seguía enterrado en sus pulmones de vez en cuando, pero ya podía controlarlo mejor. Practicó algunos de los ejercicios de respiración que le enseñó la doctora Butcher, y luego fue escaleras abajo para abrir la puerta y salir a ser recibida por gritos, aplausos y flashes.

—Me llamo Esther Solar —dijo ante el micrófono que habían puesto en el porche— y soy una temeraria. —El público estalló en vítores. Esther sonrió nerviosamente. Cada par de ojos hacía que la piel se le enchinara y le picara, pero la experiencia no estaba siendo tan dolorosa como lo había sido alguna vez—. Hace cincuenta semanas habría tenido un ataque de pánico de sólo pensar en pararme aquí y hablar con todos ustedes. De hecho, hubiera tenido un ataque de pánico por muchas cosas, como saben. Como han visto. Pero aquí estamos, al final. Lo logré. Lo logramos.

»Gracias a Jonah, la mayoría de ustedes conocen ahora la historia de que en mi familia supuestamente estábamos condenados cada cual a sufrir un gran miedo, y sé que llevan mucho tiempo esperando para saber cuál es el mío. Así que... todavía no. Voy a encender el proyector.

El proyector estaba colocado sobre una de las mesitas de café de sus abuelos, la cual habían recuperado de una casa de empeño recientemente, ahora que la mayor parte del salario de Rosemary no terminaba en las máquinas tragamonedas. Al encenderlo, cuando en el frente de la casa apareció la imagen de Esther remando en un bote azul claro sobre un lago cristalino, ella levantó la vista. Al final de la calle, en una esquina, el Hombre Que Podría Ser La Muerte estaba recargado contra un farol, mirándola. Esther se detuvo y lo observó por un momento, con temor de que estuviera ahí para llevarse a alguno de ellos, o quizá a todos. Quizá uno de los huevos que usó para sus cupcakes estaba contaminado con salmonela. Quizá el proyector iba a explotar en medio de una bola de fuego que achicharraría a todos, hasta los huesos.

Pero no. Horowitz, pues ella estaba convencida de que ese era su nombre, la vio mirándolo, le sonrió y la saludó tocando el ala de su sombrero, y luego levantó una mano. Esther le devolvió el saludo y lo vio reír discretamente mientras se daba vuelta y se iba, aunque sabía que muy pronto volvería por ella.

—¿Quién es ese? —dijo Jonah detrás de ella, mirando hacia la calle, donde no vio, claro, a nadie relevante. Sólo a un hombre. Jonah le rodeó la cintura con los brazos y le besó el cuello. Llevaba un ridículo traje color terracota y una camisa con un diseño de tacos, corbata a rayas y una boina. Pulgoncé colgaba sobre su cuello como una estola babeante, y se encontraban en el punto exacto donde él estrelló su motocicleta contra un árbol tras atropellar a la gatita.

—Nadie —respondió Esther con una sonrisa, se acomodó entre sus brazos y se puso de puntitas para plantarle un beso en la boca. Fue una caricia agri dulce, como habían sido todos sus gestos de cariño desde un tiempo atrás. Jonah había conseguido una beca completa en su escuela de cine preferida, y se iría del pueblo al final del verano para comenzar con las clases. Cada día eso alegraba y entristecía a Esther: Jonah se iba, pero eso también significaba que escaparía. El agujero negro no había logrado tragárselo.

Y tampoco lo haría con Esther.

Lo que no le había dicho, lo que no le había dicho a nadie, era esto: desde hacía tres semanas, una orquídea púrpura solitaria había aparecido en su almohada al despertar. Esther no sabía por qué, o en qué momento iría por ella, pero la Parca la había elegido como su nueva aprendiz. Esther Solar era ahora la Chica Que Sería La Muerte. Ya tenía planeado su primer acto como Parca en entrenamiento: pararse al pie de la cama de Holland Smallwood, guadaña en mano, la capa cubriéndole el rostro pecoso, y advertirle que si volvía a tocar a Jonah, a Remy o a cualquiera, ella se aseguraría de que su muerte fuera lenta y dolorosa.

—¿Estás listo para ver esto?

—Aún no puedo creer que no me hayas dejado ayudarte a filmar el último video —dijo él mientras pulsaba play.

Antes de mostrar el 50/50, presentaron quince minutos de lo más destacado del año. No había sido fácil. Cada semana, Esther quiso detenerse, irse, hundirse en su pánico y dejar que este la consumiera. Es más fácil tener miedo. Pero cada semana usó los tres pasos que le dio la doctora Butcher. Exteriorizar la ansiedad. Corregir los errores de pensamiento. Exponerte al miedo.

Jonah siempre la llevó hasta la orilla, pero nunca la empujó; era Esther quien tenía que saltar.

Y vaya que saltó. Durante los pasados seis meses, se enfrentaron a arañas, serpientes, cucarachas y payasos. Donaron sangre, fueron al dentista y saltaron de la orilla de un puente con bandas elásticas amarradas a sus tobillos. Nadaron con tiburones en el acuario, saltaron de aviones y pasaron largas y frías noches en el bosque. La gente los vio. La gente los amó. La gente se unió a su cruzada contra el miedo con sus propios retos: pasar la noche en una casa embrujada, ir a una entrevista en vivo en el radio, andar por la playa en bikini.

Y ahí estaba el último video. 50/50. El que la gente había estado esperando. Primero una pantalla en blanco, y luego Esther entró a cuadro y se sentó.

—Sé que muchas personas han hecho apuestas sobre cuál será mi gran miedo: ranas, montañas rusas, asesinos seriales. Todas esas cosas dan miedo y no voy a andarlas buscando, pero la verdad es que no me asustan tanto como esto —dijo, moviéndose hacia la cámara.

»Mi mayor miedo es algo que ya me ocurrió. Me ha estado ocurriendo desde hace cincuenta semanas. Mi miedo es ser vista, realmente *vista*, tal como soy. Durante mucho tiempo creí que era un cuadrado en un mundo lleno de círculos, y que algo en mi interior estaba irremediabilmente dañado. Creía que no estaba hecha para amar o ser amada, y temía que si alguien me veía, o sea, si realmente me veía, se daría cuenta de que estaba rota.

»Luego, mi peor pesadilla se hizo realidad en forma de chico. Ya lo conocen. Él comenzó este canal y editó cada uno de los videos a excepción de este, y es por eso que los demás son mucho mejores.

»Antes de conocerlo, solía mantenerme compartimentada, como el *Titanic*... era la chica insumergible. En verdad creía que prever todo y evitar los riesgos lograría que jamás me hundiera. Obviamente es una metáfora bastante desafortunada teniendo en cuenta lo que le pasó al *Titanic* real. Como yo *era* un barco y Jonah Smallwood el iceberg que hizo que todo el mundo se me metiera a los pulmones, cuando me lastimó creí que me hundiría hasta el fondo del abismo y me quedaría por siempre en la oscuridad.

»Los humanos no somos barcos. Tenemos más compartimentos. El *Titanic* tenía dieciséis. Yo tengo millones. La verdad es que no fue cuando él me traicionó que todos mis compartimentos

quedaron abiertos. Eso ya lo había hecho él mucho antes.

»Para los adultos preocupados entre el público, sé que esto suena como una metáfora sexual, pero no lo es. —El público soltó unas risitas. La Esther en pantalla respiró profundo para reacomodarse el garfio, que ya era más pequeño pero seguía ahí, y continuó—: Puede que nunca sea la clase de persona que dice «te amo» libremente, pero, Jonah, te diré esto: abriste mis compartimentos uno a uno y dejaste que el mundo me llenara. Tuve que llegar al cincuenta de cincuenta para darme cuenta de que no me hundiría, porque poco a poco me has enseñado a nadar.

»No me destruiste. Encontraste la única manera de liberarme».

Cuando filmó el video, a Esther le preocupó que a la gente no le gustara. No tenía las aventuras, el humor ni la cinematografía que hicieron famoso al canal. Pero cuando corrieron los créditos, el público aplaudió de pie, quizá no porque el final hubiera sido increíble, sino porque el viaje había valido la pena de cualquier manera. Jonah le dio un apretón en el hombro y luego avanzó hasta las escaleras del porche con ella, Heph y Eugene, y los cuatro miraron el imperio creado por su valentía. Cientos de personas, cada una con el miedo enterrado en el corazón como astillas, eran un poco más valientes tras haberlos visto durante las últimas cincuenta semanas. Los cuatro se tomaron de las manos e hicieron una reverencia; pasó un minuto entero antes de que el público dejara de aplaudir y vitorear.

—Oye, ¿y de qué se supone que estás disfrazada? —le preguntó Jonah a Esther cuando la multitud comenzó a dispersarse—. No suelo ser muy malo para adivinar, pero esto debe ser de un anime bastante oscuro o algo así, porque no tengo idea.

—Ah, eh. Todo lo tomé de distintos disfraces, pero esta soy yo. —Esther se dio una vuelta—. Al parecer este es mi estilo.

—Dios mío.

—Ya sé, es peor que los disfraces. Hoy me han volteado a ver más que nunca —dijo Esther con una carcajada—. Tengo algo para ti. Para celebrar el fin de una era.

—¿Sí?

—El mejor regalo que se puede recibir: la resolución de un misterio. —Esther se sacó algo del bolsillo y abrió los dedos para mostrar una pequeña tarjeta blanca de condolencias sobre su palma. La que Horowitz le dio a su abuelo el día previo a la muerte de Florence Solar. Adentro había dos palabras escritas con tinta corrida.

—No entiendo —dijo Jonah.

—Porque esto es sólo la mitad del rompecabezas —aclaró Esther—. ¿Recuerdas los recortes que encontramos en la bodega? ¿Recuerdas la última página, con el artículo sobre un hombre que murió en extrañas circunstancias? —Le entregó el artículo, y Jonah pasó la vista de la tarjeta al recorte de periódico que encontraron en la caja cerrada meses atrás. En la fotografía en blanco y negro, con pequeñas letras en el buzón, se leía una sola palabra: «Whittle».

—No puede ser —exclamó Jonah al comenzar a entenderlo todo—. Tiene que ser una coincidencia.

—No lo es. Sabes que no lo es —dijo Esther negando con la cabeza—. Jack Horowitz no podía salvar a mi abuela, pero sí darle a mi abuelo algo que lo consolara. Algo que llevaba mucho tiempo deseando.

—El nombre del asesino de las hermanas Bowen. —Esther asintió, alisando el recorte de

periódico sobre un robo que salió mal y dejó a un anciano ahogado en su propia bañera. Tenía la fecha del día después de la muerte de su abuela. Arthur Whittle, de setenta y cuatro años. En el garaje abierto, se alcanzaba a ver una mínima parte de un Cadillac Calais—. Sabes que si crees en esta versión de los hechos, eso significa que tu abuelo mató a alguien.

Esther negó con la cabeza.

—Quizá. Y si lo hizo, mató a un hombre que sin lugar a dudas asesinó al menos a tres niños, probablemente más. Un hombre demasiado viejo para ir a juicio o ser sentenciado. Pero... creo que estuvo ahí, pero que él no lo hizo...

Esther le contó a Jonah cómo imaginaba que ocurrieron las cosas.

Llovía, y una oscura figura con abrigo, Reginald, se paró frente a una casa maltrecha. En la mano tenía una tarjeta de condolencias en la que estaba escrito un nombre. La tinta se corrió bajo la lluvia, formando unas ondas azules en el papel blanco, pero el nombre aún podía leerse: «Arthur Whittle». Reginald pasó la mirada de la tarjeta a las letras del buzón. «Whittle», decían.

Por el rabillo del ojo alcanzó a ver movimiento, y de pronto Jack Horowitz apareció a su lado, vestido también con un abrigo negro, también mirando hacia la casa.

—Aún no decido si voy a matarlo o a entregarlo a las autoridades —dijo su abuelo con tono tranquilo.

—Y entonces ¿por qué estoy aquí?

Reginald se guardó la tarjeta en el bolsillo y caminaron juntos hasta la entrada, donde la Muerte intentó abrir la puerta lateral del garaje; no tenía seguro. Reg echó un vistazo a la calle oscura, donde los árboles negros se mecían violentamente con el viento, azotados por la lluvia. Las ventanas de las casas al otro lado de la calle estaban en penumbras, con las cortinas cerradas. Cuando se convenció de que nadie lo estaba mirando, entró. Horowitz ya estaba revisando el garaje, tomando y tirando cosas con las manos enguantadas, tan intrigado por el misterio de aquel hombre como su abuelo. En las sombras había un auto cubierto por una tela impermeable. Horowitz ayudó a su abuelo a descubrir la rejilla. Debajo encontraron un Cadillac Calais color menta. El auto del asesino.

Los hombres se miraron.

La Muerte se acercó a la puerta que conducía al interior de la casa, y descubrió que esa también estaba sin seguro. Reginald se preguntó si las cerraduras simplemente se abrían a su tacto; ningún seguro en la tierra podría detener a la Parca.

Adentro de la casa, «Non, je ne regrette rien» de Edith Piaf se repetía una y otra vez, a un volumen tan alto que cubrió los pasos de su abuelo. Los pies de Horowitz no hacían sonido alguno. La Muerte señaló hacia la escalera con un movimiento de cabeza. Reginald sacó su arma de cargo y la mantuvo a su lado mientras subía silenciosamente los escalones, con la Muerte como una oscura presencia protectora a su espalda. En las paredes había fotografías: Arthur Whittle en su boda, Arthur Whittle con sus hijos, Arthur Whittle con sus nietos. El cuarto de arriba estaba lleno de humo y mal iluminado. Whittle estaba sentado en un sillón de cuero negro, con sus ojos lechosos fijos en la televisión silenciosa mientras se fumaba un cigarro. Reg exhaló y bajó su arma. No podía hacerlo. Matar a un asesino deja el mismo número de asesinos en el planeta y no da paz a las familias de los niños desaparecidos, que nunca sabrían lo que les ocurrió, que no tendrían un cierre.

Fue Horowitz quien, al ver las dudas de Reginald, tomó a Whittle por los pelos blancos que le

quedaban y lo llevó a rastras al baño, gritando y pataleando. Fue Horowitz quien, al final, abrió la llave y sostuvo al viejo bajo el agua hasta que dejó de moverse.

Reginald se sentó sobre la tapa del escusado, pasándose las manos por el cabello mientras la Muerte, jadeando, se recargaba sobre los azulejos de la pared, con los guantes y las mangas empapados.

—Dijo que sólo nos veríamos dos veces más —comentó Reginald cuando la Parca se estiró para cerrar la llave del agua.

—Hay algunas cosas que ni la Muerte puede predecir. —Horowitz se levantó y se quitó los guantes—. Lamento mucho lo de Florence, Reg. En verdad no había nada que yo pudiera hacer.

—El velorio será el viernes, por si quiere ir.

La Muerte asintió. Puso una mano húmeda sobre el hombro de su abuelo.

—Llevaré leche.

—Carajo —dijo Jonah, devolviéndole la tarjeta a Esther—. ¿El Recolector lleva años muerto?

—Ningún niño ha desaparecido desde que Arthur Whittle se ahogó en su bañera. Me basta con eso. Tiene que ser algo.

Mirándolo, Esther pensó en que eso bien podría servir como final feliz si sus vidas fueran como en las películas. Quizá Jonah diría algo perspicaz, la música se intensificaría y se echarían a los brazos del otro para besarse bajo uno de los robles con una canción indie de fondo y comenzarían a correr los créditos.

Pero la vida casi nunca tiene finales limpios y ordenados. Los buenos momentos inevitablemente llevan a malos momentos, los cuales a su vez llevan a otros buenos momentos hasta que ya no queda más que polvo e historias. Pero en ese momento, ahí, con él, esa noche, ese sí que era un buen momento, y los buenos momentos merecen ser recordados. Y si lo único que ella podría ser al final era polvo e historias, se le ocurrían futuros mucho peores que convertirse en polvo e historias con un ladroncillo, un hábil delincuente menor, un joven bebedor, una amenaza pública y la mejor persona que hubiera conocido.

Con Jonah frente a ella, se preguntó si las personas realmente se enamoran de otras o si se enamoran de lo mejor de sí mismos. El amor es un espejo que hace que nuestras partes brillantes resplandezcan como estrellas y opaca hasta lo más feo. Amamos amar porque nos hace hermosos. Y quizá no hay nada de malo en eso.

Quizá merecemos ser hermosos.

—Okey. ¿Lista para descubrir lo más interesante acerca de ti? —preguntó Jonah, dando unos golpecitos al lienzo cubierto recargado en el costado de la casa. Sonaba como si chocara los nudillos contra algo sólido, como cristal—. Cincuenta semanas después, ¿estás lista para ver lo que yo veo?

Esther exhaló y movió el cuello de un lado a otro para hacerlo crujir, como un boxeador a punto de entrar al ring.

—Lánzate, Smallwood.

Jonah retiró la sábana con una sonrisa traviesa en el rostro. Por un momento, Esther se sintió confundida. No había lienzo ni pintura. Pero entonces lo entendió, como Jonah dijo, y se echó al suelo muerta de risa, como él hacía.

Porque el retrato era ella. *Exactamente* ella.
Siempre lo fue.

Recursos

La salud mental no es tan simple como un teléfono para la prevención del suicidio al final de un libro, y un autor que no conoces diciéndote que todo mejora.

Así que haré un poco más que eso.

Voy a contarte que tengo amigos y familiares que han sufrido solos y en silencio, personas que me dijeron hasta varios *años* después lo mucho que sufrían. Que consideraron o incluso intentaron poner fin a sus vidas.

Me rompe el corazón pensar que personas que amo y sin las cuales no puedo imaginar mi mundo, seres valientes, inteligentes, resilientes, no buscaron ayuda. No hablaron. Se ahogaron en silencio, a la vista de todos los que los conocíamos, sin siquiera pedir ser salvados.

Entiendo lo complicado que es, porque a veces a mí también me cuesta trabajo hablar.

Por esto, te ruego que leas el artículo de Adam Silvera «Happiness Isn't Just An Outside Thing» (La felicidad no es sólo algo externo); lo puedes encontrar en su Tumblr. Es franco, aterrador, y cambió para siempre mi forma de ver la salud mental. Es completamente esencial. Léelo, léelo, léelo.

Mi esperanza es que este libro ayude a que hables abierta y honestamente sobre temas de salud mental con quienes te rodean. Pregunta a tus amigos y familiares cómo están. Diles cómo estás tú. No te avergüences por buscar ayuda profesional. Sé parte del movimiento para normalizar que se hable de estas cosas. Porque es normal.

La enfermedad mental no te hace débil; te hace humano.

Y, en caso de emergencia, te imploro que llames a la línea para la prevención del suicidio 1-800-273-8255. Al otro lado habrá alguien que puede ayudarte a ver el valor de tu vida, aunque tú no puedas verlo.

Ya sea que tengas problemas grandes o pequeños (o incluso si no los tienes; tal vez puedas ayudar a alguien), te dejo este mantra. Me gustaría que lo dijeras en voz alta, en este mismo momento, hasta que te lo tomes en serio:

No es vergonzoso buscar ayuda.

No es vergonzoso buscar ayuda.

No es vergonzoso buscar ayuda.

No digo que será fácil; digo que valdrá la pena.

ART WILLIAMS

Apoyo para la salud mental

En México, diversos estados cuentan con líneas telefónicas de apoyo para prevenir el suicidio, atienden llamadas de otras entidades del país y pueden proporcionar asesoría sobre servicios en otras regiones. Atienden las 24 horas los 365 días del año, salvo cuando se indique otra cosa. El servicio es anónimo y gratuito.

<i>Ciudad de México</i> Locatel ☎ (55) 56 58 11 11	<i>Jalisco</i> ☎ 01 800 227 47 47 Zona Metropolitana de Guadalajara: ☎ (33) 38 33 38 38
<i>Coahuila</i> ☎ 01 800 822 37 37	<i>Puebla</i> ☎ 01 800 420 57 82
<i>Estado de México</i> (9:00 a 23:00 horas, los 365 días del año) En Toluca: ☎ (722) 212 05 32 / (722) 280 23 24 Desde el resto del país: ☎ 01 800 710 24 96 / 01 800 221 31 09	<i>Morelos</i> (8:00 a 16:00 horas) ☎ (777) 314 51 88 / 01 800 911 20 00
<i>Guanajuato</i> ☎ 01 800 290 00 24	<i>Campeche</i> ☎ 01 800 232 84 32
<i>Querétaro</i> (Programa Línea de Joven a Joven, de 10:00 a 20:00 horas) ☎ 01 800 716 65 75	<i>Península de Baja California</i> ☎ 075

Saptel (Sistema Nacional de Apoyo, Consejo Psicológico e Intervención de Crisis por Teléfono) es un servicio de salud mental y medicina a distancia; atiende de forma gratuita a personas de todo el país las 24 horas con psicólogos seleccionados, entrenados, capacitados y supervisados que proporcionan servicios de orientación, referencia, apoyo psicológico, consejo psicoterapéutico e intervención en crisis emocional.

<i>Ciudad de México:</i> ☎ (55) 52 59 81 21	De todo el país: ☎ 01 800 472 78 35
--	--

Notas

Mientras escribía este libro, revisé muchos recursos *online* sobre cómo enfrentar la ansiedad y el miedo. Ninguno fue más útil e inspirador que «Rethinking anxiety: Learning to face fear» (Repensar la ansiedad: aprendiendo a enfrentar el miedo) de Dawn Huebner en TEDxAmoskeagMillyardWomen 2015. La charla de Huebner fue la base para los consejos de la terapeuta de Esther, y también ha sido invaluable para mí en lo personal (ya puedo dormir con la luz apagada tras ver una película de terror).

Para mi descripción de Saigón durante la guerra de Vietnam, revisé fotografías y relatos de primera mano, pero estoy en deuda con el artículo de Sara Mansfield Taber del 6 de julio de 2015 en *Literary Hub*, «My Saigon Summer, Before the Fall», por ambientar auténticamente el lugar en mi imaginación. Cualquier imprecisión es absolutamente mía.

Los insultos shakespearianos de Jonah los tomé de pangloss.com/seidel/Shaker/, un inagotablemente divertido generador de insultos que sin duda recomiendo que todos los quejumbrosos bocaflojas usemos a diario.

Agradecimientos

Escribir un segundo libro es una experiencia irritante que no se vuelve más sencilla si el tema de dicho libro es la ansiedad, los ataques de pánico y el miedo que se cuela hasta los huesos. Estoy en deuda eterna con aquellos que lo hicieron un poco más fácil:

Chelsea Sutherland, quien inspiró este libro una cálida mañana en Ámsterdam cuando se negó terminantemente a subirse a su maldita bicicleta holandesa. La historia de Esther y su lucha con el miedo nació casi por completo mientras (de algún modo contra tu voluntad) pedaleábamos al fin de regreso del Vondelpark bajo el sol del verano. Agradezco tanto que hayas enfrentado tu miedo ese día. (Perdón de nuevo por hacerte llorar).

Mi otra hermana, Shanaye Sutherland, que es una de las personas más valientes que conozco. Tu fuerza, generosidad y calidez me inspiran todos los días. Sin ti no podría haber escrito este libro.

Mis padres, Sophie y Phillip, pero especialmente a mi madre, que, como Rosemary, es una silenciosa guerrera hasta el fin. Al escribir este libro se me rompía el corazón a diario de pensar en todo lo que sacrificaste (y sigues sacrificando) por tus hijos y sin chistar. Eres maravillosa; ambos lo son.

Mi finado abuelo, Reginald Kanowski, del mismo nombre que el abuelo de Esther. Desde antes que soñara con ser escritora, ya quería immortalizar la historia de tu vida en el papel. Hay tanto de ti en estas páginas.

También mi abuela, Diane Kanowski, de quien erróneamente creí que no leería mi primer libro porque era demasiado escandaloso. ¡Aquí retiro esa declaración y me disculpo! Tu apoyo constante lo es todo para mí.

Kate Sullivan, quien falsificó mi firma en tantas clases que debería contratarla para las firmas de libros, y Rose-Helen Graham, por mantenerme cuerda cuando vivíamos en esa pesadilla que fue Sasson Road. Sobre todo, gracias a ambas por su increíble entusiasmo.

La fundación Westpac Bicentennial, que me apoyó financieramente mientras estudiaba en Hong Kong y al mismo tiempo escribía este manuscrito. Hicieron que los malabares entre ambas cosas fueran mucho más sencillos. Su fe en mí y su apoyo a la juventud australiana ha tenido un gran impacto.

Tamsin Peters, mi hermana en todos los sentidos menos en el de la sangre. ¡Algún día te escribiré un libro con dragones!

Mi equipo de animadores en mi lugar de origen, que infla peligrosamente mi ego: Renee Martin, Cara Faagutu, Kirra Moke, Alysha Morgan, Sarah Francis, Jacqueline Payne, Sally Roebuck y Danielle Green. Hasta en los días más oscuros me hacen sentir como una estrella.

Amie Kaufman, por las sabias palabras que salvaron mi cordura cuando más lo necesitaba.

Katherine Webber, siempre, por todo. Eres brillante y te amo. Míranos, ¡*aún* somos autoras!

#LAUWASA

También el resto del #TeamMaleficent: Samantha Shannon, Lisa Lueddecke Catterall, Leiana Leaututufu y Claire Donnelly. Sé que siempre cuento con ustedes.

Mi extraordinaria agente, Catherine Drayton, cuya opinión me importa más que casi todas. ¡Cuando escuché que te gustaba mi extraño segundo libro, supe que todo estaría bien!

También el resto de la pandilla en InkWell Management, pero especialmente Richard Pine, por la cálida bienvenida en Nueva York, y Lyndsey Blessing, por ser mi diosa de los derechos internacionales.

La adorable Mary Pender en UTA, por manejar de forma tan brillante los derechos cinematográficos.

Mi editora, Stacey Barney, de quien tengo la *firme* sospecha de que le corre magia por las venas. Con el más ligero toque, ayudaste a que este libro floreciera. No puedo agradecerte lo suficiente por tu fe y tu paciencia.

También el resto del equipo en Putnam, especialmente Kate Meltzer, por sus muy necesarias palabras de apoyo, y Theresa Evangelista, ¡por otra portada increíble!

Todo el equipo de Bonnier Zaffre, pero especialmente Emma Mathewson, que es quien quiero ser de grande, y las superestrellas de RP Carmen Jimenez y Tina Mories, por su calor y gentileza.

De nuevo, todo el equipo de Penguin Australia, pero especialmente Tina Gumnior, publicista extraordinaria, y Amy Thomas y Laura Harris, que saben decir justo lo que necesito escuchar, exactamente cuando necesito escucharlo. ¡¿Cómo lo hacen?!

Por último (pero ciertamente no menos importante), Martin Seneviratne, mi cómplice. Hacedor de té, animador de *deadlines*, catador de muesli y cuerazo absoluto. Me haces sentir valiente todos los días; no hay miedo que no pueda enfrentar contigo a mi lado.

Acerca del autor

KRYSTAL SUTHERLAND. Nació en Townsville, Australia, un lugar que no conoce el invierno. Ha vivido en Sídney, donde editaba la revista universitaria; Ámsterdam, donde fue corresponsal, y en Hong Kong. Ha trabajado también en varias editoriales y fue nominada al premio Queensland para Jóvenes Escritores. Es autora de *Efectos colaterales del amor* (Crossbooks, 2017). *Una lista casi definitiva de mis peores pesadillas* es su más reciente novela.

Diseño de portada: David Espinosa Álvarez
Ilustración de portada: © David Espinosa Álvarez
Fotografía del autor: Shanaye Sutherland

Título original: *A Semi-Definitive List of Worst Nightmares*

© 2017, Krystal Sutherland

Traducido por: Graciela Nachieli Romero Saldaña

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5752-5

Primera edición en formato epub: abril de 2019
ISBN: 978-607-07-5758-7

Este libro es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, compañías, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente. Cualquier semejanza con situaciones actuales, lugares o personas —vivas o muertas— es mera coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV